INDUMENTARIA

ANTIGUA MEXICANA

POR EL

Dr. Antonio Peñafiel

TEXTO Y LAMINAS



MEXICO

237

INDUMENTARIA ANTIGUA MEXICANA.

LIMINAR

Las raíces indígenas alientan lo profundo de la nacionalidad y son fuerza determinante de nuestros destinos. Por esto importa sacarlas a pleno conocimiento y valorar la riqueza con que concurren al ser y al carácter mexicano.

Entre los testimonios inconclusos de las culturas autóctonas, hallan eminencia los de la expresión plástica: el emplazamiento y orientación cósmicos, el orden arquitectónico y decorativo monumentales de diversas edificaciones: pirámides, templos, palacios y otros recintos; la fuerza expresiva —dibujo, color, composición— de jeroglíficos y códices; el tratamiento de la escultura, que conjuga simbolismo y realismo, en consonancia con otras representaciones del vivir aborigen: ideas, normas, costumbres, divertimientos: lo divino y lo humano, la cosmogonía, la teogonía y la política, la poesía y la liturgia, los cómputos del tiempo y de los acaecimientos, la economía, las clases sociales, los atributos y oficios.

Forma plástica, el arte del vestido cifra la idiosincrasia de pueblos y épocas, son quintaesencia simbólica. Confirmación espléndida, en su absoluta originalidad, exenta de influencias extrañas, la indumentaria de los antiguos mexicanos, objeto de la monumental obra publicada por el doctor Antonio Peñafiel en 1903, ahora reproducida en edición facsimilar.

Códices, monumentos, piezas de museos nacionales y extranjeros, colecciones particulares, en suma: la variedad y esplendor de la plástica sirvieron a Peñafiel en la composición de su libro.

Las normas estrictas que regían la vida en el concierto de niveles —del Señor al estado llano, los guerreros y órdenes militares, magistrados, embajadores, sacerdotes, sacerdotizas y órdenes religiosas—, se ponen de manifiesto en los estilos de trajes y adornos, cuya gradual suntuosidad —lo recuerda Peñafiel —respondía a méritos. Por sí solo, el vestuario demuestra una de las tesis doctrinales más importante de Fray Bartolomé de las Casas, quien siguiendo punto a punto los principios aristotélicos, afirma que "los naturales de América no sólo son seres racionales y libres, sino que reúnen las condiciones presupuestas (por Aristóteles) para un tipo superior de vida: primero, forman grupos unidos pacíficamente; segundo, de consumo se esfuerzan en la realización de los valores superiores: religión y justicia, ésta en sus cuatro variedades: distributivas, conmutativa, legal y general; tercero, su industria basta a sus necesidades . . . También son prudentes cuanto al gobierno de sus repúblicas, que se llama en general prudencia política, que tiene seis partes necesarias: labradores, artífices, hombres de guerra, ricos hombres, sacerdotes, jueces y gobernadores" (*Apologética Historia*, señaladamente los cuarenta últimos capítulos).

Peñafiel enriquece las noticias e imágenes de la indumentaria, con las de atavíos, adornos y otros complementos del vestido; las divisas, estandartes y banderas de guerra, el primor de los bordados, la arquitectura, los muebles y utensilios, los instrumentos musicales, bailes y juegos, el conjunto ritual de nacimientos, matrimonios y defunciones; el comercio, tributos y monedas; jardines y plantas, caza y pesca; joyistas y alfareros, carpinteros y tejedores; códices, pinturas y esculturas; la decoración, los relieves mitológicos, los mosaicos de plumas e incrustaciones, el teatro y los cantos.

Junto a tantos novedosos espectáculos que llevaron de asombro en asombro a los conquistadores, la belleza y el significado misterioso de los atuendos, los diseños, dibujos y coloridos, el preciosismo de las hechuras, hicieron declarar a los cronistas que les parecía encantamiento, cosa de sueño y fantasía, de fábula inverosímil; esto es: la confesión de admirar las formas de una cultura superior.

Virtud insigne del doctor Antonio Peñafiel, en este libro, es fortalecer y estimular el orgullo de nuestra prosapia, de nuestra herencia indígena.

San Lorenzo Acopilco, verano de 1977

Agustín Yáñez.



Indumentaria
Antigua
Armas, Vestidos Guerreros
y Civiles de
los Antiguos Mexicanos
por el Doctor
Antonio Peñafiel
MÉXICO.

INDUMENTARIA ANTIGUA

VESTIDOS GUERREROS Y CIVILES

DE LOS MEXICANOS

POR EL

DR. ANTONIO PEÑAFIEL

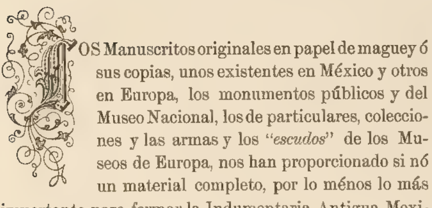
Profesor de Medicina y Cirugía,
ex-Coronel Subinspector del Cuerpo Médico Militar, Director General de Estadística,
Miembro titular del Instituto Internacional de Estadística, de las Sociedades, de Geografía y Estadística de México,
de la de Economía Política de Paris, de la Filológica de Francia
y de la Lingüística de Paris, de la Filosófica
Americana y de la Numismática y Anticuaria de Filadelfia, de la Antropológica de Berlin, Fundador
de la Sociedad de Historia Natural, Miembro honorario de la Universidad
de Chile y de la Sociedad Antonio Alzate
de México, y nombrado por el Gobierno francés Oficial de Instrucción Pública.

MEXICO
OFICINA TIP. DE LA SECRETARIA DE FOMENTO.
Calle de San Andrés núm. 15. (Avenida Oriente núm. 51)

1903.

CAPITULO I.

MATERIALES QUE HAN SERVIDO PARA ESCRIBIR LA INDUMENTARIA ANTIGUA MEXICANA.



OS Manuscritos originales en papel de maguey ó sus copias, unos existentes en México y otros en Europa, los monumentos públicos y del Museo Nacional, los de particulares, colecciones y las armas y los "*escudos*" de los Museos de Europa, nos han proporcionado si nó un material completo, por lo ménos lo más importante para formar la Indumentaria Antigua Mexicana.

Figura en primer término "El Libro de Tributos" perteneciente á la colección de Don Lorenzo Boturini: catorce hojas de papel de maguey pintadas por las dos caras y sus diez y seis de papel europeo, cópia hecha por el malogrado historiador, documento importantísimo y original que se conserva en el Museo de México.

"El Lienzo de Tlaxcalla," perteneciente al Sr. Lic. D. Alfredo Chavero; no es propiamente un Lienzo, es decir, una tela pintada como la cópia que poseé el Museo Nacional, es un libro, un verdadero Códice, digno de este nombre, que contiene en figuras y signos jeroglíficos la historia de la Conquista de México y de los Estados independientes, por los Españoles. Es un volúmen en folio de sesenta y siete centímetros de ancho por cuarenta y siete de alto, compuesto de ochenta y seis hojas, inclusa la portada.

Es una cópia del original que se ha perdido; está perfectamente dibujada, y lo perfecto lo consideramos en que se conservan allí, el carácter de la pintura, las armas y trajes de mexicanos y tlaxcaltecas, y también de los mismos españoles; dibujos y datos históricos que no se encuentran en otra parte ni podrían hallarse mejores; este códice ha sido ya publicado por la "Junta Colombina."

La portada tiene las cuatro cabeceras de la célebre República y en medio el escudo de armas de España.

Cada hoja es un cuadro de la historia de la conquista y un verdadero asunto para la pintura histórica nacional.

De todos los materiales pintados ó con escritura más ó menos figurativa posterior á la conquista, esto es, de lo conocido hasta hoy, el más valioso y el más interesante por la abundancia de pormenores, por la delicadeza del dibujo y por su exactitud histórica.

El lienzo original de Tlaxcalla estuvo en el Museo de México, de donde mandó sacar una exacta cópia el Sr. D. Fernando Ramírez, que generosamente puso á nuestra disposición mi distinguido amigo el Sr. Lic. D. Alfredo Chavero. El autor de esa historia pintada no se conoce; la cópia parece ser de D. Diódoro Serrano, tan desconocido y tan digno de memoria ilustre, como el primero.

Manuscrito número 16, conocido con el nombre de "Pintura de Xochipilla" perteneciente al Museo Nacional de México: es una tira de papel de maguey de tres metros veintiseis centímetros de largo y cuarenta y uno de ancho: es una crónica pintada con figuras, siendo dignas de la mayor atención tres de los Reyes, por los detalles de sus trajes, divisas guerreras y escudos: un monarca de Culhuacán, otro de México y el tercero de Tlatilulco, además trajes españoles muy interesantes y bien dibujados, hasta donde podía esperarse de aquella primera época colonial.

El manuscrito en papel de maguey que lleva el número 17 en la colección del Museo Nacional, contiene cinco formas de escudos ó chimales de los mas usuales en la escritura jeroglífica, que se han copiado para las láminas de este libro, calcadas con la mayor exactitud.

De las Bibliotecas, Nacional de Paris y Real de Berlin,

se han utilizado documentos no menos interesantes que los de México.

El manuscrito número 3 de la Biblioteca Nacional de Paris, en folio, "padrón ó matrícula de Huexotzinco" formado en el siglo XVI, contiene los nombres de bautismo en escritura comun y los apellidos en signos figurativos de la mexicana, con el siguiente título y descripción: Número 3. "Matricule des Vasseaux de la ville de Huexotcinco et d'autres lieux existant au plateau azteca, en l'année 1560. Nombreuses figures dans le texte, représentant les vasseaux 1 vol. in fol. de 569 feuillets. Cotés de 564 á 1032 XVI siecle papier."

Entre los nombres geográficos de este "libro" hay una figura que indica con claridad la manera de usar el maxtli ó braguero de los trajes mexicanos, que hasta hoy no se había puesto con propiedad en la pintura ni en esculturas propiamente aztecas.

Una hoja de pergamino de cuarenta y tres y medio centímetros de largo por ventidos y medio de ancho, genealogía de la familia de Moctezuma: esta hoja parece desprendida de algunas otras con que estuvo encuadernada. Contiene figuras de los reyes mexicanos Chimalpopoca, Huitzilihuitzin, Acamapitzin, Motecuhzoma, D. Pedro Moctezuma, D. Diego del mismo apellido y *Quauhnochtl;* siendo digno de notar que este personaje está sentado en una piel de tigre teniendo enfrente un escudo ó rodela con el águila mexicana en el centro, las alas abiertas, parada sobre un nopal, con la macana y sin la culebra legendaria: es un escudo de armas de México como se conservaba poco después de la conquista. En la figura que representa á D. Francisco Cano se repiten las mismas armas llevando el escudo cinco adornos que caracterizan el Ihui–teteyo–chimali de Huitzilopochtli. Siguen D. Martín Cano, D. Miguel, Doña Ana *Mocel–cihuatl,* Ana María y otras personas de la misma familia, hasta Doña Beatriz, en traje europeo. Este mapa genealógico, lleva la siguiente fecha en letra de la época y tambien en signos numerales mexicanos: "ciento y quarenta y sinco años contados desde la fundación de México."

MANUSCRITOS DE LA BIBLIOTECA REAL DE BERLIN.

M. S. Americano número 4.—Es una cópia en papel moderno de 36 centímetros de largo por 22 de ancho, de veinticinco hojas, texto castellano y mexicano: las doce últimas contienen el texto nahuatl, llevan pintadas figuras de nombres de lugar y de personas. Las estampas con texto mexicano, tienen cuarenta y dos centímetros de ancho por treinta de alto, divididas en bandas en el sentido transverso.

Tienen por título: "Títulos de tierras pertenecientes al pueblo de Santa Isabel *Tola* que su pacífica posesión les dió el año de 1714 y hace relación á los que se dieron el año de 1539, exponiéndolos un Intérprete del idioam mexicano por S. M. los caracteres antiguos que conservan los indios desde el año de 1438. Se tocan muchas noticias curiosas de nuestra América, el conocimiento de los caracteres antiguos, con particularidad todos los sitios de este santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, todo corroborado por Escribano leal, en 25 foxas."

Aunque la copia es defectuosa, se conserva el carácter de la escritura figurativa genuina, con importantes noticias sobre los reyes mexicanos, la medida lineal usada entre ellos y la manera de llevar la manta, el maxtli y la corona, y finalmente el escudo de armas de México en el reinado de Itzcoatl.

CODICE DEL SEÑOR BARON DE HUMBOLDT.

"HISTORISCHE || HIEROGLYPHEN DER AZTECEN || IM JAHR 1803 || IM KONIGREICH NEU–SPANIEN || GESAMMLET || VON || ALEXANDER VON HUMBOLDT|| EIN 14 FUSS LANGER MEXICANISCHER CODEX, ZU DIESEN || FRAGMENTEN GEHÖIG WIRD EINZELN AUFBEWAHRT" ||

Se compone de diez grandes hojas encuadernadas en una gran pasta de setenta y seis centímetros por cuarenta y cinco de ancho. De estos fragmentos de la escritura antigua, el primero y los dos últimos contienen representaciones figurativas de las guerras, con toscas y grandes figuras; el más importante es el primero, incompletamente reproducido en la obra de Lord Kingsborough, porque faltan los nombres de personas que en el códice original están escritos en letra europea y el jeroglífico de Cuauhtemoc.

En esta hoja se encuentra una figura que representa con su jeroglífico á Moctezuma II, con manta roja de cuadros negros. Es tan estimable y raro todo lo que concierne á este desgraciado monarca, que debe considerarse como un hallazgo todo lo que se refiere á su persona.

Hay tambien en la misma Biblioteca otro m. s. mexicano en papel de maguey de tres metros noventa centímetros de longitud doblado en quince hojas, que tienen veintiseis centímetros de ancho por veintidos de alto. Tiene por título de mano del mismo Sr. Barón de Humboldt, lo siguiente: "HUMBOLDT || MEXICO FEVS 1804."

Contiene jeroglíficos de meses, días, tributos, tributarios y algunos aderezos de las deidades que se han tomado para las láminas de esta obra.

Códice Aubin que lleva por título: "Anales jeroglíficos, Crónica Mexicana," M. S. americ. número 5.

Una impresión facsimilar fué hecha por el Sr. Aubin, de la cual hoy se conocen muy pocos ejemplares: el Sr. Chavero nos ha facilitado el suyo para formar el cuadro de los reyes y gobernantes de México desde Tenoch hasta Don Antonio Valeriano. El ejemplar que hemos copiado

en la Biblioteca Real de Berlin es un pequeño volúmen de diez y seis centímetros de longitud y diez y medio de ancho escrito de mano del Sr. Aubin, en papel comun. Se compone de cuarenta y nueve fojas, seis preliminares seguidas de dos en blanco, una hoja escrita y una estampa del siglo mexicano, despues cada folio numerado desde el segundo hasta el cuarenta y dos. La copia es en idioma mexicano, con renglones ó notas en francés intercaladas, es una explicación del Códice Boturini, base principal de la Historia de México. Las figuras y jeroglíficos reproducidos del original están mal dibujadas pero conservan el carácter de la primitiva escritura. Es en resúmen una crónica desde la salida de las tribus indias de Aztlan hasta la muerte de Cuauhtemoc. (Este Códice se está imprimiendo en los talleres del Ministerio de Fomento.)

El manuscrito americano número 10, lleva por título "Mexicanische Hieroglyphen und schriftstük aus der *Capilla de Nu.* Señora auf der Pirámide von Cholula," Se compone de un legajo que contiene ocho manuscritos de diferentes géneros, todos en papel de maguey; dos de escritura europea, varios otros fragmentos con jeroglíficos de nombres de personas, en donde se pueden ver algunos trajes curiosos, dibujados con colores.

Entre otros documentos de la misma Biblioteca de Berlin hallamos el manuscrito número 7, que es un volúmen en 4º, forrado en pergamino, tambien escrito en papel de maguey. "Títulos de tierras," en donde se puede ver la manera de llevar la aljaba terciada á la espalda del hombro izquierdo al cuadril derecho.

Las pinturas del atlas de Fray Diego Durán contienen detalles importantísimos sobre la Indumentaria azteca, y se puede decir que casi ha sido la única fuente de donde se han tomado datos y materiales para la pintura histórica y para la construcción de monumentos antiguos nacionales.

Se cree generalmente que las figuras antiguas han perdido mucho de su carácter peculiar en manos de los historiadores y cronistas de la época colonial, al grado de no considerar como genuinas, sino las que llevan el sello tosco de la escritura jeroglífica del Códice de Mendoza. Si la escritura perdió su carácter, las figuras que hoy pueden utilizarse en el *arte* ganaron en pormenores, que en vano se buscarían en otra parte: acabó su papel el Tlacuilo y le siguió el dibujante del siglo XVI, ni el uno ni el otro formaron la pintura propiamente dicha, pero de ambos se han tomado materiales que puede utilizar el arte, es decir, la escultura y la pintura históricas y nacionales.

Destruído el rico material de nuestros manuscritos, después de la conquista, de los que escaparon de la persecución religiosa, se encuentran pocos en México, y los más en las Bibliotecas de Europa, en donde es preciso ir á consultarlos.

Al llegar los españoles no había una pintura azteca propiamente dicha, aunque sí había arte, si por esto debe entenderse la belleza de los artefactos de un pueblo, una magnífica ornamentación y la grandeza de sus monumentos. Lo que pintaban los indios mexicanos en papel de maguey, eran más bien signos que representaban los objetos y las ideas, una escritura figurativa próxima á llegar á la silábica y también á la alfabética: no podían decir *Doctor* sino Totol, pero representaban silábicamente la palabra por carecer de la *D* y de la *r*, con dos signos adaptados á su alfabeto: To con el signo *tototl*, pájaro, y tol, con el signo de *tolli*, *tule:* estos dos signos en donde quiera que se encuentren en los manuscritos de la Conquista, dicen *Doctor*. No podían pronunciar *Guzman*, sino Cozpan y escribían un círculo amarillo, que dice *Cozt-tic* y una bandera que expresa la sílaba *pan* y con estos dos elementos formaban con sílabas, *Coz-pan*, por Guzman.

Lo que perdió de *clásica* la escritura después de la Conquista, ganó en los detalles del dibujo, tan importantes, que sin esta escritura-pintura del siglo XVI, que hoy vemos en las estampas de Fray Diego Durán, en el "Lienzo de Tlaxcala" y en otros documentos semejantes, sería imposible reconstruir la Indumentaria antigua mexicana.

Los dibujos del atlas de Fray Diego Durán provienen con toda probabilidad de algún códice original, cópia que no ha perdido la propiedad de los asuntos, que ha guardado la forma de los trajes, la manera de llevar los estandartes y la figura de las armas; para apreciar en su justo valor estas láminas, solo se necesita comprenderlas, cosa muy sencilla para las personas muy versadas en la historia mexicana, pero para cuya inteligencia no están de más algunas explicaciones.

Tomemos, por ejemplo, una estampa del padre Durán y otra del lienzo de Tlaxcala, la conquista de Xochimilco, en el primero, por el rey Itzcoatl, y la prisión de Cuauhtemoc del segundo En la lámina 6ª del tratado 1º, Capítulo 12 del Atlas de Durán está en primer término Itzcoalt sentado en su trono, en señal de mando, con el jeroglífico Tenochtitlan, en otro combatiendo en traje de guerrero ocelotl, llevando en la cabeza el penacho, la insignia real *quetzalpilloni ó tecpil*, en la mano derecha la macana y sobre la cabeza el jeroglífico de su nombre; en otro término, la victoria obtenida, el mismo monarca sobre un cerro marcado con una flor que representa el pueblo conquistado de Xochimilco.

En la lámina 48 del Lienzo de Tlaxcalla, está representada la prisión de Cuauhtemoc: se nota en una parte del cuadro la salida del Emperador con su familia en una canoa, el encuentro con Holguín y la presentación del prisionero á Cortés.

El tlacuilo azteca tenía prisa en hablar pintando; se detenía poco en los personajes, expresaba el hecho histórico con sus caracteres predominantes; pintaba un rey con su manta azul y su corona; esto bastaba para caracterizar el traje, muchas veces se le pintaba sin calzado, sin *cacles*; sin el cetro *coatopilli* ú otras insignias reales.

Para el guerrero se detallaban las divisas militares, las banderas y los escudos y se descuidaba lo demás.

Los colores, se han conservado en esas escrituras por fortuna, y aunque las figuras son planas, sin sombras ni relieves, el arte, la pintura histórica, puede sacar mucho partido de ellas.

Entre los monumentos que nos han proporcionado buenos materiales para este libro debemos mencionar la colección del Museo Nacional, la piedra de Tizoc, diversos ídolos y estátuas, los restos mutilados del relieve de Ahuitzotl labrado en las rocas de Chapultepec, una cabeza del dios de la guerra, Xipe, con casco guerrero, que encontré en Texcoco; la cabeza de una deidad que tiene un tocado mujeril, que me envió para estudiar sus detalles el Señor Gobernador de Oaxaca (mi sentido amigo el Sr. General D. Gregorio Chávez), y el célebre monumento de Cuitlahuac, existente en la Iglesia de San Hipólito, en la ciudad de México.

Para terminar diré algo sobre dos monumentos importantes, poco descritos ó incompletamente interpretados; quiero hablar de la piedra de Tizoc, que impropiamente se designa con el nombre de "piedra de los sacrificios."

En aquella piedra á nadie se sacrificaba. Aquel monumento colosal representa una danza religiosa; los guerreros en traje de deidades son los actores históricos de esa época, allí se representan la guerra y la conquista, la soberanía y la religión: la guerra con todos sus horrores, con todo su salvajismo; la religión con sus extrañas deidades, creación de calenturientas y supersticiosas inteligencias.

Sin embargo, para estas danzas se reservaban los mejores trajes, los escudos de valioso mosaico de pluma, las mantas primorosas y de elegantes labores. Espectáculo verdaderamente grandioso debió ser un baile de ese género, cuando se reunían más de dos mil guerreros y nobles acompañando á su rey al compás del suave y melancólico canto, que era la relación histórica, la leyenda de las glorias guerreras, la tradición modelada en música popular.

El monumento de la *Noche triste*, monumento que he bautizado con el nombre de Cuitlahuac, situado en la esquina de la Iglesia de San Hipólito, es un relieve que contiene la tradición del macehual arrebatado por una águila y curiosos trofeos de las armas aztecas; el templo fué levantado por los españoles, á la memoria de las víctimas, prisioneros de guerra sacrificados por los mexicanos despues de la derrota de Cortés, al retirarse de México para Tlacopan. Es el único monumento completo que nos queda para recordar el heroísmo de los defensores del Imperio Mexicano.

Finalmente, entre los materiales que se han publicado en Europa, he tenido á la vista la Memoria del Señor Profesor y Doctor Eduardo Seler, de Berlín, sobre trajes militares, cuidadosa y profundamente estudiados en los manuscritos inéditos del Padre Sahagún, que se conservan en Florencia y en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia de Madrid: esta Memoria es seguramente el trabajo mas importante sobre arqueología mexicana que se ha publicado en estos tiempos. El lienzo de Tlaxcala confirma y completa las clasificaciones del Dr. Seler para los grados militares y nos proporciona dibujos enteramente nuevos para la Indumentaria antigua.

Otros materiales, no ménos importantes, se han aprovechado para formar este libro: las primeras producciones literarias publicadas algunos años despues de la Independencia de México, ó poco ántes de ella, en la época colonial. Allí se encuentran artículos diseminados en diversas obras, sin unión, inconexos, entre asuntos muy disímbolos, sin formar un cuerpo de doctrina, pero útiles materiales para un edificio. Mejor que extractarlos, mutilarlos ó borrar el nombre de sus autores, muy dignos de respeto, se han insertado íntegros en esta obra. Muchos de esos artículos y notas importantes no están firmados, pero en ellos se reconocen D. Fernando Ramírez, el primer arqueólogo mexicano, y el ilustre historiador D. Manuel Orozco y Berra.

En la época de regeneración y de progreso que ha alcanzado México, se desarrollan en movimiento general los ramos mas necesarios de los conocimientos humanos en las ciencias físicas, sin descuidar las investigaciones históricas.

De Europa se ha obtenido la publicación que ha hecho el Sr. Ferdinan von Hochstetter, en magníficas láminas, de preciosas reliquias del arte mexicano antiguo, conservadas hace siglos en los Museos ó colecciones imperiales de Austria. Recientemente la Junta Colombina de México publicó una colección de Códices en que figura para los fines de este libro, como el más importante, el lienzo de Tlaxcala, que perteneció á mi amigo el Sr. Lic. D. Alfredo Chavero.

El Códice de Dresde. de orígen maya, siete códices publicados con maravillosa exactitud y con grandes expensas por el Sr. Duque de Loubat, el espléndido códice borbónico, el Códice Nuttall del Museo Peabody de los Estados Unidos, han venido á aumentar los documentos de la escritura jeroglífica religiosa, y á demostrar hasta qué grado de adelanto habían llegado los mexicanos; no obstante que los originales de esas publicaciones son los restos del naufragio, hojas escapadas de los montones de manuscritos pictóricos de toda una civilización, quemados en Texcoco, y destruídos por la suspicacia supersticiosa de frailes ignorantes.

Tal es el material: toca á los artistas utilizarlos en la escultura y pintura nacionales; ese girón de la historia patria, es un sagrado recuerdo, que á ellos toca engrandecer en un altar en donde tenga la veneración de los mexicanos.

CAPITULO II.

TRIPLE ALIANZA Y GUERRA FLORIDA.—OFICIALES DE CUERRA Y ORDENES MILITARES DE LOS MEXICANOS EMBAJADORES.

TRIPLE ALIANZA Y GUERRA FLORIDA.

LOS reinos de México y de Acolhuacán no tuvieron una existencia propia, independiente y respetable sino hasta los reinados de Itzcoatl, el fundador de la monarquía azteca, y Nezahualcoyotl, de la de Acolhuacán: el mexica, valiente, digno, conquistador y patriota levantó á su raza de la abyección; el segundo, filósofo, poeta y legislador, organizó su gobierno con tacto, prudencia y verdadera sabiduría. De estas dos figuras la primera fué la del patriotismo; la segunda la del adelanto intelectual de los pueblos de América.

"El año IV acatl, 1431. Allanada la tierra. Itzcoatl y Nezahualcoyotl, de común consentimiento, procedieron á dividir lo conquistado; aquél deseaba hacer dos partes de todo; pero prevaleció el consejo de éste, por lo cual se procedió á la división en tres señoríos. Al efecto fué trazada en el lago una línea divisoria, "de Sur á Norte, desde el cerro "nombrado Cuexcomatl, que está á la parte del Sur respecto de México, y trayéndola en derechura por medio "de la laguna, donde se dice clavaron unos morillos ó "estacas muy altas de una y otra orilla, que sirviesen de "mojoneras, y corriendo después para el Norte atravesó "la línea los cerros de Xoloque Techimalli hasta el territorio de Tototepec, que era lo que hasta entonces había "conquistado. Todavía subsisten en nuestros días las "señales de esta división, en un albarradon que corre de "Sur á Norte á la falda occidental del Peñón de los Baños, que es conocido por la albarrada de los indios, á "distinción de la de San Lázaro, que es obra de los españoles; y según los linderos que señalan los escritores, "corría la línea para el Sur entre Ixtapalapan y Culhuacán, atravesando la laguna de Chalco, y por el Norte "corría atravesando el terreno que es ahora laguna de "Tzonpanco, y seguía por entre este pueblo y el de Citlaltepec hasta Tototepec."

"El terreno á la parte oriental de la línea tocó á Nezahualcoyotl y tomó el nombre de reino de Acolhuacán. Si se atiende á que al Norte de la demarcación Metztitlan era independiente, así como los huaxteca al N.E. y los totonaca al E.; que entremedias existían multitud de pueblos no sojuzgados y que Tlaxcalla se regía por señores propios, advertiremos haber quedado aquella fracción política, á la sazón la mayor de las tres, mucho menor sin duda que el antiguo Chichimecatlalli ó patrimonio de los chichimeca. Nezahualcoyotl tomó el dictado de Aculhua Tecuhtli, en memoria de los aculhua, y el de Gran Chichimecatl Tecuhtli en recuerdo de los chichimeca, conservando así y uniendo los dos nombres de las tribus de donde la nación procedía. Según el cronista texcocano, el título Tecuhtli equivale al de César de los romanos."

"A la parte occidental de la línea quedaban lasi slas de México Tenochtitlan, y de Tlatelolco. México era la capital, y su territorio, el más pequeño de los tres, principiaba al Sur con los señoríos de los lagos australes, terminando al Norte en la frontera Tepaneca; sin embargo, metía ya la mano en las márgenes orientales supuesto pertenecerle ahí el reino de Culhuacán y la ciudad de Ixtapalapan. Itzcoatl tomó el dictado de Culhua Tecuhtli, en homenaje á la tribu civilizadora á quien debían sus adelantos los mexica. Como siempre los arreglos territoriales después de la guerra se hacen á expensas de los Estados pequeños, Tlatelolco, con su rey Cuauhtlatoa, quedó como olvidado en su isla, sin concedérsele el me-

nor pedazo de tierra. Los historiadores dan á Itzcoalt, y en adelante á los señores de México, el dictado de emperador en lugar del de rey: uno y otro título son puramente convencionales, no correspondiendo exactamente á las ideas expresadas hoy por esas palabras."

"Al mismo rumbo occidental quedaba el reino de Tlacopan, con su capital del mismo nombre. Le pertenecían los pueblos tepaneca, "y la provincia de Mazahoacan, y "la parte de aquellas serranías con sus vertientes que "eran de chichimecas, que son los que ahora llaman oto- "mies, y el día de hoy aún dura á la gobernación Tlacu- "pa, cuando se hacen llamamientos de gentes para alguna "obra pública y de consideración, entrar en la cuenta de "esta república todos los pueblos que están en las cor- "dilleras y las otras vertientes de las sierras, que le caen "al Poniente que corren hacia el Valle de Tolucan." Para este nuevo señorío fué nombrado Totoquihuatzin, nieto de Tezozomoc y sobrino de Maztlaton, por no haber tomado parte ninguna en la guerra contra Itzcoatl y no se perdiera la memoria de tan antigua y fuerte tribu: tomó por dictado Tepanecatl Tecuhtli. Este pequeño reino quedó siempre estacionario, sin presentar variación alguna en su territorio. Así quedaron representadas las tres principales tribus que se habían disputado la supremacía del valle."

"Diéronse aquellos Estados á Totoquihuatzin, con obli- "gación de servir con todas sus fuerzas al rey de México, "siempre que éste las requiriese, reservándose la quinta "parte de los despojos que se tomasen á los enemigos. "Igualmente fué puesto Nezahualcoyotl en posesión del "trono de Acolhuacán, con la misma obligación de ser- "vir á los mexicanos en la guerra y derecho á la tercera "parte del botín, después de sacada la del rey de Tacuba, "y quedando las otras dos terceras partes para el rey de "México. Además de esto los dos reyes fueron creados "electores honorarios del rey de México, prerrogativa que "se reducía á ratificar la elección hecha por cuatro no- "bles mexicanos, que eran los verdaderos electores. El "rey de México, en cambio, se obligó á socorrer á cada uno "de los otros dos, cuando lo necesitasen. Esta alianza de "los tres reyes, que se mantuvo firme é inalterable, por "espacio de cerca de un siglo, fué la causa de las rápidas "conquistas que después hicieron los mexicanos."

"Respecto de la partición de los despojos, encontramos varias opiniones; la más autorizada, en nuestro concepto, y por eso preferida, es la siguiente: "En México y en su "prouincia abia tres Señores principales, que eran el Se- "ñor de México, y el de Tlescuco, y el de Tlacopan, que "ahora llaman Tlacuba, todos los demás señores inferio- "res seruian y obedecían á estos tres Señores; y porque "estaban confederados toda la tierra que sujetaban la "partían entre sí." "Al Señor de México auian dado "la obediencia los Señores de Tlescuco y Tlacuba en las "cosas de guerra, y en lo demás eran iguales, porque no te- "nía el uno que hazer en el Señorío del otro, aunque algu- "nos pueblos tenían comunes y repartían entre sí los "tributos dellos, los unos igualmente y los de otros se ha- "cían cinco partes, dos llebaba el Señor de México, y dos "el de Tlescuco, y uno el de Tlacuba."

(Orozco III, páginas 250 á 253.)

"Guerra entre los mexicanos: para declarar la guerra se examinaba antes en el consejo la causa de emprenderla, que era por lo común la rebelión de alguna ciudad ó provincia, la muerte dada á un correo ó mercader mexicano, acolhua ó tepaneca, ó algún insulto hecho á sus embajadores. Si la rebelión era sólo de algunos jefes, y no de los pueblos, se hacían conducir los culpables á la capital para castigarlos. Si el pueblo era también culpable, se le pedía satisfacción en nombre del rey. Si se humillaba ó manifestaba un verdadero arrepentimiento, se le perdonaba su culpa y se le exhortaba á la enmienda. Si en vez de humillarse respondía con arrogancia y se obstinaba en negar la satisfacción pedida, ó cometía nuevos insultos contra los mensajeros que se le enviaban, se ventilaba el negocio en el consejo, y tomada la resolución de la guerra se daban las órdenes oportunas á los generales. A veces el rey, para justificar más su conducta, antes de emprender la guerra contra algún estado le enviaba tres embajadas consecutivas: la primera al señor del estado culpable, pidiéndole una satisfacción conveniente y prescribiéndole el tiempo en que debía darla, so pena de ser tratado como enemigo: la segunda á la nobleza, invitándola á que persuadiese al señor evitase con la sumisión, el castigo que le aguardaba, y la tercera al pueblo, para hacerle saber las causas de la guerra. A veces, según dice un historiador, eran tan eficaces las razones propuestas por los embajadores, y se ponderaban de tal modo las ventajas de la paz y los males de la guerra, que se lograba prontamente una conciliación. Solían también mandar con los embajadores al ídolo de Huitzilopochtli, exigiendo de los que ocasionaban la guerra, que le diesen lugar entre sus divinidades. Si estos se hallaban con fuerzas para resistir, rechazaban la proposición y despedían al dios extranjero: pero si no se reconocían en estado de sostener la guerra, acogían al ídolo y lo colocaban entre los dioses provinciales, respondiendo á la embajada con un buen regalo de oro y piedras ó de hermosas plumas, y repitiendo las seguridades de su sumisión al soberano.

En caso de decidirse á emprender la guerra, antes de todo se daba aviso á los enemigos para que se apercibiesen á la defensa creyendo que era bajeza indigna de hombres de valor atacar á los desprevenidos. También se les enviaban algunos escudos, en señal de desconfianza, y vestidos de algodón. Si un rey desafiaba á otro, se añadía la ceremonia de ungirlo y pegarle plumas á la cabeza, por medio del embajador, como sucedió en el reto de Itzcoatl al tirano Maxtlaton. Después se enviaban espías, á quienes se daba el nombre de quimichtin, ó ratones, para que fuesen disfrazados al país enemigo y observasen los movimientos de los contrarios, el número y la calidad

de las tropas que alistaban, Si los espías desempeñaban bien su comisión, tenían una buena recompensa.

Finalmente, después de haber hecho algunos sacrificios al dios de la guerra y á los númenes protectores del estado ó de la ciudad contra la cual se iba á combatir, para merecer su protección, marchaba el ejército, no formado en alas, ni en filas, sino dividido en compañías, cada una con su jefe y estandarte. Cuando el ejército era numeroso se dividía en XIQUIPILIS, y cada xiquipilli constaba de ocho mil hombres. Es verosímil que cada uno de estos cuerpos fuese mandado por un tlacatecatl ú otro general. El lugar en que se daba comunmente la primera batalla, era un campo destinado á aquel objeto en cada provincia y llamado YAOTLALLI, esto es, tierra ó campo de batalla. Dábase principio á la acción con un rumor espantoso (como se hacía antiguamente en Europa y como hacían los romanos), y para ello se valían de instrumentos militares, de clamores y de silbidos tan fuertes, que causaban terror á quien no estaba acostumbrado á oirlos, como refiere por experiencia el Conquistador Anónimo. En el ejército tezcucano, y quizás en el de alguna otra nación, el rey ó el general daba la señal de ataque con un tamborcillo que llevaba á la espalda. El primer ímpetu era furioso, pero no se empeñaban todos desde luego en la acción como dicen algunos autores, pues de su historia consta que tenían cuerpos de reserva para los lances apurados. A veces empezaba la batalla con flechas ó con dardos, ó con piedras, y cuando se habían agotado lar armas arrojadizas, echaban mano de las picas, de las mazas y de las espadas. Procuraban con particular esmero conservar la unión de sus huestes, defender el estandarte y retirar los heridos y los muertos de la vista de sus enemigos. Había en el ejército cierto número de hombres que se empleaban en apartar estos objetos, á fin de evitar que el contrario los echase de ver y cobrase nuevos bríos. Usaban de cuando en cuando de emboscadas, ocultándose entre las malezas ó en zanjas hechas á propósito, como lo experimentaron más de una vez los españoles, y frecuentemente fingían una retirada para atraer al enemigo, que se empeñaba en seguirlos á un sitio peligroso, donde les era fácil atacarlo con nuevas tropas por retaguardia. Su mayor empeño en la guerra no era tanto matar, cuanto hacer prisioneros para los sacrificios, ni el valor del soldado se calculaba por el número de muertos que dejaba en el campo de batalla, sino por el de prisioneros que presentaba al general después de la acción. Esta fué una de las principales causas de la conservación de los españoles en medio de tantos peligros, y especialmente en la horrible noche en que salieron vencidos de la capital. Cuando algún enemigo vencido procuraba escapar, lo desjarretaban á fin de que no pudiera correr. Cuando perdían el general ó el estandarte, echaban á huir, y entonces no había fuerza humana que bastase á detenerlos.

Terminada la batalla, los vencedores celebraban con gran júbilo su triunfo, y el general premiaba á los oficiales y soldados que habían hecho prisioneros. Cuando el rey de México había hecho algún prisionero, le enviaban embajadas y regalos todas las provincias del reino para darle la enhorabuena. Vestían á aquel malaventurado con las mejores ropas, lo cubrían de preciosos adornos, y lo llevaban en una litera á la capital, de donde salían á recibirlo los habitantes con música y grandes aclamaciones. Llegado el día antes del sacrificio, después de haber ayunado el rey el día antes, como hacían los dueños de las víctimas, llevaban al real prisionero con las insignias del sol al altar común de los sacrificios y moría á manos del gran sacerdote. Este hacía con la sangre de la víctima una aspersión á los cuatro puntos cardinales, y mandaba un vaso de ella al rey, para rociar todos los ídolos que estaban en el recinto del templo, en acción de gracias por la victoria conseguida contra los enemigos del Estado. Enfilaban la cabeza en un palo altísimo, y cuando se había secado el pellejo, lo llenaban de algodón y lo colgaban en algún sitio del palacio para recuerdo de un hecho tan glorioso: en lo que no tenía poca parte la adulación.

En los asedios de las ciudades, la primera precaución de los sitiados era poner en seguro sus hijos, sus mujeres y los enfermos, enviándolos en tiempo oportuno á otra ciudad ó á los montes. Así los salvaban del furor de los enemigos, y evitaban el consumo inútil de los víveres de la guarnición."

"Diccionario Universal de Historia y Geografía. Apéndice. Tomo II. pág. 505."

OFICIALES DE GUERRA Y ORDENES MILITARES DE LOS MEXICANOS.

"No había en aquellos países profesión más estimada que la de las armas. El numen que más reverenciaban era el de la guerra, como principal protector de la nación. Ningún príncipe era elegido rey, si antes no había dado pruebas de valor y pericia militar en muchas batallas, hasta merecer el alto empleo de general del ejército; y el rey no podía ser coronado, si no hacía por sí mismo los prisioneros que habían de ser inmolados en su coronación.

Todos los reyes mexicanos, desde Itzcoatl hasta Quauhtemotzin, que fué el último, pasaron del mando del ejército al trono. Aun en la otra vida, según su creencia, las almas más felices eran las de aquellos que morían con las armas en la mano, en defensa de su patria. Por la gran estima en que tenían á la carrera militar, procuraban inspirar valor á sus hijos, y endurecerlos desde su niñez en las fatigas de la guerra. Este ventajoso concepto de la gloria de las armas, fué el que formó aquellos héroes, cuyas ilustres acciones conserva la historia; el que les hizo sacudir el yugo de los tepanecas, y elevar de tan humildes principios tan clara y tan famosa monarquía; el que amplió, finalmente, su dominio desde las márgenes del lago, hasta las costas de uno y otro océano.

La suprema dignidad militar era la de general del ejército; pero había cuatro grados diferentes de generales, y cada grado tenía sus insignias particulares. El más alto era el de Tlacochcalcatl, palabra que, según algunos autores, significa príncipe de los dardos, aunque significa realmente habitante de la armería, ó de la casa de los dardos. No sabemos si los otros tres grados estaban de algún modo subordinados al primero; ni tampoco es fácil señalar sus nombres, por la variedad con que se leen en los autores. Después de los generales venían los capitanes, cada uno de los cuales mandaba un cierto número de hombres.

Para recompensar los servicios de los militares, y para darles estímulo, inventaron los mexicanos tres órdenes militares, llamadas achcauhtin, quauhtin y ocelo, esto es, príncipes, águilas y tigres. Los más estimados eran los que en la orden de príncipes se llamaban quachictin. Estos llevaban los cabellos atados en la parte superior de la cabeza con una cuerda roja, de la que pendían tantas borlas de algodón, cuantas habían sido sus acciones gloriosas. Era de tanto honor este distintivo, que aun los reyes, no sólo los generales, se jactaban de usarlo. A esta orden perteneció Moteuczoma II, como dice el P. Acosta, y aun el rey Tizoc, como se ve en sus retratos. Los tigres se distinguían por cierta armadura, manchada como la de aquella fiera. Estos trajes sólo se usaban en la guerra: en la corte, todos los oficiales del ejército usaban una ropa tejida de varios colores, que llamaban tlachquauhyo. Los que iban por primera vez á la guerra, no llevaban ninguna insignia, sino un ropón tosco y blanco, de tela de maguey. Observábase esta regla con tanto rigor, que aun los príncipes reales debían dar muestras de valor antes de cambiar aquel vestido, por otro más honroso, que se llamaba tencaliuhqui. No sólo se distinguían las órdenes militares en sus insignias, sino en las estancias que ocupaban en el palacio real cuando estaban de guardia. Podían tener utensilios de oro, vestirse de la tela más fina y usar de fajas más ligeras que la plebe, lo que no se permitía á los soldados hasta haber merecido algún adelanto por sus acciones. Había un traje particular, llamado tlacatziuhqui, destinado á premiar al militar, que cuando se desanimaba el ejército, lo incitaba á continuar vigorosamente en la acción."

(Diccionario Universal de Historia y Geografía. Apéndice. Tomo III. pág. 76.)

EMBAJADORES.

Los reyes de la triple alianza para enviar mensajes á los señores amigos, ajustar diferencias y declarar guerras, usaban de embajadores. Estos eran nobles, de edad provecta, juicio recto y entendidos en la manera de decir: el ceremonial mexicano estaba sujeto á ciertos discursos, siempre los mismos en cada caso, especie de fórmulas en que sólo variaban los nombres y las circunstancias particulares, y es casi seguro que aconteciera lo mismo en las relaciones diplomáticas. La verdad es, que según la importancia de la persona á quien se enviaba, así era la categoría y nobleza del embajador. Vestía las insignias del señor á quien representaba, puesta encima una especie de dalmática verde con borlas colgantes, y sobre ella una manta más ó menos fina atada á los hombros ó pecho; trenzado el cabello con plumas ricas de las que colgaban borlas de colores: en la mano derecha una flecha con las plumas hacia arriba, y en la izquierda una pequeña rodela y una redecilla en que conducía su mantenimiento. Por sus insignias reconocían su carácter, que le hacía sagrado aun en tierras enemigas, aunque perdía sus inmunidades si se apartaba del camino recto. En los pueblos del tránsito le aposentaban y regalaban, llegado al lugar de su destino, salíanle á recibir, los nobles le albergaban en la calpixca ó casa pública de huéspedes, haciéndole gran honra. Admitido á la presencia del príncipe, éste le recibía en la sala de audiencia, sentado en su icpalli, acompañado de su corte; él entraba mesuradamente, se ponía en cuclillas en medio de la sala, y cuando se le permitía hablar daba su mensaje con voz clara, pausada y comedida, con la mayor retórica posible. La respuesta la recibía el embajador al día siguiente por boca de uno de los empleados de la corte; poníanle provisiones en la redecilla que llevaba, los nobles le sacaban fuera del pueblo, quedando terminada su misión. Los señores amigos daban siempre algunos regalos, que por cortesía debían ser admitidos: los obsequios de los enemigos no los tomaban aquellos enviados sino con el expreso consentimiento de su rey. Hacer agravio ó matar á un embajador estaba reputado por infame, siendo crimen que se castigaba con excesivo rigor.

(Orozco y Berra.—Tomo primero.—página 263.)



CAPITULO III.

LEYES SUNTUARIAS.—NOBLEZA Y DERECHO DE SUCESION ENTRE LOS MEXICANOS.—MAGISTRADOS DE MEXICO Y DE ACOLHUACAN.

LEYES SUNTUARIAS.



LAS leyes suntuarias, acerca del vestido, estaban basadas propiamente en los distintivos militares. Ni los señores ni sus hijos podían usar mantas labradas, de colores, joyas y plumages, mientras no habían hecho una valentía, matando ó cautivando un hombre en la guerra. Los no principales, no se podían atar los cabellos como valientes, hasta haber muerto ó preso cuatro hombres. El mismo rey electo, para ser ungido, tenía que salir previamente á la guerra y hacer alguna valentía, los prisioneros que tomaba eran sacrificados con particulares ceremonias. Cada grado tenía determinado vestido, colores y adornos; quien tomaba traje que no le correspondía, moría por ello. El rey usaba una manta blanca y azul, llamada *xiuhtilmatli*, que era á manera de la púrpura real; al visitar los templos vestía de blanco; en las solemnidades y fiestas variaban los colores según la etiqueta; en ocasiones públicas se ponía el *copilli*, corona ó diadema, de oro y piedras preciosas, blanca y azul como la manta. Los príncipes vestían de *ichtli* ó pita como los *macehualli*, si no habían salido á la guerra; cuando se habían ya distinguido, su traje era blanco con cenefa de colores. Los capitanes traían la insignia dicha *tlachcuauhyo*. Muy honroso era el distintivo llamado *ilacatziuhqui*, concedido á quien mirando huir á los suyos, con su ejemplo y palabras les hacía volver de nuevo al combate.

El *telpuchtlitaquitlamine* podía teñirse el cuerpo de amarillo, la cara roja con las sienes amarillas; la manta tenía listas de color morado. Al tercer cautivo podía ser elegido para mandar á los mancebos del Telpuchcalli Al cuarto le cortaban el cabello recibiendo el título de capitán; podíase sentar en los asientos llamados *icpalli* y alternar con los valientes. Poco importaba ya cautivar guerreros de los otros paises, siendo preciso que fueran de los enemigos de casa. Estos alcanzaban el dictado de *cuauhyacatl*, águila que guía, la manta rica llamada *cuechintli*, ó la de dos colores *chicoapalnacazminqui* y bezotes verdes y amarillos.

Según se colige de los materiales que á la vista tenemos, las órdenes militares eran varias. Los *achcauhtin*, príncipes, á la cual correspondían los reyes y personas de sangre real. Los *Cuauhtin*, águilas, para nobles y grandes señores. El nombre *tequihua*, se daba en general á los valientes, y si los caballeros se distinguían entre sus pares, tomaba el apellido de *cuacuahtin*, que eran los caballeros del sol, ó como les llama Durán, comendadores de las águilas. Estos tenían el pelo de la coronilla de la cabeza atado con una correa roja, de la cual pendían á la espalda tantas borlas encarnadas cuantas hazañas habían rematado. Después de ejecutados veinte hechos gloriosos recibían el apellido de *cuachic*, los rapaban dejándoles un mechón de pelo, grueso como el pulgar sobre la oreja izquierda, pintándoles la cabeza la mitad azul y la otra mitad roja ó amarilla; se cubrían con un *maxtlatl* galano, y una manta de nequen de red con mallas grandes. Los *cuacuauhtin* no podían huir de diez ni doce hombres; los *cuachic* no debian rotroceder ante veinte, por eso estos caballeros iban á la retaguardia del ejército, á fin de sostenerle en las sorpresas y derrotas. Los de la clase media y los plebeyos tenian las órdenes de los *ocelotl*, tigre, y de los *otomitl*, otomí. Recibian distintivos de pieles, gozaban de muchas exenciones, entre las cuales se conta-

ba la de tener mancebas, preeminencia bien conforme con soldados. Siguiendo la manera de hablar española, á estos llaman caballeros pardos.

Durante la paz en los caminos frecuentados, en la guerra hasta la provincia en que se hacia, habia establecidos correos, *pain*, para recibir prontas noticias. Dentro del imperio existian á distancias proporcionadas ciertos edificios llamados *techialoyan*, lugar donde se aguarda, en que vivían corredores muy ligeros, siempre dispuestos á ponerse en marcha: desde niños se ejercitaban en la carrera, trepando sin detenerse, las cuestas más agrias. Luego que de un lugar queria comunicarse á México alguna noticia ó viceversa, un *pain* recibia de viva voz ó por escrito su despacho; corria sin descanso hasta la próxima posta, en que otro correo recibia el mensaje y así sucesivamente hasta su destino: dicese que la marcha se estimaba en cuatro ó cinco leguas por hora, rindiendo una jornada de cien leguas en un día y una noche. El servicio de postas se establecía tras el ejército en campaña, no teniendo temor de que los mensajeros fueran detenidos, ni aun en los países extraños, pues eran respetados de todos, gozando de grandes inmunidades.

Denotaba el traje del *pain* el carácter del mensaje de que era portador. El cabello atado con una cinta de color y una manta ceñida al cuerpo, significaba noticias indiferentes de marchas, movimientos, &c. El pelo suelto esparcido por el rostro, señal era de desastre; venía sin hablar palabra, entrándose al palacio á dar cuenta á su señor; nada tenían que preguntar las gentes de la ciudad y entendiendo que los suyos habian sido derrotados, se entregaban á duelo y llanto. Grande, por el contrario, era el alborozo, cuando el *pain* llegaba con la rodela embrazada, blandiendo el macuahuitl, trenzado el cabello, ceñido un lienzo blanco, é iba por las calles esgrimiendo y haciendo gentilezas, era señal de victoria.

Ganada una batalla, los mensajeros, que entonces tomaban el nombre particular de *tequipantitlanti*, daban la noticia al rey; este les hacía guardar hasta que se confirmasen las nuevas, pues si salían falsas, recibían aquellos la muerte. El general vencedor contaba los cautivos, separados los de cada nacionalidad ó capitanía y con cuenta y razón cierta enviaba un capitán, que ratificando la noticia por completo, determinaba que el rey diera libertad á los primeros *tequipantitlanti*.

El ejército vencedor era recibido en la ciudad en medio del regocijo público; el monarca recompensaba ampliamente á los guerreros que se habian distinguido, promoviéndolos á los grados que les correspondían. Los prisioneros, recibidos con cierta solemnidad, eran custodiados en los calpulli, para ser sacrificados en la fiesta para que fueron tomados. Al rey se le recibía de una manera expléndida, con todos los honores del triunfo. Caso de un revés, los guerreros penetraban en la ciudad confusos y en silencio; las familias lloraban sus deudos perdidos, siguiéndose la ceremonia general de las exequias por los difuntos."

(Orozco y Berra.—Tomo I, págs. 248 á 251.)

"NOBLEZA Y DERECHO DE SUCESION ENTRE LOS MEXICANOS:

La nobleza de México y de todo el imperio estaba dividida en muchas clases, que fueron confundidas por los españoles bajo el nombre general de Caciques. Cada clase tenia privilegios é insignias particulares; de modo que aunque el traje de aquellas gentes era muy sencillo, desde luego se conocia el carácter de la persona. Solo los nobles podian llevar en la ropa adornos de oro y de piedras preciosas, y á ellos pertenecian exclusivamente, hasta principios del reinado de Moteuczoma II, las principales cargas de la casa real, de la magistratura y de la milicia.

El primer grado de la nobleza en Tlaxcala, en Huejotzinco y en Cholula, era el de Teuctli. Para obtenerlo era necesario ser de sangre noble, haber dado pruebas de valor en muchos encuentros, tener cierta edad, y sobre todo, grandes riquezas, para sufrir los grandes gastos que aquella dignidad atraia. Debia además el candidato hacer un año de rigorosa penitencia, que consistia en ayuno perpetuo, en frecuentes efusiones de sangre, en la privación de todo trato con mujeres, y en sufrir resignadamente los insultos, los oprobios y los malos tratamientos con que ponian á prueba su constancia. Perforábanle los cartílagos de la nariz, para colgarle unos granos de oro, que eran la principal insignia de su clase. El dia en que tomaba posesión de ella, le quitaban traje de penitencia y le ponian brillantes galas; atábanle los cabellos con una correa de cuero teñida de escarlata, de la que pendian hermosas plumas, y le suspendian de la nariz los granos de oro. Esta ceremonia se hacia por un sacerdote en el atrio superior del templo mayor, y después de haberle conferido la dignidad le dirigia una arenga gratulatoria. De allí bajaba al atrio inferior, donde asistia con la nobleza á un gran baile, al que seguia un espléndido banquete, que daba á sus espensas á todos los señores del estado. Regalaba á estos innumerables vestidos, y tal era la abundancia de manjares que se consumian en aquella ocasión, que según algunos autores, se servian mil y cuatrocientos y aun mil y seiscientos pavos, otros tantos ciervos, conejos y otros animales, y una increible cantidad de cacao en muchas bebidas, y las frutas mas esquisitas y delicadas de aquella tierra. El título de Teuctli se añadia como apellido al nombre propio de la persona que gozaba de aquella dignidad, como Chichimeco-Teuctli, Pil-Teuctli y otros. Los teuctlis precedian á todos los otros en el senado, tanto en los asientos como en la votación, y podian llevar detras un criado con un banquillo, lo cual se consideraba como privilegio altamente honroso.

La nobleza mexicana era por lo común hereditaria. Conserváronse hasta la ruina del imperio con grande esplendor muchas familias descendientes de aquellos ilustres aztecas, fundadores de México, y aun ahora existen ramas de aquellas casas antiquísimas, aunque envilecidas por la miseria y confundidas entre la plebe mas oscura. No hay duda que hubiera sido mas sábia la política de los españoles, si en vez de conducir á México mujeres de Europa y esclavos de Africa, se hubiesen empeñado en formar de ellos mismos y de los mexicanos una sola nacion por medio de enlaces matrimoniales.

En México y en casi todo el imperio, los hijos sucedian á los padres en todos sus derechos; escepto en la casa real, como ya se ha dicho. Por falta de hijos sucedían los hermanos, y por falta de estos los sobrinos."

Diccionario Universal de Historia y Geografía. Apéndice. Tomo 3, pág. 25.

MAGISTRADOS DE MEXICO Y DE ACOLHUACAN.

"Los mexicanos tenian varios tribunales y jefes para la administración de la justicia. En la corte y en las principales ciudades habia un supremo magistrado, llamado Cihuacoatl, cuya autoridad era tan grande, que de las sentencias que pronunciaba en materia civil ó criminal, no se podia apelar á ningun tribunal, ni aun al mismo rey. A él pertenecia el nombramiento de los jueces subalternos y tomar cuenta á los recaudadores de las rentas de su distrito. Era reo de muerte el que usurpaba sus funciones ó usaba sus insignias.

Inferior á éste, aunque muy preeminente sin embargo, era el tribunal de Tlacatecatl, que se componia de tres jueces, á saber: el tlacatecatl, que era el principal, y de quien tomaba su nombre aquel cuerpo, y otros dos llamados Quauhnochtli y Tlailotlac. Conocian de las causas civiles y criminales en primera y segunda instancia, aunque la sentencia solo se pronunciaba en nombre del tlacatecatl. Reuníanse diariamente en una sala de la casa pública, á la que daban el nombre de Tlatzontetecoyan, esto es, lugar donde se juzga, y tenian á sus órdenes un cierto número de porteros y alguaciles. Allí escuchaban con gran paciencia á los litigantes, examinaban diligentemente la causa y fallaban segun la ley. Si la causa era civil, no habia apelación; pero si era criminal, podia apelarse al cihuacoatl. La sentencia se pronunciaba por el Tecpoyotl ó pregonero, y se ponía en ejecución por el Quauhnochtli, que como ya he dicho, era uno de los tres jueces. Tanto el pregonero como el ejecutor de la justicia estaban en alto aprecio entre los mexicanos, pues se miraban como imágenes del rey.

En cada barrio de la ciudad habia un teuctli ó lugarteniente de aquel tribunal, que se elegía anualmente por los vecinos de aquella demarcación. Conocia en primera instancia de las causas de su distrito, y diariamente se presentaba al cihuacoatl ó al tlacatecatl para darles cuenta de lo que ocurría y recibir sus órdenes. Ademas de los teuctlis, habia en cada barrio ciertos comisarios, elegidos tambien por los vecinos y llamados Centectlapixques, los cuales, segun parece, no podian juzgar, sino que tenian á su cargo observar un cierto número de familias confiadas á su vigilancia y dar cuenta á los magistrados de lo que en ellas ocurria. Bajo las órdenes de los teuctlis estaban los Tequitlatoquis ó correos, que llevaban las notificaciones de los magistrados y citaban á los reos, y los Topillis ó alguaciles que hacian los arrestos.

En el reino de Acolhuacan, la jurisdicción estaba dividida entre seis ciudades principales. Los jueces estaban en los tribunales desde el rayar del dia hasta el anochecer. Se les llevaba la comida á la misma sala de la audiencia, y á fin de que no se distragesen de sus funciones para cuidar de la manutención de sus familias ni tuviesen pretesto alguno para dejarse seducir, tenian (y lo mismo en el reino de México) posesiones señaladas y esclavos que las cultivasen. Estos bienes eran anexos al empleo, no ya á la persona, y no pasaban á los herederos, sino á los sucesores en la magistratura. En las causas graves no podian sentenciar, á lo menos en la capital, sin dar cuenta al rey. Cada veinte dias se reunian los jueces de la corte, bajo la presidencia del rey, para terminar las causas pendientes. Si por ser demasiado oscuras ó intrincadas no podian fallarse entonces, se reservaban para otra reunión general y mas solemne que se celebraba de ochenta en ochenta dias, por lo cual se llamaba Nappapoallatoli, es decir, conferencia de los ochenta, en la cual todas las causas quedaban decididas, y allí delante de los vocales se aplicaba la pena á los reos sentenciados. El rey pronunciaba la sentencia, haciendo con la punta de una flecha una raya en la cabeza del reo pintada en el proceso.

En los juicios de los mexicanos las partes eran las que hacian sus defensas y alegatos; al menos, se ignora si habia entre ellos abogados. En las causas criminales no se permitia al actor otra prueba que la de testigos; pero el reo podia hacer uso del juramento en su defensa. En los pleitos sobre términos de las posesiones, se consultaban las pinturas de las tierras como escrituras auténticas.

Todos los magistrados debian juzgar segun las leyes del reino, como las espresaban las pinturas. La potestad legislativa en Tezcuco residia siempre en el rey, el cual hacia observar rigorosamente las leyes que publicaba. Entre los mexicanos, las primeras leyes salieron segun parece del cuerpo de la nobleza; pero despues los reyes fueron los legisladores de la nación: y mientras su autoridad se mantuvo en sus justos límites, celaron con esmero la ejecucion de las leyes publicadas por ellos y por sus antepasados. En los últimos años de la monarquía, el despotismo las alteró segun su capricho."

(D. Universal de Historia y Geografía. Apéndice. Tomo II, pág. 764.)

CAPITULO IV.

RELACION DEL CONQUISTADOR ANONIMO, COMPAÑERO DE CORTES SOBRE LOS GUERREROS Y SUS ARMAS.—ARMAS OFENSIVAS Y DEFENSIVAS.

RELACION DEL CONQUISTADOR ANONIMO COMPAÑERO DE CORTES, SOBRE LOS GUERREROS Y SUS ARMAS.

LA gente de esta tierra es bien dispuesta; antes alta que baja. Todos son de color trigueño, como pardos, de buenas facciones y gesto; son por la mayor parte muy diestros, robustos é infatigables, y al mismo tiempo la gente más parca que se conoce. Son muy belicosos, y con la mayor resolución se exponen á la muerte. Solía haber entre ellos grandes guerras y diferencias y todos los presos en guerra se los comían ó los hacían esclavos. Cuando ponían sitio á un pueblo y se rendían sin resistencia, los habitantes quedaban sólamente por vasallos de los vencedores; pero si había que usar de fuerza, eran reducidos á esclavitud. Guardan cierto orden en sus guerras, pues tienen sus capitanes generales, y ademas otros capitanes particulares de cuatrocientos y de doscientos hombres. Cada compañía tiene su alferez, quien lleva la bandera en su asta, de tal manera atada en la espalda, que no le molesta nada para pelear, ni para hacer todo cuanto quiera; y la lleva tan bien ligada al cuerpo, que si no le hacen pedazos no se la pueden desatar ni quitar de modo alguno. Acostumbran por lo regular gratificar y pagar muy bien á los que sirven con valor en la guerra, señalándose y dándose á conocer con alguna hazaña, pues aunque sea entre ellos el mas vil esclavo, lo hacen capitan y señor y le dan vasallos, y lo estiman de manera, que por donde quiera que va lo sirven y lo tienen en tanto respeto y reverencia como si fuese el señor mismo. A este que así se ha distinguido le hacen una señal en el cabello, para que sea conocido por su hazaña, y todo el mundo lo advierta á primera vista, porque no acostumbran traer cubierta la cabeza. Cada vez que hace alguna otra accion notable, le ponen otra señal parecida en testimonio de su valor, y los señores le hacen siempre otras mercedes."

"Las armas defensivas que usan en la guerra son ciertos sayetes á guisa de jubones de algodon acolchado, de dedo y medio de grueso, y á veces de dos dedos, que son muy fuertes, y sobre ellos se ponen otros jubones y calzas todo de una pieza, que se atacan por detrás (se cierran con cintas por detrás) Son de una tela gruesa y tanto los jubones como las calzas los cubren por encima de plumas de diversos colores, que hacen muy buena vista: unas compañias de soldados las usan blancas y encarnadas, otras azules y amarillas, y otras de diversas maneras. Los señores llevan encima ciertos sayetes como jacos, que entre nosotros se usan de malla, pero ellos los hacen de oro ó plata sobredorada. Estos vestidos de pluma son de fuerza proporcionada á sus armas, de manera que no les entran saetas ni dardos, sino que rechazan sin herir, y aun con las espadas es difícil atraversarlos. Para guardar la cabeza llevan unas como cabezas de serpientes, tigres, leones ó lobos, con sus quijadas; y la cabeza del hombre queda dentro de la del animal, como si este lo devorase: son de madera cubiertas por encima de plumas, y de adornos de oro y piedras preciosas, que es cosa maravillosa de ver; usan rodelas de diversas maneras, hechas de buenas cañas macizas (otates) que se dan en aquella tierra, entretejidas con algodón grueso doble, y encima ponen plumas y planchas redondas de oro con lo que quedan tan fuertes, que no se pasan si no es con una buena ba-

llesta. Hay sin embargo algunas que las pasan; pero la saeta no hace ya daño. Y porque acá en España se han visto algunas de estas rodelas, digo, que no son de las que llevan á la guerra, sino de las que usan en sus fiestas y bailes que acostumbran hacer. Sus armas ofensivas son arco y flechas, y dardos, que tiran con una ballesta hecha de otro palo; los hierros que tienen en la punta son de piedra cortante, ó de un hueso de pescado muy recio y agudo. Algunos dardos tienen tres puntas con las que hacen tres heridas, porque en un palo encajan tres puntas de jara con sus hierros de la manera dicha, y asi dan tres heridas en una lanzada. Tienen tambien espadas que son de esta manera: hacen una espada de madera á modo de montante, con la empuñadura no tan larga, pero de unos tres dedos de ancho, y en el filo le dejan ciertas canales en las que encajan unas navajas de piedra viva, que cortan como una navaja de Tolosa.[1] Yo vi un dia que combatiendo un Indio con un caballero, dió el Indio al caballo de su contrario tal cuchillada en el pecho, que se lo abrió hasta las entrañas, y cayó muerto al punto. Y el mismo dia vi á otro Indio dar tambien á otro caballo una cuchillada en el cuello, con que lo tendió muerto á sus pies. Usan hondas con las cuales alcanzan muy lejos; y comunmente llevan todas estas armas. Es una de las cosas mas bellas del mundo verlos en la guerra por sus escuadrones, porque van con maravilloso órden y muy galanes, y parecen tan bien, que no hay mas que ver. Hállanse entre ellos hombres de gran ánimo, y que arrostran la muerte con la mayor resolución. Yo vi á uno de estos defenderse valerosamente de dos caballos ligeros, y á otro de tres y cuatro; y viendo los Españoles que no lo podian matar, perdió uno de ellos la paciencia y le arrojó su lanza; pero el Indio antes que le alcanzara la cojió en el aire, y con ella peleó todavia mas de una hora, hasta que llegaron dos peones que lo hirieron de dos ó tres flechazos, con lo que habiendo cerrado el Indio con el uno, el otro lo abrazó por detrás y le dió de puñaladas. Mientras pelean cantan y bailan, y á vueltas dan los mas horribles alaridos y silbos del mundo, especialmente si notan que van alcanzando ventaja; y es cierto que á quien no los ha visto pelear otras veces ponen gran temor con sus gritos y valentias. En la guerra es la gente mas cruel que darse puede, porque no perdonan á hermano, pariente, ni amigo, ni dejan con vida á ninguno que prenden, pues aunque sean mujeres y hermosas, las matan todas y se las comen. Cuando no pueden llevarse el botin y los despojos del enemigo, lo queman todo. Solo á los señores no era permitido matarlos, sino que se los llevaban presos bien guardados, y luego disponian una fiesta, para la cual en medio de las plazas de las ciudades habia ciertos macizos redondos de cal y canto, tan altos como altura y media de hombre. Se subia á ellos por gradas, y encima quedaba una plazoleta redonda como un tejo, y enmedio de esta plazoleta estaba asentada una piedra, tambien redonda, con un agujero en el centro. Aqui subia el señor prisionero, y lo ataban por la garganta del pié con una cuerda larga y delgada, le daban espada y rodela, y luego el mismo que lo habia hecho prisionero venia á pelear con él. Si tornaba de nuevo á vencerlo, era tenido por hombre valerosísimo, y le daban un distintivo por tan gran muestra de valor, con otras mercedes que su señor le hacia; pero si el señor preso vencia á éste y á otros seis, de manera que fuesen siete los vencidos, lo dejaban en libertad, y estaban obligados á restituirle todo cuanto le habian quitado en la guerra. Pues sucedió que peleando una vez los de un señorio llamado Huecicingo (Huexotzinco), con los de otra ciudad llamada Tula, el señor de esta se metió tanto entre los enemigos, que no pudo volver á reunirse con sus compañeros, y aunque hizo maravillosos hechos de armas, cargaron tanto sobre él los contrarios, que lo prendieron y llevaron á la ciudad. Allí dispusieron su fiesta según costumbre, subiéndolo á la piedra, y vinieron á pelear con él siete guerreros muy esforzados, á todos los cuales mató, uno tras otro, estando él atado según era usanza. Viendo esto aquellos de Huecicingo pensaron que si soltaban á un hombre tan valiente y esforzado, no pararía hasta acabar con ellos por lo que resolvieron matarlo y así lo hicieron, cuyo hecho les acarreó nota de infames en toda aquella tierra, quedando por traidores y desleales pues habian quebrantado contra aquel señor la ley y costumbre general, no guardándola, con él como se guardaba con todos los demás señores."

(El Conquistador anónimo, compañero de Hernan Cortés. En la Colección de Documentos para la Historia de México por D. Joaquin Garcia Icazbalceta. México, 1858.)

ARMAS OFENSIVAS Y DEFENSIVAS.

Armas ofensivas—"Las armas eran flechas y porras y macanas y espadas de palo, metidos pedernales por filos para que cortasen," dice Juan Suarez de Peralta; estas eran las mas comunes; las mazas ó porras habían quedado desconocidas hasta estos últimos tiempos, en que se descubrieron curiosos ejemplares en Oaxaca, en el Estado de Veracruz, de los totonacas, por el Señor Strebel, una que yo encontré en Teotihuacán y dos más del Estado de Chiapas. El arco, las flechas y los carcaces, la honda para arrojar piedras, los dardos arrojadizos y la ballesta, ó atlatl, componían el arsenal que opusieron los pueblos del Nuevo Mundo á los invasores de España.

Tlahuitolli, se llamaba el arco para tirar las flechas; la flecha se llamaba mitl; el ástil era de madera, la flecha propiamente dicha, de obsidiana ó de cuarzo; ninguna he visto de cobre: los arcos tenían la altura del cuerpo, como el ejemplar que ví en el Museo de Bruselas y los que usan todavía los Lacandones de Yucatan; la madera de que se fabrican era fuerte y flexible. Los arcos de menos dimen-

1 Es la macana, ó macuahuitl, espada de mano.

siones se ven en el monumento de la Iglesia de San Hipólito, son indudablemente mas pequeños que los que usaban los mexica, que á juzgar por las figuras de los Códices, debían tener como minimun, un metro de longitud. La cuerda del arco era confeccionada de nervios de animales ó de pelo de ciervo, y de filamentos vegetales.

El CARCAX ó aljaba para cargar las saetas, tenía el nombre de MICOMITL, MIXIQUIPILLI; las dos palabras son genuinas; podían llevarse en el carcax, hasta "cien varas tiraderas." Del "Lienzo de Tlaxcala" y de un manuscrito que existe en la Biblioteca de Berlin, se ha tomado la forma mas comun de las aljabas que se puede ver en las panoplias de armas mexicanas de esta obra; se hacían de piel de venado sin curtir, ó de tigre, gato montés ó coyote. La forma mas sencilla era la de una alcartáz ó de una pequeña bolsa alargada.

Los mexicanos no envenenaban sus flechas; más que matar, hacían prisioneros para los sacrificios.

El arco, la flecha y el carcax eran armas de guerreros inferiores ó de soldados: no los usaban los jefes que tenían atados á la espalda las insignias ó estandartes militares.

TLACOCHTLI, era un dardo de mano que usaban los abanderados, arrojándola simplemente, ó pendiente de un lazo para retirarla despues de herir al enemigo. Tambien era arma arrojadiza el TLATZONTECTLI, vara tostada, fuerte y dura.

Hacían uso tambien de un dardo de tres puntas, llamado MINACACHALLI ó MIMACACHALLI que arrojaban por medio del atlatl, arma que manèjaban habilmente los tlatelolcas para matar aves al vuelo. Era un dardo de tres puntas para hacer tres heridas, de dientes escalonados como los de una sierra. Hoy se emplea en Xochimilco, para la pesca de las ranas, un mimacachalli de tres puntas, colocadas paralelamente en una larga vara, que se arroja al agua como una fizga.

TOPILLI, FIZGA, se usaba tambien como arma arojadiza.

La lanza, TEPUZTOPILLI; palabra tal vez de un origen contemporaneo de la conquista: los componentes son: tepuxtli, cobre y topilli, asta de lanza. Pero lo cierto es que estas lanzas de cuarzo eran enormes, y como eran quebradizas, se ajustaban en una abertura del asta y se amarraban con hilos fuertes, que han dejado las señales en el borde; una de Teotihuacan y muchas de las encontradas el año de 1901 en las excavaciones de la Calle de las Escalerillas, á espaldas de la catedral, tienen hasta 90 centímetros de longitud y 9 ó mas de ancho.

Las lanzas con que peleaban los de Chinantla, del Estado de Oaxaca ó de Chiapas, tenían veinticinco y treinta palmos de largo!!

TEMALATL, hondas, arma principal de los Matlatzincas, diestros honderos ó fundibularios, que desde niños se ejercitaban en el uso del tenatlatl, que siempre tenía ceñida en la cabeza.

Las mazas ó porras, Cuauhololli, nombre derivado de Cuahuitl, madera y del verbo ololoa, hacer cosa redonda como bola. Respecto á las mazas ó porras de los chichimecas, se encuentra la siguiente mención en los Documentos para la historia de México publicados por el Sr. Icazbalceta, (Tomo II. página 296).

"Son muy grandes flecheros, porque no pelean con otras armas, sino es algunas *porras*, que tienen hechas de un palo que llaman guayacan, á la cual porra traen una manija de ...... cuero de venado adobado que meten en el brazo, ansi la traen colgando desque andan flechando, é desque se les acaban las flechas, ó armas que traen, echan mano á la porra para pelear."

Entre las armas ofensivas poco conocidas deben mencionarse dos de la colección del Señor Strebel de Hamburgo, labradas en piedra, en forma de piñas, con una asa para manejarlas, colgadas de un lazo; una de 15½ centímetros de alto, ocho de diámetro y 2½ centímetros de ojo; la segunda, un poco mas grande que la primera, es de 17 centímetros de alto y casi del mismo diámetro; eran armas de los guerreros totonacas, pertenecientes á lo que hoy es Estado de Veracruz.

Las mazas de Oaxaca, tambien de piedra durísima, se montaban en mangos de madera; una, figura una calavera, dos una cara, tal vez de alguna deidad, la cuarta es casi esférica y con asa como las totonacas, lleva el símbolo de la muerte: debieron ser armas terribles en manos vigorosas. El Museo Nacional tiene ejemplares semejantes, pero no se ha conocido el uso que de ellas se hacía: últimamente el Sr. Saville, del Museo de Nueva York, encontró en las excavasiones de Criptas Zapotecas, una hacha de esta clase, y yo otra figurando una cabeza de serpiente, en Teotihuacan.

El Sr. Lic. D. Emilio Rabasa puso á mi disposición para formar unos trofeos mexicanos, dos hachas ó mazas de Chiapas, que representan caras, llevando en las mejillas un geroglífico de escritura maya.

Había otra arma indispensable para la clase de guerra que hacían los mexicanos, cuyo principal objeto era procurarse prisioneros para los sacrificios, era el CUAUHCOZCATL, "collar de palo para asegurar á los cautivados en la guerra, era una especie de cepo para las manos" y tambien para el cuello, como lo indica su nombre; cuahuitl, palo y cozcatl, collar. "La collera, dice el Sr, Orozco y Berra, era una pieza de madera, que ajustando al cuello terminaba en dos argollas por la parte posterior, por estas pasaba una vara larga, á cuyos extremos no pudiera alcanzarse con las manos, ligada á otra segunda vara exterior de una manera sólida: la collera servía no solo para distinguir al mal esclavo sino para impedirle huir entre la gente ó penetrar por lugares estrechos."

MACANA ó MACANITA, "garrote grueso de madera dura y pesada, usado en las Antillas y en ambas Américas" "Esta palabra de origen isleño, fué aplicada por los conquistadores para significar la espada mexicana MACUAHUITL; pero entre una y otra había grandes diferencias. La macana de las Antillas, tenía la forma de una paleta

hasta el cabo, y del cabo á la empuñadura se viene angostando, no aguda de los cabos sino chata; estas son de palma, porque las palmas no tienen las pencas como las de acá (de España) sino lisas y razas, y son tan duras y pesadas, que de hueso, y cuasi de acero, no pueden ser más, llámanlas macanas."

El uso de la Macanita era diferente según dice el conquistador Suarez de Peralta, hablando de la manera de sacrificar: "toma (el sacerdote sacrificador) una *macanita* chiquita, de palo, que tiene en la punta una de pedernal, ancha como de una mano, la cual es muy aguda y afilada mas que si fuera navaja, que está para este propósito, y él á quien han de sacrificar se pone muy derecho, los ojos hacia la parte donde nace el sol, y alza el brazo izquierdo lo mas alto que puede; de manera que se descubra bien el corazon. Y puesto en esta postura, el que tiene *la macana* le dá con ella en el corazon entre dos costillas."

Esta era pues, una de las muchas maneras de sacrificios humanos.

Otra es la acepción que dan los historiadores á la palabra macana, como sinónimo de macuahuitl, espada mexicana, espadarte, espada de mano, derivada de maitl, mano y de cuahuitl, madera; la correa para colgarla al brazo era de color rojo, verde, azul ó de cuero dorado. La altura no llegaba á un metro, era arma poderosa en manos de guerreros, de alta graduación, que siempre llevaban la bandera ó estandarte atada fuertemente á las espaldas.

Tepetlanilcuahuitl, "macana muy liviana pintada de color de fuego, que salían de ella centellas y llamas de fuego," según Tezozomoc. La palabra se deriva de tlapetlaniliztli, relámpago, ó de tlapetlani, relampaguear, y de cuahuitl, madera.

Atlatl, ballesta mexicana, arma que servía para arrojar saetas ó dardos de tres puntas, llamados minecachalli ó minacachal. Hasta el ilustre historiador D. Manuel Orozco y Berra, no se había visto un atlatl original, ni se había publicado algo claro sobre su mecanismo; por primera vez publiqué en dibujos exactos y del tamaño de los originales, los dos atlatl del Museo de Berlin, en mi obra de los "Monumentos del Arte Mexicano."

Dice el Sr. Orozco: "Los dardos llamados tlacochtli se tiran con una ballesta hecha de otro palo"....... "Algunos dardos tienen tres puntas con las que hacen tres heridas."

"No hemos encontrado descripción de esta especie de ballesta mencionada en otros lugares. Llamábase atlatl; parece inventada por los mexica durante su mansion en Atlacuihuayan (Tacubaya) cuyo nombre significa, en donde se cojió ó inventó el atlatl. Esta opinión del Sr. D. José Fernando Ramirez la vemos confirmada en la pintura publicada por Mr. Aubin en Paris; el nombre de Atlacuihuayan está expresado jeroglificamente por el atlatl; ignoramos cuál fuese su mecanismo" (Tomo I, cap. II; pág. 240.)

El atlatl de Dorenberg tiene 49 centímetros de longitud, tres de ancho y uno y medio de grueso: es una serpiente que lleva en el dorso la canaladura del atlatl y el vientre decorado de figuras simbólicas.

En el Museo Etnográfico de Berlin existen dos amientos que he publicado del tamaño natural en los citados "Monumentos Mexicanos;" son casi iguales y del mismo tamaño, labrados en la misma manera llamada tlacuilo ó palo escrito; conservan aún los restos de los colores rojo y verde con que estuvieron pintados; su longitud es de sesenta y un centímetros, cuatro de ancho en la cabeza del atlatl y dos y medio en la extremidad inferior: tiene dos caras ó superficies; una convexa en que está en relieve una serpiente, llevando una cabeza humana en la boca, en su cuerpo unos pajaritos y un signo que parece un ojo; la cola de la serpiente termina en un cascabel y en un abanico de plumas; la cara plana tiene una canaladura ó corredera para la flecha, que se aplica por su base en una muesca. Esta corredera tiene treinta y seis centímetros de largo y uno de ancho, con tres milímetros de profundidad llevando á los lados dos bandas adornadas de figuras. Estas curiosas armas se nos dijo que eran de origen mixteco, del pueblo de Tlaxiaco; en el Museo de Berlin están colocadas entre los objetos pertenecientes á la Arquelogía de Oaxaca.

El atlatl de Londres, cuyo dibujo nos proporcionó el Señor Dr. Uhle, de Berlin, tiene de largo cincuenta y un centímetros, tres y medio de ancho en la cabeza y dos y medio en la extremidad inferior; es parecido en la forma general á los amientos de Berlin; en la muesca y canaladura; en el dorso tiene grabado un guerrero de cuya boca sale una flecha, pero lo mas importante de este objeto es que conserva la mitad de la agarradera en la parte inferior, agarradera en que se metían los dedos índice y medio de la mano derecha para disparar las flechas. Esta parte del atlatl se ha conservado íntegra en el fragmento encontrado en la Hacienda del Coyote en el Estado de Coahuila, como puede verse en la monografía del Doctor Eduardo Seler de Berlin, titulada "Altmexikanische wurfbretter."

El Señor Doctor Max Uhle se ha ocupado del atlatl Sud y Centro americano; es arma que ha pertenecido al Perú, al Ecuador, al Brasil, Colombia, Guatemala y Palenque; es pues esencialmente americana.

En los dos ojos de las agarraderas, metían los dedos índice y medio, derechos, poniendo el pulgar en la parte plana: extendido y levantado el brazo; se puede afirmar que para arrojar la flecha, se servía el guerrero puesto en pié, de una palanca de cerca de tres metros, y las varas ó saetas, según dice Bernal Diaz, "que tiraban con *tiraderes*," pasaban cualesquiera armas.

Acerca del grado de puntería que alcanzaron los de Tlaltelolco en el uso del atlatl, refiere lo siguiente el historiador Tezozomoc: "Despues de esto (haciendo pruebas de habilidad en el manejo de las armas) fueron á causa y corrieron con unos dardos que llaman *minacachalli* de tres

puntas, con un palo de tres palmos que llaman *atlatl*, arrojadera del *minacachal*, y tirado se lo trajeron á *Moquihuix* (Rey de Tlaltelolco) en el minacachal, y luego les dijo á todos juntos: veis, hermanos, como á una ave que va volando le tirais y la matais? En un *carcax*, que en mexicano se llama *micomitl*, ó *mixiquipilli*, se llevaban las flechas, y de ellas hasta ciento cargaba el *tlaminqui* ó *flechero*. En los códices y otras escrituras jeroglíficas se ve cláramente cómo se colocaba la saeta en el atlatl, pero nó como se llevaba el *micomitl* ó aljaba en la espalda; este detalle importante lo he encontrado en un manuscrito mexicano en papel de maguey, que bajo el número 7 se conserva en la Biblioteca Real de Berlin, y contiene una figura que lleva en las espaldas una aljaba de forma cónica pendiente de un cordón que vá del hombro izquierdo al cuadril derecho.

El mecanismo del atlatl ha sido ya explicado en estos últimos tiempos; sin embargo en el que se encuentra en el mapa Tepechpan, parece que el tlacochtli arrojadizo, queda pendiente en un hilo, del brazo del guerrero que disparaba.

En el atlatl comun que es una vara de tres dedos de ancha y una vara castellana de largo, hay en la parte mas ancha una muesca para detener la saeta, y á lo largo una canaladura para contenerla, la base está hácia arriba y la punta abajo; el brazo de palanca para arrojar el dardo se extiende de la planta del pié izquierdo á la altura de toda la mano derecha y el atlatl en lo alto.

Los atlatl de Berlin tienen 60 centímetros de largo: algo mas se ha publicado despues acerca de esta arma, todavia usada en pueblos primitivos.

El atlatl de la colección de Doremberg, que existe en el Museo Nacional, representa una culebra: no pudo servir para arrojar dardos, mas bien parece un verdadero cetro, de Huitzilopochtli ó de los Reyes, llamado Coatopilli, baston culebra.

Los mayas de Yucatan aprendieron de los mexicanos el arte de la guerra y el uso del atlatl. "Tiraban varas, dice un historiador, con un palo, grueso, como tres dedos agujerado hácia la tercia parte, y largo de seis palmos, y que con él y unos cordeles tiraban fuerte y certeramente."

Por último, deben considerarse entre las armas ofensivas los puñales incrustados que forman los mosaicos de Christy, de Londres, y los del Museo prehistórico de Roma, perteneciente el primero á los guerreros Cuauhtli; uno de los segundos, al Ocelotl y el tercero, tal vez á alguno de alta gerarquía.

Armas defensivas.—Ichcahuipilli, armas de algodon, dice el Padre Molina, compuestas de un sayo del pecho hasta poco mas abajo de la rodilla, de algodon doble colchado, suficiente para embotar el golpe de las flechas ó la lanza armada de pedernal. El cozohuipilli es igual al anterior, pero de color amarillo; las radicales de las palabras son: ichcatl, algodon; huipilli, vestido largo, y cozauhqui, color amarillo. Según el historiador Landa los que usaban en el antiguo Yucatan, eran tambien de algodon colchado y sal, y eran "fortísimos;" usaban igualmente para cubrirse de las pieles de tigre y de leones ó pumas; usaron del atlatl, ballesta que tambien usaron los mexicanos.

Los cascos, mas bien que defensa de la cabeza, eran para atemorizar al enemigo, costumbre de los pueblos guerreros de la antigüedad, por sus formas feroces y hasta horripilantes. Los códices mas conocidos, el de Mendoza y el de Moctezuma, publicado en mi obra de los "Monumentos mexicanos," traen las figuras del ocelotl, del tigre, de tzitzimitl que eran los mas comunes; el casco figurando una cabeza de serpiente, solo se ha encontrado en los relieves de la gran Pirámide ó templo de Xochicalco.

Uno de los enviados de Moctezuma á Cortés vió con atención un casco de sus soldados y quiso llevarlo á su Señor; el caso lo refiere Vetancourt del modo siguiente: "Habiase aficionado el Teuhtile, (embajador del Rey) de un casco medio dorado de un soldado, porque dijo se parecía al que tenía Huitzilopochtli (su dios Marte) y diósele Cortés, diciéndo que para saber si el oro de acá era como el de Castilla, se lo trujese de granos de oro." (Vetancourt 1871.—Tomo II pág. 44.)

El casco de Xipe que encontré en Texcoco, fragmento de la estatua de esta deidad, tenía gran semejanza con el casco griego; cubría la cabeza como morrion, llevando una cimera de plumas de quetzal; pero esta, puede decirse que es la forma clásica, puesto que lo portaba el dios de la guerra; había otros variados en la figura y en el ornato, como pueden verse en esta obra, decorados de plata, de oro, fabricados en madera y en otras materias. Hay una singularidad propia de los mexicanos, que el casco tanto les servía de defenza, como de estandarte en la guerra. Había otra pieza de defensa que Tezozomoc llama Cuexcoch-techimal, "adarga pescuezolera," porque á modo de gola, defendía el cuello del guerrero; la palabra se deriva de cuextetl, nuca, la parte posterior del cuello, y de chimalli, escudo: la adarga era un escudo de cuero que usaban los árabes españoles.

Tributaban los pueblos 683 armaduras con sus escudos respectivos á la corona de México, destinadas para los jefes superiores del ejército.

Escudos.—Chimalli, escudo, y Cuauh-Chimalli, escudo de madera; son las palabras genéricas de esta arma defensiva; sus variedades eran muchísimas, pero siempre en relación con la categoría militar del guerrero, ó del sacerdote; pues la gerarquía militar existía tambien entre los sacerdotes, que participaban de los peligros de la patria.

Las principales formas de los escudos se encuentran en la lámina 78 de esta obra, desde el sencillo escudo de varas de otate, hasta el que formaba las armas de México, Tenochtitlan.

1—Chimalli, formado de varas de otate, que Tezozo-

moc llama Top-chimalli, "escudo ó rodela de fino otate muy fuerte."

La palabra se deriva de toptli, un tejido de hilos de maguey y de chimalli, escudo.

Tlahuitectli-chimalli, rodela plana pintada de blanco; pertenecía á la clase de escudos sencillos, sin adornos.

2—Quetzal-poztequi-chimalli el campo del escudo está dividido por una línea transversal; tal vez á este género pertenecía el que usaba, según Tezozomoc, el rey Axayacatl, que era una rodela mitad de tigre y mitad de oro.

R.R. quetzalli, poztequi, roto ó quebrado y chimalli, rodela.

Este escudo lo usaban los guerreros huexotzincas.

3—Teocuitla-teteyo-chimalli, con cinco chapas de oro repartidas simetricamente, dan la radical teocuitla; teyotl, en forma frecuentativa, significa reputación, gloria, honor; escudo de tan alta estima.

4—Variedad de Teocuitla-teteyo-chimalli; usado por el Rey de Texcoco; campo azul y adornos de oro, tres colgantes de cuero dorado.

5—Hihui-teteyo-chimalli de Huitzilopochtli; la misma etimología de los dos anteriores, pero formado de pluma, ihuitl, ó de mosaico de esta. Se encuentra en el escudo que se ve al Norte, en el costado de la Iglesia de Tlaltelolco.

6—Citlalo-chimalli, de citlalin, estrella; ocho placas circulares blancas al rededor de una central mas grande, en campo azul.

7—Quetzal-xical-coliuhqui-chimalli.

R.R. quetzalli, pluma verde; xicalli, jícara para beber; coliuhqui, torcido, aludiendo á la greca que forma el adorno característico del escudo nacional por excelencia. El campo es verde, de mosaico de plumas de quetzal.

Este escudo portaba el Rey Ahuizotl; segun el historiador Tezozomoc.

De esta clase es el escudo de mosaico de pluma que existe en el Museo de Stuttgart descubierto y conservado por Von Hochstetter y el de la misma clase Ixcoliuhqui-chimalli, para jefes inferiores.

8—Quetzal-cuexyo-chimalli, forma de la célebre rodela llamada de Moctezuma, que existe en el Museo Nacional. El escudo es de mosaico de pluma de quetzal, era de origen cuexteca, de cuextlan ó huaxteco.

Le faltan las cuatro placas de oro en forma de herraduras que debió tener.

La rodela de Moctezuma fué llevada de Bélgica á Viena, á fines del siglo antepasado, según el Sr. Angel Núñez Ortega; de Viena la trajo á México el Emperador Maximiliano. En 1865 fué entregada al Conde de Bombelles, capitán de la guardia palatina, para ser conducida á México.

Trofeo enviado por Cortés á Carlos V.

"El escudo llamado de Motecusohma es una de las rodelas de pluma llevadas á España por Alonso Hernández de Portocarrero y Francisco de Montejo, Procuradores de la Villa Rica de la Veracruz, el año 1519."

La rodela fué uno de los presentes de Moctezuma á Cortés; se encuentra en el Museo Nacional de México, con la siguiente inscripción:

"Rodela "chimalli" de Moctezuma II || Trofeo azteca remitido por el Conquistador Her || nan Cortés á Carlos V, depositado primero en un Mu || seo militar de Bruselas, despues en el Museo de Ar || mas del Arsenal de Viena y trasportado á México || en 1866 ||

Según los historiadores de México, los escudos pe || queños en forma de rodelas, hechos de varitas ó de jun- || cos, cubiertos con piel de "Ocelotl," tigre, y adornados || con plumas, círculos y chapas de oro, eran "chimalli" || de gala, que usaban en las fiestas y danzas ||

La rodela azteca del Museo Nacional pertenece al tipo de las designadas con el nombre de Quetzalcuexyo-chimalli. Mide sesenta y siete centímetros y medio de diámetro horizontal y sesenta y ocho de vertical. Es un trabajo de mosaico de pluma, resto de los de su género, destinado para los bailes, pues las rodelas para la guerra tenían resistencia suficiente hasta para las ballestas españolas.

La armazon está formada de un petatillo de varitas unidas por hilos de algodón, especie de petatillo de bambú de los japoneses; varillas de tres á cuatro milímetros de grueso. Esta armazón está ribeteada de pergamino; la parte plana de tejido de algodón ordinario y despues papel de amatl ó piel de Ocotochtli, pero no de tigre.

Las líneas curvas son de plumas rojas y azules de xiuhtototl, las verdes de chupamirto, las negras de cuervo y por último de huilota ó paloma chicalotera, la parte inferior.

Faltan las medias lunas de oro que tenía el Chimal llamadas teocuitla-yaca-metztli, de origen cuexteca.

Las borlas colgantes á juzgar por los amarres de las plumas debieron ser cilíndricas, y lo mismo fueron todas las destinadas para la guerra.

9, 10 y 11—Formas del Cuexteca-chimalli, hechas de mosaicos de diferentes colores, entre los cuales se comprende el que lleva fajas negras.

12—Macpallo-chimalli; que tenía una palma de mano; macpalli, ó todo el brazo, con el antebrazo y la mano.

Una deidad del manuscrito figurativo de León y Gama, publicado de la colección Aubin, tiene este escudo, llevando en la frente una calavera y figuradas tres manos en el maxtli.

13—Macpalo-chimalli, de Bilimek; del mismo significado que el anterior, solo que aquí el escudo tiene la mano y el brazo.

14—Tetzaca-necuillo-chimalli; derivado de "tezcanecuilli," concha de caracol de mar; tentetl, clavo para el labio inferior. En uno de los guerreros tlaxcaltecas, se puede ver en esta obra, esta clase de besotes.

15—Ixcoliuhqui–chimalli; ixtli, cara; coliuhqui, torcida; algo parecido á una cara torcida representa la figura; lo usaban los jefes inferiores.

16—Ixcoliuhqui–chimalli de Von Hochstetter; es la misma forma anterior, como se puede ver en los adornos: este escudo se encuentra en Europa; su figura y colores se hallan en mi obra de los "Monumentos mexicanos."

17—Ixcoliuhqui–chimalli tomado de un barro de Texcoco; caracterizado por el ojo, que tambien se llama Ixlit.

Ixcoliuhqui, nombre de un escudo que tenía una banda atravesada: parece que hay aquí un error en Tezozomoc, pues el Ixcoliuhqui tiene como su etimología lo indica, una cara torcida, derivado de ixtli, cara y de coliuhqui, torcido ó encorvado.

18—Escudo rectangular del monumento de Xochicalco, perteneciente á los tlahuicas.

19—Escudo ovalar Chichimeco, tomado de un manuscrito de la época del Reino de Acolhuacan.

20—Escudo circular Chichimeco, del Códice de Mendoza.

21—Cuauh–teteponyo–chimalli; el nombre se deriva de cuauhtli, águila y tetepontli, garra, rodilla de pierna; este escudo se adunaba á la divisa papalotl; la rodela tenía la garra en campo rojo y blanco; era la divisa de la fiesta Xocotl–huetzi. El traje correspondiente era amarillo.

Cuauh–pachiuhqui–chimalli es el mismo anterior; su compañero análogo es el Ocelo–teteponyo–chimalli; lleva la garra de tigre; los dos para caudillos superiores.

22—Ocelo–teteponyo–chimalli; la garra de tigre distingue á éste del anterior.

23—Tozmiquizyo–chimalli; tozcatl, garganta; miquiztli, muerte: un craneo blanco en campo amarillo, que usaban jefes superiores.

24 y 25—Texaxacallo–chimalli; del lienzo de Tlaxcalla. Se llevaba con el azta–chuatl y el aztapatzactli. Propio de los guerreros tlaxcaltecas.

26—Ihuitetzouhqui–chimalli. R. R. ihuitl, pluma menuda y cozauhqui, color amarillo.

27—Anahuayo–chimalli, del jefe del ejército de Anahuac; por antonomasia nacional.

El Teocuitla–xapo–chimalli, es el mismo Anahuayo–chimalli de Xipe de caudillos superiores, y del principal jefe del Ejército, del Rey: era de Mosaico de pluma, cerco de oro y un disco central clavado. Sus variedades eran las siguientes:

Azul: Texoxapo–chimalli.

Rojo: Tlapalxapo–chimalli.

Negro: Tlilxapo–chimalli; caracterizados por el color del disco clavado en el centro, fuera azul, rojo ó negro.

Este escudo es originario de la Costa, de la gran madre de la tierra, la diosa Teteoiunan.

28—Anahuayo–chimalli de Xipe; como el anterior.

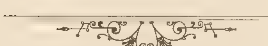
29—Escudo del Rey Axayacatl grabado en el monolito epigráfico azteca, que se encuentra en la Barranca de Amanalco, en Cuernavaca; es el escudo con bandera de mano del dios Xipe, y contiene, según el Dr. Eduardo Seler, la fecha del principio del reinado de Axayacatl.

30—Escudo de Armas de México–Tenochtitlan, del historiador Duran.

Escudos especiales Xiuhchimalli, rodela que tenía una piedra preciosa verde en el centro y el rededor sembrado de piedras finas; (Tezozomoc) de xihuitl, turquesa.

El escudo especial que regaló Nezahualcoyotl al rey Axayacatl, era "una rodela con la mitad forrada con cuero de tigre y en la otra mitad un sol de oro", según Tezozomoc.

El escudo de Nezahualcoyotl, mal dibujado se vé en las armas de Texcoco; representa una vulva, que simbolizaba la pasión favorita del rey poeta y legislador.



CAPITULO V.

DIVISAS, ESTANDARTES Ó BANDERAS DE GUERRA.

DIVISAS, ESTANDARTES O BANDERAS DE GUERRA.

LOS estandartes mexicanos eran del género del *signum* de los romanos; se llamaban en idioma nahuatl CUACHPANTLI ó CUACHPAMITL ó CUACHPANITL; el nombre común de bandera era pantli, panitl ó pamitl; si la bandera era del papel fabricado con la corteza del amate, se llamaba ama–pamitl; si era tejida de algodon, cuach–pamitl. Las banderas de plata y oro eran portadas de dos en dos; las primeras se llamaban Ixtac–teocuitla–pamitl, y las de oro, Coztic–teocuitla–pamitl: estas eran insignias del dios Painal, el ayudante de campo del dios de la guerra.

La bandera de plumas de quetzal, quetzal–pamitl, era para jefes guerreros; la denominada Zacuan–pamitl, era de las plumas amarillas del ave zacuan; otra compuesta de cinco banderas con penachos de plumas, Macuil–pamitl, era como su nombre lo indica; Ixtlapal -pamitl, una divisa pendiente de un barrote atravesado, del cual colgaba como gallardete: en el costado oriental del monumento azteca, situado en la Iglesia de San Hipólito, hay un estandarte de este género, con su *Cuaxolotl.*

Tlacochcalca–yotl, era una enseña Quetzalpamitl para el *Tlacochcalcatl* ó general en jefe del Ejército.

Las banderas *pamitl ó pantli* y la llamada *mac–pamitl,* ó de mano, eran los guiones en la batalla; la segunda se usaba tambien en los bailes. Huitzilopochtli y Painal, dioses de la guerra, eran representados con banderas en la mano, macpamitl, alzadas en alto.

La toma de la bandera que llevaba el jefe del Ejército mexicano y por consiguiente, su muerte, daba fin al combate: era la señal de la derrota; esta costumbre dió la victoria á los españoles en la jornada de Otumba, que pudo completar su derrota de la Noche Triste.

No fueron los mexica los únicos en esta costumbre: en la Batalla de Lepanto, que salvó á la Europa de la invasión sarracena, cuando "los dos bajeles almirantes se atacaron al abordaje, el jefe turco pereció, el pabellon mahometano fué arrancado por los Españoles, que enarbolaron en su lugar el cristiano." (Lacunza, Discursos históricos publicados en el "Museo mexicano.")

La mayor parte de las banderas, casi todas, se llevaban fijas á la espalda, en una escalera ó armazon llamada cacaxtli, en la extremidad de una asta iba la enseña distintiva, la verdadera divisa.

La descripcion de los estandartes fijos ó Patzactli, asunto capital de la Indumentaria, está ajustada al cuadro de la lámina 79 de esta obra. La palabra Patzactli, significa apretado, derivada del verbo *patzoa,* y estaba la bandera de tal manera que no se podía quitar sin matar al que la llevaba, como sucedió en Otumba al Cihuacoatl, al perder el estandarte llamado Tlahuizmatlaxopilli.

Los estandartes Patzactli los portaban generalmente los caudillos Tiacahuan ó Cuacuauhtin.

1.—El Quetzal–patzactli se componía de un casco ó armazon en forma de cabeza, cubierta de ambos lados con mosaico de plumas de quetzal, exclusivamente. El abanico ó peine de plumas que forma la bandera, se componía de una doble hilera de plumas, las guías de la preciosa ave, *Pharomacrus Moccino,* de Lallave; era tambien esta divisa distintivo de los Reyes en

los bailes. Podía portarla tambien el jefe guerrero Tlatoani-pilli, que era el gran señor orador, ó el que llevaba la palabra. La divisa Cuetzal-patzactli, hecha de plumas de cuetzalli, de color rojo cinabrio, del guacamayo ó Alo, (Citace Macao), la Cacal-patzactli, de plumas negras del cuervo, eran variedades de la forma Quetzal-patzactli.

2.—Zacuan-patzactli, de color amarillo, de plumas de Zacuan.

— Azta-patzactli, de la clase anterior, formada de plumas blancas de garza, sobresaliendo algunas verdes de quetzal.

— Tlauhquechol-patzactli, de plumas rojas del ave pico-cuchara, plumas propias del dios de la guerra; de uso del general en jefe, Tlacatecatl, ó del mismo Rey.

— En el Lienzo de Tlaxcala se ven figuras de guerreros llevando, como banderas fijas, Patzactli, las gorras puntiagudas del vestido cuexteca.

— Xiloxochi-patzactli, formada de capas de pluma, discos de oro en las sienes, como en el mismo casco de Macuilxochitl.

— Había otra bandera fija formada de una ave de color verde y rojo, que se puede ver en la lámina de esta obra, número 34, que se usaba con traje amarillo y escudo Quetzal-xical-coliuhqui-chimalli.

— Los portadores de esta clase de banderas, eran devotos de Xiuhtecuhtli, dios del fuego.

— El Quetzalpactactli que llevaba el Tlatoanipilli, debía acompañarse del jubon azul de turquesa, Xiuh-toto-ehuatl, y del escudo del dios Xipe, tambien deidad de la guerra, llamado teocuitla-xapo-chimalli. El Rey de Texcoco, Nezahualcoyotl, regaló una divisa del género Quetzalpatzactli al de México, Axayacatl.

3.—Cuaxolotl, "era como un cestillo hecho de plumas, segun Sahagun, y enmedio de él un perrillo, el cual tenía en la cabeza un plumaje largo: tenía este perrillo los ojos y las uñas de oro:" era divisa propia del Tlacatecatl; la forma característica de esta divisa se ve en la figura tomada del Códice de Mendoza.

— Hay de esta clase de estandartes, los de mayor gerarquía en la guerra de los mexicanos, cinco clases de cuatro colores: en uno, en lugar del perrillo xolotl, se ve una calavera, como en la figura 3 de la lámina 79 de esta obra, que se ha tomado de una publicación del Profesor Eduardo Seler. El armazon hemisférico, á manera de parasol, estaba cubierto de mosaico elegante de pluma y colgajos del mismo género; encima de esta divisa estaba el xolotl ó perrito, ó bien la calavera, pero era más comun el primero. La palabra se compone de cuaitl, cabeza, y de xolotl, perrillo, figura emblemática de significado desconocido.

Esta insignia Cuaxolotl, que puede verse en el monumento de la Iglesia de San Hipólito, era la primera en categoría y la más valiosa de todas las del nombre Patzactli, porque la llevaba siempre el Tlacatecatl, general en jefe, que era algunas veces el mismo Rey.

— Toz-cuaxolotl, de color amarillo; Iztac-cuaxolotl, blanco; Chichiltic-tlapal-cuaxolotl, de color rojo; en el Códice Moctezuma hay otro de color verde; y Xoxouhqui-cuaxolotl, de color azul, color para los Reyes, ó de los monarcas. Del Toz-cuaxolotl, amarillo, hay siete figuras en el Códice Moctezuma, que he publicado en los "Monumentos del arte mexicano;" tanto la enseña como el traje, son de color amarillo; pero el que llevaba la calavera se usaba con jubón rojo, llamado Tlapal-ilhui-ehuatl, con una placa de oro llamada yacametztli, en figura de media luna, para las narices, y con el escudo Teocuitla-xapo-chimalli, decorado con un gran anillo de oro en el centro: este era traje del general en jefe ó Tlacatecatl.

4.—Cuextecatl, nombre genérico de escudos, divisas y vestidos aplicado á la indumentaria de la costa del Golfo Mexicano; el gorro puntiagudo de este traje se llamaba copilli, con plumaje ó borlas colgantes en la punta; se llevaba puesto en la cabeza y servía tambien de divisa fija para la espalda. El vestido Iztac-cuextecatl, era de color blanco con el azta-copilli, de plumas blancas de garza, era para jefes inferiores; en el asedio de la Ciudad de México, se pueden ver estas figuras en el lienzo de Tlaxcala. La divisa Xoxouhqui-cuextecatl, era verde; la Chictlapanqui-cuextecatl, tenía la mitad verde y la mitad amarilla, tanto en el copilli como en el jubon; la bandera quetzal-copilli de mosaico de plumas de quetzal, de la figura 4 de la lámina 79, se portaba con gorra cuexteca y se usaba por jefes superiores.

Por raras y extravagantes que parezcan estas enseñas y los mismos vestidos, hay que tener en cuenta la influencia que tenían en la vida y en todos los actos de los mexicanos, las prácticas religiosas ó mitológicas: el guerrero era un ídolo disfrazado.

5.—Zaca-calli, casa de zacate ó de paja, con techo del mismo material; variedad de esta divisa era tambien la llamada Cal-tzacualli, casa de piedra con pirámide de escalones que se puede

ver en las banderas de los guerreros del "Lienzo de Tlaxcala."

6.—Tonatiuh, estandarte con la figura de un sol ó como se dice vulgarmente, de un calendario azteca. Había un Zacuan-Tonatiuh, de color amarillo, "hecho de pluma rica, de las doradas del Zacuan, como una gran rueda, y llevaba este estandarte en el medio, la imagen del sol hecho de oro:" un Quetzal-tonatiuh, de plumas verdes, semejante al anterior, era una de las enseñas nacionales, de México y de Tlaxcala. La divisa Quetzal-toname-yotl, "era de una plumería con un sol llano, relumbrante como espejo," que dió Moctezuma II al célebre y valiente guerrero otomí, Tlahuicole. Quetzal-toname-yotl, se compone de quetzalli, pluma verde, y de tonameyotl, brillo del sol, la luz: tonametl, significa rayo solar.

7.—Tlapal-ihui-telolotli, bolas enmarañadas de plumas rojas: de las radicales, tlapalli, color bermejo; ihuitl, pluma ligera, y telolotli, piedra redonda. Semejante á la anterior era la Iztac-ihui-telolotli, enmarañados envoltorios de pluma blanca.

8.—Ometoch-tlahuiztli, primera divisa de los dioses del pulque. Ometochtli, dos conejos; era una olla con la espuma de esta bebida, figurada: para el vestido se usaba una manta semejante en adorno, llamada Ometoch-tecomatilmatli.

— Ocelo-tlachi-comitl, era una divisa de una olla de pulque forrada de cuero de tigre en que se figuraba la espuma de esa bebida por medio de plumas blancas de garza y de quetzal intercaladas de una en una: era la divisa de la misma deidad Ometochtli.

9.—Tlaquimilolli, lío atado con cuerdas: la palabra viene del verbo quimiloa, envolver.

10.—Tlapal-itz-mitl, formada de una flecha de punta roja.

11.—Tlacoch-patzactli, estandarte fijo formado de dardos arrojadizos.

12.—Tzipil, niño ó Tzipilon, su diminutivo; era un niño recortado en madera: "niño sucio con escremento en la mano."

13.—Mexayaca-tlahuiztli, bandera formada de una máscara, mexayacatl: era la representación de Itztla-coliuhqui, dios del frío, hijo de Toci, la gran madre de la tierra, Teteoinnan. Del muslo de las víctimas sacrificadas á la diosa Toci, se tomaba un pedazo de piel humana para hacer la máscara, mexayacatl de esta bandera. En el ya mencionado Lienzo de Tlaxcala, publicado por la "Junta Colombina," se ve esta enseña en la lámina 27, correspondiente á Xaltelolco.

— En esta clase parece que deben colocarse las enseñas que llevan el nombre de Tzitzimitl, palabra que significa segun Molina, demonio, y diablo habitante del aire, segun el Padre Sahagun.

— Toz-tzitzimitl, la divisa de este nombre hecha de plumas ricas con oro, "un monstruo hecho de oro," en medio de la bandera. Llevaba un penacho de pluma rica.

— La divisa Iztac-tzitzimitl, era de plumas blancas.

— Ocelo-tzitzimitl, figura monstruosa del Ocelotl ó tigre.

— Xoxouhqui-tzitzimitl, era un monstruo, "como demonio, hecho de plumas verdes con oro y encima de la punta de la cabellera, llevaba un penacho de plumas verdes."

En el "Lienzo de Tlaxcala," en la lámina correspondiente á la prisión de Cuauhtemoc, se ve un guerrero con un escudo, llevando en medio una cara monstruosa análoga á las mencionadas en las anteriores divisas y muy frecuente en la lista de las curiosidades enviadas al Emperador Carlos V.

14-15-16.—Tres divisas semejantes llevan el nombre de Toz-cocolli, que significa pescuezo, por su semejanza con un cuello alargado; esta clase de banderas, aunque imperfectamente dibujadas, se pueden reconocer en las láminas del Atlas del Padre Durán. (Tratado 1 lámina 2. cap. 4. lámina 5. cap. 10., en que se ven dos; lámina 11. cap. 35 y lámina 22. cap. 39.)

— Tozcocolli-cuaxolotl, era una antigua divisa del Rey Ahuizotl, compuesta de "una cabeza con un pescuezo largo, que parecía perro sin orejas, de oro fino;" enseña nacional que se conoce por la cabeza del perrito, xolotl; esta bandera era una combinacion del Tozcocolli y del Cuaxolotl.

17.—Chimalla-tlahuiztli, escudo que servía de bandera; esta divisa tenía tambien en el escudo que la formaba una cara monstruosa, como su principal distintivo.

18.—Tlahuizmatla-xopilli, del historiador Clavijero, formada de una red figurando la huella de un pié; matlatl, significa red, y xopilli, dedo de pié; á su vez, xotl, es pié, y pilli, dedo. Esta divisa puede verse en el "Lienzo de Tlaxcala," láminas 25 y 28.

— La divisa Quetzal-xopilli, huella adornada de oro, se portaba en el vestido con un jubon amarillo de plumas de papagayo.

— Xopil-cozcatl, huella de pié en el cuello; era divisa del dios Macuil-tochtli.

19 y 20.—Papalotl-patzactli, estandarte fijo con una mariposa emblemática, más bien que figurativa; nombre genérico de estas enseñas para jefes superiores é inferiores.

— Tlilpapalotl, de plumas negras de cuervo; era para jefes superiores.

— Itz-papalotl, negra con placas de cobre: el buen Sahagun dice de esta divisa, que era "hecha á manera de diablo!!"

— Quetzal-papalotl, de color verde, de plumas de quetzal; la usaban jefes superiores.

— Cuetzal-papalotl, de plumas rojas de guacamayo.

— Xochi-cuetzal-papalotl, variedad de la anterior, mencionada por Sahagun, tambien para jefes superiores.

— Xolo-papalotl, de plumas verdes de papagayo, de uso, como la anterior.

— Zacuan-papalotl, de color amarillo de oro de las plumas del Zacuan.

— Xochiquetzal-papalotl, para jefes superiores como la anterior.

Estas divisas se usaban con el escudo Cuauh-teteponyo-chimalli, caracterizado por la garra de águila en campo rojo y blanco.

En la lámina 35 de esta obra pueden verse vestido y divisa de color verde y rojo, de rojo y amarillo, de rojo y blanco acompañados siempre del mismo escudo.

21.—Tetepontli-patzactli del "Lienzo de Tlaxcala," formado de una garra de águila, llamada tetepontli.

22.—Quetzaltototl-patzactli de Tlaxcala: era la divisa de Ocotelolco, una de las parcialidades de esta República; era la insignia senatorial de Maxixcatzin, formada de una garza ó pájaro verde llamado quetzal-tototl, que "tenía el pico de oro, y en los encuentros de las alas dos patenas redondas de oro y sobre la cola otra."

— Huexolotl, la ave de este nombre, semejante á la anterior, pero no era fija, sino llevada en una percha ó vara por jefes superiores é inferiores.

— Estandartes guerreros de Tlaxcala.

"De las cuatro cabeceras, Ocotelolco tenía por estandarte un pájaro verde sobre una roca. Tizatlan, una garza sobre una peña. Tepeticpac, un lobo con flechas en la garra, Quiahuiztlan, un parasol de plumas verdes (este parasol era un *quetzalpatzactli*, Nota del autor.) Cada fracción del Ejército llevaba su enseña particular; el jefe ó general principal se la ataba fuertemente á la espalda, de manera que no podía perderla sino con la vida. Los mexica llevaban su estandarte en el centro del Ejército; los Tlaxcaltecas á vanguardia en la marcha y á retaguardia en la pelea." (Orozco y Berra I. cap. II. pág. 243.)

23.—Teocuitla-huehuetl, Yopi-huehuetl, tambor de oro. El Rey Nezahualcoyotl lleva uno á la espalda cuya forma puede verse en su respectiva lámina; lo usaban los monarcas en los campos de batalla para dar la señal del combate.

24.—Huehue-patzactli, era el instrumento músico huehuetl, sirviendo de bandera y llevado atravesado á las espaldas como un pequeño fardo.

— Divisas de los dioses y de los Reyes.

— Xiuh-coatl, divisa de Huitzilopochtli, del dios del fuego Xiuhtecutli y de Tonaca-tecuhtli, dios del cielo.

Tecocomoctli, "fuego que echa llamas ondulante," de plumas rojas de guacamayo; se daba ese nombre á una especie de abanico de plumas que se llevaba por detrás en la cintura.

Tlauhquechol, divisa de un pájaro que llevaba en la cabeza el Rey Axayacatl en la guerra contra los Matlatzincas: la palabra se compone de Tlahuitl, ocre rojo y de quecholli, magnífico. La misma enseña tambien llamada Tlauhquechol-tontec llevaba el Rey Moctezuma II en la conquista de los otomíes de Nopala é Icpatepec. Dice Tezozomoc: que el Rey Moctezuma llevaba "una divisa muy rica de plumería, y encima una ave, la pluma de ella muy rica y relumbrante, que llamaban Tlauhquechol-tontec; iba puesta de manera que parecía que iba volando, y debajo un atamborcillo dorado muy resplandeciente, trenzado con una pluma del ave arriba dicha, y una rodela dorada de los cortesanos, muy fuerte, y una sonaja *Omichicahuaz*, y un espadarte (macana) de fuerte navaja ancha y cortadora" . . . .

La divisa descrita por la Señora Zelia Nuttal, descubierta por el Sr. Ferd. von Hochstetter en la colección Ambrasser en el Palacio de Belvedere, está hoy en el Museo Imperial de Historia Natural de Viena.

Esta preciosa reliquia mexicana estaba conservada con el nombre de "sombrero morisco!!" merece llevar el de su ilustre descubridor, Hochstetter.

Es una especie de abanico que tiene de longitud de cada lado ochenta y tres centímetros y en la parte media un metro cinco centímetros. Se puede dividir en cinco zonas del centro á la circunferencia: la primera tira está formada de plumas azules de la ave Cotinga maynana, entrelazadas con escamitas de oro, con una hilera de media-lunas de dos centímetros de diá-

metro, del mismo metal. La segunda tira es de plumas de color de fuego, de guacamaya colorada, (Ara Canga.) La tercera, faja verde de plumas del Trogon pavoninus. La cuarta es una zona café, de plumas del Vaquero, (Piahya Meheleri) ó del gavilan (Tinnunculus sparverius.) La quinta está hecha de un número inmenso de plumas de quetzal; para calcular su valor, basta decir que se aprovecharon en tan espléndido artefacto las guías del Faromacrus que lleva solamente dos en la cola.

En la lámina 43 de la colección Coupil, antes de Aubin, que es la toma de Tlatelolco y el asalto del templo por el Rey Axayacatl, se le ve en piel de xipe, con una divisa ó estandarte fijo á la espalda, como el descrito por la Sra. Nuttal y con el escudo Bilimek, que tiene en el centro un brazo con mano; con la corona Xiuhhuitzolli, un machoncotl de plumas en el hombro izquierdo y la macana en la mano derecha.

¿Qué clase de divisa es el "sombrero morisco?" Puede haber sido un apanecayotl, adorno ó distintivo llevado en la cabeza de Quetzalcoatl, el gran sacerdote de los toltecas. Si fué, como es de suponer, uno de los obsequios de Moctezuma á Cortés, que tomó al principio por el mismo Quetzalcoatl, es muy probable que el Rey se lo hubiera enviado para que volviera á usar uno de sus antiguos distintivos.

La lámina citada de la toma de Tlatelolco y muerte de Moquihuix, autoriza tambien á considerar esta enseña como una divisa Quetzalpatzactli.

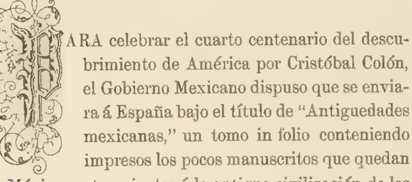
Para terminar lo que toca á las divisas, agregaré que, "además del estandarte común y principal del Ejército, cada compañía compuesta de doscientos ó trescientos soldados, llevaba su estandarte particular, distinguiéndose no sólo en las plumas que lo adornaban, sino tambien en la armadura de los nobles y oficiales que á ella pertenecían. La obligación de llevar el estandarte del Ejército, tocaba á lo menos en los últimos años del imperio, al general, y el de las compañías, á sus jefes respectivos."



CAPITULO VI.

ESTATUAS MODELADAS EN LA ACADEMIA DE BELLAS ARTES.—TRAJES MILITARES. TRAJES DEL JEFE SUPREMO DEL EJERCITO.—ATAVIOS, ADORNOS, CORONAS, Y OTROS COMPLEMENTOS DEL VESTIDO. TRAJE MILITAR DEL REY DE MEXICO.—VESTIDOS DE MOCTEZUMA.

ESTATUAS MODELADAS EN LA ACADEMIA DE BELLAS ARTES PARA LA EXPOSICION COLOMBINA DE MADRID.



PARA celebrar el cuarto centenario del descubrimiento de América por Cristóbal Colón, el Gobierno Mexicano dispuso que se enviara á España bajo el título de "Antiguedades mexicanas," un tomo in folio conteniendo impresos los pocos manuscritos que quedan en México pertenecientes á la antigua civilización de los habitantes de este país, y entre otros materiales históricos una reproducción de las armas y estandartes usados en la guerra, así como seis estatuas modeladas en la Academia de Bellas Artes, que dirigí en lo que toca á la historia y á la Indumentaria.

La obra de la Junta Colombina contiene entre otros importantes documentos, el "Lienzo de Tlaxcala," propiedad del Lic. Don Alfredo Chavero, riquísimo material de la Indumentaria y digno de estudiarse por los artistas en lo que concierne á los episodios de la Conquista.

En la Academia de Bellas Artes fueron modeladas por los discípulos de mi inolvidable amigo el escultor Don Miguel Noreña, las estatuas siguientes: Itzcoatl, el rey fundador de la Autonomía mexicana, una noble mexicana, Xicotencatl, un sacerdote, Cuauhtemoc y Moctezuma II, que pueden verse en las láminas, de la 192 á la 198 de esta obra.

TRAJES MILITARES.

Trajes militares.—Categoría de los guerreros.—Los jefes de rango inferior tenían los nombres de Cuauhtli, águila, ocelotl, tigre; cuauhtli–ocelotl, águila–tigre; una piedra epigráfica que existe en el Museo Nacional tiene una enfrente de otra, las figuras del águila y el tigre, los guerreros más comunes de los mexicanos. Tiacauh, guerrero valiente que precedía á los demás.

Moctezuma puso la caballería en su más alto punto, instituyendo ciertas órdenes militares, como Comendadores, con ciertas señales é insignias. Los más honorables de los caballeros eran los que llevaban la coronilla de sus cabellos atada con un lazo rojo y con un rico plumaje, de donde pendían sobre sus hombros manojos de plumas y borlas de lo mismo: llevaban tantas borlas como acciones señaladas de guerra. El Rey mismo era de esta orden de caballería, *como se puede ver en Chapultepec*[1] (Estos relieves han sido destruídos) en donde estaban Moctezuma y su hijo, adornados con esta clase de plumajes esculpidos en una roca, que es una cosa digna de ver. Había otra orden de caballería que llamaban leones y tigres, los cuales eran comunmente los más valerosos, y que se distinguían más en la guerra, á donde llevaban siempre sus insignias y armaduras. Había otros caballeros, como los caballeros grises, que no eran tan estimados como éstos, los cuales tenían los cabellos cortados en redondo por encima de la oreja; iban á la guerra llevando las mismas insignias que los otros caballeros, sin embargo no iban armados sino hasta la cintura; pero los más honorables se armaban completamente. Todos los caballeros podían

1 No existen ya estas esculturas!!

llevar, oro, plata, y vestirse de rico algodón, servirse de vasos pintados y dorados, y llevar zapatos á su modo, pues el común del pueblo no podía servirse sino de vasos de barro, no permitiéndoseles llevar zapatos, y no pudiéndose vestir más que de henequén, que es un filamento corriente ú ordinario. Cada uno de estos caballeros tenía su alojamiento en palacio, marcado con sus insignias, el primero era llamado alojamiento de los príncipes, el segundo de los Aguilas, el tercero de los leones ó pumas y tigres y el cuarto de los *grises.* Los otros oficiales comunes, eran alojados abajo, en otros de clase inferior; y si alguno se alojaba fuera de su sitio, incurría en pena de muerte. (Acosta Histoire naturelle des Indes, tant Orientalles qu'Occidentalles A Paris MDC Liv. VI. Chap. XXVI.)

Tres eran pues las órdenes militares de los mexicanos: la primera la formaban los Achcauhtin, plural de Achcauhtli, á cuya cabeza estaban los Cuachictin, plural de Cuachic, nombre de un valiente jefe chichimeca.

"El hombre ó varon fuerte llamado Cuachic, dice el Padre Sahagun, tiene estas propiedades; que es amparo y muralla de los suyos, furioso rabioso contra los enemigos, valentero por ser membrudo, al fin es señalado en la valentía. El que es tal, es dispuesto, y hábil para la guerra y socorre á los suyos sin temor de la muerte: á todos los desbarata, y en todos hace *riza* (destrozo), por lo cual pone grande ánimo, osadía y confianza á los que manda, hiriendo, matando y cautivando á los enemigos, sin perdonar á nadie."

La segunda orden militar era la de los Cuauhtin, plural de Cuauhtli, águila; el casco era la cabeza misma del águila, que era el principal distintivo.

En la lámina 48 del Lienzo de Tlaxcala, cuya figura se reproduce en este libro, se vé entre los prisioneros que cayeron con el Emperador Cuauhtemoc, al terminarse el sitio de México, un guerrero Cuauhtli, abanderado, y por consiguiente jefe superior.

Para los guías rojos Tiacahuan y para los guerreros Cuacuauhtin, que eran insignes guerreros, se destinaban las enseñas, Tlatoca-tlahuiztli, llamadas Quetzal-patzactli y la Cuetzal, Azta y Tlanquechol-patzactli.

La tercera orden de caballeros ó guerreros distinguidos, era la de los Ocelome, plural de ocelotl, tigre.

Los colores del traje de estos guerreros eran el amarillo, café, blanco, azul y rojo, que según el Profesor Seler, correspondían á los rumbos del cielo, Oeste, Norte, Este y Sur.

El casco del ocelotl, era la figura de la cabeza del tigre, entre cuya boca abierta aparecía la cara del guerrero. El ocelotl era guerrero común. Sin embargo se encuentra en el "Lienzo de Tlaxcala" como jefe superior, con el escudo Quetzal-Xical-coliuhqui-chimalli. El guerrero Cuauhtli ocelotl participaba de las dos figuras, era un tigre con alas: el ocelotl figuraba en las ceremonias sanguinarias del dios Xipe y Cuauhtli en los combates y en los bailes.

Coyotl, casco caracterizado por la cabeza del Coyote (Canis latrans) de diferentes colores: Toz coyotl, amarillo; Iztac-coyotl, blanco; Xiuhcoyotl, azul; Chamol-coyotl, violeta; Tle-coyotl, color de fuego; Citlatl-coyotl, blanco manchado; Tlapal-coyotl, rojo; Tliltic-coyotl, negro.

En el "Lienzo de Tlaxcala" en que figuran pocos guerreros de categoría inferior, hay sin embargo el vestido coyotl, amarillo y verde ó azul.

En la lámina 62 del mismo Lienzo, hay un vestido de escamas con una cabeza-casco, parecido á la cabeza de un lagarto.

Tzitzimitl, plural Tzitzimime: el guerrero que vestía este traje era, según la fraseología de la época, "un demonio de aspecto aterrorizante;" representaba un esqueleto, la muerte ó Miquiztli, el casco era una calavera, el traje se componía de un jubón de plumas; los había de cuatro colores: Toz-tzitzimitl, amarillo; Iztac-tzitzimitl, blanco; Xoxouhqui-tzitzimitl, azul y Tlapal-tzitzimitl, rojo. La leyenda dice de los tzitzimine que eran hombres sobrenaturales, como los demonios de las leyendas cristianas; habitantes del aire, que al fin del mundo debían acabar con toda la humanidad.

Cuextecatl, el vestido de este nombre estaba caracterizado por una gorra puntiaguda, con barras ó fajas negras, lo mismo en el vestido que en el escudo. La gorra puntiaguda servía también de estandarte portado en patzactli, ó fijo á la espalda, como puede verse en las figuras que se han tomado del "Lienzo de Tlaxcala."

El guerrero cuextecatl era devoto de Teteo-innan, madre de los dioses; llevaba en consecuencia sus atributos, que consistían en una media luna de oro para la nariz, llamada coztic-teocuitla-yaca-meztli; los aretes nombrados coztic-teocuitla-pipilolli; clavados en cascos de oro ó de plata los emblemáticos malacates ó husos, llamados imalaca-quetzal. Hay además en las figuras tomadas del Códice de Mendoza del Lord Kingsborough, una pieza ó adorno de oro colocada en el antebrazo izquierdo, de la cual no se ha dado ninguna explicación que pueda aclarar el uso á que estaba destinada.

Los colores son muy variados en las figuras del "Libro de Tributos" ó "Códice Moctezuma:" amarillo, rojo, verde, azul y blanco; además los especiales que llevan los cascos de plata y de oro, de color blanco y amarillo: Coztic-cuextecatl, amarillo; Chictlapanqui-cuextecatl, azul y amarillo;-Iztac-cuextecatl, blanco.

Los guerreros cuextecas ocupaban un rango inferior al de los grandes jefes llamados Huey-tiacahuan: el traje cuexteca de mayor importancia tenía el gorro llamado Cozticteocuitla-copilli.

Otros vestidos con gorra: Cozticteocuitla-cuacualalatli, casco de oro con dos cuernos; otro de forma parecida, Quetzal-cuaçuahuitl, con cuernos de pluma de quetzal; por último un Iztac-teocuitla-cuacualalatli, especie de

cofia de plata y el Ananacaxtli, oreja de agua; estos cascos se acompañaban del jubon toz-ehuatl, de plumas amarillas de papagayo. Estos guerreros de cuernos recuerdan los cascos sajones que llevaban la cornamenta de un buey; los de México representaban la misma diosa Xochiquetzal, la compañera de los guerreros del Telpochcalli, hermana mayor de Huitzilopochtli, que tenía, entre otros atributos dos cuernos de plumas, así como la deidad Teteoinnan lleva los malacates emblemáticos.

Los guerreros de rango inferior tenían sus vestidos é insignias adornados de plumas del país de escaso valor, los de rango superior eran de fino mosaico llamado Ihuitlacuilolli, de plumas valiosas de la Tierra caliente. Un traje de la misma clase distinguía al guerrero del jefe superior según la clase de los materiales de que se componía.

Jefes de rangos superiores: Tiacauh, Tlatoani, Pilli, Tlatoani–Pilli.

El Tiacauh era guerrero "valiente, invencible, robusto, recio y fuerte, el cual nunca vuelve atrás y tiene en nada los peligros; el que de verdad es tal, tiene estas cualidades; que con ánimo pelea, vence, cautiva; al fin asola los pueblos, de modo que parece los va barriendo, pues no queda señal, al cabo triunfa de los vencidos; era el que abría el combate precediendo á los demás guerreros.

Para los guías rojos Tiacahuan y para los guerreros Cuacuahtin, que eran insignes guerreros se destinaban las banderas Quetzal, verde; Cuetzal, roja: Azta, blanca y Tlauquechol–patzactli, roja.

Tlatoani, era el que llevaba la palabra, el orador del campo de batalla. El nombre de Pilli, príncipe ó hidalgo designaba las personas de alto origen noble. El Tlatoani–Pilli, participaba de las cualidades de los dos últimos guerreros. Los vestidos de estas tres clases de jefes eran confeccionados con plumas de magníficos colores, de gran valor y tributadas de los climas calientes; el Tlatoani–Pilli, llevaba en el combate la bandera Quetzal–patzactli, como se ve en el manuscrito que la Junta Colombina publicó con el nombre de "Códice Porfirio Díaz:" el vestido consistía en un jubón de pluma azul turquesa y el escudo quetzal–xical -coliuhqui–chimalli.

Estas eran las principales categorías de los guerreros: algunos nombres ó señales distinguían sus hechos notables; se llamaban tlamanime los que habían traído consigo algún prisionero; el Cuachic llevaba los cabellos atados en la parte superior de la cabeza con una cuerda roja; el otomitl, "guerrero valiente que tenía también trenzado un manojo de cabello en el colodrillo, con cueros diferentes de venado teñidos, y eran éstos muy temidos de los enemigos," según Tezozomoc; el guerrero otomitl, aunque valiente era de categoría inferior al Cuachic; el primero no debía huir de doce enemigos, antes morir; el segundo de veinte; los Cuauh–huehueque. Antiguos Aguilas, eran esforzados guerreros. los maestros de armas de los demás: el Tlacatecatl era general del Ejército.

Por último, la más encumbrada dignidad militar era la de Tlacochcalcatl–yaotequihua, el capitán general del Ejército, que algunas veces era el mismo Monarca.

TRAJES DEL JEFE SUPREMO DEL EJERCITO.

Con los nombres de Tlauhquecholtzontli, Xiuhtototzontli y de Ocelototec se designan, no simples insignias, sino trajes completos y vestidos del mismo dios Xipe, el escorchado ó desollado, conocido también con los nombres de Tlatlauhqui–tezcatl, espejo rojo, ó de Tlatlauhqui–Tezcatlipoca, espejo humeante rojo, ó de Totec, el sanguinario dios de la guerra.

Los tres trajes militares mencionados estaban caracterizados por el sayito verde y corto de hoja de zapote, Tzapo–cueitl, llevado al rededor de las caderas, por el huehuetl, ó yopi–huehuetl, tambor de oro de Xipe; el tlacanahualli, disco de oro que se ponía en el pecho, y por el especial escudo Anahuayo–Chimalli.

Tlauhquechol–tzontli, designa también más comunmente una corona de hermosas plumas carmesí del pájaro pico–cuchara (Platalea ajaja, L.), adornada de oro y de la cual pende un penacho de plumas de quetzal; adorno del dios rojo Tezcatlipoca, ó del dios del fuego, dios supremo del cielo.

El jubón era de las mismas plumas para el vestido, adornado en la orilla inferior de pendientes de oro, Coztic–teocuitlatl–initecpayo, ó colgajo en figura de pedernales; además, el verde sayo–zapote, era una especie de ancha orla de la cintura para el muslo, hecha de plumas de quetzal: á la espalda el Tlamamalli, tambor de oro, ó guarnecido de oro; completaban el traje un collar de cuentas de diorita ó de turquesas, el Tlacanahualli, un disco de oro abollado para el pecho y por escudo el Anahuayo–chimalli. El traje completo llevaba el nombre de Tlauhquechol–Tontec.

Xiuh–toto–tzontli, nombre de la corona y del traje; de plumas de color azul turquesa del xiuh–tototl, con el penacho ondulante de plumas de quetzal; esta corona se acompañaba de un jubón azul, llamado Xiuh-toto–ehuatl, con orla inferior adornada de pedernales de oro; el tzapocueitl, sayo–zapote para la cintura; como divisa se portaba á la espalda el tambor azul pálido adornado de oro, llamado Xoxouh–huehuetl–cozticteocuitlayo, que significa tambor azul; el disco de oro tlacanahualli de Xipe; el escudo Anahuayo–chimalli y la enseña Teocuitlatontec, que era de oro con una ave encima del Tlauhquechol.

Ocelo–Totec. Casco formado de la cabeza del ocelotl ó tigre, con la orilla inferior adornada de pedernales de oro; el mismo sayo--zapote, ó tzapo--cueitl; el tambor llevado á la espalda estaba forrado de piel de tigre; como escudo, el denominado Teocuitla--xapo--chimalli, mosaico de pluma azul turquesa con ancha zona central de oro.

El escudo de Xipe, grabado en la piedra de Cuernavaca, era el que usaba el Rey Axayacatl, como jefe del ejército, llamado Tlauhtehuilacachiuhqui–chimalli.

Yopi era la deidad nacional de los yopi, ó tlapanecas, que estuvieron situados en el actual Estado de Guerrero; los tlapaneca tenían la piel pintada de rojo; era nación consanguínea de los zapotecas y mixtecas.

En resumen, los trajes de Xipe estaban destinados para el Rey cuando tomaba la dirección del combate.

El Tlacatecatl, general en jefe, llevaba también en representación del Rey, el mismo traje del dios Xipe, hecho de plumas rojas del tlauhquechol.

Este vestido, con sus detallados atributos, se ve en esta obra en las figuras tomadas del atlas de la obra del Padre Durán, para las láminas de esta obra.

El jubón rojo, Tlapal--ihui--ehuatl; la media luna de oro para la nariz; el escudo teocuitla--xapo--chimalli, con grande zona de oro en el centro, y por divisa el Tozcuaxolotl amarillo, completaban sus atributos.

Los vestidos formaban una gran parte de los tributos que se recaudaban para el Monarca: se consumían cuatro mil cargas de algodón en greña, tejido ó labrado; 1.328,000 mantas; 72,000 pañetes ó maxtlis y 96,000 huipiles ó camisas de mujer.

ATAVIOS, ADORNOS, CORONAS Y OTROS COMPLEMENTOS DEL VESTIDO.

Tlalpilli, era la atadura para los cabellos de los nobles: la palabra significa atado ó anudado. Tlalpiloni, "adorno de la cabeza que servía para atar los cabellos;" eran con este nombre designadas las borlas de plumas de la cima del casco de los Reyes. La palabra se deriva de la anterior, tlalpilli, ligado, anudado, atado; este adorno ó distintivo era de varias clases.

Cuauh--tlalpiloni, atadura de los guerreros Cuauhtli: derivado de cuauhtli, águila, ó bien de cuero rojo para atar los cabellos de personas distinguidas.

Zacuan--tlalpiloni, adornado de plumas amarillas del Zacuantototl.

Xolo--tlalpiloni, de significado desconocido, derivado de Xolotl, figura mitológica particular.

Quetzal--tlalpiloni, trenzadera de preciada plumería del pájaro Quetzal, formada de dos borlas hechas de plumas ricas guarnecidas de oro, muy curiosas, que se llevaban atadas á los cabellos de la coronilla de la cabeza y colgaban hasta las sienes.

Tzontli, significa cabello; pero este nombre designaba una corona de plumas para los guerreros, y muy común en los ídolos.

Zacuan--tzontli, corona amarilla de oro de plumas de Zacuan--tototl, qne se usaba con un jubón de plumas del mismo color, del papagayo.

Xiuhtoto--tzontli, corona azul de las plumas del xiuhtototl, que se usaba con un traje particular.

Cuauh--tzontli, esta corona era de plumas rígidas de águila, cuauhtli; pueden verse en la piedra conocida vulgarmente con el nombre de Piedra de los Sacrificios, ó Cuauhxicalli de Tizoc.

Tlacoch--tzontli, corona de jaras de flechas, que caracterizaba á los guerreros devotos del dios del fuego, abogado de las batallas.

Quetzal--azta--tzontli, corona compuesta de plumas de garza con otras de quetzal intercaladas.

Xiuh--tototzontli, corona de plumas azules del xiuhtototl.

Tlauhquechol--tzontli, corona hecha de las plumas rojas carmesí del pájaro pico--cuchara (Platalea Ajaja L.), adornada de oro y con penacho de plumas de quetzal: el jubón del vestido era de plumas de la misma ave, con los demás accesorios del traje de Xipe.

Quetzal--cuatla--moayahualli, corona destinada al guerrero vencedor ó distinguido: la palabra se deriva de quetzalli, pluma rica verde, emblema de las altas distinciones guerreras; de cuaitl, cabeza, y del verbo moyahua, vencer ó romper las líneas del enemigo.

Quetzal--cuacua--huitl, cuernos de plumas de quetzal: pueden verse en las figuras relativas de esta obra.

Chalchiuh--papan, "colgaderos como de obispo, de á dos palmos, que salían de la cabeza y por cima de las orejas: era adorno de sacerdotes, á juzgar por el significado: chalchihuitl, piedra verde de diorita, y papa, nombre que los mexicanos daban á los sacerdotes.

Ananacaztli, otro adorno que se llamaba oreja de agua.

Tecpillotl, era un penacho que se ponían en la cabeza los Reyes de Texcoco, con otros dos pares de borlas de plumas con que ataban el cabello: la palabra significa nobleza, señoría, de pilli, noble ó caballero.

Cuachictli, penacho con casco de metal, dice Tezozomoc: era un adorno de pluma que usaban los guerreros Cuachitin, principales jefes de la orden militar de los Achcauhtin.

Coztic--teocuitla--cuacalatatli, casco dorado.

El Copilli, no era una corona como se cree generalmente, pues ésta tiene el nombre especial de Xiuhhuitzolli; sino una gorra puntiaguda de origen cuexteca; se usaba en la cabeza y como bandera fija á la espalda; los había de mosaico de pluma y también de plata y de oro.

Quetzal--copilli, formado de plumas de quetzal.

Azta--copilli, de plumas blancas de garza.

Coztic--teocuitla--copilli, era de oro con plumas en la punta de capillo, ó colgada una medalla de oro del mismo lugar; el jubón era amarillo, como el copilli; eran anexos á este vestido las medias lunas colgadas de la nariz y los aretes largos de oro que colgaban hasta los hombros, de figura de mazorcas de maíz.

Otros adornos--divisas de la cabeza.

Tototlamanalli, era una diadema con una cabeza de pájaro y un círculo de plumas rígidas que ceñía la cabe-

za; este círculo se llamaba cuauhtzontli: se encuentra en la ya citada piedra de Tizoc, que representa una danza religiosa, en que el Rey lleva este distintivo, con el jeroglífico de su nombre: Tototlamanalli se compone de tototl, ave, y de tlamanalli, ofrenda: era una distinción honrosa para el guerrero que había hecho un prisionero, y el Rey Tizoc hizo muchos, no obstante haber sido derrotado en el río de Metztitlán, que antes tenía el nombre de Quetzalatl.

Apanecayotl, era el adorno de la cabeza del dios Huemac--Quetzalcoatl, que solían llevar también Painal y el dios de la guerra Huitzilopochtli: ha dado lugar á importantes discusiones el descubrimiento de este precioso adorno de cabeza encontrado en un Museo de Viena y que se presta á considerarlo como un adorno de cabeza Apancayotl, ó bien como una bandera fija, de las de la clase Patzactli.

Otras coronas. Dice Sahagun: que traían por guirnaldas una ave de plumas ricas en la cabeza, el pico hacia la frente y la cola hacia el cogote, con plumas muy ricas y largas; las alas de esta ave venían hacia las sienes como cuernos: esta guirnalda, llamada así por el historiador, era una verdadera corona que se usaba en los bailes y se llamaba:

Quetzaltototo--icpac--xochitl, era para el traje de los príncipes; este tocado llevaba el mismo pájaro quetzalli con el pico hacia adelante y la cola hacia el cuello del personaje.

Otras coronas del mismo género y del nombre de Icpac--xochitl, tenían los nombres de Ichca--xochitl, blancas de algodón; Tlacol--xochitl, de dardos; Eca--xochitl, del nombre de una flor, que confirma el uso de flores sobre la cabeza, ó corona de flores.

Teocuitla--icpac--xochitl, era diadema real de oro, distintivo regio para los bailes.

Coronas verdaderas, ó distintivos de los Señores ó Reyes.

Mitzano, con este nombre designa Tezozomoc "una diadema, casi como venda ancha, llegando á la manera de la corona, y media luna de mitra, que era la del Rey;" no se conoce el significado, aunque sí se comprende la forma.

Xiuh--huitzolli, este es el nombre genuino de la corona real: era un mosaico de turquesas; de forma angulosa en la frente y como venda para los lados atándose hacia atrás; la verdadera forma se encuentra en esta obra, en la figura tomada de un precioso mosaico que existe en un Museo de Roma: la misma forma puede verse en una figura de Moctezuma del Manuscrito del Señor Barón de Humboldt, que existe en la Biblioteca Real de Berlin.

Teocuitla--ama--ixcua--tzolli, corona. El significado del nombre es el siguiente: teocuitla, oro; amatl, papel; ixcuatl, frente, y tzolli ó zolli, vieja; corona antigua ó frontalera de papel y oro.

Otra del mismo género era la que tenía el nombre de Teocuitla--ixcua--amatl--iczoyo; con la diferencia del papel, que era fabricado del ixzotl, ó iczotl, palmera de montañas, de cuyos filamentos se hacía un papel para las pinturas ó escrituras jeroglíficas de los mexicanos.

Va representado en la lámina 92, el tocado elegante de la cabeza de diorita que existe en el Museo Nacional y figura entre sus más preciados monumentos, atribuído al principio, por Don Carlos María Bustamante, á Temazcaltoci, abuela de los baños, por el Sr. Chavero á Quetzalcoatl y después á Totec, nuestro Señor, manifestación espléndida del Sol, que estuvo según el mismo Sr. Chavero en el edificio llamado Yopico--Calmecac, del Templo mayor de México; yo también la bauticé con el nombre de diosa del agua, por tener debajo, en la base, el signo del agua enlazado con una serpiente; pero se me resistía el creer buenas estas interpretaciones, porque la cabeza está muy decorada para pertenecer á un dios y oscura la interpretación para una mujer; por otra parte, en la cara, en ambas mejillas hay dos jeroglifos, uno del oro, teocuitla, y otro del cascabel, coyolli, que se avienen perfectamente al nombre de Coyol--xauhqui, hermana enemiga de Huitzilopochtli, con que la ha designado el Sr. Profesor Eduardo Seler, de Berlin.

Sea lo que fuere, lo más probable es que esta artística figura pertenezca á una diosa y que su tocado puede adaptarse á una cabeza de mujer, sea en la pintura histórica ó en la escultura: aplazamos el estudio de esta cabeza para otro lugar.

TRAJE MILITAR DEL REY DE MEXICO.

"Cuando el rey salía á la guerra llevaba, además de su armadura, ciertas insignias particulares: en las piernas unas medias botas cubiertas de planchuelas de oro; en los brazos otros adornos del mismo metal y pulseras de piedras preciosas; en el labio inferior una *esmeralda* engarzada en oro; en las orejas pendientes de lo mismo; al cuello una cadena de oro y piedras y en la cabeza un penacho de hermosas plumas, que caían sobre la espalda. Generalmente los mexicanos cuidaban mucho de distinguir las personas por sus insignias, y sobre todo en la guerra."

(Diccionario Universal de Historia y Geografía. Apéndice III, página 636.)

VESTIDOS DE MOCTEZUMA.

" . . . . . . cada día mudaba vestido y piedras preciosas, salvo las mantas, que una vez se ponía no le servían otra vez; que era manta y pañete y cotaras, porque camisas no las había, y encima de su cabeza una media mitra, que era señal y manera de corona de rey: cuando se asentaba en su trono tenía una silla de madera, como

una media hanega de maiz, con que miden trigo, horadada de abajo, muy galana y pintada, de madera costosa, y por alfombra un cuero de tigre muy bien adobado, con la cabeza, dientes y ojos de unos espejuelos que relumbraban y espantaban á los que lo miraban, que parecía estar vivo el animal; y al lado de la mano derecha un arco y flechas, que era la justicia suya, que al que él sentenciaba le arrojaba una flecha de aquellas, y luego los capitanes le llevaban fuera de su palacio, y allá le acababan de matar; estando presente le sacaban las ropas al sol, y lo que traía en los vezos que llaman Tenzacatl, vezoleras y orejeras Nacochtli, brazaletes Machoncotl, con riquísima plumería, brazaletes de oro sembrados de muy ricas piedras de esmeraldas diferentes, de mucho precio y valor, y á todas estas cosas que eran á él dedicadas, le llamaban los viejos Itonalyntlacatl Moctezuma: las mantas de diferentes maneras, que llaman Coaxacayo, que por sus esquisitos nombres, y no variar de lo que eran naturalmente llamados, no se les da el sentido aquí, y con su vezolera que llaman Tentecomachoc, y otra, Tenxiuhcoayo, y Tlauhtonatiuhyo, y Xiutlalpil--Tilmatli, que esta manta es á manera de una red azul, y en los nudos de ella en las lazadas una piedra rica, apegada á ella subtilmente, y con su pañete Ynyaocamaxaliuhqui y Yzohuazalmaxtlatl, y Yacahualiuqui, pañetes diferentes y las mantas, de á veinte brazas pierna; hacia mercedes de ellas á los grandes de sus reinos: otras de á diez brazas y de á ocho, otras de á cuatro y de á dos brazas, y otras mantas labradas en medio á manera de rodelas, y mantas que parecían tocas, por causa del sol, que llamaban Tlacalhuaztilmatli, que le servía cuando entraba en sus huertas y jardines, con una cerbatana para matar pájaros . . . . . . "—(Tezozomoc. —Capítulo XXXVI.)

En un cuadro en que es recibido Cortés por Moctezuma II, el artista lo pintó con un manto de *cola*, que levanta uno de los principales guerreros que está á su lado: la *manta* de los reyes no tocaba el suelo; y el empleo de una alta dignidad militar, sirviendo de paje al Rey, es un despropósito histórico, que sólo se explica por la falta de un profesor de historia antigua en la Academia de Bellas Artes.



CAPITULO VII.

VESTIDOS DE HOMBRES Y MUJERES.

VESTIDOS DE LOS HOMBRES.

LOS vestidos de esta gente son unas mantas de algodón como sábanas, aunque no tan grandes, labradas de lindos dibujos y con sus franjas ú orlas: cada uno tiene dos ó tres de estas mantas, y se las ponen anudando las puntas sobre el pecho. En invierno se cubren con una especie de zamarros hechos de una pluma muy fina que parece *carmesí*, ó como nuestros sombreros de pelo, y los tienen encarnados, negros, blancos, pardos y amarillos. Cubren sus vergüenzas, así por delante como por detrás, con unas toallas muy vistosas, que son como pañuelos grandes de los que se usan en la cabeza para caminar, de varios colores y adornados de diferentes maneras, con sus borlas que al ponérselas viene á caer la una delante y la otra atrás. Usan zapatos sólo con la zuela y sin pala, y con los talones muy adornados; de entre los dedos salen unas correas anchas que se aseguran en la garganta del pie con unos botones. En la cabeza no llevan cosa alguna sino cuando van á la guerra, ó en sus fiestas y bailes: usan los cabellos largos y atados de varios modos.

VESTIDOS DE LAS MUJERES.

"Las mujeres gastan unas camisas de algodón sin mangas, como sobrepellices; largas y anchas, llenas de labores muy lindas, con sus franjas ú orlas, que parecen muy bien. Se ponen dos, tres ó cuatro camisas de estas, todas distintas, y unas más largas que otras para que asomen por debajo como zagalejos. Usan además de la cintura abajo otra suerte de traje de puro algodón, que les baja hasta los tobillos, asimismo muy lucido y muy labrado. No usan nada en la cabeza, ni aun en las tierras frías, sino que dejan crecer sus cabellos, que son muy hermosos, aunque por lo general negros ó tirando á castaño; de modo que con este vestido y los cabellos largos y sueltos que les cubren la espalda, parecen muy bien. En las tierras calientes cercanas al mar usan unos como velos de redecilla de color leonado. (El Conquistador anónimo, Compañero de Hernán Cortés. En la Colección de Documentos para la Historia de México por D. Joaquín García Icazbalceta. México, 1858.)"

Poco hay que agregar á esta sencilla y verídica relación del Conquistador anónimo, compañero de Hernán Cortés. Las mantas se llamaban *tilmatli;* las camisas de mujer, *huepilli,* y las enaguas, *cueitl;* el tilmatli era una capa cuadrada que llegaba á la pantorrilla ó un poco más abajo; de igual forma era la enagua, que se usaba, como hoy en la clase indígena, plegada y ceñida.

Los filamentos de que se servían para sus telas eran de maguey, de palmas silvestres, de algodón, y para los vestidos de los nobles el *tochomitl* ó tejido de pelo de conejo.

Los adornos variados, los colores múltiples y la decoración original de los trajes, será asunto de otro capítulo.

Completa la parte de los vestidos comunes de la clase del pueblo, un peinado de la cabeza de la diosa *Miquiztli,* encontrada en Teotitlán del Camino, Estado de Oaxaca, por el Sr. Dr. D. Eduardo Seler.

Para la clase noble puede utilizarse en todos sus pormenores el tocado de la cabeza colosal de diorita, que se

ha conocido con diferentes nombres ó que ha sido bautizada con los más incompatibles, desde D. Carlos María de Bustamante que la llamó Temazcaltoci, abuela ó diosa antigua de los baños de temazcal, hasta el Sr. Profesor Eduardo Seler, de Berlin, que con toda propiedad la llama Coyolzxauh, la hermana enemiga de Huitzilopochtli.

En los Códices, principalmente en el Mixteco-Zapoteco, que yo he publicado en la obra de los "Monumentos del arte mexicano antiguo," pueden verse también los tocados mujeriles más comunes, formados de trenzas que sobresalen de la frente como dos cuernos y que también se encuentran en los ídolos mexicanos.

Las tres piezas principales del vestido de los hombres, la manta, tilmatli, el braguero ó maxtlatl, y los zapatos ó cactli, hoy llamados generalmente guaraches, eran diferentes según á la clase social á que pertenecían, quienes los usaban. Los plebeyos, según las leyes suntuarias. sólo podían usar sus ropas de la pita ó filamento del maguey, de las fibras de ciertas especies de palmas, ó de algodón basto. Los nobles podían usar tejidos finos de algodón, de diversos colores, de *tochomitl*, pelo de conejo, las plumas, en la forma en que se encuentran en la capa ó manta de Bruselas, ó de Ihuitlacuilolli, mosaico de pluma. (Láminas 104 y 105).

Las mantas que usaban los nobles, dos ó tres generalmente, eran de tejidos más finos que las de los macehuales; las anudaban sobre el pecho ó sobre uno de los hombros; unos y otros llevaban la cabeza descubierta; sólo los guerreros la cubrían con cascos de diferente forma.

Los Maxtli ó maxtlatl, ó pañetes, eran labrados de infinitas maneras de labores, dice Tezozomoc, y en ellos puestas y labradas las figuras de los dioses, como Xochiquetzal (diosa de los amores impúdicos), Quetzalcoatl, y Piltzinteuctli, guardián de los niños nacidos en matrimonio, principalmente de los nobles; estos pañetes eran para los señores principales, más altos que los otros. Estos bragueros se llamaban *Tlamachmaxtlatl*, palabra derivada de *tlamachtli*, bordado: algunos tenían nombres especiales como *Yopi-maxtlatl* y *Tlatzontle-maxtlatl*, que no carecían de significado mitológico.

Ehuatl, jubón ó ropilla que se usaba sobre la armadura defensiva llamada *ichcahuipilli*, de algodón colchado; pero también sin necesidad de ésta: era de diferentes colores: el *Tozehuatl*, era amarillo, hecho de plumas de toznene, papagayo ó loro; el *Tocihuitl*, era semejante al anterior, del mismo color amarillo, fabricado de plumas muy estimadas, llamadas *tocihuitl*, y llegaba hasta las rodillas; el *Xiuhtotoehuatl*, de plumas azules, era realmente un *Ihuitlahuicolli* ó mosaico de pluma.

La palabra *Ehuatl*, significa cuero sin curtir; *tlacuipilli* significa también jubón; su significado expresa bien la forma del vestido, que era ajustado al cuerpo.

Usaban también el vestido talar llamado *xicolli*, los discípulos de Topiltzin y ciertos sacerdotes; entonces se llamaba *teuxicolli*, ó xicolli divino.

Las divisas y jubones de pluma eran del mismo color en lo general, excepto para el *Tlacatecatl* ó general en jefe del Ejército, que llevaba el *Tozcuaxolotl* amarillo con el jubón rojo de pluma, llamado Tlapal-ihui-ehuatl.

Para completar la idea general del vestido del hombre, añadiremos lo relativo al calzado. El cactli, sandalia ó zapato del indio, deja descubierto el dorso del pie y cubre el talón; lleva zuela detenida por correas atadas de diferente manera, como puede verse en las láminas; eran confeccionados de cuero de tigre; las zuelas de cuero de ciervo de varios dobleces y cosidos como las alpargatas españolas. Los cacles llamados Pozolcactli, eran hechos de piel de zorra, pozotli, y los usaba el que daba la fiesta de los mercaderes. Estaban también adornados con pinturas y figuras mitológicas.

Los cacles de las cariátides de Tula, tienen una culebra esculpida en el talón; el color azul era para los reyes; azul era su corona, la manta y los cacles, que se llamaban *Xiuhcactli*, ó cotaras azules.

Durante el reinado de Moctezuma I, sólo el monarca y Cihuacoatl tlacaeletzin, segunda persona del rey, llevaban puestos los cactli.

Los vestidos mujeriles de la clase elevada, eran de mejores materiales y de adornos bien labrados. Los huipiles ó camisas no eran sencillos, sino plegados; se llamaban Xoxoloyo, que quiere decir plegados, de xoxolochoa; plegar, y eran de labores exquisitas: de clase semejante eran los que llevaban el nombre de Maipiloyo, labrados, para la nobleza; derivado de maitl, mano, y de pilotl, nobleza.

Chicon-cueitl y Tetenaco-cueitl, eran enaguas riquísimas por la labor, según Tezozomoc; la primera palabra significa siete enaguas, derivada de chicome; respecto de la segunda, parece provenir del frecuentativo tenacayo, el cuerpo de alguno, y de cueitl, enagua.

Quemitl ó Tlaquemitl, significan todo lo que sirve para cubrirse; cuauhquemitl, era de más categoría. Quechquemitl, abrigo para cabeza y pecho, era del traje mujeril, es el actual *quisquemel;* la palabra indica el uso, cuechtli, cuello ó pescuezo, y quemitl, vestido en general: el quechquemitl y el huipilli que se usa fajado, son las piezas de vestido que han quedado á la mujer de la clase indígena.

MANTAS.—En las mantas está toda la decoración de los vestidos del hombre, como en los huzos ó malacates está la ornamentación nacional mexicana. Dos fuentes tenemos hasta hoy para la descripción de las mantas, el Padre Sahagun y Tezozomoc: complemento de esa descripción vienen á ser las etimologías de las palabras con que se distinguían las veinte ó poco más, que han llegado hasta nosotros.

El uso de las mantas y los cacles establecía una inmensa separación entre personajes y macehuales, entre

la nobleza y el pueblo. Según Tezozomoc, los primeros podían traer mantas largas, galanas, labradas, y los macehuales bajos habían de traer las mantas cortas, llanas, de algodón basto, ó de henequen; asimismo, ningunos indios habían de traer cacles ni cotaras (huaraches de hoy) aunque fueran valientes, so pena de ser por ello apedreados y muertos. Todos los principales y nobles se quitaban el calzado al entrar en el palacio de Moctezuma.

La manta se llamaba tilmatli ó tlapatilli; según el gramático Rincón, Neolololli, palabra derivada de neololiztli, la acción de vestirse ó de cubrirse con los vestidos. Se distinguían las mantas más por los adornos que por la clase de filamentos con que estaban tejidas; esto se comprende, atendida su rudimental agricultura y su incipiente industria.

Ayatl, hoy ayate, era una manta de filamento de maguey ú otro parecido; la que se conocía con el nombre de Ayatlacuilolli, pasaba á ser una de lujo.

Xiuhayatl, manta de henequen azul, en medio pintado un sol de oro, para uso de los Reyes (Tezozomoc). La palabra viene de xihuitl, turquesa, y ayatl, manta. Teo-xiuh-ayatl, manta de red azul que pusieron al cadáver del Rey Ahuizotl, que según Tezozomoc, "estaba cargada de pedrería en los nudos de ella." Radicales de la palabra teotl, dios; xihuitl, turquesa, y ayatl, manta rala.

Ihui-tilmatli, manta de pluma, palabra derivada de ihuitl, pluma; tzanaton (Tezozomoc) de la misma clase que la anterior, formada de las plumas negras del Zanate, ave negra de dulcísimo canto.

Cuachtli, gran manta de algodón de diez brazas de largo; parecida á ésta era la cohuixca-tilmatli, manta doble de la región Cohuixca.

Tuchpanecatl, mantas ricas de los habitantes de la Huaxteca.

Amaneapantli, manta rica para nobles.

Tlapal-cuachtli, mantas labradas de colores; tlapalli, color, y cuachtli, manta de algodón.

Inex-tlacuilolo-tilmatli, mantas muy decoradas, profusamente adornadas; palabra derivada de Inextilia, amontonar, y tlacuiloll, pintura ó escritura.

Coz-huahuanqui-tilmatli, manta dibujada de amarillo; de coztic, amarillo, y de huahuana, dibujar.

Xahual-cuauh-yo-tilmatli, "las más altas de valor y muy ricas, con labores azules," dice Tezozomoc; á la palabra anterior agrega *tenixco*, el Padre Sahagun; lo que quiere decir que llevaba una franja decorada de ojos. Esta manta era de fondo leonado, sembrada de flores llamadas *ecacozcatl*, puestas de tres en tres por todo el campo, y en medio de cada dos, dos trocitos de pluma blanca tejidos; franja de pluma y una flocadura de ojos por todo el rededor. Xahualli, radical del nombre, significa moda antigua; cuautli, águila; de modo que estas mantas llevaban los caballeros águilas.

Xiuh-tlalpilli-tilmatli, "mantas muy galanas, laboreadas de piedras preciosas;" de xihuitl, turquesa y tlapilli, atadura.

Itzcoayo-tilmatli," tenían seis sierras, como hierros de aserrar, dos en un lado, otras dos en el medio, todas contrapuestas en campo leonado; entre cada dos estaban unas S.S. sembradas con unas O.O. entrepuestas: tenían dos bandas de campo leonado; tenían una franja por todo el rededor, con unos lazos de pluma en unos campos negros. Imperfecta es la descripción de Sahagún, pero no hay otra. La palabra viene de Itzcoatl, culebra de puntas de obsidiana, es el jeroglífico del Rey Itzcoatl; la terminación yo, iyo, ó yotl, significa como adjetivo ó como adverbio, sólo ó solamente; en este sentido el principal adorno de la manta era la culebra de obsidiana.

Tlauh-temalaca-yo, mantas con ruedas coloradas de labor; de tlahuitl, ocre rojo, y temalacatl, piedra redonda.

Cuauh-tilmatli, manta de los águila; capa para los *cuauhtin*, caballeros de la segunda orden militar.

Ocelo-tilmatli, mantas del color de la piel del tigre, para los guerreros ocelotl; variedad de esta es la ocelo-tla-panqui: las labores eran las mismas manchas de la piel.

Coa-xayaca-yo-tilmatli; toda leonada, "con cara de monstruo dentro de un círculo plateado, en campo colorado: está toda llena de estos círculos y caras; tenía franja al rededor. De la parte de adentro tenía una labor de unas S.S. contrapuestas en campos cuadrados, y de estos campos, unos estaban ocupados y otros vacíos; de la parte de afuera esta franja tenía unas esférulas no muy juntas." Eran mantas de Señores y para guerreros notables en la guerra. La palabra se deriva de coatl, culebra y xayacatl, máscara.

Heca-cozca-yo-tilmatli, de Tezozomoc, palabra compuesta de ecatl, viento, de cozcatl, cuello y de la terminación yo ó yotl, que significa solamente.

Tecuiciyo-tilmatli, Sahagún la llama Tecuiciotilmatli, que parece un error de imprenta; llamaban de esta manera porque tenía dibujados caracoles de mar, bordados de tochomitl, colorado y el campo era de unos remolinos de agua, azules claros; tenía un cuadro que la cercaba toda de azul, la mitad obscuro, la mitad claro, y otro cuadro después de éste de pluma blanca, y luego una franja de tochomitl colorado, no deshilada, sino tejida *Tecuicitli*, radical de la palabra, significa ecreviso ó cangrejo.

Temalaca-yo tilmatli-tenixco, campo leonado obscuro, tejidas figuras de rueda de molino: en la circunferencia tenían un círculo negro y dentro de éste, otro círculo blanco, más ancho, y el centro eran un círculo pequeño rodeado de otro negro; estas figuran eran doce de tres en tres en cuadro.

Tenía esta manta una franja por todo el rededor, llena de ojos en campo negro y por esto se llama *tenixco*, porque tiene ojos por toda la orilla. Tenixco se compone de tentli, orilla; ixco, é ixtli, significan lo mismo que cara;

temalacatl, es rueda ó círculo de piedra; en conclusión, toda la palabra dice, manta adornada de círculos y con una cenefa con ojos.

Ometoch–tecoma–yo–tilmatli: "sembradas de *jícaras* muy ricas y hermosas, que tenían tres pies y dos alas como de mariposa: el bajo era redondo, colorado y negro, las alas verdes, bordadas de amarillo (es decir con el borde amarillo) con tres esférulas del mismo color en cada una; las jícaras (? ?) estaban sembradas en campo blanco. Ometochtli es el dios del pulque y tecomatl, vaso para tomarlo: en esta manta los dibujos expresaban la bebida espumosa por medio de plumas de garza alternadas con las de quetzal, muy obscuro."

Papalo–yo–tilmatli–tenixco–; "campo leonado, sembrado de mariposas de pluma blanca, con un ojo de persona. Tiene esta manta una flocadura de ojos por todo el rededor, en campo negro y después una franja colorada almenada."

Ocelo–ten–tlapalli -yiticycac–ocelutl, palabra indescifrable, estropeada por la impresión; de la cual sólo pueden sacarse, ocelotl, tigre, teutli, orilla y tlapalli, color.

Netlaquechiloni, manta que tenía la propia figura de Huitzilopochtli. Tal vez deba ser la palabra *Netlaquentiloni*, derivada de quentia, vestir, ponerse una manta; ó de netlaquentiliztli, la acción de cubrirse con los vestidos.

Ollin–tilmatli, con la figura del sol: decía el Padre Sahagún, que esta clase de mantas y las que llevan el nombre de Inextlacuilollo, ó de profusos dibujos eran sospechosas, es decir que eran mitológicas; casi todos los actos de los mexicanos estaban ligados con la religión, hasta el de vestirse.

Tlauh–tonatiuh–tilmatli, mantas con labores de un sol azul; tlahuitl, color rojo ú ocre rojo, y tonatiuh, sol. Habla de otra manta Tezozomoc llamada Ocotentehuitl, palabra tal vez adulterada, por Ocotentihuitl, "manta encendida alumbradora, para el Rey Axayacatl." No se comprende el significado que puede producir las siguientes radicales: ocotl, madera de pino, ó el árbol; teutli, orilla é ihuitl, pluma ligera.

Tlacahuaz–tilmatli, "mantas que parecían tocas, por causa del sol, que le servían á Moctezuma II cuando entraba á sus huertas y jardines, con una cerbatana para matar pájaros." (Tezozomoc) La palabra tiene por radicales, Tlacalhuaz, cerbatana y tilmatli, manta.

Manta real ofrecida por el Señor de Tenancingo, Tezozomoctli al Rey de Axayacatl, lo mismo que un maxtlatl, hechos de plumas muy menudas del colibrí ó quetzal–huitzitzil, pájaros pequeños relumbrantes que parecían de oro y hacían muchas aguas" (Tezozomoc).

Huitzil–tla–chihualli, mosaico de pluma, se deriva de tlachihualli, trabajo de fina pluma y de huitzilin, chupamirto.

Las láminas del Códice Moctezuma y Mendocino tienen indicadas las labores y demás detalles de las mantas.



CAPITULO VIII.

VESTIDOS DE SEÑORES.—DOS CAPITULOS DEL MANUSCRITO ORIGINAL DEL PADRE SAHAGUN EXISTENTE EN LA BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA DE MADRID.—OTROS VESTIDOS DE SEÑORES DE RECIENTE PUBLICACION.

DOS CAPITULOS DEL MANUSCRITO DEL PADRE SAHAGUN,

EXISTENTE EN LA ACADEMIA DE LA HISTORIA DE MADRID, COPIADOS POR MI RESPETABLE AMIGO EL SR. PROFESOR DR. EDUARDO SELER, SOBRE VESTIDOS DE LOS SEÑORES.

IN ic V párrafo ipan mitoa in ixqui tlamantli in inechichivaya in tlatoque ivan in civapipiltin.

En el quinto párrafo se dicen todas las maneras de cómo se ataviaban los señores y las señoras.

Axayacayo tilmatli, Manta con la máscara del agua, ó del Rey Axayacatl.

Avitzoyo tilmatli, manta con la figura del animalejo que llaman ahuitzotl, ó del Rey Ahuitzotl.

Quauhpapatlacyo tilmatli, manta con figura de cacao pataste (Theobroma bicolor.)

Yui temalacayo tilmatli, mantas con ruedas de pluma.

Tlachquauhyo tilmatli, manta con figuras del árbol del juego de la pelota.

Tonatiuhyo tilmatli, manta con figuras del sol.

Tenchilnavayo tilmatli, manta bordada en el margen con círculos de color encarnado.

Teuixquixochio tilmatli, manta con figuras de la preciosa flor de la (Morelosia Huanita, P. de la Llave y Lexarza.)

Vacalxuchi tilmatli, mantas con figuras de la preciosa flor de la tierra caliente, que Motecuhzoma Ilhuicaminatzin mandó traer de Cuetlaxtlan, para criar en los jardines de Huaxtepec.

Tlapaltecuxuchio tilmatli, manta con figuras de la flor colorada del Señor.

Vitzitzilxuchio tilmatli, manta con figuras de la flor del chupamirto, de color de fuego encendido.

Tentlapalo tilmatli, manta bordada de color rojo.

Quauhtzontecomayo tilmatli, manta con cabezas de águila.

Vceloevatilmatli, manta de cuero de tigre.

Cuetlacheva tilmatli, manta de cuero de oso (Cercoleptes candivolvulus.)

Micevatilmatli, manta de cuero de león.

Ocutucheva-tilmatli, manta de cuero de gato montés.

Cuyuevatilmatli, manta de piel de coyote.

Acucu xuchio-tilmatli, mantas con figuras de la flor Dahlia variabilis.

Teucuyo-tilmatli, manta con figuras de teocomitl, melocacto (Mamillaria sp.)

Cacaloxuchio-tilmatli, manta con figuras de la flor de la Plumiera rubra.

Vmixuchio-tilmatli, manta con figuras de la azucena.

Tlacuxuchio-tilmatli, manta con figuras de la jara florida.

Hecauitequi-tilmatli, manta en los dos colores del dios del viento.

Xicalculiuhqui tilmatli, manta adornada con dibujos meándricos.

Cuetlaxuchio-tilmatli, manta con la flor de la noche buena.

Coatzontecomayo tilmatli, manta ornamentada con cabezas de culebra.

Itznepaxiuhqui tilmatli, manta adornada con puntas de obsidiana en bandas atravesadas como mallas de red.

Quapacho-tilmatli, manta con figuras de garra ó pie de águila (ó de color leonado).

Xiuhtlatlpili tilmatli, manta de red azul (ó con turquesas en las comisuras de la red).

Culutlatlpili tilmatli, manta de red de color negro (ó con alacranes en la comisura de la red).

Quapachtlaxuchio tilmatli, mantas con bandas de color leonado.

Xvmoyvitentlapalo-tilmatli, manta de plumas de pato, con orilla de color encarnado.

Iztac-xvmoyuitl-tilmatli, manta de plumas blancas de pato.

Tlapaliuitemalacaio-tilmatli, manta con ruedas de plumas encarnadas.

Iztaciuitilmatli, manta de plumas blancas.

Tliltic-iui-tilmatli, manta de plumas negras.

Tlepiazyo-maxtlatl, braguero ó maxtle con figuras de caño de fuego.

Yvitemalacayo-maxtlatl, maxtle con ruedas de plumas.

Nochpalli-maxtlatl, maxtle de color de grana.

Puztequi-maxtlatl, maxtle de dos colores.

Têpuçûqui-maxtlatl, maxtle bordado con lista de algodón flojo.

Yacatlamachyo-maxtlatl, maxtle labrado en una extremidad.

Vcelo-maxtlatl, maxtle imitando piel de tigre.

Calitli-maxtlatl, maxtle pegado ó soldado.

Ixtac-maxtlatl, maxtle blanco.

Xumoiuipilli xicalculiuhqui cueitl quinamiqui, huipil de pluma de pato con enagua ornamentada de dibujos meándricos.

Acucuxuchio vipilli miavacueitl quinamiqui, huipil con figuras de la flor parecida á la Dahlia variabilis (Willd) con enagua ornamentada con la flor del maíz.

Aculamachyo vipili tenacazyo cueitl quinamiqui, huipil labrado en el hombro con enagua ornamentada de figuras de piedra labrada para esquina de pared.

Pulucatlacunepaniuhqui vipili tlilpitzauac cueitl quinamiqui, huepil con bandas cruzadas como mallas de red, y en los espacios que hacían estas bandas iban puestas unas orillas de una hierba menuda, con una enagua pintada con figuras puntiagudas de color negro.

Cacaluxuchio-vipili cacamoliuhqui cueitl quinamiqui, huepil con figuras de la flor de la Plumiera rubra, con una enagua de color de la ciruela madura.

Xochiteyo vipili iztac cueitl quinamiqui, huepil bordado de flores con una enagua de color blanco.

Quapochyo-vipili vcelu cueitl quinamiqui, huepil con figuras de pie de águila, con una enagua de la hechura, ó parecida á la piel del tigre.

Ypiluyo-vipili quapachyo cueitl quinamiqui, huepil con una orla de rapacejos, con una enagua ormantada con figuras de piel de águila.

CAPITULO 3.—DE LOS ATAVIOS DE LOS SEÑORES.

Nican mitoa yn izquitlamantli yn inechichiuaya tlatoque yoan pipilti yu intech quitlaliaya, ynic mocencauaya yn in tilma yn maxtli.

Aquí se dicen todos los atavíos de los señores é hijos de señores, las mantas y los maxtles que se ponían con que se aparejaban.

Coaxayacayo tilmatli tenixyo, manta con cabezas de culebra con una orla ornamentada de ojos de color rojo.

Tecucizyo tilmatli tenixyo, mantas con figuras de caracoles grandes de la mar, con una orla ornamentada de ojos de color rojo.

Temalacayo tilmatli tenixyo, manta con ruedas grandes con una orla como la anterior.

Ytzcoayo tilmatli tenixyo, manta con figuras de culebra de navajas, ú obsidianas, con orla como la anterior.

Ometochtecomayo tilmatli tenixyo, mantas con figuras de jarro de pulque, con orla parecida á la anterior.

Papaloyo tilmatli tenixyo, manta con figuras de mariposa, con orla como la anterior.

Xaualquauhyo tilmatli tenixyo, manta con figuras del palito con que se pintaban la cara, con orla parecida á las anteriores.

Ocelotentlapali yytic ycac ocelotl, manta pintada enmedio como piel de tigre y por flocadura unas fajas coloradas.

Chicoyapalli nacazminqui yytic icac ytzquauhtli, manta partida diagonalmente en dos partes, de color variado, una mitad morena y otra blanca y enmedio pintada una figura de una águila de navajas.

Xiuhtlalpilnacaxminqui, tlacochquauhtli oncac icac, manta partida diagonalmente en dos partes diversas, una mitad como manta de red de color azul, otra blanca, y enmedio pintada una águila de varas arrojadizas.

Quetzalic tilmatli ocelocuitlapilo, manta de henequén precioso, con unas colas de tigre.

Quetzalichpetztli quapatlacyo tilmatli, manta de henequén precioso, muy liso y muy lúcido con figuras de cacao pastate (Theobroma bicolor).

Camopal ecacozcayo teniuiyo tilmatli, manta del color del camote pintado en el joyel del viento, con una orla de plumas.

Camopaltêuauanqui tilmatli, manta color de camote con una orla rayada.

Apalecacozcayo tilmatli, yuitica tentlayaualo, manta del color del agua pintada en el joyel del viento, bordada de plumas.

Nochpal–tilmatli tenixyo, manta de color de grana, con orla ornamentada con ojos de color rojo.

Quapachtentlayaualo tilmatli, manta con una orla de color leonado.

Coyoichca tentlayaualo tilmatli, manta con una orla hecha de hilo de pelo de coyote.

Quapachtlalpilli tilmatli, manta de red de color leonado.

Colotlaxochyo tilmatli, manta con fajas de color negro.

Quapachatocayo–tilmatli, manta con figuras de arañas de agua, de color leonado.

Quapapahyo–tilmatli, manta con figuras de puente de madera.

Ocelotilmatli, manta pintada como piel de tigre.

Quauhtetepoyo–tilmatli, manta pintada con piernas de águila.

Oceloxicalcoliuhqui tilmatli, manta pintada con dibujos meándricos de color de piel de tigre.

Oceloquahtlatlapanqui–tilmatli, manta de dos colores, la mitad pintada como piel de tigre, la otra mitad como piel de águila.

Quapach–ixcoliuhqui–tilmatli, manta pintada con una figura torcida de color leonado.

Yapalixcoliuhqui–tilmatli, manta pintada con una figura torcida de color moreno.

Tlallecauazyo–tilmatli, manta pintada con escaleras de sierra.

Tlamachmoyauac–tilmatli, manta con manchas de labores.

Xomoyuitilmatli tentlapalo, manta de plumas de pato, con orla roja.

Xomoyui–tilmatli quapatlacyo, manta de plumas de pato, con figuras de cacao pataste.

Yztacxomoyui–tilmatli tenixyo, manta de plumas blancas de pato, con una orla pintada con ojos de color rojo.

Xomoiuitilmatli elotic, manta de plumas de pato con figuras de maíz verde.

Cuitlachiuitilmatli, manta pintada con figuras de oso emplumado (Cercoleptes caudivolvulus.)

Xiuhtlalpilli tenixyo, manta de red de color azul con una orla pintada con ojos de color rojo.

Tonatiuhyo–tilmatli tenixyo, manta con figura de sol, con orla como la anterior.

Quauhtzontecoyo–tilmatli mamanqui, manta pintada con cabezas de águila.

Teuatltlachinol–tilmatli mamanqui, manta pintada con el símbolo de la guerra.

Vacalxochio tilmatli, manta pintada con la flor hueca (Anthorium sp?).

Eloxochio–tilmatli, manta pintada con la flor de elozochitl (Magnolia arcarum sp?).

Yolloxochio–tilmatli, manta pintada con la flor de la magnolia.

Tlapaltecuxochio–tilmatli, manta pintada con la flor encarnada del Señor.

Acucuxochio–tilmatli, manta pintada con la flor de la Dahlia variabilis.

Cacaloxochio–tilmatli, manta pintada con la flor de la Plumiera rubra.

Cuetlaxochio–tilmatli, manta pintada con la flor de Noche buena.

Iztacxomoiuitilmatli nacazminqui, manta de plumas blancas de pato, partida diagonalmente en dos partes de color variado.

Yztacxomoiuitilmatli cuitlachixyo, manta de plumas blancas de pato, pintada con ojos del oso (Cercoleptes caudivolvulus).

Tlapalyui–tilmatli tlamachyo, manta de plumas rojas, ornamentada de labores.

Cuitlachixyo–tilmatli, manta pintada con ojos del oso.

Quauhaauitzyo– tilmatli?

Tenizquixochio tilmatli, manta bordada con figuras de la Morelosia Huanita.

Quaxoxotilmatli?

Quaxoxvacaltlamachyo–maxtlatl, braguero con labores en el extremo.

Tianquizyo–maxtlatl, maxtle ornamentado con el signo del mercado.

Quauhtetepoyo–maxtlatl, braguero ornamentado con piernas de águila.

Xiuhtezcayo maxtlatl, maxtle adornado de espejos de color azul.

Acapapaloyo–maxtlatl, maxtle ornamentado con figuras de mariposas en el extremo.

Centzonmaxtlatl tlatlatlapalpoalli cempoalçotl acahecacozcayo, maxtle de mil colores, listado de diversidad de colores con figuras del joyel del viento en el extremo.

Quapach–maxtlatl acatlamachyo, maxtle de color leonado, con labores en las puntas.

Nochpal–maxtlatl ocelotzontecoyo, maxtle de color de grana pintado con cabezas de tigre.

Oceloxicalcoliuhqui–maxtlatl, braguero adornado con dibujos meándricos de color de piel de tigre.

Coyoichca–maxtlatl quauhtzontecoyo, maxtle de hilo de pelo de coyote, pintado con una cabeza de águila.

Acaiuitemalacayo–maxtlatl, maxtle adornado con ruedas en la punta.

Acatlamachmoyauac–maxtlatl, maxtle con manchas de labores en la extremidad.

OTROS VESTIDOS DE SEÑORES.

Los materiales que forman este libro se han recogido lentamente: la obra estaba concluída hace seis años y por causas que no son del caso referir, no se imprimió en tiempo oportuno; pero la Arqueología adelanta como to-

das las ciencias; ha sido preciso adicionar tanto el manuscrito como las láminas, motivo por el cual mi libro aparece hasta cierto punto con algunos remiendos.

Recientemente apareció una obra, más bien un catálogo comentado, de los manuscritos que formaron la colección de Mr. Aubin, una de las más ricas y abundantes que se han formado en México para llevarla á Europa; originales y copias reunidas con la mayor inteligencia en época en que ni los científicos, ni los gobiernos fijaban la atención en documentos históricos. Lamentable ha sido la pérdida, pero compensada, porque siquiera se salvaron de la polilla y del abandono y se han sacado del olvido con la reproducción exacta, como la del Tonalamatl de Aubin, publicado por el Sr. Duque de Loubat. Del catálogo publicado por Goupil he reproducido algunas láminas que conservan la genuina tradición de los vestidos.

La lámina 186 de esta obra reproduce el traje de un indio principal del Reino de Acolhuacán llamado Tecuepotzin; la 187 otro del poeta rey Nezahualcoyotl; la 188, el de un noble personaje llamado Cuauhtlatzacuilotzin; la 189 al Rey Nezahualpilli, rey de Texcoco; la 190, el vestido del dios de las aguas Tlalocatecuhtli; por último de la rarísima obra del Dr. Gemelli Careri, Giro del Mondo, publicado en 1708 se ha reproducido, como las láminas anteriores, por procedimientos fotográficos, la que va bajo el número 191, que contiene los principales vestidos mexicanos, aprovechados en los dibujos ya con algún arte y belleza.

La figura del guerrero zapoteca se ha tomado de una fotografía de la espléndida collección de mi amigo y colega el Sr. Dr. Sologuren: es un guerrero ocelotl, que tiene solamente el distintivo característico, el casco, la cabeza del tigre.



CAPITULO IX.

TOCADOS Ó PEINADOS DE NOBLES TLAXCALTECAS Y DE MUJERES MEXICANAS.—ADORNOS COMPLEMENTARIOS DEL VESTIDO.

TOCADOS Ó PEINADOS DE NOBLES TLAXCALTECAS Y DE MUJERES MEXICANAS.



EN las láminas, de la 90 á la 96, puede verse lo que interesa á este ramo importante de la Indumentaria, y de la 97 á la 99 lo relativo al calzado, que como se ha dicho, pertenecía solamente á las clases elevadas de la sociedad.

Los peinados de los tlaxcaltecas se encuentran en las figuras de las láminas 90 y 95, figuras del "Lienzo de Tlaxcala," única fuente de la Indumentaria de esa región: no han quedado monumentos escultóricos, que deben haber sido pocos, en virtud de la ocupación siempre guerrera de los habitantes, en los combates frecuentes de la guerra florida, ó de conquista.

Sin embargo, hay un teponaztle en las colecciones del Museo Nacional, que se publica con todos sus pormenores en la lámina 160, conocido como originario de Tlaxcala; para ratificar el nombre basta comparar la figura del teponaztle con las cabezas de la lámina 90: el tocado de las cabezas es igual y característico.

En las recientes excavaciones que se han hecho en estos últimos años, de 1900 á 1901, para el saneamiento de la ciudad de México, entre otros objetos dignos de estudio, que me propongo publicar, en memoria separada, se encontró un busto de la diosa Miquiztli, por desgracia multilado. Sin embargo puede verse mucho del tocado en la parte posterior de la cabeza y cuello: la escultura está primorosamente labrada en diorita de color verde amarillento. El ejemplar se encuentra en los salones del Museo Nacional, en un lote dedicado á los objetos de las excavaciones de las Escalerillas.

Debo llamar principalmente la atención sobre dos tocados de mujer que han llegado hasta nosotros; uno es un fragmento de estatua encontrado en Teotitlán del Camino, del Estado de Oaxaca, por el Sr. Profesor Eduardo Seler, y que original me envió mi sentido amigo, el Sr. General Gregorio Chávez, Gobernador entonces del Estado de Oaxaca; ese fragmento perteneció á la diosa Miquiztli; tanto las figuras dibujadas por el Sr. Dr. Seler, como las fototipías obtenidas del original, se encuentran en las láminas 93, 94 y 94 bis de esta obra.

El segundo tocado es el de la cabeza colosal de diorita del Museo Nacional, que se ve en las láminas 91 y 92, que en diversas épocas ha sido tomada por hombre unas veces y otras por mujer. Primero la llamó Bustamante Temazcaltoci, después se le llamó Totec; alguno veía en la figura la majestad de una diosa, ó el forro de las pieles del sanguinario dios de la guerra, pero no es más que la cabeza de un cadáver y tiene hasta en los ojos la expresión de la muerte. No es un fragmento de estatua como también se ha creído, es un monumento completo, cuya historia y nombre lleva en el relieve que se encuentra en la base y en los jeroglíficos de las mejillas; Coyol–xauh–qui, en la cara, y el signo de los guerreros ó de la guerra, Teo–atl–tlachinolli, en la base.

Al Sr. Dr. Seler se debe este descubrimiento, y lo llamo así, porque es una interpretación de las más importantes y curiosas para la Técnica de la Arqueología, que viene á confirmar el principio ya conocido de mucho tiempo, de que las deidades aztecas llevan casi siempre en su propia figura los distintivos de su nombre ó de sus principales atributos.

El monumento de diorita es la cabeza degollada de la hermana enemiga de Huitzilopochtli, que se le rebeló en Cohuatepec con cuatrocientos cenzonapas; su nombre era Coyol-xauh-qui, la mujer adornada ó pintada de cascabeles, sacrificada y degollada por su propio hermano.

Coyolxauhqui elevada á la categoría de deidad, fué colocada en el templo mayor, en donde recibió más tarde, entre otros, los homenajes del Rey Ahuitzotl.

El descubrimiento del Sr. Profesor Seler viene á alcanzar una confirmación en los datos siguientes, que no se han tenido en consideración al estudiar el monumento.

En la base de la cabeza se encuentra un relieve, que cuando yo lo moldé por primera vez, lo tomé como signo del *atl*, agua, y para mí bauticé á la diosa con el nombre de Chalchiuhtlicue, compañera de Tlaloc; siempre me había parecido tener muy decorada la cabeza para que perteneciera á un hombre.

La figura del relieve que se halla en la base de la cabeza es la misma que el Sr. Seler ha encontrado en el manuscrito original del Sr. Barón de Humboldt, de la Biblioteca de Berlin; es el símbolo de la guerra, compuesto de un enlace de los signos del fuego y del agua, llamado Teo-atl-tlachinolli, jeroglífico de los guerreros y símbolo de la guerra. El relieve de la Coyolxauhqui se compone de los signos de sangre, fuego y de una serpiente, de la discordia, trenzadas ó enlazadas. El mismo signo de la guerra circundando el águila nacional de los mexicanos, tiene la cédula de 1559 de la villa de Tepeyacac, Tepeaca, conquistada por Cortés á sangre y fuego.

Es tiempo ya de hacer algo por nuestra parte: en Europa se han estudiado nuestros códices, todos nuestros manuscritos, á nosotros nos toca estudiar seriamente nuestros monumentos.

ADORNOS COMPLEMENTARIOS DEL VESTIDO.

MÁSCARAS.—ADORNOS DE LA CARA, DE LA GARGANTA, DEL ANTEBRAZO Y DEL BRAZO, DE LOS PIES; PIEDRAS PRECIOSAS.

"Máscaras.—Dice Sahagún: También usaban de carátulas ó máscaras labradas de mosaico, y de cabelleras, y unos penachos de oro que salían de las máscaras."

No dice el Padre Sahagún cómo usaban las máscaras los mexicanos; es muy probable que sirvieran para los bailes ó para encerrarlas en las urnas cinerarias: se sabe que las de cierta forma cubrían la cara de los ídolos cuando ocurría una calamidad pública, cuando fallecía algún monarca: los dioses entonces estaban de duelo.

Xiuh-xayacatl, máscara de turquesas de Quetzalcoatl: era esta un adorno de cabeza, ó corona con la máscara junta, de modo que al ponerse la corona se cubría también la cara con la máscara: la figura de esta máscara puede verse en la lámina respectiva, tomada de un mosaico que posee el Museo etnográfico de Roma. Había otra máscara ó casco máscara de plumas de colibrí, llamada Huitzitzil-nahualli, que se ponía á los dioses Painal y Huitzilopochtli. La máscara que servía al Rey Moquihuix de Tlaltelolco para los areitos se llamaba *Macehuaz.*

En las panoplias ó trofeos de armas de esta obra, lámina 177, se ve una máscara perteneciente á la colección zapoteca de mi compañero y amigo el Sr. Dr. Sologuren: es de diorita y tiene veinte centímetros de altura.

Los historiadores mexicanos se han ocupado principalmente de los mosaicos de pluma, obras consideradas en Europa como positivas maravillas, que rivalizaban con la pintura por la exactitud del dibujo y la brillantez de los colores. Pero hay otra clase de mosaicos de la cual quedan pocos ejemplares en Berlin, Roma y Londres: esos mosaicos van reproducidos en las láminas 26, 117, 117 bis y 123, de esta obra. El Museo de Berlin posee una máscara de turquesas, una verdadera Xiuh-xayacatl; un tigre de dos cabezas y la cabeza de otro incrustadas de piedras verdes ó azules, de turquesas, trocitos de concha y de oro: de trabajo análogo son los mosaicos de Roma y el célebre cuchillo de Londres de la colección Christy.

Adornos para la nariz. Acapitzactli, Acatla-pitzalli, ó Acapitzalli "canutillos pequeños de oro bajo, para las narices;" palabra derivada de acatl, caña y de pitzactli, delgado. En las ceremonias de la coronación, con un adorno de este género, le atravesaron las ternillas de la nariz á Moctezuma II.

Yaca-xihuitl, "piedras preciosas con que se adornaban lo de encima de las ventanas de las narices."

Teoxiuh-capitzalli, "piedra delgada con que adornaron la nariz del Rey Ahuitzotl, agujerando la nariz por dentro de las ventanas," según Tezozomoc: teoxihuitl es turqueza y pitzactli, delgado.

Adornos para los labios. Tentetl, significa bezote, ó barbote; la palabra viene de tentli, labio y de tetl, piedra: hoy se les designa con el nombre de "sombreritos." Los había de diferentes clases y materias: de chalchihuitl, diorita verde, engarzados en oro, de plata, también de oro fino, de ámbar, de cristal de roca ó de obsidiana, metidos en la barba ó más bien en el labio inferior.

"También traían estos barbotes hechos de cristal (de roca) largos, y dentro de ellos unas plumas azules, que les hacían parecer zafiros..........y también unas medias lunas de oro colgadas en los bezotes."

Tente-comachoc ó Tentecomachiotl, otra especie de tentetl, derivado de tenqui, cortar el labio y de machiotl, marca. Las diferentes formas se encuentran en las láminas de esta obra; el tentetl de plata, encontrado en unas excavaciones de Atotonilco el Grande, del Estado de Hidalgo, ha sido publicado en mi obra de los "Monumentos del arte mexicano."

Ten-colli, distintivo de valor; palabra derivada de colli abuelo y de tentetl, bezote; antigua distinción: era fabricada de ámbar.

Ten–zacatl, bezote delgado; de zacatl, junco delgado.

Temalacatl–tetl, piedra redonda, de temalacatl.

Cuauh–tentetl, para caballeros ó guerreros águila, cuauhtli.

Teziz–tentli, de tecciztli, caracol grande.

Tapach–tentli, de coral, tapachtli.

Nextecuil–tentetl; de locura, nextecuilotl; propio de guerreros temerarios.

Ten–xiuh–coayo, derivado de Xiuhcoatl, la flecha del dios Huitzilopochtli.

Adornos para las orejas, aretes ó pendientes. Las orejeras para mujeres eran diferentes de las de los hombres y de los mayordomos.

Nacochtli, arete y Teonacohtli, orejera ó arete de los dioses.

Neza–acatl–nacochtli, de significado desconocido.

Nacaz–tepuztli, arete de cobre; nacaztli, oreja y tepuztli, cobre.

Quetzal–coyol–nacochtli, derivado de coyolli, cascabel.

Los aretes de oro que se conocen pertenecen en lo general á las excavaciones que en las criptas de Oaxaca se han hecho; se han publicado en los "Monumentos Mexicanos."

Adornos para la garganta. Las gargantillas de oro que se han encontrado en Oaxaca, son de un gusto y trabajo preciosos. "Tenían dice Sahagún un collar hecho de cuentas de oro, y entrepuestos unos carocolitos mariscos, entrecalados." Usaban, también, traer collares de oro hechos á manera de eslabones de víbora." Traían unos sartales de piedras preciosas al cuello: tenían una medalla colgada de un collar de oro, y en medio de ella una piedra preciosa llana y para la circunferencia, colgaban unos *pinjantes* (colgantes) de perlas."

Chipolli, sartal de caracoles para uso de los guerreros Cuauhtin: chipalli, significa caracol.

Teocuitla–coz–ehuatl, gargantilla de pedrería fina; radicales de la palabra: cozcatl; collar; ehuatl, cuero ó correa y teocuitla, oro.

Cozca–petlatl; derivado de cozcatl, gargantilla y de petlatl, tejido: era una sarta de cuentas de oro y piedras, insignia particular del Rey, cuando salía á la guerra.

Adornos de los puños, del brazo, de las piernas y de los pies.–piedras preciosas.

Pulseras, Matemecatl, palabra derivada de maitl, mano y de mecatl, cuerda ó lazo.

"Traían atadas á las muñecas, dice Sahagún, una correa gruesa negra, sobada con bálsamo, y en ella una cuenta gruesa de chalchihuitl ú otra piedra preciosa."

Matla–pilolli, manípulos de cuentas gruesas de finas piedras.

Teocuitla–matemecatl, "(maní–pulos) dorados, colgadores de las muñecas de las manos que se pusieron, según Tezozomoc, en las muñecas de las manos, en el vestuario del cadáver del Rey Axayacatl." Se encuentra también "colgadero de brazo (debe entenderse antebrazo) ancho, como manípulo, colorado, de cuero dorado, colgándole campanillas de oro." Radicales de la palabra: matemecatl, pulsera y teocuitla, oro.

Zoa–tezcatl, especie de medio guante con plumería muy menudita que relumbraba mucho.

Dice Sahagún: "traían en la mano izquierda unos brazeletes (pulseras debe entenderse) de turquesas, sin plumaje ni puño."

Brazaletes, Machoncotl. Molina distingue cuatro clases de brazaletes. El Machoncotl, ó macopilli, brazalete de pluma, el Teocuitla–matemecatl, de oro, el Matzopetztli y el Macuetlaxtli, de cuero: como se ve, están confundidas las pulseras que se portaban en el puño del antrebrazo con los verdaderos brazeletes.

El Machoncotl, brazalete propiamente dicho, puesto que se usaba en el brazo y no en el puño del antebrazo, se usaba en los bailes y estaba formado de preciosas plumas. A éstos se refiere Sahagún, cuando dice: "usaban unos brazaletes de mosaico, hechos de turquesas, con unas plumas ricas que salían de ellos, que eran más altos que la cabeza y bordados con plumas ricas y con oro, y unas bandas de oro, que subían con las plumas." En el atlas del Padre Durán hay esta clase de adornos que se han reproducido para esta obra; no se conoce la etimología de la palabra.

Matzo–petztli, brazalete, guante ó manopla de oro para los reyes; palabra derivada de matzoa, tomar un puñado de alguna cosa y de petztli, muy bruñido ó reluciente.

Grevas, cozehuatl, eran medias botas ó jarreteras de piel de tigre, y también cubiertas de planchuelas de oro, para vestido de guerra. Sobre este punto dice Sahagún: "usaban traer en las piernas, de la rodilla abajo, grevas de oro muy delgado."

Collares para los pies.–Icxi–te–cuecuechtli, collares anchos para la garganta de los pies, adornados de campanillas de oro, piezas que entraban en el vestuario del monarca. Radicales de la palabra: icxitl, pie; cuechtli, cuello y tetl, piedra: en otra parte dice Tezozomoc: "jarreteras para la garganta de los pies, á manera de puños de camisa, para los Reyes;" "muñequera de cuero colorado para la garganta del pie derecho, pieza del vestuario del Rey Ahuitzotl.

Piedras preciosas.—Las que eran muy estimadas por los mexicanos eran los chalchihuites, diorita de color verde claro, de que hacían cuentas para los collares, dijes, nacochtlis ó grandes aretes circulares para las orejas de los ídolos: estas piedras eran para ellos más estimadas que el oro y la plata.

Cuando se habla en las Crónicas de piedras preciosas, debe entenderse de los chalchihuites y de las turquesas, llamadas xihuitl ó teo–xihuitl, que emplearon para sus pulseras y principalmente para el mosaico de las máscaras y de la corona real, llamada xiuh–huitzolli.

Hicieron uso del ópalo Quetzalitzepiollotli, "que parece que tienen muchos colores y varíanse conforme ó según

el modo con que se les dé la claridad:" yo tengo una pequeña esfera bien labrada, con su agarradera que tenía un agujerito para colgarse, encontrada en terrenos de Tula, del Estado de Hidalgo, antigua capital de los toltecas. Parece que los diamantes les fueron desconocidos; no así las perlas que tenían el nombre de epyollotli, y el ámbar apozonalli; pues este último era tributado al Rey de México. Tal vez conocieron el zafiro; la palabra matla-zihuitl, piedra preciosa de color azul fino, compuesta de matlalli, color azul y xihuitl, piedra preciosa, pudiera convenirle á esa piedra preciosa.

Según la opinión de mi amigo el Sr. Ingeniero D. Ezequiel Ordóñez, no hay grandes, ni abundantes esmeraldas en los terrenos geológicos de México; sin embargo se les designaba con el nombre de Quetzaliztli.

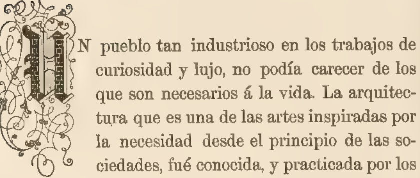
"Entre las joyas de gran valor que regaló (Cortés) á su joven esposa (Doña Juana de Zúñiga, hija del Conde de Aguilar y sobrina del Duque de Bejar) se cuentan cinco esmeraldas que se valuaron en más de cien mil ducados, joyas que deseaba tener la Emperatriz, y se dice que el haberlas dado Cortés á su novia fué motivo del poco favor que en adelante le manifestó aquella Soberana." (Diccionario Universal de Historia y Geografía, página 580.)



CAPITULO X.

ARQUITECTURA DOMÉSTICA DE LOS MEXICANOS.—TEMAZCALES Ó HIPOCAUSTOS, MUEBLES Y OCUPACIONES DOMÉSTICAS DE LOS MEXICANOS.

ARQUITECTURA DOMESTICA DE LOS MEXICANOS.



N pueblo tan industrioso en los trabajos de curiosidad y lujo, no podía carecer de los que son necesarios á la vida. La arquitectura que es una de las artes inspiradas por la necesidad desde el principio de las sociedades, fué conocida, y practicada por los habitantes del país de Anáhuac, á lo menos desde la época de los toltecas. Los chichimecos, sus sucesores, los acolhuas y todas las otras naciones de los reinos de Acolhuacán, de México, de Michoacán, de la república de Tlaxcala, y de las otras privincias, excepto los otomites, fabricaron casas y formaron ciudades desde tiempo inmemorial. Cuando los mexicanos llegaron á aquellos países, los encontraron cubiertos de grandes y bellas poblaciones. Ellos, que antes de salir de su patria, eran ya muy inteligentes en arquitectura, y estaban acostumbrados á la vida social, construyeron durante su larga romería muchos edificios, en los puntos en donde se detenían algunos años. Consérvanse restos de ellos, á las orillas del río Gila, en la Pimeria, y cerca de la ciudad de Zacatecas. Reducidos á la mayor miseria en las orillas del lago tezcucano, construyeron humildes cabañas de cañas y fango, hasta que con el comercio de la pesca, pudieron adquirir mejores materiales. A medida que crecían su poder y su riqueza, se aumentaban y mejoraban sus edificios, hasta que llegaron los conquistadores y hallaron mucho que admirar y no menos que destruir.

Las casas de los pobres eran de cañas y de ladrillos crudos, ó de piedra y fango, y el techo de un heno largo y grueso, que es muy común en aquellos campos, particularmente en las tierras calientes, ó de hojas de maguey puestas unas sobre otras, á guisa de tejas, á las que se parecen además en el grueso y en la figura. Una de las columnas ó apoyos de estos edificios solía ser un árbol de proporcionadas dimensiones, el cual, además del recreo que les proporcionaba su frondosidad, solía ahorrarles algún gasto y trabajo. Ordinariamente estas casas no tenían más que un piso, donde estaban el hogar y los muebles, y en que residían la familia y los animales. Si la familia no era tan pobre, había otras dos ó tres piezas, un AYAUHCALLI ú oratorio, un TEMAZCALLI ó baño, y un pequeño granero.

Las casas de los señores y de la gente acomodada eran de piedra y cal, y tenían dos pisos, con sus salas y cámaras bien distribuídas, y sus patios, el techo llano, de buena madera, bien labrada y con azotea; los muros tan blancos, bruñidos y relucientes, que los primeros españoles que los vieron de lejos los creyeron de plata; el pavimento de una mezcla igual y lisa.

Muchas de estas casas estaban coronadas de almenas y tenían torres, y á veces un jardín con estanque y calles trazadas con simetría. Las casas grandes de la capital tenían por lo común dos entradas; la principal que daba á la calle y otra al canal. En ellas no tenían puertas de madera, creyendo sin duda que sus habitaciones no necesitaban de otra custodia que la severidad de las leyes: mas para evitar la vista de los pasajeros cubrían la entrada con cortinas, y junto á ellas suspendían algunos pedazos de vasija ú otra cosa capaz de avisar con su ruido á los de casa, cuando alguno alzaba la cortina para entrar. A ninguno era lícito entrar sin el beneplácito del dueño. Cuando la necesidad ó la urbanidad, ó el paren-

tesco no justificaban la entrada del que llegaba á la puerta, allí se le escuchaba y prontamente se le despedía.

Supieron los mexicanos fabricar arcos y bóvedas como consta por las pinturas, y como se ve en sus baños, en las ruinas del palacio real de Tezcuco, y en las de otros edificios que se preservaron del furor de los conquistadores. También hacían uso de las cornisas, y de otros adornos de arquitectura. Gustaban de otros que labraban en la piedra y en torno de las puertas y ventanas, á manera de lazos, y en algunos edificios había una gran sierpe de piedra, en actitud de morderse la cola, después de haber girado el cuerpo, en torno de las ventanas de la casa. Los muros eran derechos y perpendiculares, aunque no sabemos de qué instrumento se servían para su construcción, porque el descuido de los historiadores nos ha privado de datos sobre este y otros puntos curiosos, relativos á sus artes. Algunos creen que los albañiles de aquellos países, cuando alzaban algún muro, amontonaban tierra por uno y otro lado, aumentando estos montones, á medida que el muro se alzaba, de modo que cuando se concluía, se hallaba como enterrado, y cubierto por la tierra que se había amontonado; con lo que no necesitaban de andamiaje. Pero si bien es cierto que este modo de fabricar haya estado en uso entre los mixtecas y otras naciones de aquellos países, no creo que lo practicasen los mexicanos, atendida la suma prontitud con que terminaban sus edificios. Sus columnas eran cilíndricas ó cuadradas, pero no sabemos que tuviesen bases ni chapiteles. Ponían particular empeño en tenerlas de una sola pieza, y tal vez las adornaban con figuras de bajo relieve. Los cimientos de las casas grandes de la capital, se echaban por causa de la poca solidez de aquel terreno, sobre un plano de gruesas estacas de cedro, clavadas en tierra como después han seguido haciendo los españoles. El techo de estas casas era de cedro, de abeto, de ciprés, de pino, ó de oyametl; las columnas, de piedra ordinaria, y en los palacios, de mármol y aún de alabastro, que algunos españoles creyeron jaspe. Antes del reinado de Ahuitzotl, los muros eran de piedra común; pero habiéndose descubierto en su tiempo las canteras de TETZONTLI á orillas del lago mexicano, se adoptó ésta como la más idónea, para los edificios de la capital, porque es dura, ligera y porosa como una esponja, y la cal se une á ella fortísimamente. Por esta razón y por su color, que es un rojo obscuro, se prefiere aún en la época presente. Los empedrados de los patios y de los templos eran por lo común de piedra de Tenayocan; pero había otros hechos con pedazos de mármol y de otras piedras finas.

Por lo demás, aunque los mexicanos no hayan tenido un gusto arquitectónico comparable al de los europeos, no es menos cierto que los españoles quedaron tan sorprendidos y admirados al ver los palacios reales de México, que Cortés, en sus cartas á Carlos V, no hallando expresiones con que encarecerlos, le decía: "Tenía (Moteuczoma) dentro de la capital casas tan grandes y maravillosas, que no puedo dar á entender de otro modo su excelencia y grandeza, si no es diciendo que no las hay iguales en España. "Las mismas expresiones usa Cortés en otros lugares de sus cartas, el Conquistador Anónimo en su apreciable relación, y Bernal Díaz en su sincerísima historia. Los tres eran testigos oculares."

(Diccionario Universal de Historia y Geografía. Apéndice. Tomo I. páginas 263 y 264 México. 1855.)

TEMAZCALLIS, Ó HIPOCAUSTOS.

"Poco menos frecuentes eran entre los mexicanos y otros pueblos de Anahuac, los baños de TEMAZCALLI, que siendo una de las singularidades más notables de aquellos países, no ha sido descrita por ningún autor español, en cuyas obras se suelen hallar grandes pormenores de objetos mucho menos importantes; de modo que si este uso no se hubiera conservado hasta nuestros días hubiera perecido enteramente su memoria.

El temazcalli ó hipocausto mexicano, se fabrica por lo común de ladrillos crudos. Su forma es muy semejante á la de los hornos de pan, pero con la diferencia que el pavimento del temazcalli es algo convexo, y más bajo que la superficie del suelo, en lugar que el de nuestros hornos es llano y elevado, para mayor comodidad del panadero. Su mayor diámetro es de cerca de ocho pies, y su mayor elevación de seis. Su entrada también semejante á la boca de un horno, tiene la altura suficiente para que un hombre entre de rodillas. En la parte opuesta á la entrada hay un hornillo de piedra, ó de ladrillos, con la boca hácia la parte esterior, y con un agujero en la superior, para dar salida al humo. La parte en que el hornillo se une al hipocausto, la cual tiene dos pies y medio en cuadro, está cerrada con piedra seca de TETZONTLI ó con otra no menos porosa que ella. En la parte superior de la bóveda, hay otro agujero como el de la hornilla. Tal es la estructura comun del temazcalli, como hasta hoy se usan: pero hay otros que no tienen bóveda ni hornilla, y que se reducen á unas pequeñas piezas cuadrilongas, bien cubiertas, y defendidas del aire.

Lo primero que se hace antes de bañarse es poner dentro del temazcalli una estera, en lugar de la cual los españoles ponen un colchon para mas comodidad, un jarro de agua, y unas yerbas ú hojas de maiz. Despues se hace fuego en el hornillo, y se conserva encendido hasta que esten hechas ascua las piedras de que he hecho mención. El que quiere bañarse entra ordinariamente desnudo y solo, ó acompañado de un sirviente si su enfermedad lo exige, ó si asi le acomoda. Inmediatamente cierra la entrada, dejando un poco abierto el agujero superior, á fin de que salga el humo que pueda introducirse del hornillo, y cuando ha salido todo, lo cierra tambien. Entonces empieza á echar agua en la piedra encendida, de la que se alza un denso vapor, que va á ocupar la parte supe-

rior del temazcalli. Echase en seguida en la estera, y si tiene consigo un sirviente, éste atrae hácia abajo el vapor con las yerbas, ó con el maiz, y con las mismas mojadas en el agua del jarro que ya está tibia, golpea al enfermo en todo el cuerpo, y sobre todo en la parte dolorida. Inmediatamente se presenta un sudor copioso y suave, que se aumenta ó disminuye, segun conviene. Conseguida la deseada evacuación se deja salir el vapor, se abre la puertecilla, y se viste al enfermo; ó si no, bien cubierto lo llevan sobre la estera ó sobre el colchon á una pieza inmediata, pues siempre hay alguna habitación en las cercanías del baño.

Siempre se ha hecho uso del temazcalli en muchas enfermedades, especialmente en las calenturas ocasionadas por alguna constipación. Usanlo comunmente las indias despues del parto, y los que han sido heridos ó picados por algun animal venenoso. Es, ademas, un remedio eficaz para los que necesitan evacuar humores gruesos y tenaces, y yo no dudo que sería utilísimo en Italia, donde se padecen tan frecuentes y graves reumatismos. Cuando se necesita un sudor mas copioso, se coloca el enfermo algo mas cerca del techo, donde es mas espeso el vapor. Es tan comun aun en el dia el temazcalli, que no hay población de indios donde no se vean baños de esta especie."

(Diccionario Universal de Historia y Geografía. Apéndice Tomo III, páginas 514 y 515. México. 1856.)

"MUEBLES Y OCUPACIONES DOMESTICAS DE LOS MEXICANOS.

Los muebles no correspondian á tanta vanidad. La cama se reducia á una ó dos esteras fuertes de junco, á las cuales los ricos añadian otras finas de palma, y sábanas de algodon, y los señores, unas telas tejidas con plumas. La almohada de los pobres era una piedra, ó un pedazo de madera. Los ricos la usarian quizás de algodon. La gente comun no se cubria en la cama sino con el mismo tilmatli, ó capa: pero los ricos y nobles se servian de colchas de algodon y pluma.

Para comer, en lugar de mesa, estendian en el suelo una estera. Tenian servilletas, platos, fuentes, ollas, orzas, y otra vasijeria de barro fino; mas no parece que no conociesen el uso de la cuchara, ni del tenedor. Sus asientos eran unos banquillos bajos de madera, de junco, de palma, ó de una especie de caña, que llamaban *icpali*, y los españoles equipales. En ninguna casa faltaban el *Metlatl*, y el *Comalli*. El metlatl era la piedra en que molian el maiz, y el cacao. Todavía es usadísimo aquel instrumento en todo el territorio mexicano, y en la mayor parte de los paises de América. Lo han adoptado tambien los europeos para el chocolate. El comalli era, y es todavía, una especie de tortera redonda, y algun tanto cóncava, que tiene un dedo de grueso, y cerca de quince pulgadas de diámetro. Se usa tanto como el metlatl.

Los vasos de los mexicanos eran de ciertas frutas semejantes á las calabazas, que nacen en los paises cálidos, en árboles de mediano tamaño. Los unos son grandes, y perfectamente redondos, y se llaman *Xicalli* y los otros más pequeños, y cilíndricos, á los que dan el nombre de *Tecomatl*. Ambos frutos son sólidos y pesados: la corteza es dura, leñosa, de un color verde oscuro, y la semilla parecida á la de la calabaza. El *Xicalli* tiene cerca de ocho pulgadas de diámetro; y el *Tecomatl* poco menos de largo, y cerca de cuatro dedos de grueso. Cada fruto dividido por medio da dos vasos iguales; le sacan la parte interior, y con una tierra mineral le dan un barniz permanente, de buen olor, y de varios hermosos colores, especialmente rojo. Hoy suelen platearlos y dorarlos.

No usaban los mexicanos ni candeleros, ni velas de cera y sebo, ni aceite para luces. Aunque tenian muchas especies de aceite, solo los empleaban en la medicina, en la pintura, y en los barnices, y aunque estraian gran cantidad de cera de los panales, ó no quisieron, ó no supieron aprovecharse de ella para el alumbrado. En los paises marítimos solian servirse para esto de los *Cucuyos*' ó escarabajos luminosos: pero el alumbrado comun se hacia con teas ó rajas de *Ocotl*, que aunque daban buena luz, y buen olor, exhalaban demasiado humo, y con él ennegrecian las habitaciones. Uno de los usos europeos que mas apreciaron los mexicanos despues de la conquista, fué el de las velas: pero lo cierto es que aquellas gentes no necesitaban de medios esteriores de alumbrarse pues consagraban al reposo todas las horas de la noche, despues de haber dado al trabajo todas las del dia. Los hombres trabajaban en sus artes, y oficios, y las mujeres en coser, hilar, bordar, hacer el pan, preparar la comida, y limpiar la casa. Todos hacian oracion diaria á sus dioses, y quemaban copal en su honor, por lo cual en todas las casas habia ídolos, é incensarios.

El modo que tenian los mexicanos, y las demas naciones de Anáhuac de hacer fuego, era el mismo que empleaban los antiguos pastores de Europa, esto es, la violenta frotacion de los leños secos. Los mexicanos en estos casos usaban del achicote. Boturini asegura que sabian hacer uso del pedernal.

Tomaban por la mañana, despues de algunas horas de trabajo, el almuerzo ordinario, que se reducía al *Atolli*, ó poleadas de harina de maíz. Comian despues de medio dia, pero ningun historiador de los muchos que he consultado hace mencion de su cena. Eran parcos en comer, pero bebian mucho y con frecuencia. Sus bebidas comunes eran vino de maguey, ó de maíz, ó de chia, ó las que hacian con cacao, ó agua natural.

Despues de comer, los señores solian conciliar el sueño con el humo del tabaco. De esta planta hacian gran uso. Empleábanla en emplastos, ó para fumar, ó en pol-

vo por la nariz. Para fumar ponian en un tubo de caña ó de otra materia mas fina, la hoja, con resina de liquidambar ó con otras yerbas olorosas. Recibian el humo, apretando el tubo con la boca y tapandose la nariz con la mano, á fin de que pasase más prontamente al pulmon. ¿Quien hubiera creido que el uso del tabaco, que inventó la necesidad de aquellas naciones flemáticas, llegaría á ser un vicio ó moda general de casi todos los pueblos del mundo, y que una planta tan humilde, de la que escribieron tan desventajosamente los autores, se convertiría en un manantial de riqueza para los pueblos de Europa? Pero lo mas estraño es que siendo tan comun actualmente el uso del tabaco en las mismas naciones que lo censuraron al principio, es tan raro entre sus inventores, que de los indios de México pocos lo fuman, y ninguno lo toma en polvo."

Diccionario Universal de Historia y Geografía. Apéndice. Tomo II, pág. 932.



CAPITULO XI.

UTENSILIOS COMPLEMENTARIOS DE LAS HABITACIONES Y DE LA VIDA SOCIAL.—MONEDA.

ASIENTOS, AMACAS, BASTONES, VARAS, CETROS, CERBATANAS, ABANICOS, AMOSQUEADORES.



SIENTOS.—Icpalli ó Tzin–icpalli, asiento ó asentadero, como lo llama Molina; era sencillo y sin adornos.

Tol–icpalli, formado de tulli ó tolli, de los tallos del tule con que se hacen todavía los asientos de las sillas. "También usaban unos asentamientos de rollos pequeños, cuadrados, y de alto de una mano con su pulgada, ó un palmo; los forraban con pellejos de tigre para asentamiento de los señores."

Ixhua–icpalli, era de palma, ixhuatl; también los había de piedra, cilíndricos, con sencillos adornos: los de los ídolos eran bien labrados con grecas especiales de la decoración mexicana.

Tepotzo–icpalli, sillas reales: "Usaban los señores, según el historiador Sahagún, unos asentamientos hechos de juncias (tallos de tule) y de cañas, con sus espaldares, que llamaban Tepotzo–icpalli." "Pero para demostración de su majestad y gravedad, aforrábanlos con pellejos de animales fieros, como son, tigres, leones, onzas, gatos cerbales (monteses), osos, y también de ciervos, adobado el cuero." Radicales de la palabra: tepotzotli jorobado é icpalli, asiento.

Tlatoca–icpalli, se llamba la silla real de Nezahualcoyotl Rey de Texcoco, y Cuauhicpalli, el trono de los reyes de México.

Quechol–icpalli, "asentadero supremo," formado de la pluma roja del Quecholli, para uso de Moctezuma II.

Amacas.—La palabra Amaca, no es de origen mexicano, sino de las Antillas.

"Usaban de amacas hechas de red, dice Sahagún, para llevarse donde querían ir, como en litera."

En amacas fueron transportados algunos conquistadores de Veracruz á México y viceversa.

Bastones, varas, cetros, cerbatanas.—Con los nombres de Puchtecatl, tlanamacani, tlamicqui, y de oztomeca se designaban los mercaderes viajeros y el báculo negro que llevaban, con el de nahuac–topilli, utensilio que recibía casi la adoración y ceremonias de un ídolo. El mercader nahualoztomeca, que era un espía disfrazado, tomaba los vestidos del país que visitaba, hablaba su idioma, conocía sus costumbres, observaba sus recursos de guerra para informar al monarca de México: ni más ni menos que lo que se practica en los estados y monarquías de Europa; el centinela inglés disfrazado con las apariencias de la mayor estupidez que oyó la conversación de los Emperadores Napoleón y Alejandro de Rusia, preparó sin duda con sus informes la caída del coloso de Santa Elena.

Tlatoca–topilli, se llamaba el cetro real, era una caña de nudos según Tezozomoc, ó una flecha dorada.

Cuauh–topilli, era el bastón de madera; de cuahuitl.

Coa–topilli, vara serpiente, como bastón; era insignia de alta justicia: era también el cetro de Huitzilopochtli.

Aca–xihuitl, vara verde del mismo dios.

Cerbatanas ó Cebratanas, como antes se les llamaba, tenían el nombre mexicano de Tlacalhuaztli.

Abanicos, mosqueadores.—Ecacehuaztli, significa abanico: hay figuras de él en el Códice de Mendoza y en los relieves del monumento de Xochicalco; la palabra se com-

pone de ecatl, viento y de cehua, enfriar. Los abanicos los llevaban los embajadores ó enviados del Rey y se usaban también en los bailes.

Dice Sahagún: "también usaban traer unos amosqueadores en la mano, que llamaban Quetzalli–ecacehuaztli, (ó más bien Ecacehuaz–quetzalli, como se lee en otro historiador) con unas bandas de oro que subían con las plumas."

El mosqueador para hacer sombra se llamaba Tzacuilhuaztli, derivado de tzacuilia, ocultarse detras de alguna cosa. El denominado Ecacehuaz–quetzalli, era un amosqueador grande, de preciada plumería que usaba el Rey Axayacatl, con un sol de oro fino, y alrededor muchas piedras finas.

Los quitasoles ó grandes amosqueadores, se llamaban Zayolpehuiloni, que literalmente significa arrojador ó espantador de moscos; de zayulin ó zayolin mosco y de pehuilia, arrojar.

Dice Tezozomoc que á los oficiales que labraron la estatua de Moctezuma II en Chapultepec, "les mandó hacer dos amosqueadores grandes de rica plumería y en medio una media luna de oro, y de la otra parte el sol muy bien bruñido de oro, que relumbraba desde lejos,"

ESTERAS, TAPETES, TEJIDOS, VASOS,

BEBIDAS, TABACO Y FUMADORES, QUIPOS, MEDIDAS DE LONGITUD, MONEDA—GRANDES PIEZAS DE ORO Y PLATA.

Con el genérico nombre de petlatl, petate ó estera, se comprendían varias especies: petlatl, era la estera sencilla sin adornos; Ez–petlatl, estera roja, derivado de eztli, sangre; Alahuaca–petlatl, estera lisa de tules, derivado de alahuecatl, liso; estaban pintadas de colores.

Tapetes.—Servían para este uso las "pieles de tigres; "dice Tezozomoc, estrados de cueros de tigres, que era el "Señorío supremo de los Señores;" "luego le asentaron, (al rey en su coronación) en un estrado de un gran cuero de tigre, con los ojos de unos espejuelos, abierta la boca, con unos dientes muy limpios y blancos, y sus uñas que parecía estar realmente vivo, y asimismo la silla era de un cuero de tigre, bajo, al uso antiguo, y hoy se usa entre todos los naturales, y al lado derecho un carcax con flechas doradas, y un arco, que significa la justicia que ha de guardar."

Tejidos.—Sólo en la colección de antigüedades del Sr. Dr. Zologuren he visto un pequeño fragmento de un tejido de algodón adornado de pequeñas flores estampadas. En los Códices recientemente publicados por el Sr. Duque de Loubat, el Borbónico y el Telleriano Remensis, pueden verse las figuras del Tzotzopaztli, lanzadera para tejer que tiene en las manos la diosa Chalchiutlicue.

Vasos.—Sería preciso hacer una obra por separado, una monografía para la variedad infinita de los vasos mexicanos; sin embargo de que los más notables han sido publicados en mi obra de los "Monumentos del arte mexicano antiguo."

De las colecciones del Museo Nacional, deben mencionarse el de obsidiana, seguramente el de más mérito, que tiene 14 centímetros de altura, y representa la figura de un ozomatli; en seguida dos últimamente descubiertos en las excavaciones de la calle de las Escalerillas, detras de la Catedral, que me propongo dar á conocer en una memoria especial; el de Teotihuacán que he publicado en una obra que lleva este nombre, y los incontables de la colección del Dr. Zologuren, de Oaxaca, en que abundan los decorados con magníficos colores.

Otros vasos de uso común en otro tiempo, llevan los siguientes nombres: Caxitl, escudilla, de donde viene la palabra cajete, es una especie de cazuela de barro y son de varias formas y tamaños. A–cuahuitl, de atl, agua y de cuahuitl, palo; palo para líquidos; Tezozomoc dice que eran también "mecedores de cacao, (vasos ó tazas) anchos, de concha de tortuga, engastados de piezas de oro. Cuauh–xicalli, vasos de los águilas labrados en piedra. Las célebres jícaras pintadas con la grasa del axe ó niin, se conocen desde los tiempos más remotos y formaban parte de los tributos.

Bebidas.—Itzpactli, bebida mística de que hicieron uso los tlatelolcas para jurar guerra á los mexicanos. Cuauhnanacatl, hongos de árbol con que se embriagaban en los bailes ó Macehualiztli, según Tezozomoc.

Tabaco.—Esta palabra no es de origen mexicano, pues este se llamaba Picietl.

El instrumento ó cañuela para fumar se llamaba tabaco en Santo Domingo ó Haiti; la planta en lengua haitiana, cohiba ó cojiba. El uso de fumar era general en América. Los mexicanos distinguían tres especies de tabaco: yetl, de hoja larga, era el mejor; picietl, de hoja menuda y cauhyetl, poco estimado por ser cimarrón.

Poquietl, la pipa ó tubo para fumar: Etecomatl, Hetecomatl, calabacillos de picietl que usaban los guerreros Achcauhtin, los Señores de los barrios y los maestros de mancebos. Las formas de estos instrumentos no carecen algunas veces de belleza; en mis "Monumentos" he publicado una muy curiosa que lleva la figura de una cabeza humana, soplando el humo.

Quipos.—Nepohualtzin, cordón de cuenta y número, ó cuenta de los sucesos, parecido á los quipos del Perú, con que los encargados de los Archivos daban razón de los acontecimientos ó hechos; especie de escritura formada de hilos de diversos colores: (Boturini). Tlapohualli ó Tlapoaliztli ó Tlapahualiztli, significan cuenta.

No tengo noticia de que en las excavaciones se hayan encontrado quipos semejantes á los peruanos.

Medidas de longitud.—Dice Zorita: (Icazbalceta—Tomo III, pág. 223. Relación) "otra vez, dicen los que dieron esta relación que fué por mandato del Virrey D. Antonio de Mendoza por juez un indio natural de Tula, que

se llamaba Pablo González, repartió las tierras y dió á *cada un indio cien "varas" en largo y veinte en ancho*, que cada una de estas varas tiene dos brazas, y es una medida que los indios usan, y dió la posesión de ellas á cada uno de aquellos entre quien las repartió, y mandó que cada uno por la suerte de tierra que les había dado, pagase dos reales cada año para la comunidad." Era esta una medida agraria.

Octacatl, llamaban la vara de medir; Cenyollotli, braza, medida del pecho á la mano.

Otra medida agraria era el "palo," "y empiezan sus linderos desde enmedio del cerro nombrado *Tecpayoca* y de allí coge derecho hasta llegar al paraje nombrado Petlacaltepec, que corre de Sur á Norte, que su medida se compone de largo y hueco de *cincuenta palos*, que según la medida de los antiguos, cada *palo es del pie á la mano*. Esta medida se llamaba Matlacuahuitl. La altura del monumento de Xochicalco es la altura del pie á la mano extendida en alto."

Moneda.—Tenían cinco clases de Moneda: 1º Los granos de cacao; 2º Pedacitos de tela de algodón llamados Patolcuachtli; 3º Oro en grano, que llevaban en tubos de pluma de pato; 4º Pedazos de estaño; 5º Las llamadas hachas de cobre, en figura de tajaderas, ó de *tau*. No cabe duda que estos cobres abundantes en los sepulcros de Oaxaca servían de moneda atendiendo á sus diversos tamaños desde pequeños hasta la altura de 13 centímetros. El Sr. General D. Porfirio Díaz me ha dicho que en una cripta se encontraron tantas de estas hachas de cobre que las pudo utilizar en cartuchos metálicos.

Los mayas usaban unas piezas de cobre doradas, con poco oro, ó bien sin ninguno llamadas guanines.

Cuauhtli para rescatar ó comerciar, según Sahagún. "Cuando quiera que el señor de México quería enviar á los mercaderes, que eran capitanes y soldados disimulados á alguna provincia, para que la atalayasen, llamábalos á su casa, y hablábales cerca de lo que quería se hiciese, y dábales mil seiscientos *toldillos*, que ellos llaman cuauhtli, para rescatar, y como los tomaban, llevábalos á Tlaltelolco, y allí se juntaban así los mercaderes de México, como los de Tlaltelolco, y se hablaban cerca del negocio que el Rey les había encomendado. Tratábanse con toda curiosidad y cortesía: después de haberse comunicado, dividiánse entre sí los toldillos igualmente, los de Tlaltelolco ochocientos, y los de México otros ochocientos: con aquellos toldillos compraban mantas ricas tanto para hombres como para mujeres."

Estos toldillos formaban una especie de moneda fiduciaria que servía en México para la compra de objetos de poco valor, que para el comercio de fuera, era de cambio de mercancías.

Grandes piezas de oro y plata.—Dice Vetancourt, (Tomo II edición de 1871, pág. 45.) "Llegó otra vez el Teutlile, y un embajador parecido en el cuerpo y traza á Cortés, que llamaron los soldados Cortés. Trujeron de retorno cien indios cargados: una rueda como de carreta, con la figura del sol, de oro, que pesó más de cincuenta marcos, del grueso de un real de á cuatro: otra mayor de plata, con la figura de la luna, que se apreciaron en más de veinte mil pesos."



CAPITULO XII.

INSTRUMENTOS DE MÚSICA.—BAILES DE LOS MEXICANOS.

INSTRUMENTOS DE MUSICA.

LA enseñanza civil de los mexicanos estaba bajo la dirección del Telpuchtlato, ó guarda de los mancebos; la escuela se llamaba Telpuchcalli, que significa casa de jóvenes, derivado de calli, casa, y Telpuchtli, joven; estas escuelas estaban destinadas á la enseñanza civil de la clase media; cada barrio tenía diez ó quince de esta clase: estaban anexas á los templos, eran especies de internados en que vivían en comunidad, pero separados los jóvenes de uno y otro sexo.

La escuela especial para canto llevaba el nombre de Cuicacalco, escuela ó casa de canto, derivado de cuicatl, canto ó música, lo cual era lo mismo para los mexicanos, pues su música principal era el canto acompañado de imperfectos instrumentos.

Tlatelolco tenía una sala de cantores mexicanos y tlatelolcas, llamada Mixcoa–calli, casa de Mixcoatl, deidad de la caza.

La música de guerra se componía de caracoles marinos con los cuales se daban los toques de alarma, acometida, etc. Usaban igualmente de unas banderas pequeñas de oro, las cuales levantaban en lo alto cuando tocaban al arma para que comenzara la pelea. Los generales llevaban á la espalda un pequeño atambor, que tocaban dando sus órdenes á los jefes inferiores. Bernal Díaz, después de transcurridos varios años del asedio de México, recordaba aún con cierto temor los lúgubres sonidos del Caracol de Cuauhtemoc."—(Orozco y Berra, Tom. I, cap. II.)

El instrumento de música más conocido de los antiguos mexicanos, todavía en uso en las fiestas de los pueblos indígenas, con la inseparable chirimía, especie de flautín–corneta, es el teponaxtli, instrumento de dos sonidos solamente; cilindro de madera hueca con dos lengüetas del mismo palo; se toca á modo de tambor, con dos bolillos forrados en sus extremos con hule, ó batel, como le llamaban los historiadores de la conquista; servía para acompañar los cantos histórico–religiosos en las danzas ó areitos.

Tecomapiloa, era otra especie de teponaxtli que tenía una sola abertura por arriba y otra por abajo; se tocaba como tambor y se llevaba colgado bajo el brazo; la palabra significa el modo de llevarlo; se deriva de tecomatl, vasija, y de piloa, colgar.

Los ejemplares más notables de teponaxtlis son: el Mixteco, del Sr. Arístides Martel, que va en las láminas de esta obra; dos del Museo Nacional, de los cuales uno tiene un tonatiuh ó calendario azteca; el célebre, originario de Tlaxcala, conocido así aunque sin antecedente histórico auténtico; sin embargo, realmente perteneció á la célebre República, porque la figura humana que representa con piernas y brazos doblados sobre el cuerpo, lleva un tocado que se puede ver en las figuras de los personajes del lienzo de Tlaxcala. Por último, el de Tula, que he publicado en los "Monumentos del Arte Mexicano Antiguo." En estos dos últimos hay una como tajadera, ó como los cobres de Oaxaca, que lleva el de Tlaxcala en la cintura, y en la mano, la deidad del canto, en el de Tula.

El teponaxtli de Tlaxcala se ha fundido en bronce en el monumento de Cuauhtemoc, que se encuentra en la calzada de la Reforma, en la ciudad de México; su lon-

gitud es de 62 c. y su diámetro de 15 c.; los dos que hemos señalado del Museo tienen 32 c. de largo y 10 c. de diámetro; las figuras más visibles del frente son la del sol ó tonatiuh, con una forma humana en el centro, sentada en cuclillas y con los arreos de una deidad; el segundo lleva la fantástica figura de Tezcatlipoca bajo la forma de tigre y de águila.

Chicahuaztli, "cuernos de venado aserrados como dientes de perro," dice Tezozomoc, y en otro lugar, instrumento músico de cuerno de venado, pero hueco y aserrado, como caracol, que hacían sonar muy triste. La palabra parece derivada del adjetivo *chicahuac*, firme, fuerte, y también antiguo. Los que conozco son fabricados en huesos; se tocaban con otro, ó con un caracol.

Omichicahuaztli, especie del anterior, hecho de hueso que producía sonido igual al anterior, tal vez de madera, por medio del frotamiento de un objeto duro, de hueso, ó por medio de un caracol. Publicamos el del Museo Nacional de México tallado en una costilla fósil, en forma de serpiente; existen otros dos en Europa, ambos labrados en fémur humano: uno en Paris y otro en el Museo prehistórico de Roma, que lleva pendiente de una cadenita un caracol con que produce sonidos. Las radicales de la palabra omichicahuaztli son: omitl, hueso, y chicahuac, que es lo mismo que *chicactic*, cosa recia y fuerte.

Tecziztli, bocina de caracol grande, usada en el combate á guisa de corneta; temible fué para los conquistadores durante el sitio de México el ronco sonido del caracol de Cuauhtemoc: dice Tezozomoc que "ese caracol grande ó bocina de hueso blanco, atemorizaba las carnes al que le oía." Este caracol grande que servía de bocina ó de corneta se llamaba *teccizli* ó atecocoli, caracol de agua, de atl, agua, y de te-cocoli, carga de piedra.

Ayotl, carapacho ó caparazón de tortuga, que golpeaban como tambor, dice Tezozomoc; se usaban también de oro, según Sahagún.

Ayacachtli, usaban también unas sonajas de oro ó de frutos huecos; en algunos pueblos de indígenas, para sus danzas, se hacen de barro; se fabricaban de un fruto hueco, de los muchos que hay en Mexico, pequeños agujeros por donde salían los sonidos por medio de unas piedrecitas que se echaban en el interior; estas sonajas se fijaban á un mango de madera, y servían para acentuar los movimientos en las danzas ó bailes.

Tlapitzalli, flauta; también se llamaba *huilacapiztli* y *zozoloctli*. *Tlapitzalli* se deriva de pitza, soplar; *huilacapiztli* de huilacapitzoa, tocar la flauta; *zozoloctli*, de zozoloca, zumbar. Estos instrumentos que todavía se llegan á encontrar en las excavaciones, son de barro.

Hay otra especie llamada Cuauhtlapitzalli, hecha de madera, *cuahuitl;* tenía, según Tezozomoc, un sonido ronco.

Tetzilacatl, era otra especie de flauta, "cierto instrumento de cobre que tañen cuando danzan ó bailan," dice el padre Molina; la palabra se deriva de tzilacatl, calabaza: no he visto ninguna de esta especie.

Propiamente estos instrumentos no pueden considerarse como flautas, sino como clarinetes, en atención á la forma de su embocadura; el más original que he visto de esta clase, perteneciente á la colección del Sr. A. Martel, es una cabecita de barro del tamaño de una manzana, que con sus agujeros produce una escala casi completa.

Tototlapitzaliztli, reclamos para pájaros, llamados también Totonotzaliztli; á la clase anterior de instrumentos pertenecen una especie de silbatos y otros que llevan figurada la cabeza de la lechuza, [1] llamada Chicuatli, ó Chichtli, cuyos graznidos imitan admirablemente.

En un libro que se titula "Las Glorias de Querétaro," se mencionan unas guitarras de armadillos. como instrumentos músicos de los indios, pero no he encontrado comprobación de tales asertos.

Huehuetl, Tlapan-huehuetl, tambor, atabal: "se compone, según el Sr. Orozco y Berra, de un armazón cilíndrico de madera de unos dos pies de diámetro y cinco de alto; la cara inferior libre, tiene tres ó cuatro varillas gruesas de poca altura que sirven para sustentarlo; en la cara superior lleva tirante una piel curtida de venado; según el parche está más ó menos tirante, produce el són más ó menos grave. Tocábase hiriendo la piel con los dedos ó las manos, ó bien con gruesos bolillos, cuyo extremo estaba cubierto con una pelota de *ulli;* "óyense desde bien lejos los roncos y lúgubres sonidos de este tambor."

Los tres que yo conozco son: el del Museo Nacional, ya publicado en mi citada obra de los "Monumentos del Arte Mexicano Antiguo," y dos del Estado de México.

El que se publica en la lámina 158 de esta obra está hoy en el Museo de Toluca; está primorosamente tallado y las figuras son de un gusto verdaderamente artístico: están ahí grabados la figura del Nahuiolin y guerreros cuauhtli y ocelotl; fué encontrado en Malinalco, lugar perteneciente al Distrito de Tenancingo. Del segundo, que es de propiedad particular, sólo he visto las fotografías; está también perfectamente tallado, con figuras de águilas y adornos meándricos; es de Tenango del Valle, perteneciente también al mismo Estado de México.

La palabra *panhuehuetl*, se deriva de *huehue*, viejo, y *tlapantli*, terraza: el viejo de la terraza.

Yopihuehuetl, ó Yupihuehuetl, "tambor de alegría, con que se daba la señal de combate por el rey;" pequeño tambor de Moctezuma II, que era del tamaño ni más ni menos como el que traían los bailadores del palo, *Cuahuilecatzoque*, de cuahuilecatzoa, jugar ó traer el palo en los pies.

En la lámina 187, correspondiente al traje de Nezahualcoyotl, puede verse la forma de este tamborcito de

1 Strix pratincola, Bonaparte.

oro que llevaban los reyes al combate, y con el cual daban la señal de la batalla.

Yopi, Xipe ó Totec, era la misma deidad de la guerra, que tenía entre otros, como carácter principal, el vestido de una piel humana ajustada al cuerpo; la palabra *Yopi* parece de origen cohuixca, del Estado actual de Guerrero; las otras dos son mexicanas. Xipe era el dios de la guerra, el patrón de los plateros, la terrible deidad que presidía los sacrificios humanos de la sangrienta fiesta Tlacaxipehualiztli.

BAILES, AREITOS, DANZAS.

"Aunque su música era imperfecta, tenían hermosísimos bailes, en que se ejercitaban desde niños, bajo la dirección de los sacerdotes. Eran de varias especies y tenian otros tantos nombres que significaban ó la calidad del baile, ó las circunstancias de la fiesta en que se hacia. Bailaban unas veces en círculo, y otras en fila; en ciertas ocasiones hombres solos, y en otras hombres y mujeres. Los nobles se vestían para el baile con sus trajes de gala, poníanse brazaletes, pendientes y otros adornos de oro, joyas y plumas, y llevaban en una mano un escudo cubierto también de bellas plumas y en otra el *ayacaxtli*, que era una cierta vasija, semejante á una calabacilla, redonda ú ovalada, con muchos agujeros y llena de piedrecillas, que sacudían, y con cuyo sonido, que no era desagradable, acompañaban el de los instrumentos. Los plebeyos se disfrazaban á guisa de animales, con vestidos de papel, de plumas ó de pieles.

El baile pequeño que se hacía en los palacios para diversion de los señores, ó en los templos por devoción particular, ó en las casas cuando había boda ó alguna funcion doméstica, se componía de pocos bailarines, que formando dos líneas derechas y paralelas, bailaban, ó con el rostro vuelto hacia una de las extremidades de su línea, ó mirando cada uno al que tenía enfrente, ó cruzándose los de una línea con los de otra, ó separándose uno de cada línea y bailando en el espacio intermedio, manteniéndose entre tanto quietos los otros.

El baile grande, que se hacía en las plazas principales ó en el atrio inferior del templo mayor, era diferente del pequeño en el orden, en la forma y en el número de los que lo componían. Este era tan considerable, que solían bailar juntos muchos centenares de personas. La música ocupaba el centro del atrio ó de la plaza: junto á ella bailaban los señores, formando dos ó tres círculos concéntricos, según el número de ellos que concurría. A poca distancia de ellos se formaban otros círculos de personas de clase inferior, y después de otro pequeño intervalo, otros mayores compuestos de jóvenes. Estos círculos tenían por centro el huehuetl y el teponaxtli. Todos describían un círculo y ninguno salía de su rayo ó línea. Los que bailaban junto á la música se movían con lentitud y gravedad, por ser menor el giro que debían hacer y por esto era aquel el sitio de los señores y de los nobles más provectos; pero los que formaban el círculo exterior ó más lejos de la música, se movían velocísimamente para no perder la línea recta, ni faltar al compás que hacían y dirigían los señores.

El baile se hacía casi siempre con acompañamiento de canto, pero tanto éste cuanto los movimientos de los que bailaban, se sujetaban al compás de los instrumentos. En el canto entonaban dos un verso y les respondían todos. Comunmente empezaba la música en tono grave y los cantores en voz baja. Progresivamente apresuraban el compás y levantaban la voz y al mismo tiempo era más vivo el movimiento de los bailarines, y más alegre el argumento de la canción. En el intervalo que dejaban las líneas de bailarines, solían bailar algunos bufones, imitando á otros pueblos en el traje, ó con disfraces de fieras y otros animales, y procurando hacer reir al pueblo con sus bufonadas. Cuando una comparsa ó cuadrilla de bailarines se cansaba, la reemplazaba otra, y así continuaba el baile seis ú ocho horas.

Tales eran las formas de la danza ordinaria; pero había otras muy diferentes, en que, ó representaban algún misterio de su religión, ó algún suceso de su historia, ó alguna escena alusiva á la guerra, á la caza ó á la agricultura.

No sólo bailaban los señores, los sacerdotes y las muchachas de los seminarios, sino también el rey en el templo, por ceremonia de su religión, ó para recreo en su palacio, teniendo en ambas circunstancias un puesto señalado por respeto á su carácter.

Había, entre otros, un baile muy curioso, que aún usan los yucatecos. Plantaban en el suelo un árbol de quince ó veinte pies de alto, de cuya punta suspendían veinte ó más cordones (según el número de bailarines) largos y de colores diversos. Cada cual tomaba la extremidad colgante de un cordón y empezaba á bailar al són de los instrumentos, cruzándose con mucha destreza, hasta formar en torno del árbol un tejido con los cordones, observando en la distribución de sus colores cierto dibujo y simetría. Cuando á fuerza de vueltas se habían acortado tanto los cordones que apenas podían sujetarlos, aun alzando mucho los brazos, deshacían lo hecho con otras figuras y pasos. También usan los indios de México un baile antiguo, llamado vulgarmente *tocotin*, tan bello, tan honesto y grave, que se practica en las fiestas de los templos cristianos."—("Diccionario Universal de Historia y Geografía."—Apéndice, Tomo I, pág. 325).

Bailes, areitos, danzas.—El Macehualiztli, baile ó areito grande acompañado de teponaxtli y de tlapanhuehuetl; la primera palabra se deriva del verbo macehua, bailar ó danzar; areito es del idioma de las Islas, significa lo mismo; mitote es otro de los sinónimos; parece originario del mexicano, de mitotiani, bailador.

Los que dirigían el baile, dice Sahagún, tenían muchas y diversas maneras de atavíos: á la cabeza se ponía el que dirigía la danza unas borlas hechas de pluma y oro atadas á los cabellos de la coronilla; un besote de oro, ó de piedra preciosa: también unas orejeras de oro en las orejas; ponianse al cuello un collar de piedras preciosas, de diversos gruesos; y en las muñecas unas ajorcas ó sartales de piedras preciosas, de chalchihuites ó turquesas: en los brazos, en las morcillas, unas ajorcas de oro y un brazalete con un plumaje que sobrepujaba la cabeza y otro plumaje en la mano; cubríase de mantas ricas, añudadas sobre el hombro; poníase unos ceñidores muy ricos que ellos llamaban *maxtlatl*, que sirve de cinta y de cubrir las partes vergonzosas. De esta misma librea arreaba á todos los principales, y hombres de guerra y capitanes y á toda la gente que había de entrar en la danza ó baile.

El principal distintivo de los reyes en los bailes era la divisa Quetzalpatzactli, que también era estandarte de guerra. Los *Tlamanime*, guerreros que habían traído consigo prisioneros, usaban en los bailes el adorno llamado Tototlamanalli.

El adorno de la frente hecho con la cabeza de un pájaro, emblema del sol, ó Tonatiuh, remataba en una corona rígida de plumas de águila, llamada Cuauhtzontli, como se puede ver en la gran piedra de Tizoc del Museo Nacional, llamada vulgarmente Piedra de los Sacrificios.

Además de los bailes religiosos y guerreros había otro llamado Cuicoyan, la "alegría grande de las mujeres," dice Tezozomoc; la palabra se deriva de cuicatl, canto, y tenía lugar en edificio ó casa especial para este fin, llamada Cihua–calli, casa de mujeres.

Las bebidas que usaban para embriagarse en los bailes contenían principios venenosos que producían visiones luminosas fantásticas y también verdaderos delirios: de esta clase eran el Itzquiatl y el Piaztecomatl, usados en el baile de los muertos, y la que se confeccionaba con un hongo del monte llamado cuauhnanacatl, usado principalmente en las ceremonias religiosas.

Algunos pormenores más trae la relación del Padre Acosta acerca de los bailes, dignos de tenerse en cuenta, por no encontrarse en otros libros.

Dice así:

"Pero el ejercicio de recreación más usado entre los mexicanos es el solemne Mitote, que es una especie de baile que ellos estiman tan noble y tan honorable, que el mismo rey danzaba algunas veces...... Este baile ó Mitote se hacía ordinariamente en los patios del templo y los de las casas reales, que eran los más espaciosos. Ponían en medio del patio dos diversos instrumentos, uno á manera de tambor (el teponaxtli) y el otro como un barril hecho de una sola pieza, y ahuecado por dentro, los cuales ponían sobre una figura de hombre ó de animal ó encima de una columna.

Estos dos instrumentos estaban tan acordes, que daban en su sonido una bastante buena armonía, y acompañaban estos instrumentos, varias y diversas clases de aires y canciones. Cantaban y bailaban todos al són y cadencia de estos instrumentos con tan bello orden y tan bello compás ó acuerdo, tanto en las voces como en el movimiento de los pies, que era cosa agradable de ver. Hacían en sus danzas dos círculos ó ruedas, una de las cuales estaba en medio, cerca de los instrumentos, de los cuales Ancianos y Señores cantaban y bailaban casi sin moverse: la otra rueda era para el resto del pueblo alrededor, bastante lejana de la primera, en la cual danzaban de dos en dos más ligeramente y hacían diversas maneras de pasos, con ciertos saltos de cadencia (ó ajustados á cadencia). Todos los cuales juntamente hacían un gran círculo. Se vestian para estas danzas con sus más preciosos vestidos y alhajas, según los medios y poder de cada uno, estimándose una cosa muy honorable; y para esta ocasión aprendian estas danzas desde la infancia. Y aunque la mayor parte de ellas se hacian en honor de sus ídolos, sin embargo, esto no era de institución, sino era una recreación y pasatiempo para el pueblo."—(Acosta.—Liv. VI, Chop. XXVIII).



CAPITULO XIII.

JUEGOS DE LOS MEXICANOS.

JUEGOS DE LOS MEXICANOS.

EL teatro y el baile no eran las únicas diversiones de los mexicanos. Tenían también juegos públicos para ciertas solemninades, y privados para recreo doméstico. A la primera clase pertenecía la carrera, en que empezaban á adiestrarse desde niños. En el segundo mes, y quizá en otros del año, había juegos militares, en que las tropas representaban al pueblo en batalla campal; recreos útiles ciertamente al Estado, pues además del inocente placer que daban á los espectadores, ofrecían á los defensores de la patria los medios más oportunos de agilitarse y acostumbrarse á los peligros que los aguardaban.

"Menos útil, pero mucho más célebre que los otros, era el juego de los voladores, que se hacía en algunas grandes fiestas, y particularmente en las seculares. Buscaban en los bosques un árbol altísimo, fuerte y derecho, y después de haberle quitado las ramas y la corteza lo llevaban á la ciudad y lo fijaban en medio de una gran plaza. En la extremidad superior metían un gran cilindro de madera, que los españoles llamaron MORTERO por su semejanza con este utensilio. De esta pieza pendían cuatro cuerdas fuertes, que servían para sostener un bastidor cuadrado también de madera. En el intervalo entre el cilindro y el bastidor ataban otras cuatro cuerdas, y les daban tantas vueltas alrededor del árbol, cuantas debían dar los voladores. Estas cuerdas se enfilaban por cuatro agujeros hechos en el medio de los cuatro pedazos de que constaba el bastidor. Los cuatro principales voladores, vestidos de águilas ó de otra clase de pájaros, subían con extraordinaria agilidad al árbol por una cuerda que lo rodeaba hasta el bastidor. De éste subían uno á uno sobre el cilindro, y después de haber bailado un poco divirtiendo á la muchedumbre de espectadores, se ataban con la extremidad de las cuerdas enfiladas en el bastidor, y arrojándose con ímpetu, empezaban su vuelo con las alas extendidas. El impulso de sus cuerpos ponía en movimiento al bastidor y al cilindro; el primero con sus giros desenvolvía las cuerdas de que pendían los voladores: así que, mientras más se alargaban, mayores eran los círculos que ellos describían. Mientras estos cuatro giraban, otro bailaba sobre el cilindro, tocando un tamboril ó tremolando una bandera, sin que lo amedrentase el peligro en que estaba de precipitarse desde tan gran altura. Los otros que estaban en el bastidor, pues solían subir diez ó doce, cuando veían que los voladores daban la última vuelta, se lanzaban agarrados á las cuerdas, para llegar al mismo tiempo que ellos al suelo, entre los aplausos de la muchedumbre. Los que bajaban por las cuerdas, solían, para dar mayor muestra de habilidad, pasar de una á otra, en aquella parte en que por estar más próximas, podían hacerlo con seguridad.

"Lo esencial de este juego consistía en proporcionar de tal modo la elevación del árbol y la longitud de las cuerdas, que con trece vueltas exactas llegasen á tierra los cuatro voladores, para representar con aquel número el siglo de cincuenta y dos años, compuesto de cuatro períodos de trece años cada uno. Todavía se usa esta diversión en aquellos países; pero sin atención al número de vueltas y sin arreglarse en otras circunstancias á la forma antigua, pues el bastidor suele tener seis ú ocho ángulos, según el número de los voladores. En algunos pueblos

ponen ciertos resguardos en el bastidor, para evitar las desgracias que han ocurrido con frecuencia después de la conquista; porque siendo tan común en los indios la embriaguez, subían privados de razón al árbol y perdían fácilmente el equilibrio en aquella altura, que, por lo común, es de sesenta pies.

"Entre los juegos peculiares de los mexicanos, el más común, y el que más los divertía, era el del balón.[1] El sitio en que se jugaba, que se llamaba TLACHCO, era, según la descripción de Torquemada, un espacio llano y cuadrilongo, de cerca de diez y ocho toesas de largo y una anchura proporcionada, encerrado entre cuatro muros, más gruesos en la parte inferior que en la superior, y más bajos los laterales que los dos de los frentes. Estos muros estaban blanqueados y eran muy lisos. Su coronación se componía de merlones, y sobre los dos bajos había dos ídolos, que se colocaban á media noche, en la que precedía á la inauguración del juego, con muchas ceremonias supersticiosas, mientras los sacerdotes bendecían el edificio con otras del mismo género.

"Así lo describe Torquemada; pero en algunas pinturas mexicanas que he visto, se representa la planta del juego muy diferente de la que indica aquel autor. Quizás habría diversas formas de edificios para jugarlo. Los ídolos colocados sobre los muros eran los de los dioses protectores del juego, cuyos nombres ignoro; pero sospecho que uno de ellos sería Omacatl, dios de la alegría. El balón[2] era de hule ó resina elástica, de tres ó cuatro pulgadas de diámetro, y aunque pesado, botaba más que el de aire que usan en Europa. Jugaban partidas de dos y tres contra tres. Los jugadores estaban desnudos, y sólo llevaban la cintura ó maxtlatl, que la decencia requería. Era condición esencial del juego no tocar el balón sino con la rodilla,[3] con la coyuntura de la muñeca, ó con el codo, y el que lo tocaba con la mano, con el pie ó con otra parte del cuerpo, perdía un punto. El jugador que lanzaba el balón al muro opuesto, ó lo hacía botar en él, ganaba un punto. Los pobres jugaban mazorcas de maíz, y aun á veces la libertad; otros jugaban cierto número de trajes de algodón, y los ricos alhajas de oro, joyas y plumas preciosas. En el espacio que mediaba entre los jugadores había dos grandes piedras, como las de nuestros molinos, cada una con un agujero en medio algo mayor que el balón. El que hacía pasar el balón por el agujero, lo que raras veces sucedía, no solamente ganaba la partida, sino que por ley del juego, se apoderaba de los vestidos de todos los presentes, y aquel golpe se celebraba como proeza inmortal.

Este juego era muy apreciado por los mexicanos y por todos los pueblos de aquel país, y tan común, cuanto se puede inferir del número extraordinario de balones que pagaban anualmente, como tributo á la corona de México, Tochtepec, Otatitlán, y otros pueblos, que solían enviar hasta diez y seis mil. Los reyes jugaban con frecuencia, y se desafiaban unos á otros, como hicieron Moteuczoma II y Nezahualpilli. Hoy no está en práctica en las naciones del imperio mexicano; pero lo han conservado los nayaritas, los ópatas, los taraumares, y otros pueblos del Norte. Cuantos españoles han visto este juego en aquellas regiones, se han maravillado de la prodigiosa agilidad con que lo ejecutaban.

(Diccionario Universal de Historia y Geografía.)

Tlachco, quiere decir lugar del juego de pelota: el asunto ha sido objeto de un Boceto original de uno de los pintores de la Academia de Bellas Artes, el Sr. Juan Ortega.

No están demás los interesantes pormenores que de este juego nos da el Padre Fray Diego Durán, que vienen á completar lo que se sabe sobre la materia.

Tlachtli, ó Tlachtl, el juego de pelota.

"Eran estos juegos de pelota largos de á cien pies y de á ciento y cincuenta, y de á doscientos pies, donde cabían por aquellos rincones cuadrados, que á los cabos y remates del juego tenía cantidad de jugadores que estaban en guarda y con aviso de que la pelota no entrase allí poniéndose los principales jugadores en medio para hacer rostro á la pelota y á los contrarios, por ser el juego á la mesma manera que ellos peleaban ó se combatían en particulares contiendas. En medio de este cercado, había dos piedras fijadas en la pared frontera la una de la otra: estas dos tenían cada una un agujero en medio, el cual agujero estaba abrazado de un ídolo, el cual era el Dios del juego: tenía la cara de figura de un mono, la cual fiesta como en el calendario se ve, se celebraba una vez en el año, y para que sepamos de qué servían estas piedras, es de saber: la piedra de la una parte servía de, á los la una banda para meter por aquel agujero, que la piedra tenía, la pelota, y la otra del otro lado para los de la otra banda; y cualquiera de ellos que primero metía por allí su pelota ganaba el precio. También les servían aquellas piedras como de cuerda, pues que en derecho de ellas por el suelo, había una raya verde ó negra hecha con cierta hierba, que el ser con aquella hierba en particular, y no con otra, no carecía de superstición. De esta raya había de pasar siempre la pelota donde no perdían, porque aunque la pelota viniese rodando por el suelo como le hubiese dado con las asentaderas, ó con la rodilla, como pasase de la raya dos dedos que fuesen, no era falta, la cual si no pasaba lo era. Al que metía la pelota por aquel agujero de la piedra lo cercaban allí todos y le honraban y le cantaban cantares de alabanza y bailaban con él un rato, y le daban cierto premio particular de plumas ó mantas, bragueros, cosa que ellos tenían en mucho, aunque la honra era lo que él más estimaba, y de lo que más caudal hacía, porque casi le honraban como á hombre que en combate particular, de tantos á tantos, hubiese vencido y dado fin á la contienda.

1 Es el juego de pelota.
2 Pelota.
3 Se volvía la pelota con las nalgas.

"Todos los que jugaban este juego lo jugaban en cueros, puestos, encima de los bragueros que á la continua traían, unos pañetes de cuero de venado, para defensa de los muslos, que siempre los traían raspando por el suelo. Poniánse en las manos unos guantes para no lastimarse las manos, con que siempre andaban afirmando y sustentándose por el suelo. Lo que jugaban eran joyas, esclavos, piedras ricas, mantas galanas, aderezos de guerra, ropas y aderezos de mujeres. Otros jugaban las mancebas, lo cual se ha de entender que era, como dejo dicho, entre gente muy principal de Señores y capitanes y hombres de valor y estima, al cual juego acudía gran multitud de señores y caballeros, y jugábanlo con tanto contento y regocijo, remudándose unos agora y otros después, y otros de ay á un rato, para gozar todos del regocijo y solaz, que se les ponía el sol en aquel contento. A algunos de estos sacaban muertos de aquel lugar, y la causa era que como andaban cansados y sin huelgo tras la pelota á un cabo y á otro, viendo venir la pelota por lo alto, por alcanzar primero que otros á recudilla, les daba en la boca del estómago, ó en lo gueco, que sin huelgo ninguno venían al suelo, y algunos morían de ello en aquel instante, de aquel golpe, por meterse con codicia de alcanzar la pelota antes que ninguno de los demás. Esmerábanse algunos en jugar este juego, y hacían tantas gentilezas en él, que era cosa de ver, especialmente una contaré, que vi de muchas veces hacer á indios que lo habían ejercitado y era, que usaban de un bote y boleo curioso, que viendo la pelota por alto, al tiempo que llegaba al suelo, eran tan prestos en llegar juntamente la rodilla al bote, ó las asentaderas, que hacían volver la pelota con una velocidad estraña. Con estos botiboleos padecían detrimento grandísimo en las rodillas ó en los muslos, de suerte que los que por gentileza usaban de ellos, á menudo quedábales el cuadril tan magullado se hacían sajar aquellos lugares con una nabaja pequeña, y esprimían aquella sangre, que allí habían llamado los golpes de la pelota.

"Esta pelota como la habrán visto algunas personas, es tan grande como una pequeña bola de jugar á los bolos. Llámase la materia de esta pelota *olin*, lo cual en nuestro castellano he oído nombrar por este nombre, batel, lo cual es una resina de un árbol particular que cocida se hace como unos niervos: es muy tenida y preciada de éstos, así para medicinas de enfermos como sacrificios. Tiene una propiedad que salta y repercute hacia arriba y anda saltando de aquí para allí, que primero cansa, que la tomen los que andan tras ella."

(Fray Diego Durán.—"Historia de las Indias de Nueva España."—Tom. II, pág. 243.")

Deleitábanse los mexicanos en otro, que nuestros escritores han llamado PATOLLI, aunque es voz genérica, que significa toda clase de juego. Describían sobre una estera fina de palma un cuadro, dentro del cual trazaban dos líneas diagonales y dos transversales. Echaban en vez de dados, unas judías grandes señaladas con puntos. Según el punto que resultaba, quitaban ó ponían unas piedrecillas en los ángulos de las líneas, y el primero que tenía tres de ellas en fila, ganaba el juego.

Bernal Díaz habla do otro juego en que solía divertirse el rey Moteouczoma, durante su prisión, con el conquistador Cortés, y que, según él dice, se llamaba totoloque. Tiraba desde lejos aquel rey ciertas pelotillas de oro muy lisas, á unos pedazos del mismo metal que se ponían por blanco, y el primero que hacía cinco puntos ganaba algunas joyas, que era lo que se atravesaba.

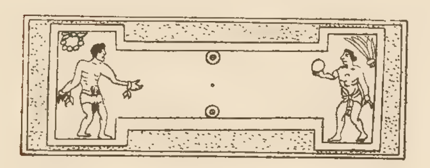
Había entre los mexicanos hombres diestrísimos en juegos de manos y pies. Echábase uno de espaldas en tierra, y alzando los pies, sostenía en ellos una gruesa viga, redonda, y de ocho pies de largo. Arrojábala á cierta altura, y volvía á recibirla y sostenerla en los pies; después la tomaba entre los dos y la hacía girar violentamente, y lo más estraño es que solían ponerse dos hombres á horcajadas en las dos estremidades, como yo lo he visto hacer muchas veces. Hicieron este ejercicio en Roma dos mexicanos enviados por Cortes, á presencia del papa Clemente VII y de muchos príncipes romanos, con singular satisfacción de aquellos ilustres espectadores. Era también muy común entre ellos otro juego llamado en algunos países las fuerzas de Hércules. Poníase un hombre á bailar; otro, en pie sobre sus hombros, lo acompañaba con algunos movimientos, y otro, en pie sobre la cabeza del segundo, bailaba y daba otras pruebas de agilidad. Otro ejercicio practicaban alzando una viga sobre los hombros de dos bailarines y otro se ponía en pie, y bailaban sobre su estremidad. Los primeros españoles que vieron estos y otros juegos de los mexicanos, se maravillaron tanto de su agilidad, que sospecharon la intervención del demonio, sin hacerse cargo de lo que puede el ingenio humano ayudado por la constancia y la aplicación.

(Diccionario Universal de Historia y Geografía. Apéndice, Tomo II, pág. 696.)

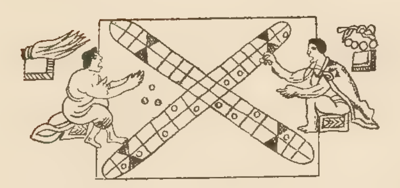
"Había otro juego que era, que hacían encima de un encalado, unos oyos pequeñitos á manera de fortuna; el uno toma diez piedras y el otro otras diez, y el uno ponía sus piedras por la una acera, y el otro por la otra, en contrarias partes, y con unas cañuelas hendidas por medio, daban en el suelo y saltaban en alto; y tantas cuantas cañuelas caían lo güeco hácia arriba tantas casas adelantaban sus piedras, y así seguían el uno al otro y todas cuantas chinas le alcanzaba se las iba quitando, hasta dejalle sin ninguna, y acontecía habelle quitado cinco y seis, y con las cuatro que le quedaban, decirle también las cañuelas que revolvía sobre el otro y ganalle el juego. Había este juego de la estera, que era el que más recio se jugaba, casi como entre nosotros, la primera, ó las presas que son juegos para de presto, como dicen á este juego: podían jugar muchos juntos y de compañía, como querían, y así era el juego más usado que había, del cual principalmente pienso tratar y declarallo, pues nuestro principal intento es en este capítulo tratar de él y del modo que

de jugalle tenían, para lo cual es de saber, que al juego que sobre esta estera jugaban llamaban *patolly*, que es el mesmo bocablo que agora llamamos naypes. Sobre esta estera tenían pintada una aspa grande, de que tomaban el petate de esquina á esquina; dentro del hueco de esta aspa, había atravesadas unas rayas que servían de casas, la cual aspa y casas estaban señaladas y rayadas con olin derretido, el cual olin queda declarado lo que era: para estas casas había doce piedras pequeñas, las seis coloradas y las seis azules, las cuales piedrezuelas partían entre los

TLACHTLI.



PATOLLI.



que jugaban á cada cual tantas: si jugaban dos, que era lo ordinario, tomaba las seis, y el otro las otras seis, y aunque jugasen mucho, siempre jugaba uno por todos ateniéndose á la suerte de aquel, como entre los españoles se juegan los albures, ateniéndose á la mejor suerte; así se atenían acá al que mejor meneaba los dados, los cuales eran unos frijoles negros, cinco ó diez, como querían perder ó ganar, los cuales tenían unos agujerillos blancos en cada frijol, por donde pintaban el número de las casas que se aventajaban en cada mano, donde si pintaban cinco, era diez, y diez, veinte, y si uno, uno, y si dos, dos, y si tres, tres, y si cuatro, cuatro, pero pintando cinco, eran diez, y si diez, veinte; y así, aquellas pintillas blancas eran suertes y cuentas de las rayas que se ganaban, y para mudar las piedras de unas casas en otras. Al cual juego cuando se jugaba acudían tanto miradores y tahures que estaba unos sobre otros sobre la estera unos para jugar otros para apostar, que era cosa extraña. Cuando las rayas de esta estera (si el juego se inventaba de presto) no había *olín* para hacellas, había particulares yerbas para hacer las rayas de aquella fortuna, como eran hojas de calabaza, ó la mesma calabacilla pequeñita, ó una yerba que ellos llamaban *chichicpatly*, que quiere decir la medicina amarga, ó con tizne de ocotl, en lo cual mezclaban superstición, por causa de que había de ser con esta yerba, y con esta y no con otra, siempre teniendo obgeto á idolatría. Andaban los tahures de este juego, siempre con la estera debajo del sobaco, y con los dados atados á un pañito, como algunos tahures de este tiempo, que siempre andan apercibidos con los naypes en las calzas, de tablage en tablage; aquellos dados juntamente con las piedrezuelas del juego, traían en una *baserita*[1] pequeña á los cuales hacía reverencia, como á dioses, fingiendo en ellos haber alguna virtud, y así les hablaban cuando jugaban como á cosa que tuviese algún sentido ó inteligencia, de lo que le pedían; y no me espanto ni me maravillo que les hablasen, pues era gente de no tan agudo juicio como los son los de nuestra nación, les hablasen y pidiesen les fuesen favorables y ayudasen en aquel juego; pues hay cristianos de nuestra nación que presumen de muy delicados juicios, que puestas las manos piden al naype buen punto y buena suerte, y si no le entró, después de haber adorado los naypes, si así se puede decir, (con las manos puestas), decir mil blasfemias contra Dios y sus santos: así estos naturales hablaban á los frijolitos y al petate y decían mil palabras de amor, y mil requiebros y mil supersticiones, y después de habelles hablado, ponían la petaquilla en el lugar de adoración, con los instrumentos del juego y la estera pintada junto á ella, y traía lumbre y echaba en la lumbre incienzo y ofrecía su sacrificio ante aquellos instrumentos, ofreciendo comida delante de ellos. Acabada la ofrenda y ceremonias, iban á jugar con toda la confianza del mundo.

("Durán.—"Historia de las Indias de Nueva España. —Tomo II, pág. 234.")

1 Tal vez bolsita.



CAPITULO XIV.

RITOS DE LOS MEXICANOS EN EL NACIMIENTO DE SUS HIJOS, Y EN SUS MATRIMONIOS.—SEPULCROS.

RITOS DE LOS MEXICANOS EN EL NACIMIENTO DE SUS HIJOS.

CUANDO salía á luz el niño, la partera después de haberle cortado el cordón umbilical, y enterrado la secundina, le lavaba el cuerpo, diciéndole estas palabras: "Recibe el agua, pues tu madre es la diosa Chalchiuhcueye. Este baño te lavará las manchas que sacaste del vientre de tu madre, te limpiará el corazón, y te dará una vida buena, y perfecta." Después volviéndose á la diosa le pedía la misma gracia, y tomando otra vez el agua con la mano derecha, y soplando en ella, humedecía la boca, la cabeza y el pecho del niño. Seguía á esto un baño general, durante el cual decía la partera: "Descienda el dios invisible á esta agua, y te borre todos los pecados y todas las inmundicias, y te libre de la mala fortuna," y dirigiendo la palabra al niño continuaba: "Niño gracioso, los dioses Ometeuctli, y Omecihuatl te criaron en el lugar más alto del cielo, para enviarte al mundo: pero ten presente que la vida que empiezas es triste, dolorosa y llena de males, y de miserias; no podrás comer pan, sin trabajar. Dios te ayude en las muchas adversidades que te aguardan," y acababa la ceremonia dando lo enhorabuena á los padres y parientes del recién nacido. Si éste era hijo de rey ó de algún señor, visitaban al padre sus principales súbditos, para felicitarlos, y vaticinar buena suerte al niño.

Dado aquel primer baño, consultaban á los adivinos sobre la buena ó mala dicha del niño, informándolos antes del día y la hora de su nacimiento. Los adivinos consideraban la calidad del signo propio de aquel día y del signo dominante en aquel período de trece años, y si había nacido á media noche, comparaban el del día que acababa, y el del que comenzaba. Hechas estas observaciones, declaraban la buena ó mala fortuna del infante. Si era infausta, y lo era también el quinto día después del nacimiento, que era cuando se daba el segundo baño, se prorrogaba esta ceremonia para otro día más favorable. A esta ceremonia, que era más solemne que la primera, convidaban á todos los parientes y amigos, y á muchos niños, y si eran gentes acomodadas, daban un gran banquete y regalaban vestidos á todos los convidados. Si el padre era militar, preparaba para aquel día un pequeño arco, cuatro flechas del mismo tamaño, y un traje, acomodado al cuerpo del niño, de la misma hechura que el que había de usar siendo adulto. Si era artesano ó labrador, preparaba algunos instrumentos pequeños análogos á su oficio ó profesión. Si era niña, le apercibían un traje correspondiente á su sexo, un huso pequeño, ó algún otro utensilio para tejer. Encendían muchas luces, y la partera, tomando al niño en brazos, lo llevaba por todo el patio de la casa, y lo colocaba sobre un montón de hojas, junto á una vasija llena de agua, y puesta en medio del patio. Allí lo desnudaba diciendo: "Hijo mío, los dioses Ometeuctli, y Omecihuatl, señores del cielo, te han mandado á este triste y calamitoso mundo. Recibe esta agua que ha de darte la vida." Después de haberle limpiado la boca, la cabeza y el pecho, con fórmulas semejantes á las del primer baño, le lavaba todo el cuerpo, y frotándole cada uno de sus miembros le decía: "¿donde

estás mala fortuna? Anda fuera de este niño." Dicho esto, lo alzaba para ofrecerlo á los dioses, rogándoles que lo adornasen con todas las virtudes. La primera oración se hacía á las dos divinidades mencionadas; la segunda á la diosa de las aguas; la tercera á todos los dioses, y la cuarta, al sol y á la tierra. "Tú sol, decía la partera, padre de todos los vivientes, y tú tierra, nuestra madre, acoged á este niño, y protegedlo como á hijo vuestro; y pues nació para la guerra (si su padre era militar) muera en ella defendiendo el honor de los dioses, á fin de que pueda gozar en el cielo las delicias destinadas á todos los dioses valientes, que por tan buena causa sacrifican sus vidas." Poníanle en seguida en las manitas los instrumentos del arte que debía ejercer, con una oración dirigida al dios tutelar de aquella profesión. Si el niño era hijo de militar, las pequeñas armas que servían en aquella ceremonia se enterraban en un campo, donde se sospechaba que podría luchar en el porvenir, y los utensilios mujeriles,si era hembra, en la misma casa, debajo del metlatl, ó piedra para moler el maíz. En aquella misma ocasión, se hacía, según Boturini, la ceremonia de pasar cuatro veces al niño por sobre las llamas.

Antes de poner los instrumentos en las manos del recién–nacido, rogaba la partera á los convidados, que le pusiesen nombre, y ellos le daban el que les habían sugerido los padres. Después lo vestía la partera, y lo ponía en la cuna, rogando á Yoalticitl, diosa de las cunas que lo calentase, y guardase en su seno, y á Yoalteuctli, dios de la noche, que lo adormeciese.

El nombre que se daba al niño se tomaba á veces del signo del día de su nacimiento (lo que sucedía más frecuentemente entre los mixtecas), como MACUILCOATL, ó quinta sierpe, OMECALLI, ó segunda casa. Otras veces, de las circunstancias ocurridas en el nacimiento como sucedió á uno de los cuatro jefes que regían la república de Tlaxcala, cuando llegaron los españoles, pues se le llamó CITLAPOPOCA, ó estrella humeante, por haber nacido en tiempo de un cometa. Al que nacía el día de la renovación del fuego, si era varón se le llamaba MOLPILLI, y si era hembra XIUNENETL, aludiendo ambos nombres á las particularidades de aquella fiesta. También se daban frecuentemente á los varones nombres de animales, y á las hembras de flores, en lo que probablemente seguirían los sueños de los padres ó los consejos de los adivinos. Por lo común no se daba más que un nombre; pero los varones solían adquirir un sobrenombre con sus proezas, como sucedió á Moteuczoma I, que por sus hazañas se llamó ILHUICAMINA y TLACAELE.

Terminadas las solemnidades del baño, se daba el convite, en el cual cada uno procuraba lucir según sus facultades. En estos casos solían beber más de lo acostumbrado, pero no salía de casa el desconcierto de la embriaguez. Las luces se tenían encendidas hasta consumirse, y se tenía particular esmero en conservar el fuego durante los cuatro días que mediaban entre el primero y el segundo baño, porque si se apagaba, creían que era mal agüero para el niño. Esta misma celebridad se repetía cuando lo destetaban, que era á la edad de tres años.

(Apéndice al Diccionario Universal de Historia y Geografía. Tomo III. páginas 275 y 276. México 1856.)

RITOS NUPCIALES DE LOS MEXICANOS.

"En los casamientos aunque había ritos supersticiosos, como en todas las operaciones de aquellas gentes, nada se hacía, sin embargo, contrario á las leyes del pudor. Estaba severamente prohibido, como después veremos, tanto por las leyes de México, como por las de Michoacán, todo enlace matrimonial, entre parientes en primer grado de consanguinidad ó de afinidad, excepto entre cuñados. Los padres eran los que contrataban el matrimonio, y jamás se celebraba sin su consentimiento. Cuando el hijo llegaba á la edad de poder sostener las cargas del estado, que en los hombres era de veinte á veintidós años, y en las mujeres á los diez y siete ó diez y ocho, buscaban sus padres una esposa que le conviniese: pero antes consultaban á los adivinos, y éstos, después de haber considerado los días del nacimiento de los novios, decidían la felicidad, ó la desgracia del consorcio. Si por la combinación de los signos declaraban infausta la alianza, se dejaba aquella doncella y se buscaba otra. Si el pronóstico era feliz, se pedía la doncella á sus padres por medio de unas mujeres, que se llamaban CIHUATLANQUE, ó solicitadoras, que eran las más respetables de la familia del novio. Estas iban por primera vez á media noche á casa de la futura, llevaban un regalo á sus padres, y la pedían con palabras humildes y discretas. La primera demanda era infaliblemente desechada, por ventajoso que fuera el casamiento, y por mucho que gustase á los padres, los cuales pretestaban de cualquier modo su repugnancia. Pasados algunos días, volvían aquellas mujeres á hacer la misma petición, usando de ruegos y razones para apoyarla, y dando cuenta de las prendas y bienes del joven, de lo que podía dar en dote á la doncella, y preguntando, en fin, lo que esta poseía. Esta segunda vez respondían los padres, que antes de resolverse era necesario consultar la voluntad de su hija, y la opinión de los parientes. Las mujeres no volvían más, y los padres enviaban la respuesta decisiva por medio de otras de su familia.

Obtenida finalmente una respuesta favorable, y señalado el día de la boda, después de haber los padres de la doncella exhortádola á la fidelidad y á la obediencia á su marido, y á observar una conducta honrosa á su familia, la conducían con gran acompañamiento y música á casa del suegro, y si era noble, la llevaban en una litera. El novio y los suegros la recibían á la puerta de su casa, precedidos por cuatro mujeres, que llevaban luces en las manos. Al llegar se incensaban mutuamente los no-

vios. El joven tomaba por la mano á la doncella, y la conducía á la sala destinada á celebrar la boda. Poníanse los dos en una estera nueva y curiosamente labrada, que estaba colocada en medio de la pieza, y junto al fuego, que se había preparado para aquella ocasión. Entonces un sacerdote ataba una punta del HUEPILLI, ó camisa de la doncella, con otra del TILMATLI, ó capa del joven, y en esto consistía esencialmente el contrato matrimonial. Daba después ella siete vueltas en torno del fuego, y vuelta á la estera, ofrecía con el novio un poco de copal á los dioses, y ambos se hacían algunos mutuos regalos. Seguía el banquete. Los esposos comían en la estera, sirviéndose uno á otro, y los convidados en sus sitios. Cuando éstos se habían animado con el vino, que no se escaseaba en aquellas ocasiones, salían á bailar al patio, quedando los esposos en aquella estancia durante los cuatro días siguientes, sin salir de ella, sino á media noche, para incensar á los ídolos, y hacerles oblaciones de diversas especies de manjares. Aquel tiempo lo pasaban en oración y ayuno, vestidos con trajes nuevos, y adornados con las insignias de los dioses de su devoción, sin abandonarse al menor exceso indecente, porque creían que sería inevitable el castigo del cielo, si cometiesen tal debilidad. En aquellas noches sus camas eran dos esteras nuevas de junco, cubiertas con unos lienzos pequeños, teniendo en medio unas plumas y una piedra preciosa, llamada CHALCHIHUITL. En los cuatro ángulos ponían cañas verdes y espinas de maguey, para sacarse sangre de la lengua y de las orejas en honor de sus dioses. Los sacerdotes eran los que hacían las camas para santificar el matrimonio; pero ignoro el misterio de la joya, de las plumas y de las cañas. Hasta la cuarta noche no se consumaba el matrimonio, creyendo que sería infausto si se anticipaba la consumación. En la mañana siguiente se lavaban, se vestían de nuevo, y los convidados se adornaban la cabeza con plumas blancas, y las manos y los pies con plumas rojas. Concluíase la función con regalar trajes á los convidados. según las facultades de los esposos, y con llevar al templo las esteras, los lienzos, las cañas y los manjares presentados á los ídolos.

Estos usos no eran tan generales en el imperio, que no hubiese algunas particularidades en ciertos países. En Ichcatlan, el que quería casarse, se presentaba á los sacerdotes, y éstos lo conducían al templo, donde delante de los ídolos que en él se adoraban, le cortaban algunos cabellos, y enseñándolo al pueblo, gritaban: "Este quiere casarse." De allí lo hacían bajar y tomar la primer mujer libre que encontraba, como si aquella fuese la que le destinasen los dioses. La que no lo quería por marido, evitaba acercarse al templo en aquella ocasión, á fin de no verse obligada á casarse con él. Por lo demás, se conformaban á los ritos nupciales de los mexicanos.

A los otomites era lícito abusar de cualquiera soltera antes de casarse. Cuando alguno de ellos se casaba, si en la primera noche hallaba en la mujer algo que le desagradase, podía repudiarla al día siguiente; pero si se mostraba contento aquella vez, ya no le era permitido dejarla. Ratificado de este modo el matrimonio, se retiraban los esposos á hacer penitencia de los antiguos deslices, por veinte ó treinta días, durante los cuales se abstenían de los placeres sensuales, se sacaban sangre y se bañaban frecuentemente.

Entre los mixtecas, además de la ceremonia de anudar los trajes de los esposos, les cortaban parte de los cabellos y el novio llevaba en hombros á la novia.

La poligamía era permitida en el imperio mexicano. Los reyes y los señores tenían gran número de mujeres; pero es de creer que sólo con los principales observasen todas aquellas ceremonias, limitándose con las otras, al acto de anudar los vestidos.

(Apéndice al Diccionario Universal de Historia y Geografía. Tomo III. páginas 276 y 277. México 1856.)

SEPULCROS DE LOS MEXICANOS.

"No había sitios determinados para enterrar los cadáveres: algunas veces se enterraban las cenizas cerca de algún templo ó altar, otras en el campo, otras en los lugares sagrados de los montes donde solían hacer los sacrificios. Las cenizas de los reyes y de otros señores se depositaban por lo común en las torres de los templos, especialmente en las del templo mayor. Junto á Teotihuacán, ciudad célebre por los muchos templos que contenía, había innumerables sepulcros. Los de los que se enterraban enteros eran, según el conquistador anónimo que los vió, unas huesas profundas, revestidas por dentro de piedra y cal, y el cadáver estaba sentado sobre un icpalli, ó silla baja, con los instrumentos de su arte ó profesión. El militar se enterraba con un escudo y una espada; la mujer con un huso, una escoba y un *xicalli;* los ricos con oro y joyas y todos con gran provisión de comestibles para el largo viaje que iban á emprender. Los conquistadores españoles noticiosos del oro que contenían los sepulcros de los señores mexicanos, excavaron algunos y encontraron grandes cantidades de aquel precioso metal. Cortés dice en sus cartas que en una entrada que hizo en la capital, cuando estaba sitiada por su ejército los soldados hallaron mil y quinientos *castellanos,* ó doscientas cuarenta onzas de oro en un sepulcro que había en la torre del templo. El conquistador anónimo asegura haber presenciado la excavación de un sepulcro, del cual se sacaron cerca de tres mil castellanos.

Los chichimecos enterraban los cadáveres en las cuevas de los montes; pero cuando se civilizaron algún tanto, adoptaron en este y en otros usos, los ritos y constumbres de los acolhuas, que eran los mismos que los de los mexicanos.

Los mixtecas conservaron en parte los usos antiguos de los chichimecos, pero en algunas cosas se singulariza-

ron. Cuando enfermaba alguno de sus señores, se hacían oraciones públicas, votos y sacrificios por su salud. Si sanaba, había grandes regocijos. Si moría, continuaban hablando de él como si aun estuviese vivo; ponían delante de él uno de sus esclavos, lo vestían con ropa de su señor, le cubrían el rostro con una máscara y por espacio de un dia le tributaban los mismos honores que solían tributar al difunto. A media noche se apoderaban cuatro señores del cadáver para sepultarlo en algún bosque ó cueva, especialmente la que se creía ser la puerta del paraiso, y al volver, sacrificabau al esclavo y lo ponían en una huesa con los adornos é insignias de su efímera autoridad, pero sin cubrirlo de tierra. Cada año se hacía una fiesta del último señor que había muerto, en la cual se celebraba su nacimiento, pero de su muerte no se hablaba jamás.

Los zapotecas embalsamaban el cadáver del señor principal de su nación. Ya en los tiempos de los primeros reyes chichimecos estaban en uso en aquellas naciones los compuestos aromáticos, para preservar algún tiempo los cadáveres de la corrupción, pero no sabemos que lo hiciesen con frecuencia.

La vanidad de su culto, la superstición de sus ritos, la crueldad de sus sacrificios y los rigores de su austeridad hacían más manifiestas á sus descendientes las incomparables ventajas que les había traído la dulce, pura y santa doctrina de Jesucristo y los excitaban á dar gracias al Padre de las misericordias por haberlos llamado á la luz maravillosa del Evangelio, habiendo dejado perecer á sus antepasados en el error."

("Diccionario Universal de Historia y Geografía."—Tomo III, página 379).—Apéndice.



CAPITULO XV.

TEMPLO MAYOR DE MÉXICO.—TEMPLOS MEXICANOS.—XOCHICALCO.

TEMPLO MAYOR DE MÉXICO Y TEMPLOS MEXICANOS.—XOCHICALCO.



ENIAN los mexicanos y los otros pueblos de Anáhuac, como todas las naciones cultas del mundo, templos ó lugares destinados al ejercicio de su religión, donde se reunían para tributar culto á sus dioses é implorar su protección, Llamaban al templo TEOCALLI, es decir, casa de Dios, y TEOPAN, lugar de Dios, cuyos nombres, después que abrazaron el cristianismo, dieron con mayor propiedad á los templos erigidos en honor del verdadero Dios.

La ciudad y reino de México, empezaron por la fábrica del templo de Huitzilopochtli ó sea MEXITLI, de donde tomó su nombre la ciudad. Este edificio fué desde luego una pobre cabaña. Amplióla Itzcoatl, primer rey conquistador de aquella nación, después de la toma de Atzcapozalco. Su sucesor Moteuczoma I, fabricó un nuevo templo, en que había algunos indicios de magnificencia. Finalmente Ahuitzotl construyó y dedicó aquel vasto edificio que había sido planteado por su antecesor Tizoc. Este fué el santuario que tanto celebraron los españoles después de haberlo arruinado. Quisiera que hubiera sido tanta la exactitud que nos dejaron de sus medidas, como su celo en echar por tierra aquel soberbio monumento de la superstición: pero escribieron con tanta variedad, que después de haberme fatigado en comparar sus descripciones, no he podido adquirir datos seguros sobre sus medidas, ni hubiera podido formarme idea de la arquitectura de aquella obra, si no fuera por la imagen que nos presenta á la vista el conquistador anónimo, aunque en las medidas me conformo más con su descripción que con su dibujo. Daré lo más verósimil que he podido sacar de la confrontación de cuatro testigos oculares, omitiendo lo dudoso, para no sobrecargar la imaginación con datos inútiles.

Ocupaba este gran templo el centro de la ciudad, y comprendía, con otros templos y edificios anexos, todo el sitio que hoy ocupa la iglesia catedral, parte de la plaza mayor y parte de las calles y casas de las inmediaciones. El muro, que rodeaba aquel lugar, formando un cuadro, era tan grande, que dentro de su recinto cabía, según el mismo Cortés, un pueblo de quinientos hogares. Este muro, fabricado de piedra y cal, era bastante grueso, tenía ocho pies de alto y lo coronaban unos merlones, con adornos de figuras de piedra á modo de serpientes. Tenía cuatro puertas que miraban á los cuatro puntos cardinales. En la del lado de Oriente empezaba un ancho camino que conducía al lago de Tezcuco; las otras tres miraban á las tres principales calles de la ciudad, las más largas y derechas; las cuales comunicaban con las calzadas del lago, por las que se iba á Iztapalapan, Tacuba y Tepeyacac. Sobre cada puerta había una armería, abundantemente provista de toda clase de armas ofensivas y defensivas, adonde en caso de necesidad, acudían á armarse las tropas.

El patio, que estaba dentro del recinto exterior del muro, estaba curiosamente empedrado de piedras tan lisas y bruñidas, que no podían dar un paso en ellas los caballos de los españoles, sin resbalar ó caer. En medio del patio se alzaba un vasto edificio cuadrilongo, todo macizo, revestido de ladrillos cuadrados é iguales, y compuesto

de cinco cuerpos, casi iguales en la altura, pero desiguales en longitud y latitud, pues los más altos eran menores que los inferiores. El primero ó base del edificio, tenía de Levante á Poniente más de cincuenta toesas, y cerca de cuarenta y tres de Norte á Mediodía. El segundo era de una toesa menos largo que el inferior, y de otra menos de ancho: los otros iban disminuyendo en las mismas proporciones: de modo que sobre cada cuerpo había un espacio ó corredor abierto, por el cual podían andar tres y aun cuatro hombres de frente, girando en torno del cuerpo superior.

Las escaleras, que estaban hacia Mediodía, eran de piedras grandes y bien trabajadas, y constaban de ciento catorce escalones, cada uno del alto de un pie. No era una sola escalera continuada, como la representan los autores de la HISTORIA GENERAL DE LOS VIAJES, y los editores mexicanos de las CARTAS DE CORTÉS; sino que había tantas escaleras, cuantos eran los cuerpos del edificio: así que, subida la primera escalera, no se podía subir á la segunda, sin dar una vuelta, por el primer corredor, en torno del segundo cuerpo: ni subida la segunda, se podía llegar á la tercera, sin dar la vuelta por el segundo corredor, en derredor del tercer cuerpo, y así de los demás.

Sobre el quinto y último cuerpo, había una plataforma, mejor llamada atrio superior, de cuarenta toesas de largo y treinta y cuatro de ancho, y estaba tan bien empedrada como el patio, ó atrio inferior. En la extremidad oriental de aquel espacio, se alzaban dos torres, á la altura de cincuenta y seis pies, ó poco más de nueve toesas. Cada una estaba dividida en tres cuerpos; el inferior de piedra y cal, y los otros dos de madera, bien trabajada y pintada. El cuerpo inferior ó base, era propiamente el santuario, donde, sobre un altar de piedra de cinco pies de alto, estaban colocados los ídolos tutelares. Uno de estos santuarios estaba consagrado á Huitzilopochtli, y á los otros dioses de la guerra, y el otro á Tezcatlipoca. Los otros cuerpos servían para guardar los utensilios necesarios al culto de los ídolos, y las cenizas de algunos reyes y señores, que por devoción particular lo habían dejado dispuesto así. Los dos santuarios tenían la puerta al Poniente, y las dos torres terminaban en hermosas cúpulas de madera; pero ningún autor habla del adorno y disposición interior de los santuarios, como tampoco del grueso de las torres. Lo que puedo asegurar sin temor de errar, es que la altura del edificio, no era menos de diez y nueve toesas, y con la de las torres pasaba de veintiocho. Desde aquella elevación se alcanzaba á ver el lago, las ciudades que lo rodeaban, y una gran parte del valle, lo que formaba, según los testigos oculares, un golpe de vista de inconparable hermosura.

En el atrio superior estaba el altar de los sacrificios ordinarios y en el inferior el de los sacrificios gladiatorios. Delante de los dos santuarios había dos hogares de piedra, de la altura de un hombre, y de la figura de las piscinas de nuestras iglesias, en los cuales de día y de noche se mantenía fuego perpetuo, que atizaban, y conservaban con la mayor vigilancia, porque creían que si llegaba á extinguirse, sobrevendrían grandes castigos del cielo. En los otros templos y edificios religiosos, comprendidos en el recinto del muro exterior, había hasta seiscientos hogares del mismo tamaño y forma, y en las noches en que todos se encendían, formaban un vistoso espectáculo.

EDIFICIOS ANEXOS AL TEMPLO MAYOR.

En el espacio que mediaba entre el muro exterior y el templo, además de una plaza para los bailes religiosos, había más de cuarenta templos menores, consagrados á los otros dioses, algunos colegios de sacerdotes, seminarios de jóvenes de ambos sexos, y otros varios edificios, de los que, por su singularidad, daré aquí alguna noticia.

Entre los templos, los más considerables eran los tres de Tezcatlipoca, Tlaloc, y Quetzalcoatl. Todos, aunque diferentes en el tamaño, eran semejantes en la forma, y tenían la fachada vuelta hacia el templo mayor, siendo así que en los demás templos, construídos fuera de aquel circuito, la fachada daba siempre al Poniente. Solo el templo de Quetzalcoatl se diferencia en la forma de los otros, porque estos eran cuadrilongos y aquel era circular. La puerta de este santuario era la boca de una enorme serpiente de piedra, con sus dientes. Muchos españoles que por curiosidad entraron en aquel diabólico edificio, confesaron que se habían llenado de horror. Entre los otros templos había uno llamado ILHUICATITLAN, dedicado al planeta Venus, y dentro una gran columna en que estaba pintada ó esculpida la imagen de aquel astro. Cerca de la columna se sacrificaban prisioneros al planeta en aquel tiempo de su aparición.

Había varios colegios de sacerdotes y seminarios contenidos en el recinto de dicho templo: en particular sabemos de cinco colegios ó monasterios de sacerdotes, y de tres seminarios de jóvenes; mas estos, sin duda, no eran todos, pues era escesivo el número de personas que allí vivían, todas consagradas al servicio de los dioses.

Entre los edificios notables comprendidos en aquel circuito, además de las cuatro armerías colocadas sobre las puertas, había otra cerca del templo TEZCACALLI, ó casa de espejos, llamada así, porque la parte interior de sus muros estaba revestida de espejos. Había otro pequeño templo llamado Teccizcalli, todo cubierto de conchas, con una casa inmediata, á la que se retiraba el rey de México para hacer sus oraciones y ayunos. Otra casa de retiro había para el gran sacerdote, llamada POYAUHTLAN, y otras para los particulares; un buen hospicio para alojar á los forasteros de distinción, que iban por devoción á visitar el templo, ó por curiosidad á ver las grandezas de la corte; estanques para el baño de los sacerdotes, y fuentes para suministrarles el agua de su uso. En el estanque llamado TEZCAPAN, se bañaban muchos por voto particular que hacían á los dioses. Entre las fuentes había una llamada

Toxpalatl, cuya agua creían que eran santa: bebíanla tan solo en las fiestas solemnes, y fuera de ellas á nadie era lícito tomarla. Había sitio para la cría de los pájaros que sacrificaban, y jardines en que se cultivaban flores y plantas olorosas para el ornato de los altares; por último tenían también entre los muros un bosquecillo, con representaciones artificiales de montes, lagos y peñas, y allí se hacía la caza general.

En el templo había piezas destinadas á guardar los ídolos, los ornamentos, y todo lo perteneciente al culto de los dioses, y entre ellas dos salas tan grandes, que los españoles quedaron maravillados al verlas. Pero los edificios más notables por su singularidad, eran una gran cárcel, á manera de jaula, en que encerraban á los ídolos de las naciones vencidas, y otros en que se conservaban las calaveras de las víctimas. Estas últimas construcciones eran de dos especies: las unas no eran más que montones de huesos; en las otras, las calaveras estaban curiosamente embutidas en el muro ó enfiladas en palos, formando dibujos simétricos, no tan curiosos cuanto horribles. El mayor de estos espantosos monumentos, aunque no estaba comprendido en el recinto de los muros, distaba poco de su puerta principal. Era un vasto terraplen cuadrilongo y medio piramidal. En la parte más baja tenía ciento cincuenta y cuatro pies de largo. Subíase á la parte superior por una escalera de treinta escalones, y encima estaban erigidas más de sesenta vigas altísimas, con muchos agujeros practicados en toda su longitud, y colocadas á cuatro pies de distancia una de otra. De los agujeros de una viga á los de otra había bastones atravesados, y en cada uno de ellos cierto número de cráneos enfilados por las sienes. En los escalones había también un cráneo entre piedra y piedra. Además se alzaban en dos estremidades de aquel edificio dos torres, construidas tan solo, según dicen, de cráneos y cal. Cuando aquel cráneo se deterioraba, los sacerdotes lo reemplazaban con otro nuevo, para que no faltase el número ni la simetría. Los cráneos de las víctimas comunes se conservaban despojados de tegumentos; pero si el sacrificado era persona de distinción, se procuraba guardar la cabeza entera, lo que hacia más horrorosos esos trofeos de su bárbara superstición. Eran tantos los cráneos conservados en aquellos edificios, que algunos de los conquistadores españoles, que se tomaron el trabajo de contar sólo los que había en los escalones y entre las vigas, hallaron ciento treinta y seis mil. Si el lector desea tener más pormenores acerca de todo lo que contenían los muros del templo, lea la relación de Sahagún en la obra de Torquemada, y la descripción que hizo el Dr. Hernández de sus setenta y ocho edificios, que se halla en la Historia Natural de Nieremberg.

TEMPLOS DE LOS MEXICANOS.

Además de los Templos de que acabamos de hablar, había otros esparcidos en diversos puntos de la ciudad. Según algunos autores el número de los de la capital, comprendidos sin duda los más pequeños, no bajaba de dos mil, y las torres eran trescientas sesenta; más no consta que alguno los haya contado por sí mismo. No se puede dudar sin embargo que eran muchos, entre los cuales siete ú ocho eran los mayores, pero sobre todos se alzaba el de Tlaltelolco, consagrado también al dios Huitzilopochtli.

Fuera de México los templos más célebres eran los de Tezcuco, Cholula y Teotihuacán. Bernal Díaz, que tuvo la curiosidad de contar sus escalones, dice que el de Tezcuco tenía ciento diez y siete, y el de Cholula ciento veinte. No sabemos si aquel famoso templo de Tezcuco era el mismo de Tezcutzinco, [1] tan celebrado por Valadés en su retórica cristiana, ó el de aquella célebre torre de nueve cuerpos. consagrada por Nezahualcoyotl al dios creador del cielo. El templo mayor de Cholula, como otros muchos de aquella ciudad, estaba consagrado á su protector Quetzalcoatl. Todos los historiadores antiguos hablan con admiración del número de templos que había en Cholula. Cortés aseguró al emperador Carlos V, que desde lo alto de un templo había contado más de cuatrocientas torres, todas pertenecientes á edificios religiosos. Subsiste allí aún la altísima pirámide construída por los toltecas, donde antes hubo un templo consagrado á aquella falsa divinidad, y hoy existe en el mismo sitio un devoto santuario de la Madre del verdadero Dios; pero por causa de su antigüedad se ha cubierto de tal modo la pirámide de tierra y maleza, que más parece un monte natural que un edificio. Ignoro cuales eran sus dimensiones, pero su circunferencia en su parte inferior no bajaba de media milla. Se sube á la cima por un camino espiral en rededor de la pirámide, por el cual subí yo á caballo en 1744. Este es aquel famoso monte que Boturini creyó construído por los toltecas, para en caso de sobrevenir otro diluvio como el de Noé y sobre el cual se refieren tantas fábulas.

Subsisten todavía los famosos templos de Teotihuacán, á tres millas al Norte de aquel pueblo y á más de veinte de México. Estos vastos edificios, que sirvieron de modelo á los demás templos de aquel país, estaban consagrados uno al sol y otro á la luna, representados en dos ídolos de enorme tamaño, hechos de piedra y cubiertos de oro. El del Sol tenía una gran concavidad en el pecho, y en ella la imagen de aquel planeta, de oro finísimo. Los conquistadores se aprovecharon del metal, y los ídolos fueron hechos pedazos por orden del primer obispo de México; pero los fragmentos se conservaron hasta fines del siglo pasado, y aun quizá hay algunos todavía. La base ó cuerpo inferior del templo del sol, tiene ciento veinte toesas de largo y ochenta y seis de ancho, y la altura de todo el edificio corresponde á su mole. El de la luna tiene en la base ochenta y seis toesas de largo y sesenta y tres de ancho. Cada uno de estos edificios está dividido en cuatro cuerpos, y

1 Eran diferentes; este estaba en un cerro de su nombre y el otro dentro de la ciudad en que se advierte el montículo que formaba la pirámide semejante al de México.

con otras tantas escaleras dispuestas como las del templo mayor de México: mas ahora no se descubren por estar en parte arruinadas y enteramente cubiertas de tierra. En rededor de aquellas construcciones se veían muchos montecillos, que según dicen eran otros tantos templos consagrados á diferentes planetas y estrellas; y por estar todo aquel sitio cubierto de monumentos religiosas, fué llamado por los antiguos Teotihuacán.

El número de templos que había en todo el imperio mexicano, era muy considerable. Torquemada dice que eran más de cuarenta mil; pero creo que pasaban de este número, si se cuenta los pequeños; pues no habia lugar habitado sin su templo, ni pueblo de alguna extensión que no tuviese muchos.

La estructura de los templos grandes era por lo común como la del templo mayor de México; pero había otros muchos de diversa arquitetura. Algunos constaban de un solo cuerpo piramidal y de una escalera, otros de un cuerpo y de varias escaleras.

No contenta la superstición de aquellos pueblos con tan gran número de templos construídos en sus ciudades y villas, había muchos altares en las cimas de los montes, en los bosques y en los caminos, para excitar donde quiera la idólatra devoción de los viandantes, y para celebrar sacrificios á los dioses de los montes y á los otros númenes campestres."

(Apéndice al Diccionario Universal de Historia y de Geografía. Tomo III. páginas 516 á 519. México, 1856.)

Los últimos descubrimientos que se han hecho con motivo de los trabajos de canalización ó Drenaje de la Ciudad, han dado á conocer multitud de curiosos objetos del culto, grandes ídolos, entre los cuales figura la colosal y magnífica estatua de Tezcatlipoca, bajo la forma de Ocelotl, y los vasos decorados con meandros y emblemas mitológicos: de estos objetos el autor se propone hacer una memoria y una detallada descripción de lo más importante encontrado en la Calle de las Escalerillas, á espalda de la Catedral, que concierne al templo mayor de México.

XOCHICALCO.

En Diciembre de 1887 fuí á hacer el estudio del magnífico cuanto mutilado templo de Xochicalco, cuya importancia me hizo conocer el Sr. General Carlos Pacheco, Secretario de Fomento, facilitándome todos los medios para practicar una exploración amplísima. Su historia consta en la obra, que por su orden fué á imprimir á Berlin, con el nombre de "Monumentos del Arte mexicano antiguo," en donde se encuentran todos los pormenores de la expedición.

Se había dicho que esta construcción pertenecía á los Mayas de Yucatán: el estudio pormenorizado de sus ruinas demostró en sus relieves los jeroglíficos del calendario azteca: era por consiguiente un monumento netamente mexicano.

En la lámina 185, que es una reconstrucción en pequeño del soberbio monumento puede verse su aspecto general: los pormenores, para más amplios conocimientos del primer edificio ó templo construído por los tlalhuicas, pueden consultarse en la obra ya citada del autor, de donde se han tomado los siguientes párrafos para su descripción.

Componiéndose el edificio de los cuerpos será preciso ocuparse de ellos sucesivamente. El primero se compone de una gran base decorada mitológicamente, con bajo-relieves que tienen en varios puntos siete, ocho y hasta nueve centímetros de profundidad. En ellos se encuentra como carácter principal, esa gran serpiente, en la cual se ha querido encontrar según los deseos de algunos arqueólogos, el símbolo y hasta la etimología silábica de Quetzalcoatl; es decir, la pluma, la culebra y el signo del agua. Singular, y por demás curiosa parece la interpretación; pero ese gran reptil que caracteriza al Monumento de Xochicalco, no parece tener relación ni con la historia, ni con la figura de la deidad cholulteca; si con algo pudiera tener semejanza sería con el Cipactli, figura fantástica que desempeña un gran papel en la Cosmogonía de las tribus mexicanas, ó con su mismo ciclo, el período de cincuenta y dos años.

En el lado oriental la decoración de la base consiste en dos grandes culebras, llamémesles así para seguir el lenguaje común, con las cabezas respectivamente al Sur y al Norte, viéndose de frente, las colas separadas en el centro por una preciosa pilastra, y entre sus ondulaciones, figuras humanas sentadas, y el signo del fuego sobre el conocido del tlalpilli ó atadura de los años mexicanos. Llama la atención, que tanto la cara del animal fantástico como la del monarca sentado están vueltas hacia el signo del fuego, si bien entre los otros lados de Sur y Norte no se encuentran en la misma posición, pero sí todas viendo para el Occidente. La figura humana no tiene caracteres de una deidad: la posición sentada, la mano extendida sobre el suelo, el índice en la posición en que se tomaba el polvo de la tierra, indican una actitud reverencial: lleva en la cabeza el quetzaltlalpiloni,, ó sea la "preciosa atadura" que usaban los reyes en la cabeza, á guisa de corona. Esta se compone de una gran cabeza fantástica, como un gigantesco casco en que se pueden distinguir, un colmillo, cuatro dientes y cuatro grandes plumas colgantes, con pequeños adornos en las extremidades: formas parecidas pueden verse, en el relieve de nácar de Tula y en otras figuras toltecas. El nacochtli, la orejera, se compone de una gran piedra pendiente á la oreja de un delgado anillo, que debió ser metálico; al cuello se encuentran cinco grandes piedras, que es de suponer serían de gran valor. El nacochtli, orejera para hombre, tenía un carácter particular, era circular en las deidades mexicanas, en la estátua del rey de Coatlinchan y en la urna cineraria de

Nezahualpilli, monarca de Texcoco, se advierte la forma de un prisma rectangular como adorno peculiar de las orejas.

Prosiguiendo la descripción de la gran base del monumento, la figura no está desnuda; el relieve parece indicar un vestido ajustado á la piel, terminando junto á las manos y en la garganta de los pies, por medio de un adorno particular; está descalza como estaban siempre los súbditos delante de los monarcas y los reyes delante de los dioses. Los anales del Museo Nacional, reproduciendo una estampa defectuosa, pusieron un carcax á esta figura en lugar de la pierna cruzada.

El signo del fuego está claramente expresado encima de un tlalpilli ó atadura, que siempre se encuentra en la base del monumento con el numeral cuatro; pero no se ha podido atinar con la figura y significado del cuadrete que representa el ciclo ó la edad inscrita debajo de las llamas que figuran el fuego. Son seis estos ciclos ó figuras que se encuentran en el rectángulo ó cuadrete que está sobre el tlalpilli en todo el monumento, signos seguramente cronográficos, pero que no se hallan en ninguno de los Códices que han estado á mi disposición. Ese mismo signo del fuego, con los mismos caracteres, se encuentra en una gran piedra cúbica, probablemente cosmogónica, que existe en el Museo Nacional, y tal vez, originaria del Valle de México, ó resto del Templo Mayor.

Para terminar esta parte de las figuras simbólicas de la base agregaré, que todas las figuras sentadas tienen delante de la cara el signo de habla, el tlatolli, que en el Códice de Mendoza se parece á una "coma," colocada delante de la boca de los reyes mexicanos, que también están sentados, en señal de arraigo, ó de dominio: allí los reyes se distinguen por los signos jeroglíficos que llevan junto á la cabeza, en el monumento de Xochicalco este signo del habla, este tlatolli si bien conserva semejanza y hasta identidad en algunos casos, se advierte que en lo general pertenece á diversos personajes; es muy posible que estos signos indiquen la serie de monarcas Tlalhuicas de Xochicalco.

Va señalado en el dibujo (Monumentos del Arte mexicano antiguo) el ingenioso corte de las piedras, adoptado á la forma de construcción, más importante todavía en las esquinas, que requieren mayor solidez; ese corte va indicado por medio de líneas rojas en los pormenores de la base.

El lado Occidental que es donde se encuentra la escalera, lleva á sus lados dos serpientes, siempre con la cabeza levantada y correspondiendo á las esquinas del monumento; contienen en la curva que forman sus cuerpos, signos cronográficos, de los cuales algunos se pueden ver enteramente iguales en el calendario mexicano. El lado Norte del costado Occidental de la base, en la escalera, lleva por una parte el signo calli colocado sobre un tlalpilli ó atadura, con el numeral cinco debajo; hay aquí una manera muy representativa para figurar la atadura de un fecha; parece que una persona colocada detrás del signo calli, casa, reune con la mano derecha abierta sobre el numeral uno, una fecha con otra, por medio de su izquierda que toma un lazo ó atadura del signo XI ozomatli, que pertenece al ce acatl siguiente. Este jeroglífico ozomatli con el numeral once, es decir, con el mismo ordinal, se encuentra en el primer mes del calendario mexicano, cuando el año comienza por el signo acatl, como aquí acompañado del tlalpilli, con el numeral uno debajo. En el lado Sur de la escalera hay varios signos del mismo género, por desgracia, en parte destruídos; sin embargo, se pueden distinguir todavía algunos como los siguientes, de izquierda á derecha: primero, la mitad inferior de un cuerpo humano, unido á un símbolo incompleto que parece indicar un nombre de lugar; sigue otro cronográfico sobre un tlalpilli con el número cuatro debajo, y encima un signo cronográfico, que como todos los de esta figura son para mí completamente desconocidos. Otro signo sobre dos tlalpilli, con un lazo que indica la atadura, es seguido de otro que lleva debajo el numeral dos, en seguida una figura sentada con un signo en la mano derecha indicante tal vez de tiempo, ó de grandes períodos de años: á esta figura le falta la cabeza que debió tenerla de otro material, de una piedra más fina probablemente, pues parece que estuvo colocada en una hoquedad que hay en la pate superior del cuerpo de la figura; sigue un hueco á esta figura en donde debió estar enclavado algún otro símbolo; luego un círculo con una cruz enmedio, que entre los mexicanos designaba el año, lleva encima ese adorno singular que se ve sobre las cabezas de las figuras toltecas, en la estátua encontrada en San Marcos, cerca de Tula, en otra de igual género de Tlahuililpa, y por último en el monumeuto cronológico conocido con el nombre de Monolito de Tenango. Para concluir lo que resta de esta parte, al Sur de la escalera, hay que agregar, que en ángulo inferior de la base se encuentra el signo mazatl con el numeral cuatro en la parte inferior.

LA ESCALERA.

El lado Norte de la escalera está destrozado, quedan solamente, la primera hilera de piedras que lleva en relieve una especie de petatillo y los dos pies de un asiento que se encuentra completo en el lado opuesto, y una gran piedra en el ángulo que forma con la base del monumento: en este lado estuvo una figura, probablemente semejante á la que se encuentra en el lado opuesto de la misma escalera. Aquí, al Sur, se distingue, un guerrero sentado, llevando en la mano izquierda un escudo rectangular adornado de plumas por dos de sus lados y tres grandes tlacochtli ó varas arrojadizas, de la misma forma que usaron los mexicanos y que se pueden ver en su escritura jeroglífica: en la mano derecha lleva el guerrero un signo mutilado que parece verse con claridad en la piedra "Se-

ler," y en otras partes del mismo monumento; este guerrero está sentado en un sofá cuyos pies delanteros están sobre una estera ó tela de colores. En la parte superior se encuentra un signo que habíamos vacilado el Sr. Seler y yo en considerar como una figura de coatl ó culebra: está inscrito en un rectángulo colocado sobre un tlalpilli, con su numeral dos. En uno de mis últimos viajes á Texcoco, se hacían excavaciones para fabricar adobes en un lugar en que estuvo algún antiguo templo, y á dos metros de profundidad, se encontraron, entre otros curiosísimos restos, una cabeza de culebra de barro, que visto de perfil es muy parecida ó más bien igual á este signo cronográfico del Monumento de Xochicalco: esa cabeza de culebra pertenecía á un Tlemaitl ó incensario de los sacerdotes.

EL FRISO.

El friso se compone de una cinta decorada de relieves, en los cuales todas las figuras están sentadas, llevando en una mano signos raros sin parecido en los Códices conocidos.

Estas figuras sentadas tienen también delante de la boca el signo del habla; están vestidas de un modo parecido á los de la base del monumento, también descalzas, adornadas sus cabezas de ese curioso turbante, si puede llamarse así, el mismo que se encuentra en las figuras toltecas y que lleva el Monarca ó sacerdote de la piedra de Xico. Los nacochtlis de estas figuras no se parecen á los adornos de lujo que llevan los reyes de la base; parecen largas espinas, como las que usaron los sacerdotes, ó los reyes en sus actos de penitencia.

Muy incompleta está la cinta que forma el friso; del lado Sur, no queda una sola figura, dos solamente se ven en el lado Norte de la escalera, faltando á una la cabeza; en el Oriente faltan piedras cerca de la esquina, en el ángulo S.E. y más todavía en el N.E.

Las figuras sentadas del friso del lado Oriente están mutiladas de las cabezas y solamente en una se advierte la cara con vista al Sur; las del Norte están viendo al Occidente: en esta parte de la cinta ó friso, parece verse con claridad que las figuras sentadas van acompañadas de ese círculo con la cruz signo del año, y que lleva siempre encima otro cronográfico, que pudiera muy bien indicar el día ó el mes del calendario tlalhuica; finalmente estas figuras sentadas tienen ojos rectangulares, de borde saliente, lo mismo que los labios; esta particularidad es digna de atención; no es un defecto artístico, tampoco una falta de inteligencia en el escultor, pues en la base se ven ojos bien esculpidos y caras que, tal vez, conserven los tipos de la raza: estas figuras alternando con los signos de los años, parecen indicar la serie de festividades rituales ó períodos religiosos de un tiempo definido. Esas figuras sentadas carecen de calzado, no porque no se usara, pues se puede ver hasta en los signos cronográficos del mismo friso y se hallan en las figuras del segundo cuerpo. ¿Qué llevan en la mano? ¿qué significan esos raros símbolos; son los atributos del sacerdocio, como la bolsa de copal en la mano del dios Tlaloc?

CORNISA.

Muy importante es esta parte del edificio de Xochicalco, por ser la única de que se tiene conocimiento, tratándose de un monumento verdaderamente nacional: está decorada con unas especies de conchas ó signos que se encuentran muy repetidos en las culebras ó animales fantásticos de la base del mismo edificio. Las piedras que constituyeron las cornisas del primero y segundo cuerpo tienen diferentes dimensiones, siendo de notar que es más alta la del primero que la del segundo.

SEGUNDO CUERPO.

Esta parte es la más mutilada; así es que ha costado muchísimo trabajo el restaurar en esta obra, aunque muy incompletamente, el segundo cuerpo, con los restos que están regados al rededor de las ruinas.

Tiene una forma piramidal, estando retirado más del lado de la escalera que del lado opuesto; se encuentran completas todavía grandes piedras restos de la parte más decorada de este gigantesco monumento: aquí estuvieron las figuras más interesantes de la historia ritual de este pueblo.

En el costado Norte, el menos provisto de piedras y de relieves, se advierten en las que quedan, una fecha, dos restos de figuras sentadas, parte de una ala y en el ángulo N.O. un coyote junto á una figura humana de pie que lleva un escudo.

En el lado Sur, ángulo S.O., hay el signo del acatl dentro del símbolo del fuego, sobre un tlalpilli, después una figura incompleta sentada, luego otro signo del fuego con numerales incompletos, colocado también sobre su tlalpilli.

Del lado del Oriente nada queda del segundo cuerpo, si no son tres grandes piedras lisas que debieron formar el revestimiento interior del segundo cuerpo.

De la situación de estas piedras se puede deducir que el muro del segundo cuerpo tenía de espesor $1^{m}60$, en este lado, en la base; y es posible que el mismo espesor haya tenido el lado opuesto. El espesor del muro en el lado Sur es de $1^{m}45$.

El costado Poniente es el más importante de lo que queda de este cuerpo. En el ángulo S.O. hay una figura sentada muy semejante á la que se encuentra en la escalera, teniendo á su derecha el signo del fuego, llevando la fecha del acatl sobre el tlalpilli y el numeral

tres, y á su izquierda un árbol con un símbolo en su tronco.

El costado Norte de esta parte del edificio lleva media figura calzada á la cual falta el tronco y la cabeza; por delante un símbolo de un dios caracterizado por una especie de media luna por cara, plumas en la cabeza y el peculiar teonacochtli de las divinidades mexicanas; esta deidad se encuentra sobre otras tres figuras angulosas.

En el ángulo N.O. sólo queda un coyote con otra figura encima de su cabeza. Con grandes dificultades mi amigo el Sr. Dr. Eduardo Seler logró ayudarme á restaurar esta parte del monumento, midiendo y adoptando con mucho cuidado en los dibujos una figura, también sentada, que se encontraba en una piedra simétrica con la que le corresponde en el lado opuesto; lleva también el signo del fuego con su año y su tlalpilli.

¿Qué fué le que hubo en la entrada del segundo cuerpo, que debió dividir las dos puertas? Es difícil decirlo; pero es de suponer que siendo desconocido el arco en la construcción de origen verdaderamente mexicano, esta parte debió estar dividida en dos lo mismo que la escalera.

Se comprende que no es de admitirse la idea del P. Alzate, de que el edificio tuviera más de dos cuerpos.

PIEDRAS REGADAS AL REDEDOR DEL MONUMENTO.

Hemos procurado reunir en principales estampas las piedras regadas al rededor del monumento, aunque sin esperanza de reconstruir lo que está destruído; algunas figuras están completas, otras servirán para la historia del arte aun mutiladas como se encuentran. Las que han merecido por su importancia un dibujo especial, se les ha detallado con todo cuidado. La más importante de esas figuras, la que lleva en la cabeza una especie de turbante, tres flechas y un escudo, sirve para caracterizar las formas del segundo cuerpo.

Finalmente es digno de notar el volumen y por consecuencia el peso de algunas de estas piedras colosales, en que hay algunas de más de tres toneladas.



CAPITULO XVI.

SACERDOTES, SACERDOTISAS, ÓRDENES RELIGIOSAS.

SACERDOTES DE LOS MEXICANOS.



LA muchedumbre de los dioses y de los templos mexicanos correspondía el número de los sacerdotes, y la veneración con que se miraban no era inferior al culto supersticioso de las divinidades. El número prodigioso de sacerdotes que había en el imperio, se puede calcular por el de los que residían en el templo mayor, pues subía, según los historiadores, á cinco mil. No debe extrañarse, pues sólo los consagrados al dios Tezcatzoncatl en aquel sitio, eran cuatrocientos. Cada templo tenía un cierto número de ministros, por lo que no sería temeridad asegurar que no había menos de un millón en todo el imperio. Contribuían á su multiplicación el sumo respeto con que eran tratados, y el alto honor anexo al servicio de las divinidades. Los señores consagraban sus hijos á porfía por algún tiempo al servicio de los santuarios. La nobleza inferior empleaba los suyos en las funciones exteriores, como llevar leña, atizar y conservar el fuego y otras análogas, persuadidos unos y otros que era la mayor distinción con que podían condecorar á sus familias.

Había muchos grados y gerarquías entre los sacerdotes. Los jefes supremos de todos eran los dos sumos sacerdotes, á quienes llamaban TEOTEUCTLI, señor divino, y HUEITEOPIXQUI, gran sacerdote. Aquella alta dignidad no se confería sino á las personas más ilustres por su nacimiento, por su probidad y por su inteligencia en las ceremonias religiosas. Los sumos sacerdotes eran los oráculos que los reyes consultaban en los más graves negocios del estado, y nunca se emprendía la guerra sin su consentimiento, ellos eran los que ungían á los Reyes después de su elección, los que abrían el pecho y arrancaban el corazón á las víctimas humanas en los más solemnes sacrificios. El sumo sacerdote era siempre en el reino de Acolhuacán el hijo segundo del rey. El de los totonacas era ungido con sangre de niños, y esta ceremonia se llamaba UNCIÓN DIVINA. Lo mismo dicen algunos autores del de México.

De lo referido podrá inferirse que los sumos sacerdotes de México eran jefes de la religión en aquel estado, y no en las otras naciones conquistadas, las cuales aun después de haber sido agregadas á la corona, conservaban sus sacerdotes independientes.

El sumo sacerdocio se confería por elección; pero ignoro si los electores eran los mismos sacerdotes ó los que elegían el jefe político del estado. La insignia de los sumos sacerdotes de México era una borla de algodón pendiente del pecho, y en las grandes fiestas usaban trajes muy adornados en que se veían las insignias del númen cuya fiesta celebraban. El sumo sacerdote de los mixtecos se ponía en semejantes ocasiones una túnica, en que estaban representados los principales sucesos de su mitología; sobre ella un roquete blanco y sobre todo una gran capa. En la cabeza llevaba un penacho de plumas verdes curiosamente tejidas, y adornadas con algunas figurillas de dioses. De los hombros le pendía un lienzo, y otro del brazo. [1]

1 En el Códice Nuttal, pueden verse trajes de sacerdotes muy bien decorados y hasta hay enteramente desconocidos para la indumentaria (Nota del autor).

Después de esta dignidad sacerdotal, la más elevada era del MEXICOTEOHUATZIN, que el mismo gran sacerdote confería. Su obligación era velar en la observancia de los ritos y ceremonias, y en la conducta de los sacerdotes que estaban á la cabeza de los seminarios, y castigar á los ministros delincuentes. Para desempeñar tan vastas funciones tenía dos ayudantes ó vicarios, cuyos títulos eran HUITZNAHUATEOHUATZIN y TEPANTEOHUATZIN. Este último era el superior general de los seminarios. La insignia principal del MEXICOTEOHUATZIN era un saquillo de copal que llevaba siempre consigo.

El TLAQUIMILOLTEUCTLI era el ecónomo de los santuarios; el OMETOCHTLI, el primer compositor de los himnos que se cantaban en las fiestas; el EPCOACUILTZIN, el maestro de ceremonias; TLAPIXCATZIN, el maestro de capilla, el cual no sólo disponía la música, sino que dirigía el canto y corregía á los cantores. Había otros superiores inmediatos de los colegios de los sacerdotes consagrados á diversos dioses. A los sacerdotes daban, como hoy dan á los del verdadero Dios, el nombre de TEOPIXQUI, es decir custodia ó ministro de Dios.

En cada barrio de la capital, y lo mismo puede creerse de las otras ciudades, había un sacerdote preeminente, que era como el párroco de aquel distrito, y á quien tocaba allí dirigir las fiestas y los otros actos religiosos. Todos estos ministros dependían del Mexicoteohuatzin.

FUNCIONES, TRAJE Y VIDA DE LOS SACERDOTES.

Todos los ministerios relativos al culto se dividían entre lossacerdotes. Los unos eran sacrificadores y los otros adivinos; unos compositores y otros cantores de himnos. Entre estos, unos cantaban de día y otros de noche. Los había para cuidar de la limpieza de los templos y del ornato de los altares. A los sacerdotes tocaba la instrución de la juventud, el arreglo del calendario, de las fiestas y de las pinturas mitológicas.

Cuatro veces al día incensaban á los ídolos, esto es, al amanecer, medio día, al anochecer y á media noche. Esta última ceremonia se hacía por el sacerdote á quien tocaba el turno, pero con asistencia de los ministros más condecorados del templo. Al sol incensaban nueve veces, cuatro de día y cinco de noche. El perfume de que usaban era de copal ó alguna otra resina olorosa; pero en ciertas fiestas se servían de chapopotli ó betún judaico. Los incensarios eran ordinariamente de barro, pero había algunos de oro. Los sacerdotes ó al menos algunos de ellos, se teñían diariamente el cuerpo con tinta hecha del hollin de ocotl, que era una especie de pino bastante aromático, y sobre aquella costra se ponían ocre y cinabrio, y todas las noches se bañaban en los estanques del recinto del templo.

El hábito de los sacerdotes mexicanos no era diferente del común del pueblo, con la sola diferencia de una gorra negra de algodón; pero los que en los monasterios profesaban una vida más austera, iban enteramente vestidos de negro, como los sacerdotes comunes de las otras naciones del imperio. Se dejaban crecer los cabellos, y á veces les llegaban á los pies. Los trenzaban con gruesos cordones de algodón y los untaban con tinta, resultando un grueso volumen, no menos incómodo para ellos, que horrible y asqueroso á la vista.

Además de la unción ordinaria de tinta, usaban otra extraordinaria y más abominable siempre que hacían sacrificios en las cimas de los montes y en las cavernas tenebrosas de la tierra. Tomaban una buena cantidad de insectos venenosos, como escorpiones, arañas y gusanos, y aun de culebras pequeñas; quemábanlos en uno de los hogares del templo, y amasaban sus cenizas en un mortero, con hollin de ocotl, con tabaco, con la hierba ololiuhqui y con algunos insectos vivos. Presentaban en vasos pequeños esta diabólica confección á sus dioses, y después se ungían con ella todo el cuerpo. Después arrostraban con denuedo los mayores peligros, persuadidos de que no podrían hacerles ningún mal, ni las fieras de los bosques ni los insectos más maléficos. Llamaban á aquella untura TEOPATLI, es decir, medicamento divino, y la creían eficaz contra toda especie de enfermedades; por lo que solían darla á los enfermos y á los niños. Los muchachos de los seminarios eran los encargados en coger los bichos necesarios para su composición, y acostumbrados desde pequeños á aquel oficio, perdían el miedo á los animales venenosos y los manejaban sin escrúpulo. Servíanse también del teopalli para los encantos y otras ceremonias supersticiosas y ridículas, juntamente con cierta agua que bendecían á su modo, particularmente los sacerdotes del dios Ixtliton. De esta agua daban á los enfermos. Los sacerdotes practicaban muchos ayunos y austeridades; no se embriagaban jamás, antes bien raras veces bebían vino. Los de Tezcatzoncatl, después de terminado el canto con que celebraban á sus dioses, echaban cada día al suelo trescientas tres cañas, número correspondiente al de los cantores; entre ellas había una agujerada: cada uno tomaba la suya, y aquel á quien tocaba la agujerada era el único que podía beber vino. Durante el tiempo que empleaban en el servicio del templo, se abstenían de tocar á otra mujer que á la legítima, y afectaban tanta modestia y compostura, que cuando encontraban casualmente á otra cualquiera bajaban los ojos para no mirarla. Cualquier exceso de incontinencia era severamente castigado en los sacerdotes. El sacerdote que en Teotihuacán estaba convicto de haber faltado á la castidad, era entregado al pueblo, que lo mataba de noche á palos. En Ichcatlan el sumo sacerdote estaba obligado á vivir siempre en el templo, y á abstenerse de toda comunicación con mujeres. Si por su desgracia faltaba á este deber moría irremisiblemente, y se presentaban sus miembros sangrientos á su sucesor, para que les sirviesen de ejemplo. A los que por pereza no se levantaban para los

ejercicios nocturnos de la religión, bañaban la cabeza con agua hirviendo, ó les perforaban los labios ó las orejas, y los que reincidían en esta ó en otra culpa, morían ahogados en el lago, después de haber sido arrojados del templo, en la fiesta que hacían al dios de las aguas en el sexto mes del año. Los sacerdotes vivían ordinariamente en comunidad, bajo la vigilancia de algunos superiores."

(Apéndice al Diccionario Universal de Historia y Geografía. Tomo III, páginas 300 y 301. México, 1856.)

SACERDOTISAS MEXICANAS.

"El sacerdocio no era perpetuo entre los mexicanos: sin embargo, había algunos que se consagraban por toda la vida al servicio de los altares; pero otros lo hacían por algún tiempo, ó para cumplir un voto de sus padres, ó por su propia devoción. Tampoco era el sacerdocio propiedad exclusiva del sexo masculino, pues había mujeres que ejercían aquellas funciones. Incensaban los ídolos, cuidaban del fuego sagrado, barrían el templo, preparaban la oblación de comestibles que se hacía diariamente, y la presentaban en el altar; pero no podían hacer sacrificios, y estaban excluídas de las primeras dignidades sacerdotales. Entre ellas había algunas consagradas desde la niñez por sus padres; otras, en virtud de algún voto que hacían por enfermedad, ó para obtener un buen casamiento, ó para implorar de los dioses la prosperidad de sus familias, servían en el templo por espacio de uno ó dos años. La consagración de las primeras se hacía del modo siguiente: cuando nacía la niña, la ofrecían sus padres á alguna divinidad, y avisaban al sacerdote del barrio, y éste al Tepanteohuatzin, que era, como ya hemos dicho, el superior general de los seminarios. Después de dos meses la llevaban al templo, y le ponían en las manos una granadilla y un pequeño incensario con un poco de copal, para significar su futuro destino. Cada mes reiteraba la visita al templo, y la oblación, juntamente con la de algunas cortezas de árbol, para el fuego sagrado. Cuando la niña llegaba á la edad de cinco años, la entregaban sus padres al Tepanteohuatzin, y éste la ponía en un seminario, donde la instruían en la religión, en las buenas costumbres y en las ocupaciones propias de su sexo. Con las que entraban á servir por algún voto particular, lo primero que hacían era cortarles los cabellos. Las unas y las otras vivían con mucho recogimiento, silencio y retiro, bajo la vigilancia de sus superioras, y sin tratar con hombres. Algunas se levantaban dos horas antes de media noche, otras á media noche y otras al rayar el día, para atizar y avivar el fuego para incensar los ídolos; y aunque asistían algunos sacerdotes á la misma ceremonia, había una separación entre ellos, formando los hombres una ala y las mujeres otra; aquellos y estas á vista de sus superiores, para que no hubiese el menor desorden. Todas las mañanas preparaban las oblaciones de comestibles y barrían el atrio inferior del templo. Los ratos que les dejaban libres sus ocupaciones religiosas, los empleaban en hilar y tejer hermosas telas para vestir á los ídolos y adornar los altares. La continencia de estas doncellas era el objeto del esmero particular de sus superioras. Cualquier delito de este género era imperdonable. Si quedaba oculto, la delincuente procuraba aplacar la cólera de los dioses con ayunos y austeridades, pues temía que en castigo de su culpa se le pudriesen las carnes. Cuando la doncella consagrada desde su infancia al culto de los dioses llegaba á los diez y siete años, que era en la que, por lo común, se casaban, sus padres le buscaban marido, y estando ya de acuerdo con él, presentaban al Tepanteohuatzin en platos curiosamente labrados un cierto número de codornices y cierta cantidad de copal, de flores y de comestibles, con un discurso en que le daban las gracias por el esmero que había puesto en la educación de su hija, y le pedían licencia de llevarla consigo. Aquel personaje respondía con otra arenga, concediendo el permiso que se le pedía, y exhortando á la joven á la perseverancia en la virtud, y al cumplimiento de las obligaciones del matrimonio.

(Apéndice al Diccionario Universal de Historia y Geografía. Tomo III, páginas 301 y 302. México, 1856.)

ORDENES RELIGIOSAS DE LOS MEXICANOS.

"Entre las diferentes órdenes ó congregaciones religiosas de hombres y de mujeres, merece particular mención la de Quetzalcoatl. En los colegios ó monasterios de uno ú otro sexo, dedicados á este imaginario númen, se observaba una vida extraordinariamente rígida y austera. El hábito de que usaban era muy honesto: bañábanse todos á media noche y velaban hasta dos horas antes del día, cantando himnos á su dios y ejercitándose en varias penitencias. Tenían libertad de ir á los montes á cualquier hora del día y de la noche á derramar su propia sangre: privilegio de que gozaban en virtud de su gran reputación de santidad. Los superiores de los monasterios tomaban también el nombre de Quetzalcoatl, y tenían tanta autoridad, que á nadie visitaban si no era al rey, en casos extraordinarios. Estos religiosos se consagraban en la infancia. El padre del niño convidaba á comer al superior, el cual enviaba en su lugar á uno de sus súbditos. Este le presentaba el niño, y él, tomándolo en brazos, lo ofrecía pronunciando una oración á Quetzalcoatl, y le ponía al cuello un collar que debía llevar hasta la edad de siete años. Cuando cumplía dos años le hacía el superior una incisión en el pecho, la cual, como el collar, era la señal de su consagración. Cumplidos los siete años entraba en el monasterio, después de haber oído de sus padres un largo discurso, en que le recordaban el voto hecho por ellos á Quetzalcoatl, y lo exhortaban á cumplirlo, á observar las buenas costumbres á obedecer á sus

superiores, y á rogar á dios por los autores de su vida y por toda la nación. Esta orden se llamaba TLAMACAXCAYOTL, y sus individuos TLAMACAZQUI.

Otra orden había consagrada á Tezcatlipoca, llamaban TELPOCHTILIZTLI, ó colección de jóvenes, por componerse de jóvenes y niños. Consagrábanse también desde la infancia, casi con las mismas ceremonias que acabamos de describir; pero no vivían en comunidad, sino cada uno en su casa. Tenían en cada barrio de la ciudad un superior que los dirigía, y una casa en que, al penerse el sol, se reunían á cantar y á bailar los elogios de su dios. Concurrían á esta ceremonia ambos sexos; pero sin cometer el menor desorden pues los observaban con el mayor cuidado los superiores, y castigaban rigorosamente á quien faltaba á las reglas establecidas.

En los totonacas había una orden de monjes, dedicados al culto de su diosa Centeotl. Vivían en gran retiro y austeridad, y su conducta, dejando á parte la superstición y la vanidad, era realmente irreprensible. En este monasterio no entraban sino hombres de más de sesenta años, viudos, de buenas costumbres, y sobre todo, castos y honestos. Había un número fijo de monjes, y cuando moría uno, le sustituía otro. Eran tan estimados, que no sólo lo consultabən las gentes humildes, sino los personajes más encumbrados, y el mismo gran sacerdote. Escuchaban las consultas, sentados en un banco, fijos los ojos en el suelo, y sus respuestas eran recibidas como oráculos, hasta por los mismos reyes de México. Empleábanse en hacer pinturas históricas, las que se entregaban al sumo sacerdote, para que las enseñase al pueblo."

(Apéndice al Diccionario Universal de Historia y Geografía . Tomo III, página 83. México, 1856.)



CAPITULO XVII.

COMERCIO, TRIBUTOS É IMPUESTOS DE LOS MEXICANOS. MONEDA.

COMERCIO DE LOS MEXICANOS.

LA pesca, la caza, la agricultura y las artes, suministraban á los mexicanos otros tantos ramos de comercio. Empezaron á practicarlo en el país de Anáhuac desde su establecimiento en las islas del lago de Tezcuco. Con el pescado y con las esteras que hacían de los juncos del lago, compraban el maíz, el algodón, la piedra, la cal, y la madera que necesitaban para subsistencia, ropa y habitaciones. A medida que se engrandecían con las armas, aumentaban y ampliaban el comercio: así que, limitado éste al principio á los alrededores de la ciudad, se extendió después á las provincias más remotas. Había infinitos traficantes mexicanos que iban continuamente de ciudad en ciudad, comprando géneros en una y vendiéndolos en otra.

En todos los pueblos del imperio mexicano y del vasto país de Anáhuac había mercado diario: pero de cinco en cinco días tenían uno general. Los pueblos poco distantes entre sí, celebraban este gran mercado en diferentes días para no perjudicarse unos á otros; pero en la capital se tenía en los días de la "casa," del "conejo," de la "caña" y del "pedernal," que en el primer año del siglo eran el tercero, el octavo, el décimotercio y el décimoctavo de cada mes.

Para dar una idea de estos mercados ó ferias, tan célebres en los escritos de los historiadores mexicanos, bastará decir algo del de la Capital. Este, hasta los tiempos de Axayacatl, se había hecho en la plaza que estaba delante del palacio del rey; pero después de la conquista de Tlaltelolco, se transportó á este barrio. La plaza de Tlaltelolco era, según dice Cortés, dos veces mayor que la de la Salamanca, una de las más hermosas de España, cuadrada y rodeada de pórticos para comodidad de los traficantes. Cada especie de mercancía se vendía en un sitio señalado por los jueces del comercio. En uno estaban las pedrerías y las alhajas de oro y plata, en otro los tejidos de algodón, en otro las labores de plumas y así de lo demás, no siendo lícito vender unos géneros en los puestos destinados á otros. Como en la plaza, aunque grande, no podían colocarse todas las mercancías sin estorbar el paso y la circulación, se dejaban en el canal ó en las calles inmediatas las más voluminosas, como las piedras, las vigas y otras semejantes. El número de mercaderes que concurría diariamente al mercado, pasaba, según Cortés, de cincuenta mil. Los renglones que allí se vendían y permutaban eran tantos y tan varios, que los historiadores que los vieron, después de haber hecho de ellos una larga y prolija enumeración, concluyen diciendo que era imposible comprenderlos todos. Yo, sin apartarme de su relación, procuraré abrazarlos en pocas palabras, á fin de no causar molestia á los lectores. Iban á venderse ó cambiarse en aquella plaza todas las producciones del imperio mexicano y de los países vecinos, que podían servir á las necesidades de la vida, á la comodidad, al deleite, á la curiosidad y á la vanidad del hombre: innumerables especies de animales vivos y muertos, todas las clases de comestibles de que usaban, todos los metales y piedras preciosas que se conocían, todos los simples medicinales, hierbas, gomas, recinas y tierras minerales, todos los medicamentos que sabían preparar, como bebidas, confecciones, aceites, emplastos y unguentos, todo género de manufactura y trabajo de hilo de maguey, de palma de monte,

de algodón, de plumas, de pelo de animales, de madera, de piedra, de oro, de plata y de cobre. Vendíanse también esclavos y barcas enteras de estiércol humano para preparar las pieles de los animales. En fin, al mercado se llevaba todo lo que se vendía en la ciudad, pues no había tiendas ni se compraba nada fuera de aquel sitio, si no es en los comestibles. Allí concurrían los alfareros y los joyistas de Cholula, los plateros de Azcapozalco, los pintores de Tezcuco, los zapateros de Tenayocan, los cazadores Jilotepec, los pescadores de Cuitlahuac, los fruteros de los países calientes, los fabricantes de esteras y bancos de Quauhtitlán y los floristas de Xochimilco."

(Apéndice ol Diccionario Universal de Historia y Geografía, Tomo I, pág. 615.)

TRIBUTOS E IMPUESTOS DE LOS MEXICANOS.

"Todas las provincias conquistadas por los mexicanos eran tributarias de la corona, y le pagaban frutos, animales ó minerales de los respectivos países, según la tarifa establecida. Además los mercaderes contribuian con una parte de sus géneros, y los artesanos con otra de los productos de sus trabajos. En la capital de cada provincia había un almacen para custodiar los granos, las ropas y todos los esectos que percibían los recaudadores, en el término de su distrito. Estos hombres eran generalmente odiados por los males que ocasionaban á los pueblos. Sus insignias eran una vara que llevaban en una mano, y un abanico en la otra. Los tesoreros del rey tenían pinturas en que estaban especificados los pueblos tributarios, y la cantidad y calidad de los tributos. En la colección de Mendoza hay treinta y seis pinturas de esta clase, y en cada una se ven representados los principales pueblos de una ó varias provincias del imperio. Además de un número excesivo de ropas de algodón, y cierta cantidad de granos y plumas, que eran pagos comunes á todos los pueblos tributarios, daban otros diferente objetos según la naturaleza del país. Para dar alguna idea á los lectores, expondremos algunos tributos de los contenidos en aquellas pinturas.

Xoconochco, Huehuetlán, Mazatlán y otras ciudades de aquella costa, daban anualmente á la corona además de las ropas de algodón, cuatro mil manojos de hermosas plumas de diversos colores, doscientos sacos de cacao, cuarenta pieles de tigre, y ciento sesenta pájaros de cierta y determinada especie. Huaxyacac, Coyolapan, Atlacuechahuayan, y otros lugares de los zapotecas, cuarenta pedazos de oro de ciertas dimensiones, y veinte sacos de cochinilla. Tlachquiauhco, Axotlan y Teotzapotlan, veinte vasos do cierta medida llenos de polvo de oro. Tochtepec, Otlatitlan, Cozamalloapan, Michapan y otros lugares de la costa del golfo mexicano, además de las ropas de algodón, del oro y el cacao, veinticuatro mil manojos de bellísimas plumas de diversos colores y calidades, seis collares, dos de esmeraldas finísimas y cuatro de ordinarias; veinte pendientes de ámbar engarzados en oro, y otros tantos de cristal: cien botes de liquidámbar, y diez y seis mil cargas de hule ó resina elástica. Tepeyacac, Quecholac, Tecamachalco Acatzinco y otros lugares de aquel país, cuatro mil sacos de cal, cuatro mil cargas de otatli ó cañas sólidas para los edificios, y otras tantas de las mismas cañas más pequeñas para dardos, y ocho mil cargas de acaxetl, ó sea cañas llenas de materias aromáticas, Malinaltepec, Tlalcozauhtilan, Olinallan, Ichcatlan, Qualac y otros lugares meridionales de los países cálidos, seiscientas medidas de miel, cuarenta cántaros grandes de tecozauhtli, ó sea ocre amarillo para la pintura; ciento sesenta escudos de cobre; cuarenta hojas redondas de oro de ciertas dimensiones; diez pequeñas medidas de turquesas finas, y una carga de las ordinarias. Quauhnahuac, Panchimalco, Atlacholoayan, Xiuhtepec, Huitzilac y otros pueblos de los Tlahuiques, diez y seis mil hojas grandes de papel, y cuatro mil Xicalis de diferentes tamaños. Quauhtitlán, Tehuiloyocan y otros pueblos vecinos, ocho mil esteras y otros tantos banquillos. Otros pueblos contribuían con leña, piedras, vigas para los edificios; otros con copal. Había algunos obligados á enviar á los bosques y casas reales, cierto número de pájaros y de cuadrúpedos, como Xilotepec, Michmaloyan y otros de los otomites, los cuales debían mandar cada año al rey cuarenta águilas vivas. De los Matlatzincas sabemos, que habiendo sido sometidos á la corona de México por el rey Axayacatl, se les impuso, además del tributo representado en la pintura vigésimaséptima de la colección de Mendoza, la obligación de cultivar, para suministrar víveres al ejército real, un campo de setecientas toesas de largo y de la mitad de ancho. Finalmente, al rey de México se pagaba tributo de todas las producciones útiles, naturales y artificiales de sus Estados.

Estas excesivas contribuciones, unidas á los grandes regalos que hacían al rey los gobernadores de las provincias y los señores feudatarios, y á los despojos de la guerra, formaban aquella gran riqueza de la corte, que ocasionó tanta admiración á los conquistadores españoles, y tanta miseria á los desventurados súbditos. Los tributos que al principio eran muy ligeros, llegaron á ser exorbitantes, pues con las conquistas crecieron el orgullo y el fausto de los reyes. Es cierto que una gran parte, y quizás la mayor de estas rentas, se expendía en bien de los mismos súbditos, ora sustentando un gran número de ministros y magistrados para la administración de la justicia, ora premiando á los beneméritos del Estado, ora socorriendo á los desvalidos, especialmente á las viudas, á los huérfanos y á los ancianos, que eran las tres clases que más compasión excitaban á los mexicanos; ora, en fin, abriendo al pueblo en tiempo de carestía los graneros reales; pero ¡cuántos infelices que podían apenas pagar su tributo, no habrán cedido al peso de su miseria, sin que les alcanzase una parte de la mu-

nificencia de los soberanos! A la dureza de estas cargas se añadía la dureza con que se exigían. El que no pagaba el tributo era vendido como esclavo, para que pagase su libertad, lo que no había podido su industria."

(Diccionario Universal de Historia y Geografía. Apéndice III página 637).

En la citada obra de los "Monumentos del Arte Mexicano Antiguo," se ha publicado un resumen ó cuadro estadístico de los tributos y su valor aproximado, formado por mi buen amigo el Sr. D. Manuel Martínez Gracida. Según las apreciaciones que hicimos, puede calcularse sin exageración que, al llegar los españoles, los tributos ascendían á trece millones de pesos de nuestra moneda corriente.

MONEDA DE LOS MEXICANOS.

"El comercio no sólo se hacía por medio de cambios, como dicen algunos autores, sino también por compra y venta. Tenían cinco clases de moneda corriente, aunque ninguna acuñada, que les servían de precio para comprar lo que querían. La primera era una especie de cacao, diferente del que les servía para sus bebidas, y que giraba sin cesar entre las manos de los traficantes, como la moneda de cobre, ó la plata menuda entre nosotros. Contaban el cacao por xiquipilli, que, como ya hemos dicho, valía ocho mil, y para ahorrarse el trabajo de contar, cuando la mercancía era de gran valor, calculaban por sacos, estimado cada uno de ellos en valor de tres xiquipillis, ó veinticuatro mil almendras. La segunda especie de moneda consistía en unos pedacillos de tela de algodón, que llamaban patolcuachtli, y que casi únicamente servían para comprar los renglones de primera necesidad. La tercera era el oro en grano, contenido en plumas de ánade, las cuales por su trasparencia dejaban ver el precioso metal que contenían, y según su grueso, eran de mayor ó menor precio. La cuarta, que más se aproximaba á la moneda acuñada, consistía en unos pedazos de cobre, cortados en figura de T y sólo servían para los objetos de poco valor. La quinta, de que hace mención Cortés en sus cartas, eran unos pedazos de estaño.

Vendíanse y permutábanse las mercancías por número y por medida; pero no sabemos que se sirviesen de peso, ó porque lo creyesen expuesto á fraudes, como lo dicen algunos escritores, ó porque no lo juzgasen necesario, como dicen otros, ó porque si lo usaron en efecto, no llegó á noticia de los españoles."

(Diccionario Universal de Historia y Geografía. Apéndice. Tomo II. pág. 860).

En las excavaciones practicadas en los sepulcros de Oaxaca, se han encontrado *hachas*, este es el nombre vulgar que se les da, de diferentes tamaños, como se pueden ver en la lámina 166; de la misma forma las había de oro entre los mexicanos, que pagaban de tributo á la monarquía: estas son las monedas en forma de *tau*, de que habla el historiador Torquemada.

El cobre de que están fabricadas es de buena calidad, y tan puro y abundante en algunas criptas zapotecas, que se ha aprovechado para la fabricación de cartuchos de fusil, durante nuestras guerras civiles.



CAPITULO XVIII.

JARDINES, PLANTAS CULTIVADAS Y USADAS POR LOS MEXICANOS.

JARDINES ANTIGUOS DE MEXICO: la afición al cultivo de las flores se ha considerado siempre como una prueba de civilización, porque ningún pueblo se ha dedicado á la jardinería sino después de haber salido del estado salvaje y adquirido cierta dulzura y suavidad en las costumbres. Los pueblos bárbaros son por lo común cazadores, pescadores, cuando más, y no se hacen agrícolas sino cuando han comenzado á gustar la calma y las delicias de la civilización. Pero un pueblo agrícola no se dedica al cultivo de las plantas hermosas ó raras, sino cuando su agricultura ha hecho tales progresos, que las cosechas ordinarias bastan ya para proveer al consumo de los frutos más necesarios para la vida. No se puede, por lo mismo, desconocer la civilización de un pueblo, cuando se nota en él, no solamente afición, sino una grande dedicación al cultivo de plantas exquisitas por su rareza, por la belleza de sus flores, por su aroma, ó por otras cualidades que hacen apreciables aquellos vegetales, no como nesarios para la subsistencia, sino como indispensables para la comodidad y placeres de la vida.

En los antiguos mexicanos se observaba no solamente afición á las flores y grande dedicación al cultivo de plantas raras y curiosas, sino una especie de refinamiento del buen gusto en el adorno, simetría y distribución de sus jardines. Sin hablar ahora ni de su agricultura, ni de sus bosques, ni de sus vergeles ó huertas de árboles frutales, me limitaré á dar, aunque en bosquejo, una idea de los adelantos que habían hecho los antiguos mexicanos en la jardinería, muchos años antes de la conquista.

Cuando se cultivan las plantas por afición y por recreo, las flores se hacen el emblema de todos los objetos más admirables por su belleza, ó más apreciables á nuestra alma. Esto mismo se nota en el idioma mexicano, que emplea con tanta frecuencia la palabra XOCHITL, ó flor, para componer con ella y otras palabras adecuadas, nombres que expresen con propiedad las cualidades de muchos objetos diferentes. Al vigésimo y último día del mes, le llamaban los mexicanos XOCHITL, ó día de las flores, y en el calendario está representado con una flor. A todos los pueblos más floridos de Anáhuac, les impusieron nombres, en cuya composición entraba la palabra XOCHITL, como XOCHILTEPEC[1] ahora Juchipila, que significa cerro florido; XOCHICALCO, lugar de flores; XOCHITZINCO, que parece quiere decir: EN EL FIN DE LAS FLORES; XOCHIMILCO, jardín de flores; MACUILXOCHITL, ó cinco flores; JILOXOCHITL, nombre que significa tal vez, lugar donde abunda la flor del JILOXOCHITL. A las mujeres, y aun á los hombres daban también algunas veces el nombre de alguna flor, ya porque naciesen en el último día del mes, ó porque consultasen en esto á sus agoreros y á sus sueños. XOCHITL, ó como se ha dicho después, SOCHILA, era el nombre de aquella hermosa india de quien tanto se enamoró un rey chichimeco, cuando le llevó por presente el primer pulque, extraído del maguey, descubrimiento que acaba de hacer el padre de aquella linda jóven. Una de las mujeres de Moctezuma se llamaba MIAHUAXOCHITL; una princesa chichimeca, CUETLAXOCHITL. La reina esposa del famoso rey de Texcoco, tenía el nombre de NETZAHUALXOCHITL, que es como si se dijese que era la flor de Netzahualcoyotl. Daban el nombre de XOCHIQUETZAL á la mujer que decían había escapado en el di-

1 El autor no está conforme con las etimologías.

luvio, y parece que igual nombre tenía la diosa de las aguas. Macuilxochiquetzali era el nombre de la Venus ó diosa de los amores entre los mexicanos. Aunque con menos frecuencia ponían el nombre de algunas flores á los hombres, como ixtlilxochitl, rey de los chichimecas; tlilxochitl, célebre capitán de Moctezuma; y Nahuixochitl, señor de Tzotzollan.

Siempre que una planta era notable por el color, aroma, forma ó virtudes de la flor, le imponían un nombre compuesto del genérico xochitl y de otro que lo especificase; de suerte, que se puede asegurar, que todas las plantas en cuyo nombre mexicano se halla la palabra xochitl, son apreciables por la belleza de sus flores, ó porque estas flores tienen alguna virtud medicinal ó algún uso económico. Así, por ejemplo, el izquixochitl tiene una florecita blanca y fragante parecida á la de la mosqueta. El xocoxochitl ó pimienta de Tabasco: su flor, parecida á la del granado, es también hermosa y de un olor muy suave. El xochipali es una planta de cuya flor y hojas sacaban un color amarillo. El mecaxochitl, es una especie de mirto que da un fruto parecido á la pimienta. A la vainilla, planta tan aromática y balsámica, le llamaban tlilxochitl. El xochinacaztli era también apreciado por la belleza y por el aroma de sus flores. El cotizoxochitl era una planta con la que perfumaban el chocolate.

El ilustre Clavijero ha descrito ligeramente las plantas que más apreciaban los mexicanos por la belleza de sus flores, y que cultivaban en sus jardines. Vamos á presentar una noticia algo más extensa de aquellas plantas, y por incidente hablaremos de la propiedad con que las habían denominado los mexicanos, lo que prueba que habían estudiado muy detenidamente su organización.

El Árbol de las manitas. Con este nombre conocemos un árbol corpulento cuya flor tiene una semejanza muy notable con una mano, por el modo con que están colocados sus estambres, y aun por la forma misma de las anteras. Los botánicos le llaman cheirostemon platanoides. Los antiguos mexicanos le llamaron macpalxochitl, ó flor de mano. Aunque el Sr. Cervantes y después Mr. de Humboldt describieron esta planta, no es todavía muy conocida. La descripción que da de ella Clavijero es muy sucinta y muy inexacto su diseño.

El cacomite. Esta hermosa planta es de la familia de las Iris, y pertenece al género tigridia. Los pétalos de su flor tienen manchas amarillas y rojas, parecidas á las de la piel del tigre. Los antiguos mexicanos llamaban á esta planta oceloxochitl, nombre compuesto de xochitl y de ocelotl, que significa tigre ó gato montés.

El xiloxochitl. Hay una planta cuya flor tiene una multitud de estambres largos, finos, rojos y lustrosos, como los estilos del maíz que los mexicanos llaman xilotl. Por esta semejanza dieron, pues, á aquella planta el nombre de xiloxochitl, ó flor formada de jilotes. Es originaria de Veracruz, pertenece á la monadelphia poliandria y á la familia de las Malvaceas. Cabanilles la llamó bombax grandiflorun. Tenemos á la vista un diseño de esta hermosa planta, que merece cultivarse con el mismo aprecio con que la cultivaron los antiguos mexicanos.

El nombre yoloxochitl pertenece á una planta cuya flor cuando está abierta tiene la figura de una estrella; pero el botón de ella se parece á un corazón: formaron, pues, el nombre de esta planta de xochitl y yolotl que significa corazón, y por esto llamaron también yolotl, ó como decimos ahora, olote, al eje en que se forma la mazorca del maíz. Para conocer cuán hermoso es el yoloxochitl basta decir, que es la planta que tanto han admirado los botánicos y jardineros europeos, y á la que se ha dado el nombre de magnolia grandiflora. Tenemos á la vista los botones de esta flor, como se venden para usos medicinales. Aun cerradas estas flores exhalan un olor muy parecido al azahar del chirimoyo, pero mucho más fuerte y penetrante. Con razón dice Clavijero que una sola flor de yoloxochitl basta para perfumar una sola casa.

El cacaloxochitl. Cultivaban esta planta los mexicanos por lo hermoso de sus flores, que son pequeñas, pero olorosísimas y manchadas de blanco, rojo y amarillo: esta flor se da en ramilletes en el extremo de las ramas. Tenemos á la vista un hermoso diseño de esta planta. Los mexicanos le llamaron, no sé por que, la flor del cuervo, formando su nombre xochitl y cacalotl, que significa cuervo. Es la plumeria alba de los botánicos: pertenece á la familia de las Apocyneas, y á la Pentandria monoginia. La planta es lechosa y se cree corrosiva, de suerte que ignoro cómo los españoles hacían conservas de su flor, según refiere Clavijero.

El cempoalxochitl era otra planta que apreciaban mucho los mexicanos, y la habían consagrado á la memoria de los muertos; la esparcían sobre los sepulcros y adornaban con ella los cadáveres de los niños. Es muy conocida con el nombre de cempasuchil, y por su semejanza con el clavel, le llaman en Europa clavel de indias: más bien le podrían decir el clavel de oro, pues su color es un amarillo muy brillante.

Los mexicanos cultivaban las bellas dahalias, á las que creo daban el nombre de xicamatl. "Las Dahalias (dice Mr. Tibeaud de Bernaud) son originarias de México: se itrodujeron en Europa en 1790 y en Francia en 1802. Han recibido su nombre de Cabanilles, que dedicó el género dahalia, criado por él, á Dahal, botánico de Dinamarca." Las Dahalias silvestres de nuestro país son hermosas y de colores muy brillantes, pero estas lindas salvajes, después de haber sido cultivadas en Europa, han vuelto á México adornadas con colores más resplandecientes y diversificadas en un gran número de variedades. La única Dahalia indígena que aquí cultivábamos después de la conquista, la rosa de jesus, se ha hecho por el cultivo, una flor doble y tan hermosa como las otras especies y variedades que los jardineros europeos han cultivado con esmero.

Se cultivaban también en los jardines mexicanos varias especies de nopalillos, cuyas flores lustrosas y sedeñas son tan hermosas. Los mexicanos llamaban al nopalillo NOPALXOCHIQUETZALI.

La hermosa (*Mocteutzuma espetiosissima*) era otra de las plantas que los mexicanos apreciaban por la belleza de sus flores. La descripción de ella se publicó en el MOSAICO MEXICANO, con un diseño litográfico iluminado. Pertenece á la familia de las malvaceas y á la tribu de las bombiceas. Ha sido un pensamiento muy feliz el de perpetuar en una flor tan preciosa el nombre de MOTEUTZOMA, bajo cuyo reinado llegó en México la jardinería al esplendor en que se hallaba cuando devastaron esta hermosa ciudad los españoles.

Sería imposible descubrir tantas plantas primorosas con que los mexicanos habían adornado sus jardines. Baste decir, que habían recogido de las comarcas de Anáhuac y de fuera de ellas, cuantos vegetales hermosos y raros había descubierto su sagaz curiosidad en un país tan vasto y tan ameno como México. Tantas flores que ahora nos parecen tan hermosas, aun en el estado salvaje en que se encuentran, se habrían hecho dobles y bellísimas por el cultivo, y es fácil conocer cuántas preciosas variedades habrían resultado del cultivo de aquellas plantas en unos mismos sitios.

Los mexicanos hacían un gran consumo de flores: acostumbraban, como lo hacen todavía los indígenas sus descendientes, vender sus frutas, sus verduras y bebidas presentándolas en los mercados circundadas de flores hermosísimas. Había también entre ellos floristas, ó mercaderes de flores, á los que llamaban XOCHIMILQUES.

El gusto por las flores era muy antiguo entre los mexicanos y aun entre los chichimecos que les precedieron en el dominio de este país. Arengando un chichimeco al tirano Tezozomoc, le dice así: "No ignorais que aquellos divinos chichimecos, vuestros abuelos, despreciaban el oro y las piedras preciosas. LA CORONA QUE CEÑIAN, ERA UNA GUIRNALDA DE HIERBAS Y FLORES DEL CAMPO; el arco y la flecha eran sus adornos."

Fué también una costumbre muy antigua entre los mexicanos obsequiar á una visita, y principalmente á un personaje, con un ramillete de Flores; no se faltaba á este ceremonial con los embajadores, y los ramilletes que se les presentaban eran primorosos. Describiendo Bernal Díaz del Castillo la llegada á un pueblo de Cempoala de unos enviados de Mocteutzoma dice: "Y cuando entraron en el pueblo los cinco indios, vinieron por donde estábamos: y pasaron con tanta contenencia y presunción, que sin hablar á Cortés, ni á ninguno de nosotros, se fueron, é pasaron adelante, y traían ricas mantas labradas, y CADA UNO ROSAS OLIÉNDOLAS, y mosqueadores (abanicos de pluma) que les traían otros indios como criados." Aquellas rosas que iban oliendo los enviados de Mocteutzoma, eran los ramilletes con que, por etiqueta, se obsequiaba siempre á los personajes. Hablando también el mismo historiador de la entrada de Cortés á Tlaxcala, dice: "Y como entramos á lo poblado, no cabían por las calles y azoteas, de tantos indios ó indias, que nos salían á ver con rostros muy alegres, y TRAJERON OBRA COMO DE VEINTE PIÑAS (como veinte ramilletes) HECHOS DE MUCHAS ROSAS DE LA TIERRA, DIFERENCIADAS LAS COLORES, Y DE BUENOS OLORES, Y LAS DIERON Á CORTÉS Y Á LOS DEMÁS SOLDADOS QUE LES PARECÍAN CAPITANES."

Algunas veces los príncipes ó señores ofrecían al emperador algunas flores en reconocimiento de vasallaje. Tenían también la obligación de hacer que sus súbditos cultivasen los jardines reales, y ellos se encargaban de dirigir aquel cultivo.

Los antiguos mexicanos adornaban con festones y guirnaldas de flores el teatro en que representaban una especie de pantomimas.

Es también muy antigua en los indios mexicanos la costumbre de recibir á los personajes bajo de arcos formados de ramas y flores. Describiendo Clavijero la entrada de Cortés á Tlaxcala, dice:

"En todas las calles de la ciudad se habían formado, según el uso de aquellas naciones, arcos de flores y ramas de árboles, y por todas partes sonaba una música confusa de instrumentos y aclamaciones."

Pero en los templos era donde más se notaba el gusto de los mexicanos por las flores y plantas olorosas. Por mucho tiempo los chichimecos no hicieron sacrificios, ni tenían ídolos, ni templos, ni ofrecían otra cosa á sus dioses, el sol y la luna, sino hierbas, flores, frutas y copal.

Después que los mexicanos tuvieron ya templos y sacrificios, siempre ofrecían á los ídolos copal, flores y plantas aromáticas.

En el nono mes del año, que comenzaba el 5 de Agosto, se celebraba la segunda fiesta de Huitzilopochtli, en la que, además de las ceremonias ordinarias, adornaban con flores no solamente los ídolos de los templos, sino también los de las casas, por lo que se llamó al mes TLAXOCHIMACO. En las grandes fiestas entapizaban los templos con esteras, y sobre ellas formaban con flores y con ramos, dibujos y labores exquisitas. En la fiesta que celebraban á HUIZTOCIHUATL diosa de la sal, los sacerdotes iban vestidos con mucha decencia, y llevaban en las manos ramilletes, que debían ser precisamente de la hermosa flor del CEMPOAXOCHITL. COATLICUE ó COATLANTONA, era la diosa de las flores. Tenía en la capital un templo llamado YOPICO, donde celebraban su festividad los XOCHIMANCAS ó mercaderes de flores, en el mes tercero, que caía justamente en la Primavera. Entre otras cosas ofrecían á la diosa ramos de flores primorosamente entretejidos. Antes de que se hiciese la oblación, á nadie era lícito oler aquellas flores.

Los artistas mexicanos gustaban mucho de imitar las flores en sus bordados y en los hermosos mosaicos que hacían de plumas. Las flores inspiraban también á sus poetas hermosas imágenes con que embellecían sus canta-

res. Clavijero dice, que una oda famosa de NETZAHUALCOYOTL comenzaba así: "XOCHITL MAMANI IN AHUEHUETITLAN:" que el argumento de esta composición era recordar á los circunstantes la brevedad de la vida y de todos los placeres que gozan los mortales, semejantes á una flor hermosa que pronto se marchita; y añade que el canto de aquella oda arrancó lágrimas á los que la escuchaban.

Cuando los mexicanos llegaron al país de Anáhuac, ya los chichimecos cultivaban las flores y tenían jardines para su recreación, principalmente los reyes. El rey XOLOTL (dice Clavijero) había manifestado su intención de aumentar las aguas de sus jardines, en que solía divertirse, y donde muchas veces oprimido por los años, y atraído por la frescura y amenidad del sitio, se entregaba al sueño, sin tomar la menor precaución para su seguridad. Noticiosos de esto los rebeldes, hicieron un dique al arroyo que atravesaba la ciudad, y abrieron un conducto para introducirla en los jardines, y cuando el rey estaba dormido en ellos, alzaron el dique y dejaron correr el agua, con intención de anegarlos. Lisonjeábanse con la esperanza de que no se descubriría jamás su delito, pues la desgracia del rey podría atribuirse á un accidente imprevisto, ó á medidas mal tomadas por súbditos que deseaban sinceramente complacer á su soberano; pero no les salió bien su intento. El rey tuvo aviso secreto de aquella conjuración, y disimulando que la sabía, fué á la hora acostumbrada al jardín, y se hechó á dormir en sitio elevado, donde no corría peligro. Cuando vió entrar el agua, aunque la tración quedaba descubierta, continuó disimulando, para burlarse de sus enemigos."

Hablando de NOPALZIN, rey de los chichimecos, dice el mismo historiador: "Estando en aquella ciudad (en Tenayuca) entró una vez en los jardines reales con su hijo y con otros señores de la corte, y enmedio de la conversación que con ellos tenía, prorrumpió derrepente en amargo llanto. Habiéndole preguntado la causa de su aflicción "dos, dijo, son las causas de estas lágrimas que me veis "derramar: una, la memoria de mi difunto padre, que me "despierta la vista de este sitio en que solía recrearse: "otra, la comparación que hago entre aquellos tiempos y "los amargos en que vivimos. Cuando mi padre plantó "estos jardines, tenía súbditos más pacíficos, que le ser- "vían con fidelidad; mas hoy por todas partes reinan la "ambición y la discordia."

Antes de que los mexicanos se hiciesen dueños de todo el hermoso valle de Tenochtitlan, habitaban en pequeñas islas en medio de los lagos; eran pobres, pero valientes é industriosos, y se mantenían, aunque miserablemente, con los productos de la caza, de la pesca, y de las plantas que escasamente cultivaban por falta de terreno. Entonces fué cuando comenzaron á formar huertos con estacadas, y cuando la necesidad les surgió la idea feliz de la bella invención de las CHINAMPAS. En ellas y en los huertos cultivaban flores que vendían á los pueblos comarcanos. ¡Ah! ¡Quien hubiera podido presagiar á aquellos valientes conquistadores de este país, que otros conquistadores les arrojarían de él á las orillas de los lagos, y que un día sus descendientes reducidos de nuevo á la miseria, cultivarían berzas y flores para asegurar una escasa subsistencia!

Hay un hecho curioso en la historia de los mexicanos, y que vamos á presentar como una prueba de los adelantos que habían hecho en el cultivo de las plantas y en el estudio de la naturaleza. Los mexicanos habían elegido ya un rey; pero eran tributarios todavía de los reyes de Atzcapozalco. De uno de estos monarcas refiere Clavijero lo siguiente: "El rey convocó á sus consejeros, y les habló así: ¿Qué os parece, nobles tepanecas, del atentado de los mexicanos? Ellos se han introducido en nuestros dominios, y van aumentando considerablemente su ciudad y su comercio; y lo que es peor, han tenido la osadía de elegir un rey de su nación sin esperar nuestro consentimiento...... Yo creo necesario aumentar sus cargas, á fin de que, fatigándose para pagarlas, se consuman, ó no pagándolas, sufran nuevos males, y se vean al fin obligados á salir de nuestros dominios. Aplaudieron todos esta resolución, como era de esperarse...... Envió, pues, el rey á decir á los mexicanos, que siendo tan reducido el tributo que hasta entonces le habían pagado, quería duplicarlo para en adelante: además de lo cual debían darle no sé cuantos millares de haces de sauces y de abetos, para plantarlos en los caminos y en los jardines de Atzcapotzalco, y llevarle á su corte un gran huerto flotante en que estuviesen sembradas y nacidas todas las plantas de uso común en Anáhuac.

"Los mexicanos, que hasta entonces no habían pagado otro tributo que cierta cantidad de peces y cierto número de pájaros acuáticos, se afligieron al recibir esta noticia, temiendo que se aumentasen progresivamente sus cargas; pero hicieron cuanto se les había prescrito llevando en el tiempo señalado, con las aves y los peces, las haces y el huerto. Los que no hayan visto los bellos jardines que hasta nuestros tiempos se han cultivado sobre el agua, y la facilidad con que se trasportan donde se quiere, no podrán sin dificultad persuadirse de la verdad de aquel hecho; pero los que los han visto como yo, y todos los que han navegado en aquel lago, donde los sentidos hallan el más suave recreo de cuantos pueden gozar, no vacilarán en darle ascenso. Pagado aquel tributo, les mandó el rey que el año siguiente le llevasen otro huerto, y en él una ánade y una garza, empollando una y otra sus huevos; pero de tal modo, que al llegar á Anáhuac empezasen á salir los pollos. Obedecieron los mexicanos, y con tanto acierto tomaron sus medidas, que el insensato rey tuvo el gusto de ver salir los pollos de los cascarones. Para el año siguiente ordenó que le llevasen otro huerto con un ciervo vivo. Este mandato era de difícil ejecución, pues para cazar el ciervo era necesario ir á los montes de tierra firme, con evidente peligro de hallar á los contrarios; sin embargo, lo ejecutaron puntualmente para evitar mayores perjuicios."

Hemos dicho que la invención de las chinampas ó huertos flotantes fué sugerida á los mexicanos por la necesidad. No desagradará á nuestros lectores el siguiente pasaje de Clavijero, que describe cómo se formaban aún en su tiempo las chinampas, que ya no existen, y cómo se transportaban á largas distancias esos jardines que flotaban tan pintorescos y tan bellos sobre las aguas de los lagos. ¡Ojalá y que el buen gusto de nuestros días, y la afición de los mexicanos á todo lo que es hermoso, placentero y encantador, hiciese aparecer de nuevo sobre los lagos las antiguas chinampas, cuya perspectiva debe ser tan poética y tan bella! "Vencidos después los mexicanos (dice Clavijero) por los culhuas y por los tepaneques, y reducidos á las miserables islas del lago, cesaron por algunos años de cultivar la tierra, porque no la tenían, hasta que adoctrinados por la necesidad é impulsados por la industria, formaron campos y huertos flotantes sobre las mismas aguas del lago. El modo que tuvieron entonces de hacerlo, y que aún en el día conservan, es bastante sencillo. Hacen un tejido de varas y raíces de algunas plantas acuáticas y de otras materias leves, pero capaces de sostener unida la tierra del huerto. Sobre este fundamento colocan ramas ligeras de aquellas mismas plantas, y encima el fango que sacan del fondo del lago. La figura ordinaria es cuadrilonga: las dimensiones varían, pero lo común son, si no me engaño, ocho toesas poco más ó menos de largo, tres de ancho y menos de un pie de elevación sobre la superficie del agua. Estos fueron los primeros campos que tuvieron los mexicanos, y en ellos cultivaban el maíz, el chile, y todas las otras plantas necesarias á su substento. Habiéndose después multiplicado excesivamente aquellos campos movibles, los hubo también para jardines de flores y de hierbas aromáticas, que se empleaban en el culto de los dioses y en el recreo de los magnates. Ahora sólo se cultivan en ellos flores y toda clase de hortalizas. Todos los días del año, al salir el sol, se ven llegar por el canal á la gran plaza de aquella capital, innumerables barcas cargadas de muchas especies de flores, y otros vegetales criados en aquellos huertos. En ellos prosperan todas las plantas maravillosamente, porque el fango del lago es fertilísimo, y no necesita del agua del cielo. En los huertos mayores suele haber arbustos, y aun una cabaña para preservarse el dueño, del sol y de la lluvia. Cuando el amo de un huerto, ó como ellos dicen, de una CHINAMPA, quiere pasar á otro sitio, ó por alejarse de un vecino perjudicial, ó para aproximarse á su familia, se pone en su barca, y con ella sola si el huerto es pequeño, ó con el auxilio de otro si es grande, lo tira á remolque, y lo conduce donde quiere. La parte del lago donde están estos jardines es un sitio de recreo, donde los sentidos gozan del más suave de los placeres."

El Sr. Alzate, hablando sobre las chinampas que aun existían en su tiempo, aunque muy raras, menciona tambien una isla flotante que existía en la hacienda de San Isidro, situada donde comienza la península que divide las aguas de Chalco y de Texcoco. "A aquella hacienda (dice) pertenece una grande isla flotante, que sirve para surtir de alimento á las bestias que estan destinadas al servicio: á esta isla flotante la conocen por el VANDOLERO, porque si los vientos soplan por el Nordeste ó Noroeste, se aleja del territorio de la hacienda por más de dos leguas, y si reina el viento Sur, se encamina á unirse con las tierras firmes." Añade que aquella isla sufría, sin sumergirse, el peso de muchos bueyes. El Sr. Alzate atribuía la escasez de chinampas en su tiempo, á haber bajado el nivel de las aguas en los lagos.

Aun existían algunas chinampas cuando el baron de Humboldt vino á México: véase lo que dice sobre su origen y sobre el mérito de su invencion. "La ingeniosa invencion de las chinampas parece venir desde fines del siglo XIV; y es muy propia de la particular situacion de un pueblo que, hallándose rodeado de enemigos, y precisado á vivir en medio de un lago que cría pocos peces, estudiaba los medios de proveer á su subsistencia. Es probable que la naturaleza haya sugerido tambien á los aztecas la primera idea de los jardines flotantes. A las orillas pantanosas de los lagos de Xochimilco y Chalco, el agua agitada en la estacion de las crecidas fuertes arranca algunas motas de tierra, cubiertas de yerbas y entrelazadas con las raices. Estas motas, despues de flotar largo tiempo de un lado para otro, llevadas por el viento, se reunen á veces y forman islotillos. Alguna tribu de hombres demasiado débiles para mantenerse sobre el continente, creyó deber aprovecharse de estas proporciones de terreno que la casualidad les ofrecía, y cuya propiedad no les disputaba ningun enemigo. Las más antiguas chinampas no eran sino motas de césped reunidas artificialmente, cavadas y sembradas por los aztecas...... Se ve, pues, que unas simples motas de tierra arrancadas de la orilla, dieron ocasion á la invencion de las chinampas; pero la industria de la nacion azteca ha perfeccionado poco á poco este género de cultivo. Los jardines flotantes de que los españoles encontraron ya un gran número, y DE LOS CUALES HOY EXISTEN TODAVÍA ALGUNOS EN EL LAGO DE CHALCO, eran balsas formadas de cañas, de juncos, de raices y de ramas de arbustos silvestres. Los indios cubren estas materias ligeras y enlazadas las unas con las otras con mantillo negro, que está naturalmente impregnado de muriato de sosa. Regando este suelo con el agua del lago, se le va quitando poco á poco aquella sal, y el terreno es tanto más fértil, cuanto más á menudo se repite esta especie de lejía....Las chinampas contienen algunas veces hasta la choza del indio que sirve de guarda para varios de ellos unidos; y ya jalándolas, ya empujándolas con largas perchas, las trasladan cuando quieren de una á otra orilla. Al paso que se ha ido apartando el lago de agua dulce del salado, las chinampas hasta entonces movibles se han fijado en un sitio. Así se encuentran varias de esta clase en todo lo largo del canal de la Viga, en el terreno pan-

tanoso comprendido entre el lago de Chalco y el de Texcoco."

Hemos dicho que los antiguos mexicanos habían formado chinampas ó huertos, esclusivamente dedicados á cultivar en ellos plantas para el adorno de los templos; tambien habian construido jardines anexos á los mismos templos, en los que se cultivaban únicamente, bajo la direccion de los sacerdotes, las flores y plantas olorosas necesarias para el ornato de los altares.

Casi todos los emperadores de México y los reyes sus tributarios ó sus aliados, fueron sumamente aficionados á la jardinería, y embellecieron sus jardines enriqueciéndolos con las más esquisitas plantas que de propósito mandaban recojer para hacer que se cultivaran con esmero. De Netzahualcoyotl se sabe que era muy aplicado al estudio de las plantas y de todos los objetos de historia natural. Se distinguieron principalmente entre aquellos monarcas, Mocteutzoma II y el rey Cuitlahuatzin, que habia formado la coleccion de plantas raras que aun se admiraba en Ixtapalapan mucho despues de la conquista. Cuando esta se verificó, los españoles no pudieron menos de asombrarse de los prodigios que la jardinería habia hecho en México. Presentaré en estracto la descripcion que hace de aquellos jardines Clavijero, y despues veremos lo que sobre ellos escribieron Cortés y Bernal Diaz del Castillo.

"Entre los huertos y jardines antiguos de que se conserva memoria (dice Clavijero), eran muy célebres los jardines reales de México y Texcoco, y los de los señores de Ixtapalapan y Huaxtepec. Uno de los pertenecientes al señor de Ixtapalapan, llenó de admiración á los conquistadores españoles por su grandeza, su disposición y su hermosura. Estos jardines estaban divididos en cuadros; y en ellos se sembraban diferentes especies de plantas, dando no menos placer al olfato que á la vista. Entre los cuadros habia calles formadas las unas de árboles frutales, las otras de espalderas de flores y plantas aromáticas. El terreno estaba cortado de canales cuya agua venia del lago, y en unos de los cuales podian navegar canoas. En este jardin hizo plantar Cuitlahuatzin muchos árboles exóticos, como lo testifica el Dr. Hernandez que lo vió. Mayor y más célebre que el de Ixtapalapan fué el jardin de Huaxtepec. Tenia seis millas de circuito, y por en medio de él pasaba un rio que lo regaba. Habia plantadas en él con buen órden y simetría, innumerables especies de árboles y plantas deliciosas, y de trecho en trecho muchas casas llenas de primores y preciosidades. Entre las plantas se veian muchas que se habian traido de paises remotísimos. El Dr. Hernandez mencionaba con frecuencia este jardin en su Historia natural, y nombra algunas plantas que en él se criaban, entre ellas el árbol del bálsamo."

De Netzahualcoyotl, rey de Texcoco, dice Clavijero que: "Con el objeto de aumentar el esplendor de su corte construyó grandes edificios dentro y fuera de la ciudad, y PLANTÓ NUEVOS JARDINES y bosques que en parte se conservaron muchos años despues de la conquista, y aun en el dia (añade) se ven algunos vestigios antiguos de aquella magnificencia."

De Mocteutzoma II refiere el mismo Clavijero que formó bosques y jardines correspondientes á su magnificencia. Los corredores de uno de sus palacios de México daban á un hermoso jardin con diez estanques, donde criaba peces y aves acuáticas y marítimas. "En todos sus palacios, dice aquel historiador, tenia hermosísimos jardines donde crecian las flores más preciosas, las yerbas más fragantes y las plantas de que se hacia uso en la medicina. Tambien tenía bosques para caza. De todas estas preciosidades no queda mas que el bosque de Chapoltepec, que los virreyes españoles conservaron para su recreo. Todo lo demas fué destruido por los conquistadores. Arruinaron los magníficos edificios de la antiguedad mexicana...... Abandonaron el cultivo de los jardines reales y redujeron á tal estado aquel pais, que hoy no se podría creer la opulencia de sus reyes, si no constase por el testimonio de los mismos que la aniquilaron."

En efecto, nada ha quedado de la antigua magnificencia de México, y bajo ciertos respectos la civilizacion moderna no ha sustituido aun con nuevas obras las que destruyó la barbarie de los conquistadores. Por algun tiempo conservaron los españoles el hermoso jardin de Huaxtepec, y cultivaron en él plantas medicinales; ignoramos las causas que concurrieron para su destruccion. Ya en tiempo del Sr. Lorenzana el jardin y alberca de Ixtapalapan estaban cubiertos por la laguna de Texcoco; pero aun se veian restos y fragmentos del edificio.

Cortés describe de este modo el jardin de Ixtapalapan: "Tendrá esta ciudad (dice) 12 ó 15,000 vecinos, la cual está en la costa de una laguna salada grande, la mitad dentro en el agua y la otra mitad en la tierra firme. Tiene el señor de ella unas casas nuevas...... que son tan buenas como las mejores de España...... tiene en muchos cuartos altos y bajos, jardines muy frescos de muchos árboles y flores olorosas: asimismo albercas de agua dulce muy bien labradas, con sus escaleras hasta el fondo. Tiene una muy grande huerta junto la casa, y sobre ella un mirador de muy hermosos corredores y salas, y detrás de la huerta una muy grande alberca de agua dulce muy cuadrada, y las paredes de ella de gentil cantería: y al rededor de ella un anden de muy buen suelo ladrillado, tan ancho, que pueden ir por él cuatro paseándose, y tiene de cuadra 400 pasos, que son en torno 1,600. De la otra parte del anden, hacia la pared de la puerta va todo labrado de cañas con unas verjas, y detrás de ellas todo de arboledas y hierbas olorosas; y dentro de la alberca hay mucho pescado y muchas aves......... y tantas, que muchas veces casi cubren el agua." Entre varias cosas nobles que observó Cortés en la corte de Mocteutzoma, una de ellas fué la calle de los herbolarios, donde se vendían todas las raíces y hierbas medicinales del Anáhuac. "Hay

en esta gran ciudad, dice el conquistador, muchas casas muy buenas y muy grandes: y la causa de haber tantas casas principales es, que todos los señores de la tierra, vasallos del dicho Mocteutzoma, tienen sus casas en la dicha ciudad y residen en ella cierto tiempo del año; y demás de esto hay en ella muchos ciudadanos ricos, que tienen asimismo muy buenas casas. TODOS ELLOS, demás de tener muy buenos y grandes aposentamientos, TIENEN MUY GENTILES VERGELES DE FLORES de diversas maneras, así en los aposentamientos altos como en los bajos."

Bernal Díaz del Castillo, después de describir el palacio de Ixtapalapan, habla de sus jardines en estos términos: "Después de bien visto todo aquello, fuimos á la huerta y jardín, QUE FUÉ COSA MUY ADMIRABLE BELLO Y PASALLO, QUE NO ME HARTABA DE MIRALLO, y de ver la diversidad da árboles y los olores que cada uno tenía, y andenes llenos de rosas y flores, y muchos frutales y rosales de la tierra, y un estanque de agua dulce: Y OTRA COSA DE VER, que podían entrar en el vergel grandes canoas desde la laguna por una abertura que tenía hecha sin saltar en tierra, y todo muy encalado y lucido de muchas maneras de piedras y pinturas en ellas, QUE HABÍA HARTO QUE PONDERAR, y de las aves de muchas raleas y diversidades que entraban en el estanque. DIGO OTRA VEZ QUE LO ESTUVE MIRANDO, Y NO CREÍ QUE EN EL MUNDO HUBIESE OTRAS TIERRAS DESCUBIERTAS COMO ESTAS; porque en aquel tiempo no había Perú ni memoria dél. AGORA (añade el sincero historiador) TODA ESTA VILLA ESTÁ POR EL SUELO PERDIDA QUE NO HAY COSA EN PIE......"

Y describiendo después el mismo historiador la magnificencia de Mocteutzoma, dice: "No olvidemos las huertas de flores y árboles olorosos, y de muchos géneros que de ellos tenía, y el concierto y paseaderos de ellas y de sus albercas, estanques de agua dulce, como viene una agua por un cabo y va por otro, é de los baños que dentro tenía, y DE LA DIVERSIDAD DE PAJARITOS CHICOS, QUE EN LOS ÁRBOLES CRIABAN: y de las hierbas medicinales y de provecho que en ellas tenía, era cosa de ver, y para todo esto muchos hortelanos, y todo labrado de cantería así baños como paseaderos, y otros retretes y apartamentos, como cenadores; y también adonde bailaban é cantaban: é había tanto que mirar en esto de las huertas, como en todo lo demás, que no nos hartábamos de ver su gran poder."

Que se nos diga ahora si no era culto, si no era instruído y civilizado un pueblo en que la jardinería había hecho progresos tan brillantes, y si no fueron bárbaros los conquistadores que destruyeron con una salvaje ferocidad las obras admirables de la civilización de muchos siglos."

Diccionario Universal de Historia y Geografía. Apéndice. Tomo 2, pág. 615.

PLANTAS CULTIVADAS POR LOS MEXICANOS: "las plantas que más comunmente cultivaban los mexicanos además del maíz, eran el algodón, el cacao, el METL ó maguey, la chía y el pimentón, todas las cuales les daban grandes utilidades. El maguey suministraba por sí solo casi todo lo necesario para la vida de los pobres. Además de servir de excelente cercado para las sementeras, su tronco ó tallo se empleaba en los techos de las chozas, como vigas, y sus hojas como tejas. De estas hojas sacaban papel, hilo, agujas, vestido, calzado y cuerdas, y de su abundantísimo jugo hacían vino, miel, azúcar y vinagre. Del tronco, y de lo más grueso de las hojas, cocidos debajo de tierra, sacaban un manjar agradable. En aquella planta, tenían, finalmente, un eficaz remedio para muchos males, y especialmente para los de la orina. Aun en el día es uno de los productos más apreciados, y más ventajosos á los españoles."

Diccionario Universal de Historia y Geografía. Apéndice. Tomo 3, pág. 144.

PLANTAS USADAS EN VEZ DE JABÓN POR LOS MEXICANOS: "no conocían los mexicanos el modo de hacer jabón, aunque tenían en abundancia las materias animales de que se saca, pero suplían su falta con una fruta y con una raíz. La fruta era la del COPAXOCOTL, árbol de mediana altura que nace en Michuacan, en Yucatan, en la Mixteca y en otras partes. La pulpa, que está bajo la corteza, es biscosa y demasiado amarga; pone blanca el agua, forma espuma, y sirve como jabón para limpiar la ropa. La raíz es la del AMOLI, planta pequeña y comunísima en aquellos países, á la que conviene más justamente el nombre de SAPONARIA AMERICANA, por su semejanza con la saponaria del antiguo continente. Pero el amoli no se usa tanto para la ropa, como para el aseo del cuerpo."

Diccionario Universal de Historia y Geografía. Apéndice. Tomo 3, pág. 144.



CAPITULO XIX.

CAZA Y PESCA DE LOS MEXICANOS.

CAZA DE LOS MEXICANOS.

NO hubieran podido los mexicanos reunir tantas especies de animales, á no haber sido diestrísimos en el ejercicio de la caza. Servianse del arco y flechas, de dardos, de redes, de lazos y de cerbatanas. Las cerbatanas que usaban los reyes y los magnates, estaban curiosamente labradas y pintadas, y aun guarnecidas de oro y plata. Ademas de la caza que hacian los particulares para proverse de víveres ó para su diversion, hacian otras generales y extraordinarias, ó prescritas por los reyes ó establecidas por costumbre para proporcionarse las victimas que habian de sacrificarse. Para esta se escogia un gran bosque, y por lo comun era el de Zacatepec, que estaba poco distante de la capital y en él se señalaba el sitio mas oportuno para tender los lazos y las redes. Hacian entre muchos millares de cazadores un gran cerco al bosque, á lo menos de seis ú ocho millas de circunferencia, según el número de animales que deseaban coger; pegaban fuego por diferentes puntos al bosque y hacian al mismo tiempo un rumor espantoso de tamboriles, cornetas, gritos y silbidos. Los animales espantados del fuego y del ruido, huian hacia el centro del bosque donde estaban preparados los lazos. Los cazadores se encaminaban al mismo sitio, y continuando siempre el rumor, estrechaban el círculo hasta dejar un pequeñísimo espacio á los animales. Entonces los atacaban todos con las armas que llevaban apercibidas. De los animales unos morian y otros caian vivos en las redes y lazos ó en las manos de los cazadores. Tan grande era la muchedumbre y variedad de los animales que se cazaban, que oyendolo decir el primer virrey de México, y no pareciendole creible, quiso hacer por si mismo la esperiencia. Señalose para la caza la llanura que está en el pais de los otomites, entre los pueblos de Jilotepec y San Juan del Rio y se dispuso que los indios la hiciesen del mismo modo que en el tiempo de su gentilismo. El mismo virrey pasó á la llanura con gran séquito de españoles, y para su alojamiento se habían dispuesto algunas casas de madera. Once mil otomites formaron un cerco de mas de quince millas de circunferencia y hechas todas las operaciones que hemos descrito, resultó tanta caza en la llanura, que maravillado el virrey mandó dar libertad á una gran parte de los animales que se habian cojido, y sin embargo, fueron tantos los que quedaron, que parecía inverosimil su número, si no hubiera sido un hecho público y probado por el dicho de muchos testigos, y entre ellos uno digno de todo crédito. Se mataron mas de seiscientas piezas entre ciervos y cabras monteses, mas de cien coyotes, y un número estraordinario de liebres, conejos y otros cuadrúpedos. Hasta ahora conserva aquel sitio el nombre español de Cazadero que entonces se le dió.

Ademas del modo ordinario de cazar, tenian otros particulares y proporcionados á la naturaleza de los animales. Para cazar monos hacian fuego en el bosque y ponian entre las brazas una piedra llamada por ellos *cacalotetl* (piedra negra ó del cuervo), la cual tiene la propiedad de estallar con gran estrépito cuando está bien inflamada. Cubrian el fuego con tierra y esparcian en torno un poco de maiz. Acudian atraidas por el grano las monas, con sus hijos en brazos y mientras estaban tranquilamente comiendo, estallaba la piedra. Entonces echa-

ban á correr las monas despavoridas, dejando á sus hijos en el peligro, y los cazadores que estaban en acecho los tomaban antes de que volviesen por ellos las madres.

Tambien es curioso el modo que tenian y aun tienen para cazar patos. Hay en los lagos del valle y en otros del reino, una multitud prodigiosa de patos, ánades y otros pájaros acuáticos. Dejan los mexicanos nadar en las aguas á que ellos acuden, algunas calabazas vacias, para que acostumbrándose á su vista, se acerquen á ellas sin temor. Entraba el cazador en el agua, ocultando todo el cuerpo debajo de ella, y cubierta la cabeza con otra calabaza vacía; el pato se acercaba para picarla y él lo cogía por los pies y lo ahogaba. De este modo cazaba cuantos podía llevar.

Cojian vivas á las culebras, ó atrayendolas con gran destreza, ó atacándolas intrépidamente, cogiendolas del cuello con una mano y cosiéndoles la boca con otra. Todavía se sirven de este género de caza y continuamente se ven en las boticas de las ciudades muchas culebras vivas cogidas de aquel modo.

Mas nada es tan maravilloso como su tino en seguir las fieras por su huella. Aunque no dejen traza ninguna en la tierra por estar esta cubierta de yerba ó de las hojas secas de los arboles, pueden, sin embargo seguirlas, especialmente si estan heridas, observando atentísimos ó las gotas de sangre que dejan en las hojas, ó la yerba que han pisado y abatido."

("Diccionario Universal de Historia y Geografía."—Apéndice.—Tomo I, pág. 551).

"PESCA DE LOS MEXICANOS.

Mas que á la caza eran los mexicanos aficionados á la pesca, de resultas de la situación de su capital y de la proximidad del lago de Chalco, tan abundante en peces. En este ejercicio se emplearon desde su llegada al pais, y con la pesca se proveian de todo cuanto necesitaban. Los instrumentos de que mas frecuentemente se servian eran la red, el anzuelo, la nasa y otros.

Cogian los cocodrilos de dos diferentes modos, el uno era enlazándolo por el cuello; y este era el mas comun, segun dice el Dr. Hernandez, aunque no se esplica la manera de ejecutar una accion tan arrojada contra tan terrible animal. El otro modo, que aun está en práctica, es el mismo de que se servian los egipcios contra los célebres cocodrilos del Nilo. Presentábase el pescador con un baston fuerte en la mano. Las dos puntas del baston eran agudísimas. Cuando la bestia abria la boca para devorarlo, le metian el baston en la boca, y yendo á cerrarla el cocodrilo, quedaba clavado por las dos puntas. El pescador aguardaba á que se debilitase con la pérdida de sangre, y le daba muerte."

Diccionario Universal de Historia y Geografía.—Apéndice. Tomo 3, pág. 132.



CAPITULO XX.

PICAPEDREROS, JOYISTA Y ALFAREROS, CARPINTEROS Y TEJEDORES MEXICANOS.
CURIOSIDADES ENVIADAS POR CORTÉS A CARLOS V.

PICAPEDREROS, JOYISTAS Y ALFAREROS MEXICANOS.

LOS picapedreros, que cortaban y trabajaban la piedra para los edificios, no se servían de picas de hierro, sino de unos instrumentos de piedra muy dura: sin embargo hacían relieves y adornos. Pero más que estos trabajos ejecutados sin el uso del hierro causan asombro las piedras de estupendo tamaño y peso que se hallaron en la capital transportadas de muy lejos, y colocadas en lugares altos, sin el uxilio de los recursos que ha inventado la mecánica. Además de la piedra común, trabajaban el mármol, el jaspe, el alabastro, el itztli y otras piedras finas. Del itztli hacían espejos guarnecidos de oro y aquellas excelentes navajas que empleaban en sus espadas, y de las que se servían también sus barberos. Hacíanlas con tal prontitud que en una hora fabricaban ciento. El método de que se valían se halla descrito en las obras de Hernández, Torquemada y Betancourt.

Los joyistas mexicanos no sólo tenían conocimiento de las piedras preciosas, sino que sabían pulirlas, labrarlas y cortarlas, dándoles cuantas figuras querían. Los historiadores aseguran que estos trabajos se hacían con una especie de arena; pero lo cierto es que no podían hacerlos sin ningún instrumento de piedra, ó del cobre duro que hay en aquellos países. Las piedras preciosas que más usaban los mexicanos eran las esmeraldas, [1] las amatistas, las cornalinas, las turquesas y otras desconocidas en Europa. Las esmeraldas eran tan comunes, que no había un señor que no poseyese un gran número de ellas y ninguno se enterraba sin tener una colgada al labio, para que le sirviese de corazón, según ellos decían. Fueron infinitas las que se enviaron á España en los primeros años después de la conquista. Cuando Cortés volvió por primera vez á España, trajo consigo, entre otras joyas inestimables, cinco esmeraldas, que según asegura Gomara, que vivía á la sazón, fueron apreciadas en cien mil ducados y por una de ellas querían darle cuarenta mil ciertos mercaderes genoveses para venderla al Gran Señor y además dos vasos de esmeralda, apreciados según Mariana, en trescientos mil ducados y que el mismo Cortés perdió en el naufragio que hizo en la desgraciada expedición de Carlos V contra Argel. En el día no se trabajan aquellas piedras, ni aun se sabe de donde las sacaban los antiguos; pero subsisten enormes pedazos de esmeralda, como un ara que hay en la catedral de la Puebla de los Angeles y otra en la iglesia parroquial de Quechula (si no es la misma que aquella), que tenían sujeta con cadenas de hierro, como dice Betancourt, para más seguridad.

Los alfareros hacían con barro no sólo toda especie de vasijería necesaria para los usos domésticos, sino otros trabajos de pura curiosidad, que pintaban de varios colores; pero no consta que conociesen el vidriado. Los más famosos alfareros eran los de Cholula, cuyas obras eran muy apreciadas por los españoles. En el día son famosos los de Cuautitlán."

("Diccionario Universal de Historia y Geografía;" tom. III, pág. 135.)—Apéndice.

1 Es decir los chalchihuites, las verdaderas esmeraldas eran rarisimas.

CARPINTEROS Y TEJEDORES MEXICANOS.

"Los carpinteros trabajaban muy bien toda clase de madera con sus instrumentos de cobre, de los cuales aún se ven algunos.

Las fábricas de toda especie de tela eran muy comunes en todos aquellos países y esta era una de las artes más propagadas en ellos. Carecían de lana, de seda común y de cáñamo, pero suplían la lana con algodón, la seda con pluma y con pelo de conejo y de liebre y el cáñamo con icxoctl ó palma de montaña y con diferentes especies de maguey. Del algodón hacían telas gruesas y otras tan finas y delicadas como la holanda. Estas últimas fueron con razón apreciadas por los españoles. Pocos años después de la conquista se llevó á Roma un traje sacerdotal do los mexicanos, que, según afirma Boturini, causó general admiración en aquella corte por su finura y excelencia. Con plumas tejidas en el mismo algodón hacían capas, colchas, tapetes, cotas y otras piezas no menos suaves al tacto que hermosas á la vista. He visto algunos hermosos mantos de esta especie, dice Clavijero, que hasta ahora conservan varios señores del país y los usan en las fiestas extraordinarias, como en la coronación del Rey de España. También tejían con el algodón el pelo más sutil del vientre de los conejos y de las liebres, después de teñido é hilado, resultando una tela blandísima con que los señores se vestían en invierno. De las hojas de dos especies de maguey, llamadas *pati* y *quetzalichtli*, sacaban un hilo delgado para hacer telas equivalentes á las de lino y de las de otras especies de la misma planta y de la palma de monte otro hilo más grueso semejante al cáñamo. El modo que tenían de preparar estos materiales era el mismo que los europeos emplean para sus dos hilazas favoritas. Maceraban las hojas en agua, las limpiaban, las ponían al sol y separaban el hilo hasta ponerlo en estado de poder hilarlo.

De las mismas hojas de palma de monte y de las de otra especie llamada *izhuatl*, hacían finísimas esteras de varios colores. En otras empleaban el junco que nace abundantemente en aquel lago.

Del hilo de maguey se servían también para cuerdas, zapatos y otros utensilios.

Curtían bastante bien las pieles de los cuadrúpedos y de las aves dejándoles unas veces el pelo y la pluma, ó quitándoselos, según el uso que de ellos querían hacer.

Finalmente, para dar alguna idea del gusto de los mexicanos en las artes, me parece oportuno transcribir la lista de los principales regalos que envió Cortés á Carlos V, á los pocos días de su llegada á el territorio de México."

Diccionario Universal de Historia y Geografía.

LISTA DE LAS CURIOSIDADES ENVIADAS POR CORTÉS Á CARLOS V.

"Dos ruedas de diez palmos de diámetro; una de oro, con la imágen del sol, y otra de plata con la de la luna, formadas una y otra de hojas de aquellos metales, con muchas figuras de animales, y otras de bajo relieve trabajadas con singular artificio. La primera sería probablemente la figura del siglo y la segunda la del año, según lo que dice Gomara aunque no lo asegura.

Un collar de oro, compuesto de siete piezas, con ciento ochenta y tres pequeñas esmeraldas engarzadas y doscientas treinta y dos piedras semejantes al rubí. Pendían de ella veinte y siete campanillas de oro y algunas perlas.

Otro collar de oro de cuatro piezas, con ciento y dos piedras como rubíes, ciento setenta y dos esmeraldas y diez hermosas perlas engarzadas y veinte y seis campanillas de oro. "Estos dos collares, dice Gomara eran dignos de verse y tenían otras preciosidades además de las referidas."

Un morrión de madera cubierto de oro, guarnecido de piedras, con veinte y cinco campanillas de oro que de él pendían, y en lugar de penacho, un pájaro verde con los ojos, los pies y el pico, de oro.

Una celada de oro cubierta de pedrería, de la que pendían algunas campanillas.

Un brazalete de oro muy fino. Una vara á guisa de cetro, con dos anillos de oro en las dos extremidades, guarnecidos de perlas.

Cuatro tridentes adornados con plumas de varios colores, con las puntas de perlas, atadas con hilo de oro.

Muchos zapatos de piel de ciervo, cosidos con hilo de oro y con las suelas de piedra itztli blanca y azul y muy sutiles. Gomara no dice expresamente que la piedra fuere itztli, pero se infiere de su descripción. Es probable que estos zapatos no se hacían sino por curiosidad, aunque también puede ser que los usasen los señores cuando iban en literas, como solían hacerlo.

Una rodela de madera y cuero, con campanillas pendientes alrededor, y en medio una lámina de oro en que se veía esculpida la imágen del dios de la guerra, entre cuatro cabezas de león, de tigre, de águila y de buho representadas al vivo con sus pieles y plumas.

Muchas pieles curtidas de cuadrúpedos y aves, con su pluma y pelo.

Veinte y cuatro rodelas bellas y curiosas de oro, de plumas y de perlas menudas, y otras cinco sólo de plumas y plata.

Cuatro peces, dos patos y otros pájaros de oro fundidos.

Dos lagartos de oro y un gran cocodrilo revestido de hilo del mismo metal.

Un espejo grande guarnecido de oro y muchos pequeños. Muchas mitras y coronas de plumas y oro, adornadas de piedras y perlas.

Muchos penachos grandes y hermosos, de plumas de varios colores, con adornos de oro y de piedras pequeñas.

Muchos abanicos de oro y plumas ó de plumas solas; de diversas hechuras, pero todos hermosísimos.

Una capa grande de algodón y de plumas de varios colores, con una rueda negra en medio con sus rayos.

Muchas capas de algodón, enteramente blancas, ó blancas y negras á cuadros, ó rojas, verdes, amarillas y azules, peludas de por fuera como felpa, y por dentro lisas y sin color.

Muchas camisolas, jubones, pañuelos, colchas, cortinas y tapetes de algodón.

Todos estos objetos eran, según dice Gomara, más preciosos por su artificio que por su materia. "Los colores del algodón, añade, eran bellísimos, y los de las plumas eran naturales. En cuanto á los renglones de fundición, nuestros artífices no podían comprender cómo habían sido ejecutados." Este regalo, que era parte del que hizo Moteuczoma á Cortés, pocos días después de haber desembarcado éste en Chalchiuhcuecan, fué enviado por el conquistador á Carlos V en julio de 1519 y este fué el primer oro y la primera plata que el Nuevo-Mundo envió al Antiguo; pequeño ensayo de los inmensos tesoros que debía enviar en el porvenir."

Hasta aquí el artículo del Diccionario Universal de Historia y Geografía.

En la colección de "Documentos inéditos de Indias" hay cinco relaciones de objetos mexicanos enviados á Iglesias y Monasterios, á particulares y al Emperador Carlos V: algunos quedaron sin llegar á su destino en las Azores, la mayor parte ha desaparecido; de tan abundante y variado material de la riqueza artística del Nuevo Mundo, sólo han quedado en Europa unas cuantas reliquias, que están sirviendo para reconstruir la antigua civilización de los mexicanos.

En esas Relaciones faltan pormenores de los preciosos artefactos enviados por Cortés y muy pocas deducciones pueden sacarse en provecho de la Indumentaria mexicana; sin embargo, eso, por poco que sea, tiene grande importancia.

Para enviar á Carlos V treinta mil pesos de oro y el cañón llamado Fénix, en que se emplearon veintidós y medio quintales, ó sean mil treinta y seis kilogramos de plata, se arrojó al fuego casi por completo, la platería antigua mexicana. Ese Fénix, salió de las cenizas de una civilización!

Entre los vestidos de rica plumería, verdaderos mosaicos de artístico trabajo, se mencionan unas medias casullas, especies de capas, varias mucetas, que eran como esclavinas de obispo, armaduras de la clase del Ichcahuipilli, cosetes ó coseletes de oro, de formas rarísimas, penachos ó cimeras, ataderos de cabello, abanicos, aves de diferentes clases, papagayos, águilas, patos y rodelas en que entraban con profusión los adornos de oro y de plata.

Entre los vestidos, es digna de atención una capa á manera de muceta, es decir, de esclavina, de campo azul de plumería adornada de plata y oro, con la orla ó flocadura blanca; en las rodelas, una con una cabeza de lechuza en el centro, algunas con un sol ó tonatiuh, una cabeza monstruosa, ó un brazo con dos monstruos de oro en medio; ó bien un brazo de pluma y plata; con una mariposa; con caracoles de oro; con aves de pico y garras de oro; ó también un águila de pluma con pies y pico de oro y una culebra en el pico, como se ve en las armas nacionales. Más notables son las rodelas macizas de oro y de plata y otras que llevaban la figura de oro, de un hombre, ó de una serpiente, y de estas eran, en número, más de veinte. Numerosas fueron también las adornadas con cabezas monstruosas y diferentes adornos de oro, en que se adivinan el atlatl, ó figuras mitológicas.

En la tercera Relación ó Memoria de las piezas, joyas y plumajes enviados al Emperador Carlos V, y que quedaron en las Azores en poder de Alonzo Dávila y Antonio Quiñones, bajo el nombre de plumajes, se encuentran en la lista los más preciosos mosaicos de plumas en diferentes artefactos. Notable es "una cimera con un pico de águila, de oro, labrada de diversas labores, con argentería de oro, el campo de pluma azul ó lo demás de pluma larga verde;" evidentemente en estas pocas palabras se encuentra la descripción de un casco de guerrero águila, y el color indica que la usaba el mismo monarca.

Dos máscaras de oro, seis rodelas del mismo metal, dos de plata y oro, diez y ocho de plata, setenta y dos de mosaico de pluma y otras más adornadas de pedrería; cimeras de vistosas labores, una tiradera ó atlatl, de oro; varios cosetes ó coseletes, de los cuales dos tienen alta importancia para la Indumentaria nacional; dice así la Relación: "una rodela de pedrería azul con su cerco de oro. Item: va más con la dicha rodela, un *cosete* de armadura de oro, á manera de confas (?), con tetas como de mujer, con los pezones azules," "otro de la misma manera, sin tetas," y un cosete ó coselete "de mayas de oro."

En la quinta "Relación del oro, plata é joyas, é otras cosas que los procuradores de Nueva España, llevan á su Magestad, (año de 1525), de quintos é otros derechos," se remitieron 23,221 pesos de oro fundido; seis rodelas de oro que pesaron 6,010 pesos; una tiradera (atlatl) de oro á manera de báculo, 368 pesos; por último, más de doscientos cuarenta objetos de plata, oro, ó plumería, que como destinados al Emperador, eran escogidos y valiosos como obras de arte.

CAPITULO XXI.

LOS CODICES MEXICANOS.—LA PINTURA DE LOS AZTECAS.

LOS CÓDICES MEXICANOS.



ESPUES de la publicación colosal de la obra del Lord Kingsborough, sobre las antigüedades de México, han visto la luz numerosas reproducciones de los Códices ó pinturas mexicanas, unas hechas en Europa, otras costeadas por el Gobierno Mexicano, ó por los Estados Unidos.

La exactitud de las reproducciones nada deja que desear, pues muchas están auxiliadas por la fotografía, ó por los procedimientos de Fototipía y Fotocromolitografía: se pueden estudiar como los mismos originales.

En lo que toca á México, bastará citar, que en mi obra de los "Monumentos del Arte mexicano antiguo," se encuentran reproducidos con la mayor exactitud, el "Libro de Tributos ó Códice Moctezuma," que conserva el Museo Nacional y el "Códice Zapoteco;" posteriormente la Junta Colombina, para celebrar el cuarto centenario del descubrimiento de América, entre otros documentos originales é importantes, publicó el "Lienzo de Tlaxcala," del cual se puede decir que es una historia de la Conquista por los españoles, expresada con figuras, que consevan los trajes, armas y divisas de los guerreros mexicanos y también de algunos de los mismos conquistadores; además se han publicado los Códices Mixteco y de "Fernández Leal;" obras todas expensadas por el Gobierno de México.

En Europa se han publicado: un Códice Maya, en Dresde, del Reino de Sajonia; otros de la misma clase en Francia y el famoso Códice Borbónico: el Sr. Duque de Loubat ha publicado siete: Vaticanus número 3,773, Borgia, de Bolonia, Telleriano Remensis, Vaticanus número 3,738 (de los Ríos) Tonalamatl Aubin, Fejérváry–Mayer.

El Peabody Museum de los Estados Unidos acaba de publicar la explêndida reproducción del Códice Nuttal, la obra más acabada de la escritura mexicana, puede decirse, el más valioso de todos los códices hasta hoy publicados. Allí se encuentran, en sus afiligranadas figuras, importantes cascos guerreros de los caballeros cuauhtli y ocelotl; vestidos magníficamente decorados de los sacerdotes. Si bien bien no hay claro obscuro en las figuras, se adivinan; el artista puede reconstruir con facilidad, la forma más difícil hasta hoy de la pintura histórica: el sacerdote. El códice Nuttal ha llegado á mis manos, lo mismo que otros del mismo género, cuando ya estaban impresas las láminas de esta obra, por lo que no me fué posible hacer las adiciones que hubiera deseado á mi incompleto trabajo; pero quedan señaladas las fuentes en que se pueden tomar datos importantísimos para el arte de la pintura mexicana.

PINTURA DE LOS MEXICANOS.

"Los juegos, los bailes y la música servían más al placer que á la utilidad; no así la historia y la pintura, artes que no deben separarse en la historia de México, puesto que no tenían aquellos pueblos otros historiadores que sus pintores, ni otros escritos que las pinturas en que conservaban la memoria de sus sucesos. Los toltecas fueron en el Nuevo Mundo los primeros que se sirvieron de la pintura para la historia; al menos no sabemos que otra

nación los haya precedido. También la usaron de tiempo inmemorial los acolhuas, las siete tribus de aztecas y todas las naciones de Anáhuac que habían salido del estado de barbarie. De los acolhuas y de los toltecas la aprendieron los chichimecos y los otomites, que abandonaron la vida salvaje.

Entre las pinturas de los mexicanos y de todas aquellas naciones había muchas que no eran otra cosa que imágenes ó retratos de sus dioses, de sus reyes y de sus hombres ilustres, ó de los animales y plantas de que estaban llenos los palacios reales de México y de Tezcuco. Otras eran históricas que expresaban sucesos memorables, como las trece primeras de la colección de Mendoza, y la del viaje de los aztecas, que se halla en la obra del viajero Gemelli. Otras mitológicas, en que se representaba los misterios de su religión, y á esta clase pertenecen las del volumen que se conserva en la Gran Biblioteca del instituto de Bolonia. Otras eran códigos en que estaban compiladas sus leyes, sus ritos, su costumbres, y los tributos que los pueblos pagaban, como son todas las de la colección de Mendoza, desde la décimacuarta hasta la sexagésima tercia. Las había cronológicas, astronómicas y astrológicas, en que se figuraban su calendario, la posición de los astros, los aspectos de la luna, los eclipses y los pronósticos meteorológicos. Esta especie de pintura se llamaba tonalamatl. El Dr. Siguenza, en su LIBRA ASTRONÓMICA, impresa en México, hace mención de una pintura de pronósticos de esta especie, que insertó después en su CICLOGRAFÍA MEXICANA. El padre Acosta cuenta que "en la provincia de Yucatán había ciertos volúmenes, plegados á uso de aquellos pueblos, en que los sabios indios tenían señalada la distribución del tiempo, el conocimiento de los planetas, de los animales y de otras producciones de la naturaleza, y las antigüedades nacionales, cosas todas muy curiosas, y escritas con mucha diligencia," las cuales, según dice el mismo autor, perecieron por el celo indiscreto de un párroco, que creyéndolas llenas de errores supersticiosos, las quemó en despecho del llanto de los indios y de la opinión de los españoles curiosos. Otras pinturas eran topográficas y corográficas, las cuales servían no sólo para determinar la extensión y lindes de sus posesiones, sino la situación de los pueblos, la dirección de las costas y el curso de los ríos. Cortés dice en su primera carta á Carlos V, que queriendo saber si había en el golfo mexicano algún puerto seguro para los buques, el rey Moteuczoma le presentó un mapa en que estaba figurada toda la costa desde el puerto de Chalchiucuecan, donde hoy está Veracruz, hasta el río de Coatzacualco. Bernal Díaz cuenta que el mismo Cortés se sirvió en el largo y penoso viaje que hizo á Honduras de un mapa que le presentaron los señores de Coatzacualco, en que estaban indicados todos los pueblos y ríos de la costa, desde aquella ciudad hasta Hueyacallan.

De todas estas clases de pinturas estaba lleno el imperio mexicano, pues eran innumerables los pintores, y no había objeto alguno que no representasen. Si se hubiera conservado, nada se ignoraría de la historia de México; mas los primeros predicadores del Evangelio, sospechando que hubiese en elllas figuras supersticiosas, las persiguieron con furor. De todas las que pudieron haber á las manos en Tezcuco, donde estaba la principal escuela de pintura, hicieron en la plaza del mercado tan crecido rimero, que parecía un monte, y le prendieron fuego, quedando sepultada entre aquellas cenizas la memoria de muchos importantes sucesos. La pérdida de tantos preciosos monumentos de su antigüedad fué amargamente deplorada por los indios, y aun los mismos autores del incendio se arrepintieron cuando echaron de ver el desacierto que habían cometido; pero procuraron remediar el daño, ora informándose verbalmente de los mismos habitantes, ora buscando las pinturas que se habían escapado de sus primeras investigaciones; y aunque recogieron muchas, no fueron tantas cuantas se necesitaban, porque los que las poseían las ocultaban con empeño de los empañoles, y no se deshacían de ellas tan fácilmente.

Pintaban comunmente sobre papel ó pieles adobadas, ó telas de hilo de maguey, ó de la palma llamada icxotl. Hacían el papel con hojas de cierta especie de maguey, macerándola antes con cáñamo, y después lavándola, estendiéndola y puliéndola. También lo fabricaban con la palma icxotl, con la corteza sutil de ciertos árboles, preparada con goma, con seda, con algodón y con otras materias, aunque ignoramos las manipulaciones que empleaban en este género de manufactura. He tenido en mis manos muchos pliegos de este papel mexicano. Es bastante semejante al cartón de Europa, aunque mucho más blando y liso, y se puede escribir en él comodamente.

Los pliegos de su papel eran grandísimos, y los conservaban en rollos, como los antiguos manuscritos europeos, ó doblados en la misma forma que los biombos comunes. El volumen de pinturas mexicanas que se conserva en la biblioteca del instituto de Bolonia, es una piel gruesa y mal curtida, hecha de muchas piezas, pintada en toda su extensión, y plegada como acabo de decir.

Los hermosísimos colores que empleaban en sus pinturas y en sus tintes, se formaban con madera, con hojas, y con flores de muchas plantas, y con diversas produciones minerales. Para el blanco se servían de la piedra CHIMALTIZATL, que después de calcinada se parece mucho al yeso fino, ó de la tierra mineral, TIZATLALLI, que después de amasada como el barro, y reducida á bolas, es semejantísima á la substancia llamada comunmente en Europa BLANCO DE ESPAÑA. Hacían el negro de otra tierra mineral y fétida, á la que por esta razón daban el nombre de TLALIHIXAC, ó del hollin del OCOTL, cierta especie de pino oloroso, recogiendo su humo en vasijas de tierra; el azul turquí, y el celeste, con la flor de MATLALXIHUITL y del XIUHQUILIPITZAHUAC, que es la planta del añil, aunque el modo de prepararla entonces se diferenciaba mucho del

moderno. Ponían las hojas de la planta una á una en vasijas de agua caliente, ó más bien tibia, y después de haberlas meneado con una pala, pasaban el agua teñida á unas orzas ó peroles, donde la dejaban reposar hasta que se precipitaban al fondo las partes sólidas de la tintura, y entonces vaciaban el agua poco á poco. Este sedimento se sacaba al sol, y después se ponía entre dos platos al fuego, para que se endureciese. Tenían los mexicanos otra planta del mismo nombre, de que sacaban el azul, pero de inferior calidad. Para el rojo se servían de la semilla del achicote, que los franceses llaman ROCOU, cocida en agua, y para el morado y el púrpura de la cochinilla. El amarillo se hacía con TECOZAHUITL, ó sea ocre, y con el XOCHIPALLI, planta cuyas hojas se parecen á las de la artemisa. Las hermosas flores de esta misma planta, cocidas en agua con nitro, les suministraban un bello color de naranja. Como se servían del nitro para aquel color, para otros empleaban el alumbre. Después de haber macerado y desleído en agua la tierra aluminosa llamada TLAXOCOTL, la cocían al fuego en vasijas de tierra; sacaban por destilación el alumbre puro, blanco y diáfano, y antes de que se endureciese de un todo, lo hacían pedazos para venderlo más comodamente en el mercado. Para dar más consistencia á los colores, los mezclaban con el jugo glutinoso del TZAUHTLI, ó con el excelente aceite de chian.

CARACTER GENERAL DE LA PINTURA Y MODO DE PINTAR LOS OBJETOS.

Las figuras de montes, ríos, edificios, plantas, animales, y sobre todo las de hombres, que se ven en las pinturas mexicanas antiguas, son, por lo común, desproporcionadas y deformes; lo que, según me parece, debe atribuirse no tanto á su ignorancia de las reglas de proporción, ó á su falta de habilidad, cuanto á la prisa que se daban en pintar, de la que fueron testigos los conquistadores españoles: así que, pensando tan sólo en representar los objetos, no cuidaban de la perfección de la imágen, y muchas veces se contentaban con los contornos. Sin embargo, he visto, entre muchas pinturas antiguas, algunos retratos de reyes de México, en los que, además de la belleza singular del colorido, se notaba una observancia exacta de las proporciones; pero no niego, hablando en general, que distaban mucho aquellos pintores de la perfección del dibujo y de la inteligencia del claro obscuro.

Serviánse no sólo de las simples imágenes de los objetos, como han dicho algunos escritores, sino de jeroglíficos y caracteres. Representaban las cosas materiales con sus propias figuras, aunque para ahorrar tiempo, trabajo, colores y papel, se contentaban con una parte del objeto, que bastaba para darlo á conocer á los inteligentes: pues así como nosotros no podemos entender lo escrito, sin aprender antes á leer, así aquellos americanos debían instruirse antes en el modo de figurar los objetos, para comprender el sentido de las pinturas, con que suplían el lenguaje escrito. Para los objetos que carecen de forma material, ó cuya imitación sería muy difícil, se valían de ciertos caracteres, no ya verbales, esto es, destinados á formar palabras, como nuestras letras, sino reales, ó significaciones inmediatas de las cosas, como los caracteres algebraicos y astronómicos.

Con respecto á los caracteres numerales, debe observarse, que ponían tantos puntos, cuantas eran las unidades hasta veinte. Este número tiene su carácter ó figura especial. Doblaban este signo hasta veinte veces veinte, esto es, cuatrocientos.

El signo de cuatrocientos se repetía hasta veinte veces, ú ocho mil, y éste se repetía también. Con estos cuatro caracteres, y los puntos, expresaban todas las cantidades, á lo menos, hasta veinte veces ocho mil, ó ciento sesenta mil. Es de creer, aunque no lo sabemos, que tuviesen otro signo para este número.

Para representar una persona determinada, pintaban un hombre ó una cabeza humana y sobre ella una figura que expresaba la significación de su nombre. Para expresar una ciudad ó villa, pintaban otra figura significativa del sentido de su nombre. Para formar sus anales ó historia, pintaban en la orla de la tela ó del papel, las figuras de los años, en otros tantos cuadritos, y junto á cada uno de ellos los sucesos correspondientes á aquel año; y si por ser muchos los años cuya historia referían, no podían caber todos en la misma tela, continuaban en otra. Por lo que respecta al orden de representar los años y los sucesos, el pintor podía empezar por el ángulo que se le antojase; pero con esta regla observada constantemente en cuantas pinturas he visto; esto es, que si empezaba por el ángulo superior, á mano derecha, continuaba hacia la izquierda. Si empezaba, como era más común, por el ángulo superior de la izquierda, seguía perpendicular hacia abajo. Si pintaba el primer año en el ángulo inferior á mano izquierda, continuaba hacia la derecha, y si en el ángulo inferior de la derecha, seguía perpendicularmente hacia arriba; de modo que en la parte superior de la tela no pintaban nunca de izquierda á derecha, ni en la inferior de derecha á izquierda; ni subían por la izquierda, ni bajaban por el lado opuesto, Sabido este método, es fácil conocer á primera vista donde empezaba la serie de los años en una pintura histórica.

No puede negarse que este modo de representar las cosas era imperfecto, embrollado y equívoco: más no por esto deja de ser digno de alabanza el conato de aquellos pueblos en perpetuar la memoria de sus acaecimientos, y su industria en suplir, aunque imperfectamente, la falta de letras, á cuyo descubrimiento hubieran llegado quizás, atendidos los progresos de su civilización, si no hubiera sido de tan breve duración su imperio, ó á lo menos habrían abreviado considerablemente y facilitado su escritura con la multiplicación de caracteres.

Sus pinturas no deben considerarse como una historia ordenada y completa, sino como monumentos ó apoyos

de la tradición. No se puede elogiar dignamente el cuidado que tenían los padres y maestros en instruir á sus hijos y discípulos en la historia nacional. Les hacían aprender las arengas y discursos que no podían expresar con el pincel; ponían en verso los sucesos de sus antepasados, y les enseñaban á cantarlos. Esta tradición aclaraba las dudas, y evitaba las equivocaciones que podrían ocasionar las pinturas, y ayudada al mismo tiempo con estos monumentos, eternizaba la memoria de sus héroes, los ejemplos de virtud, su mitología, sus ritos, sus leyes y sus costumbres.

Ni solamente se servían aquellos pueblos de la tradición, de las pinturas y de los cánticos para conservar la memoria de los sucesos, sino también de hilos de diversos colores, y diferentemente anudados, llamados QUIPO por los peruanos, y por los mexicanos NEPOHUALTZITZIN. Este extraño modo de representar las cosas, tan usado en el Perú, no parece que haya sido adoptado en los países de Anáhuac, sino en los siglos más remotos, pues no se encuentran vestigios de aquellos monumentos. Boturini dice, que después de la más diligente investigación, apenas pudo hallar uno en un pueblo de Tlaxcala; pero los hilos estaban gastados y casi consumidos por el tiempo. Si los pobladores de la América meridional pasaron á Anáhuac, como algunos opinan, pudieron haber dejado allí aquel arte, que poco á poco fué abandonado, por la pintura que introdujeron los toltecas, ó quizás otra nación más antigua.

Después que aprendieron de los españoles el uso de las letras, muchos hábiles mexicanos, tezcucanos y tlascaleses escribieron sus historias, parte en español y parte en elegante estilo mexicano, cuyos escritos se conservan aún en algunas bibliotecas de México, como ya he dicho.—CLAVIJERO."



CAPITULO XXII.

DECORACIÓN ANTIGUA MEXICANA.—ESCULTURA.—RELIEVES MITOLÓGICOS.

DECORACIÓN ANTIGUA MEXICANA.—ESCULTURA.—RELIEVES MITOLÓGICOS.



ARECE que los mexicanos comenzaron su decoración, primero por los artefactos domésticos ó de uso común, en seguida por sus habitaciones y después por sus ídolos y templos; pero sea cual fuere el orden que se haya seguido, el resultado final viene á terminar en esos tres capítulos principales.

Extensamente me he ocupado de la decoración de los vasos cerámicos, de las grecas, de los malacates ó husos para hilar, en que se encuentra casi toda su ornamentación lineal y mucha de la mitológica, puesto que la religión se mezclaba ó intervenía en todos los actos de la vida, desde el nacimiento hasta la muerte.

La greca ó meandro caracteriza la ornamentación azteca como el jeroglífico la decoración egipcia. Quítense los jeroglíficos á las columnas de Karnak y nada queda en ellas de su carácter esencial. En los monumentos egipcios forman parte de su decoración también las figuras mitológicas, y los hechos históricos; en los mexicanos, la greca y la mitología, el arte y la religión.

Se adornaban los objetos más estimados y de más valor, como los Teponaztles, los panhuehuetl: de los vestidos, las mantas, los maxtlis y las coronas reales, obras valiosas de precioso mosaico; venían después los vestidos guerreros y sus estandartes, en que aparece el arte mexicano.

Respecto á la decoración de las habitaciones, sólo ha llegado á mi conocimiento el hallazgo de los frescos de Teotihuacán, que reproduje en mi obra sobre esta ciudad, reduciendo por la fotografía los frescos calcados del tamaño natural de los originales. Hoy esos frescos están casi destruídos por la intemperie y por la mano de los ignorantes propietarios del antiguo Teopancalco, ó casas de los sacerdotes, que los han pintado de aceite!

A juzgar por las descripciones que hace Ixtlilxochitl del palacio de Nezahualcoyotl, no faltaron ni gusto ni arte en la decoración interior y sobraba poesía en los jardines y baño de Texcutzinco.

Los palacios de Mitla y la decoración de los sepulcros últimamente descubiertos, son los restos de la decoración zapoteca en el interior de las habitaciones.

La escultura era muy rudimental, si se atiende sólo á la belleza de las proporciones del cuerpo humano; esa forma arcaica se puede apreciar en la estatua del rey de Coatlinchan, de Texcoco, que publiqué en mis "Monumentos," en los grandes monolitos de la diosa de la Luna de Teotihuacán, que se encuentra en el Museo Nacional, y en la del agua, que está en una barranca de Tetitlán, en el Distrito de Texcoco. Es seguramente el monumento más grande de este género en América; pues se calcula su peso en más de sesenta toneladas: tiene de longitud 7 metros; $3^{m}80$ de latitud y $1^{m}50$ de espesor. Sin embargo algunas pequeñas estatuas encontradas en las excavaciones de la Calle de las Escalerillas, en estos últimos tiempos, se acercan á los buenos tipos; lo mismo puede decirse de la del Indio Triste y de algunos fragmentos bellamente modelados.

Los relieves tienen el carácter de la escritura pictórica de los Códices; los contornos son de mano segura, el dibujo es correcto en toda la propiedad ó verdad mitológica, pero no hay belleza de forma, si se les diera perderían

la verdad, que también es la principal belleza en materias de arte. Para calcular el esfuerzo que hicieron los mexicanos en materias de arte, basta ver la estatua colosal del Ocelotl ó Tezcatlipoca, encontrado en los cimientos del Palacio de la Calle del Relox. La ferocidad del tigre está modelada con verdadero arte; es la misma ferocidad del dios que estaba cargado de corazones de víctimas humanas.

La piedra de Tizoc, impropiamente llamada piedra de los sacrificios; su hermana, la descubierta en los cimientos del gran edificio llamado Centro Mercantil; la fantástica estatua de la Coatlicue, el famoso calendario azteca, el monumento más grande de América, son las producciones del arte escultural mexicano.

El edificio ó templo de Xochicalco completa la sucinta relación de las maravillosas obras labradas en duras masas balsáticas, con cinceles de piedra.

Los pueblos que ocuparon lo que se llamó después Nueva España decoraban sus templos, sus ídolos y sus grandes monumentos: restos de colores encontré en la escalera del gran templo de Xochicalco y en ésta el color rojo de cinabrio que lo cubría casi en su totalidad. Los frescos de las criptas y palacios de Mitla tienen principalmente sus meandros y figuras mitológicas de color rojo, en los de Teotihuacán, que yo he visto, predomina el rojo de almagre, el verde de las sales de cobre, el amarillo claro y los ocres más ó menos obscuros, el blanco de *tizatl*, formado de infusorios fósiles silizosos, y el negro de humo.

Restos de colores pueden verse en algunas estatuas del Museo Nacional; se percibe aún el color azul claro en la piedra del Calendario azteca, el amarillo ocre, el negro, el blanco en el cuerpo, y el rojo cinabrio en las garras del grande Ocelotl, ó Tezcatlipoca,

Se sabe que el Palacio de Nezahualcoyotl estaba interiormente decorado con la nómina jeroglífica de los pueblos de que se componían sus dominios: los frescos de Teotihuacán y los de los palacios de Mitla, de Oaxaca, son puramente rituales ó religiosos; del interior de las habitaciones nada nos queda: todo fué arrasado durante la conquista.



CAPITULO XXIII.

MOSAICO DE PLUMAS.—INCRUSTACIONNES DE MOSAICO, Ó MOSAICO PROPIAMENTE DICHO.

INCRUSTACIONES DE MOSAICO.—MOSAICO PROPIAMENTE DICHO.

LOS historiadores primitivos de México se ocuparon preferentemente de los mosaicos de pluma, valiosa industria que ocupaba multitud de obreros llamados tlatecqui, en la confección de adornos, decorado de vestidos guerreros, de magníficos dibujos meándricos y mitológicos en los escudos ó chimales y en las caprichosas banderas y divisas. Era la industria mas importante de la monarquía mexicana; los guerreros asistían al combate como los antiguos árabes, con sus mejores trajes y sus alhajas mas valiosas, y lo mas valioso para ellos eran sus mosaicos de plumas.

El Códice de Mendoza consigna las enormes cantidades de plumas grandes y pequeñas, de los colores mas variados, que se destinaban á los trabajos de mosaico, y los mismos mosaicos concluidos de todo á todo que debían entregarse al Rey como tributo, para emplearse como premio de las acciones de guerra, para uso de la nobleza, para los bailes y para las ceremonias religiosas: frágiles eran, pero preciosos por la labor tales artefactos. Quedan sólamente dos escudos y el estandarte ó divisa de Hostetter en Austria, y el célebre escudo de Moctezuma II, que guarda el Museo Nacional.

Poco, muy poco se sabe de los verdaderos mosaicos, es decir de los incrustados de mosaico, dibujos formados de fragmentos de piedra, metal ó concha pegados con un mastique ó betun, á semejanza de los que se fabrican en Florencia, sobre una matriz, que para los mexicanos era de madera ó de huesos humanos, ó de piedra para los ídolos.

Se le daba la forma requerida al objeto que se quería adornar de mosaico, fuera la figura de un animal, una máscara ó un puñal: se le iban aplicando cuidadosamente las incrustaciones de fragmentos de conchas marinas, rojos, blancos, amarillos y de matices diferentes; la piedra verde del chalchihuite ó fluoruro de calcio, otras piedras de diferentes matices, cristales amarillos de piritas de fierro y tal vez trocitos de oro, pero es de dudarse que usaran la malaquita. En donde puede apreciarse la maravillosa habilidad de los lapidarios, es en la junta y colocacion de las turquesas, acomodadas sin perder su tamaño, en los pocos pero preciosos mosaicos mexicanos que existen en Europa.

Idea muy imperfecta podría formarse de esta industria por lo que puede buscarse en la antigua historia de México. "El Lapidario, dice Sahagun, está bien enseñado y y ecsaminado en su oficio, es buen conocedor de piedras, las cuales para labrarlas quítales la rosa (es decir que las limpiaba,) córtalas, y las junta ó pega con otras sutilmente, con el betun para hacer obra de *musaico*."

El Códice de Mendoza nos dice que algunos pueblos tributaban una vez por año "una cazuelica" y "dos platos de turquesas menudas," un "envoltorio grande de piedras turquesas," "mas diez rostros (máscaras) medianos de piedras ricas de azul turquesadas, ó engastadas con piedras turquesas ricas."

En esta obra se han reproducido los dibujos de los más notables mosaicos que guardan los Museos de Europa; no llegan á veinte los que por allá se conocen.

Las primitivas incrustaciones que se hicieron pueden verse en algunas mutilaciones de un teponaztle zapote-

co que está en el Museo Nacional; las figuras mitológicas y los adornos meándricos conservan las señales ó huecos en que estuvieron incrustadas probablemente las turquesas, ó teocihuitl, piedras divinas destinadas casi siempre á las ceremonias del culto y al ornato de los Reyes. El ídolo de Tehuacan, Coatlicue, tiene en las mejillas y orejas mosaicos de turquesas, en la nariz de trocitos rojos de concha. El famoso vaso de obsidiana, del Museo Nacional, tuvo seguramente en los huecos de los ojos y la boca algunas incrustaciones semejantes.

Despues, este arte adquirió mejores elementos y mayores proporciones: los adornos fueron mas artísticos; entraron variados elementos en las incrustaciones: desde la obsidiana negra, los chalchihuites ó fluorina, diversas piedras verdes, conchas de todos colores, trocitos de oro ó de polisulfuro de fierro amarillo, hasta las turquesas verdosas ó de color azul puro.

De los veinte mosaicos que se conocen, el Museo prehistorico de Roma, tiene cinco incrustaciones sobre objetos de madera, un instrumento de música, dos máscaras y dos mangos de puñal.

Un omichicahuaztli ó instrumento músico hecho de hueso, está labrado en un femur izquierdo humano, se vé en la Lámina 123 con su congénere el de la coleccion Dorenberg, que lleva en la base grabada la figura de la víctima destinada al sacrificio; el primero (núm. 1) es un mosaico de concha roja y de obsidiana negra incrustadas en el cuello del fémur, tenía en una antigua etiqueta casi destruida, la palabra *Regis;* lleva pendiente de una cadenita una oliva ó caracolito hueco con el cual se producía por medio del frotamiento en las escotaduras transversales del hueso, un sonido de raspa, nada agradable.

A juzgar por el ejemplar de la colección de Dorenberg, ese fémur pudo haber pertenecido á la misma víctima sacrificada, y tal vez el ejemplar del Museo de Roma haya pertenecido al mismo Moctezuma, rey vengativo y capaz de haber hecho un instrumento de música del muslo de alguno de sus enemigos.

Un instrumento parecido en el modo de producir el sonido, se usó en la antigua isla de Cuba, se llamaba Güiro, y se usa todavía en acompañamiento de la guitarra; allá se formaba de una planta hueca, de un calabazo con piedrecillas, como una sonaja, acá con un acocote, con estrías transversas, que se *rasca* con una tablita, produciendo un sonido que nada tiene de sonoro: es mas bien un ruido que lleva el compás de la música.

El segundo mosaico del Museo de Roma es una máscara escavada por la parte posterior no incrustada, para adaptarse á la cara humana, es verduderamente una máscara fantástica, de nariz remangada, boca entreabierta, con larga lengua colgante y sobrepuesta á la barba, colmillos salientes y ojos redondos abiertos; el Señor Luigi Pigorini dice que está incrustada de turquesas, conchas blanca, perlada, roja, negruzca, rosada, de algunos cristales metálicos y de malaquita; pero esta piedra, parece que se ha tomado por el chalchihuite ó diorita.

No obstante las numerosas figuras de los códices que debemos á la munificencia del Sr. Duque de Loubat, no encontramos en ellos nada parecido; probablemente se trata de una máscara destinada á las representaciones teatrales de los mexicanos, ó tal vez de la máscara del dios del baile del Codice Borgia.

Esta máscara corresponde á la figura B de la Lámina 117 bis.

La segunda máscara del Museo de Roma representa un rey ó alguna figura mitológica; está adornada con la corona real propiamente dicha, llamada Xiuhhuitzolli, ó diadema de turquesas. La máscara, que no era adaptable como la anterior para ponerla en la cara, tenía otros usos desconocidos; era el retrato simbólico de algún monarca? Pendiente de la nariz y sobre el labio inferior, está el adorno llamado Teocuitlayacametztli, luna de oro para la nariz. Lleva ademas, del lado izquierdo, un adorno ó figura desconocida.

Pueden verse los pormenores en la figura 2 de la Lámina 117 bis.

Las dos figuras de la Lámina 26, parecidas á esfinges egipcias, son de dos mangos de puñal; en uno se vé claramente una figura humana, con una pieza de vestido cuadrada, que va de la cabeza á la espalda, como la que algunas veces usaba Moctezuma II: tiene forma simétrica, la cabeza enmedio, las manos tomando de uno y otro lado la hoja del cuchillo, los pies juntos y las piernas dobladas.

La otra figura es la de un ocelotl ó tigre, con la pierna derecha levantada, teniendo las dos manos ó garras en posicion semejante á las de la figura anterior. Entre las mandibulas de la cabeza está el hueco en que estuvo una cara humana, como se vé en el cuchillo de la Coleccion Christy, de Londres.

Ambos mosaicos estan incrustados de concha, turquesas y chalchihuites; los puntos dorados son de cristales de polisulfuro de fierro y tal vez algunos trocitos de oro.

El Señor Luigi Pigorini, que ha descrito los mosaicos del Museo prehistorico de Roma, cree que los puñales habrían estado destinados á los usos religiosos; no ha faltado quien crea que sirvieron para los sacrificios humanos, apoyándose en las palabras siguientes del "Conquistador Anónimo," compañero de Cortés: "viene luego, dice el anónimo historiador, el sacrificador que no es menor oficio entre ellos, y con una navaja de piedra, que corta como si fuera de hierro, pero tan grande como un gran cuchillo y en menos que tardaría uno en persignarse, le clava la navaja en el pecho se lo abre y le saca el corazon caliente y palpitante."

Los sacerdotes estaban muy diestros en la operación de sacar corazones; por una parte se ayudaban de la posicion de la víctima sobre la piedra ó techcatl que levantaba el torax separando las costillas y sirviéndose de una

especie de tajadera de obsidiana, de filo convexo y no mas grande que el puño, abría con rapidez y facilidad el espacio de las costillas para sacar el corazon. Este tecpatl lo ha encontrado el autor en la pirámide de un templo de Texcoco. Basta ver la figura estorbosa de los cuchillos del Museo de Roma, para convencerse de que no estuvieron empleados en los sacrificios humanos.

Sin embargo, se conocen otras dos formas, una es la del tecpatl comun ovalar alargada del Itstapaltotec, del Codice Borbónico, y otra del mismo tecpatl con un fuerte mango de madera, como puede verse en el Códice Nuttall y tambien en el Codice Bodleyano.

El puñal de la Coleccion de Christy, de Londres, pertenece á la clase de mosaicos de los de Roma: es un cuchillo con hoja de calcedonia; el puño es el cuerpo de un caballero águila ó cuauhtli: tiene 32 centímetros de longitud y se encuentra con todos sus pormenores en la lámina 26.

Su traje se compone de un casco que es la cabeza del águila, dos hombreras que son las alas de la misma águila, un espaldar bien decorado; el conjunto es un vestido sencillo, propio y elegante, que en nada se parece á las pinturas de caballeros águilas, toscas y mal dibujadas de algunos Códices. Podría aprovecharse muy bien semejante forma para vestir el guerrero de aquel nombre.

En resumen, los dos cuchillos del Museo prehistórico de Roma y el Christy de Londres, eran armas de lujo destinadas á los altos dignatarios del Ejército, y deben considerarse en la clase de las armas ofensivas de los guerreros.

El Museo etnográfico de Berlin tiene tres mosaicos incrustados de la clase de los anteriores de Roma; una cabeza de tigre, otro ocelotl de dos cabezas, una anterior y otra posterior, y una máscara. Los dos primeros en matriz de madera, la última incrustada de mosaico en máscara de huesos humanos del cráneo y de los maxilares.

La cabeza de ocelotl parece cortada en el cuello, con corte regular y no accidental: la boca está abierta, se ven los grandes colmillos y dientes propios, bien imitados del natural, de huesos ó de conchas; el ejemplar está muy maltratado al frente, tiene de altura un decímetro y poco menos de ancho.

El ocelotl de dos cabezas tiene, si mal no recuerdo, dos decímetros de largo y seis centímetros de diámetro. Toscas son las figuras, pero valioso el incrustado de mosaico, en su mayor parte de piedras de turquesa y conchas.

El tercer mosaico del Museo de Berlin, que va en la lámina 117 bis, está incrustado de turquesas en su mayor parte, de 17 centímetros de altura por 15 y medio de ancho y de 1m5 centímetros á 3 de grueso; semejante al de Roma para adaptarse á la cara, está formado de parte del frontal y maxilar superior ahuecados por la parte posterior y de todo el maxilar inferior para poder sobreponerse á la cara; una línea ligeramente convexa hacia arriba, dos casi rectas á los lados y la curva inferior de la mandíbula inferior, forman su perímetro, casi cuadrangular.

Los ojos tuvieron dos agujeros redondos, regulares, en que estuvo probablemente incrustados círculos transparentes á modo de anteojos; la nariz debió estar entera, incrustada como lo demás; en la boca entreabierta están fijos con un cemento ó betún los dientes superiores é inferiores; á los lados parece que el lapidario ó tlatecqui quiso figurar por fuera, de uno y otro lado, la figura del apófisis ascendente del maxilar y el cóndilo, como se ve en las dos figuras del Códice Vienense, que llevan debajo el mazatl, ó un ciervo; esta parte está mejor conservada del lado izquierdo que del derecho.

Para formar la armazón ó matriz del mosaico se llenaron con resina y trocitos de madera los huecos que dejaban las partes del esqueleto de la cara que se aprovechaba para la forma. La parte posterior estuvo pintada de rojo y los dientes incrustados en una especie de cemento.

Para formarse idea del delicado trabajo de esta clase de mosaicos, bastará decir que las piedritas ó trozos de concha estaban labradas ó lisas por los dos lados, que tenían de tamaño desde un milímetro hasta 10 ó 15 milímetros cuadrados.

Tiene cinco perforaciones para colgarla ó adaptarla á la cara; una enmedio del margen superior y cuatro en las esquinas; parece que se conserva todavía una antigua correa original de 19 centímetros de longitud.

Esta máscara estaba en el Museo Ducal de Braunschweig.

De esta clase de trabajos, el Museo Nacional sólo cuenta uno en la estatua de Coatlicue, originaria de Tehuacán.

MOSAICO DE PLUMA.

"Nada tenían en tan alta estima los mexicanos como los trabajos de mosaico, que hacían con las plumas más delicadas y hermosas de los pájaros. Para esto criaban muchas especies de las aves bellísimas que abundan en aquellas regiones, no sólo en los palacios de los reyes, donde mantenían toda clase de animales, sino también en las casas de los particulares, y en cierto tiempo del año les quitaban las plumas para servirse de ellas con aquel fin, ó para venderlas en el mercado. Preferían las de aquellos maravillosos pajarillos, que ellos llaman HUITZITZILIN, y los españoles PICAFLORES, tanto por su sutileza, como por la finura y variedad de los colores. En estos y otros lindos animales, les había suministrado la naturaleza cuantos colores puede emplear el arte, y otros que ella no puede imitar. Reuníanse para cada obra de mosaico muchos artífices, y después de haber hecho el dibujo y tomado las medidas y las proporciones, cada uno se encargaba de una parte de la obra, y se esmeraba en ella con tanta aplicación y paciencia, que solía estarse un día entero para colocar una pluma, poniendo sucesivamente muchas, y ob-

servando cuál de ellas se acomodaba más á su intento. Terminada la parte que á cada uno tocaba, se reunían todos para juntarlas y formar el cuadro entero. Si se hallaba alguna inperfección, se volvía á trabajar hasta hacerla desaparecer. Tomaban las plumas con cierta substancia blanda para no maltratarlas y las pegaban á la tela con TZAUHTLI, ó con otra substancia glutinosa: después unían todas las partes sobre una tabla ó sobre una lámina de cobre, y las pulían suavemente hasta dejar la superficie tan igual y tan lisa, que parecía hecha á pincel.

Tales eran las representaciones ó imágenes que tanto celebraron los españoles y otras naciones de Europa, sin saber si en ellas era más admirable la viveza del colorido ó la destreza del artífice, ó la ingeniosa disposición del arte: "obras, dice el P. Acosta, justamente encomiadas, siendo cosa maravillosa cómo podían hacerse con plumas de pájaros dibujos tan finos y delicados que parecían hechos con pincel, y ni el pincel ni la pintura artificial pueden imitar la viveza y el esplendor que en ellos se veía. Algunos indios, sobresalientes en este arte, imitan con tanta exactitud por medio de las plumas las obras del pincel, que no ceden á los mejores pintores en España. Al príncipe de España, D. Felipe, regaló su maestro tres pequeñísimas imágenes, para que le sirviesen de registro en su diurno, y S. A. las enseñó al rey D. Felipe II de este nombre, su padre, y habiéndolas considerado S. M., dijo que jamás había visto en tan pequeñas figuras, trabajo más excelente. Habiéndose también presentado al papa Sixto V otro cuadro mayor de S. Francisco, y díchole que era obra hecha con plumas por los indios, quiso S. S. tocarlo, para asegurarse que no era pintura, pareciéndole cosa maravillosa que estuviese tan bien ajustada y lisa, que los ojos no sabían distinguir si lo colores eran artificialmente dados con el pincel, ó naturales de las plumas con que estaba construída. La unión que hace el verde con el naranjado ó dorado, y otros varios colores es hermosísima, y mirada la imagen á otra luz los mismos colores parecen amortiguados." Los mexicanos gustaban tanto de estas obras de pluma, que las estimaban en más que el oro. Cortés, Bernal Díaz, Gomara, Torquemada y todos los otros historiadores, que las vieron, no hallaban expresiones con que encomiar bastante sus perfecciones. Poco tiempo há vivía en Pátzcuaro, capital del reino de Michoacán, donde más que en ninguna otra parte floreció el arte de que vamos hablando, el último artífice de mosaico que quedaba, y con él habrá acabado ó estará para acabar un ramo tan precioso, aunque hace dos siglos que no se cultiva con la perfección que supieron darle los antiguos. Consérvanse hasta ahora algunos restos en los museos de Europa, y muchos en México, pero pocos, según creo, del siglo XVI, y ninguno que yo sepa anterior á la conquista. También hacían un mosaico de conchillas que hasta nuestros días se ha conservado en Goatemala.

A imitación de aquellos eminentes artistas había otros que con diversas flores y hojas, formaban para las fiestas hermosos dibujos, sobre esteras de diferentes clases. Después de la propagación del Evangelio los hacían para adorno de los templos cristianos, y eran muy estimadas de la nobleza española por la singular belleza de su artificio. En la actualiadad hay muchas personas en aquel reino que se emplean en imitar los mosaicos de pluma del modo que he dicho: pero sus obras no pueden compararse de ningún modo á las de los antiguos.

Diccionario Universal de Historia y Geografía. Apéndice.—Tomo II. pág. 929.

MOSAICOS DE PLUMA.

Hablando el conde Beltrami de la habilidad de los tarascos en la ejecución de diferentes obras artísticas, dice: "En los *mosaicos de pluma* era en lo que más sobresalían. Yo he logrado adquirir dos que son de una rara belleza; sus plumas solas son del más subido precio por su brillo, su tornasol y la variedad de sus colores. Los creo tanto más perfectos cuanto que han sido hechos á la llegada de los españoles, que les han dado á copiar sus santos, sus vírgenes, etc., y por consiguiente les han sugerido una idea más completa de la composición, de la distribución y del diseño: los tres grandes maestros en materia de mosaico, como en pintura. El cuadro más pequeño que poseo representa á la *Virgen inmaculada*. En este cuadro solamente las manos y la cabeza de la Virgen han sido pintados; todo lo demás es hecho de pluma. Admira cómo han podido combinar tan bien millares de pequeñas plumas, algunas de las que no son del tamaño de una cabeza de alfiler, y formar con ellas una tela, una felpa, nubes y reflejos, el cielo y la tierra, flores, etc., todo de una perfecta ejecución, y ciertamente de las obras más delicadas. El otro cuadro es un San José, incomparablemente más bello que el primero, aun por la variedad de los colores brillantes de las plumas ajustadas y colocadas sobre *hoja de lata*, que no conocieron hasta el tiempo de la conquista. De esta manera la obra si está bien guardada bajo cristal, es eterna. Por el contrario si hubiera sido hecha como se hacían estas obras antes de la conquista, sobre papel de maguey y expuestas á las intemperies y á los insectos, no tardaría en destruirse. Así es que no quedan ya mosaicos antiguos tan finos como éstos. Los míos se han conservado intactos, colocados bajo cristal, é impenetrables á los insectos."

"El Museo Mexicano," Tomo primero, pág. 253.

CAPITULO XXIV.

TEATRO.—CANTOS MEXICANOS.

TEATRO MEXICANO.

No solamente apreciaban los mexicanos la poesía lírica, sino tambien la dramática. El teatro en que representaban sus dramas era un terraplen cuadrado, descubierto, situado en la plaza del mercado, ó en el atrio inferior de algun templo, y bastante alto para poder ser visto por todos los espectadores. El que había en la plaza de Tlatelolco era de piedra y cal, segun afirma Cortés, y tenía trece piés de alto, y de largo por cada lado treinta pasos.

Boturini dice que las comedias mexicanas eran excelentes, y que entre las antiguedades que poseia en su curioso museo, habia dos composiciones dramáticas sobre las célebres apariciones de la Madre de Dios al neófito mexicano Juan Diego, en las que se notaba singular delicadeza, y dulzura en la espresión. Yo no he visto ninguna obra de esta especie, y aunque no dudo de la suavidad del lenguaje usado en ellas, jamás podré creer que observasen las reglas del drama, ni que mereciesen los pomposos elogios que les da aquel escritor. Algo más digna de crédito y más conforme al carácter de aquellos pueblos es la descripción de su teatro y de sus representaciones, dada por el P. Acosta, en la que hace mención de las que se daban en Cholula, con motivo de la fiesta del dios Quetzalcoatl. "Había, dice, en el atrio del templo de aquel dios, un pequeño teatro de treinta piés en cuadro curiosamente blanqueado, que adornaban con ramos y aseaban con el mayor esmero, guarneciendolo con arcos de plumas y flores, y suspendiendo en ellos pájaros, conejos y otros objetos curiosos. Allí se reunía el pueblo despues de comer. Presentábanse los actores y hacían sus representaciones burlescas, fingiéndose sordos, resfriados, cojos, ciegos y tullidos, los cuales figuraban ir á pedir la salud al ídolo. Los sordos respondían despropósitos; los resfriados, tosiendo; los cojos, cojeando; y todos referían sus males y miserias, con lo que escitaban la risa del auditorio. Seguían otros autores que hacían el papel de diferentes animales, unos vestidos á guisa de escarabajos, otros de sapos, otros de lagartijas, y se esplicaban unos á otros sus respectivas funciones cada uno ponderando las suyas. Eran muy aplaudidos porque sabían desempeñar sus papeles con sumo ingenio. Venían despues unos muchachos del templo con alas de mariposa y de pájaros de diferentes colores, y subiendo á los árboles dispuestos al efecto, les tiraban los sacerdotes bolas de tierra con las cervatanas, añadiendo espresiones ridículas en favor de unos y contra otros, por fin se hacía un gran baile compuesto de todos los actores, y así terminaba la función. Esto se hacia en las fiestas mas solemnes." Esta descripción del P. Acosta recuerda las primeras escenas de los griegos, y no dudamos que si el imperio mexicano hubiera durado un siglo mas, su teatro se hubiera reformado, como el de los griegos se fué mejorando poco á poco.

Los primeros religiosos que anunciaron el Evangelio á aquellas gentes, viendolas tan inclinadas al canto y á la poesia, y notando que en todas las composiciones del tiempo de su gentilismo habia muchas ideas supersticiosas, compusieron cánticos en lengua mexicana en loor del verdadero Dios. El laborioso franciscano Bernardino Sahagun compuso en puro y elegante mexicano, é imprimió en México trescientos sesenta y cinco cánticos,

uno para cada dia del año, llenos de los mas devotos y tiernos sentimientos religiosos, y aun hubo indios que escribieron mucho sobre los mismos asuntos. Boturini cita las composiciones de D. Francisco Plácido, gobernador de Azcapozalco, en loor de la Madre de Dios, y cantadas por él en los bailes sacros que con otros nobles mexicanos hacia delante de la famosa imagen de la Virgen de Guadalupe. Los celosos franciscanos de aquel pais hicieron tambien composiciones dramáticas en mexicano, sobre los misterios de nuestra religion. Entre otras fué muy celebrada la del juicio final, que compuso el infatigable misionero Andres de Olmos, y fué representada en la iglesia de Tlatelolco, en presencia del primer virrey y del primer arzobispo de México, con gran concurso de nobleza y pueblo. [1]

Diccionario Universal de Historia y Geografía. Apéndice. Tomo 3, pág. 478.

CANTARES MEXICANOS.

¿Tenían nuestros antepasados una literatura? Si la tenían, no obstante carecer de alfabeto y de una escritura propiamente dicha. Quien quiera convencerse puede ver esas poéticas é históricas producciones en los "Cantares Mexicanos" que he publicado en la "Colección de documentos para la Historia de México," debidos al permiso que me concedió para publicarlos, mi bueno é ilustrado amigo el Sr. D. José Maria Vigil, Director de la Biblioteca Nacional.

"En razon de que sus escrituras y caracteres no eran tan suficientes como nuestras letras y escrituras, dice el historiador Acosta (Histoire natturalle et moralle des Indes tant Orientalles qu'Occidentalles, MDC, Livre VI, chap. VII) no podían expresar las palabras sino sólamente la sustancia de las concepciones. Así es que ellos habían acostumbrado á aprender de memoria, discursos y diálogos compuestos por sus oradores y retóricos antiguos y por sus poetas (lo que era imposible aprender por medio de los geroglíficos y caracteres.) Los mexicanos eran muy cuidadosos de que sus hijos aprendiesen de memoria estos diálogos y composiciones.

Por cuya razon tenian escuelas, como colegios ó seminarios, en donde los ancianos enseñaban á sus hijos estas oraciones y otras muchas cosas que se conservan entre ellos, por la tradición de unos á otros, tan enteramente como si hubiesen sido conservados por escrito.

Especialmente las naciones mas renombradas tenían cuidado que sus hijos (que tenían inclinación para ser retóricos y ejercer el oficio de oradores) aprendían de boca á boca estas arengas. De tal manera, que cuando los españoles vinieron á su país (de los mexicanos) y que les hubieron enseñado á leer y escribir nuestra letra, *varios de estos indios escribieron entonces sus arengas*, así como lo atestiguan algunos hombres graves que las leyeron.

1 Estos cánticos y las composiciones dramáticas se han perdido.

Esto sea dicho para los que lean en la historia mexicana tales discursos largos y elegantes, no vayan á creer fácilmente que fueron inventados por los españoles, y no realmente formados y relatados por los indios. Pero al conocer la verdad cierta, no dejaran de dar crédito á sus historias." "Dice el Padre Fabrega: Por medio de estos cánticos, aprendidos de memoria hasta por los pequeños en los colegios, se trasmitían de padre á hijo las mas antiguas y minuciosas tradiciones."

Dice tambien el P. Fray Diego Duran: (Tomo II, cap. XCIX) al hablar de los Cuicapique, ó componedores de cantos.

"Otras muchas maneras de bailes y regocijos tenían estos indios para las solemnidades de sus dioses, componiendo á cada ídolo sus diferentes cantares según sus excelencias y grandezas, y así, muchos dias antes que las fiestas viniesen había grandes ensayos de cantos y bailes para aquel dia, y así con los cantos nuevos, sacaban diferentes trajes y atavíos de mantas y plumas, y cabelleras y máscaras, rigiéndose por los cantos que componían y por lo que en ellos trataban conformándolos con la solemnidad y fiesta; vistiéndose unas veces como águilas, otras como tigres y leones, otras como soldados, otras como huaxteca, otras como cazadores, otras como salvajes y como monos, perros y otros mil disfraces.

El baile de que mas gustaban era el que con aderezos se hacía, con las cuales se coronaban y cercaban, para el cual baile, en el Momoztli principal del templo de su gran dios Huitzilopochtli, hacían una casa de rosas y hacían unos árboles á mano, muy llenos de flores olorosas, á donde hacían sentar á la diosa Xochiquetzalli; mientras bailaban descendían unos muchachos vestidos como pájaros y otros como mariposas, muy bien aderezados de plumas muy ricas, verdes y azules, y coloradas, y amarillas, y subíanse por estos árboles, y andaban de rama en rama chupando del rocío de aquellas rosas; luego salían los dioses, vestido cada uno con sus aderezos, como en los altares estaban, vistiendo indias á la mesma manera, y con sus cerbatanas en las manos, andaban á tirar á los pajaritos finjidos que andaban por los árboles, de donde salía la diosa de las rosas que era Xochiquetzalli á recibirlos y los tomaba de las manos, y los hacía sentar junto á sí, haciéndoles mucha honra y acatamiento, como á tales dioses merecían; allí les daba rosas y humazos, y hacía venir sus representantes y hacíales dar soláz. Este era el mas solemne baile que esta nación tenía y asi agora pocas veces veo bailar otro, sino es por maravilla."

Se mencionan cuatro cantos nacionales con los nombres siguientes:

1º el Melahuacuicatl, canto verdadero y derecho; la palabra viene de cuicatl, canto y de melahua, caminar derecho.

2º Canto de Huexotzinco.

3º Canto de Chalco.

4º Canto otomí.

Los autores primitivos ó de primera mano, como se les llama, mencionan tambien solo cinco: Huexotzincatl, Anahuacayotl, Cuextecayotl, Chalcatl y Otomitl.

El manuscrito original de la Biblioteca Nacional, que he publicado en la "Colección de Documentos para la Historia Mexicana," contiene setenta y cuatro cantos de un estilo elevado y muy difícil de traducir.

Vá en seguida la traducción que, de uno de los cantos, ha hecho mi buen amigo el Sr. Lic. D. Cecilio A. Robelo, uno de los conocedores mas ilustrados del idioma nahuatl, para que pueda formarse una idea de la poesia primitiva de los Antiguos Mexicanos:

CUICA PEUHCAYOTL.

PRINCIPIO DE LOS CANTOS.

I

Mi ardiente anhelo, mi pensar profundo
Es encontrar un sitio donde pueda
Cortar hermosas y fragantes flores.
¿A quién preguntaré? ¿quién mi deseo
Podrá cumplir con su respuesta sabia?
Imaginaos que mi pregunta llevo
Al pájaro que zumba en los jardines,
Esmeralda tremante de los aires,
Al hermoso y brillante colibrí;
Imaginaos también que yo interrogo
A la ágil y dorada mariposa;
Mas ellos me dirán: "Sabemos donde
"Fragantes flores recoger podrás,
"Si tú las buscas en el bosque obscuro
"Do florece el laurel, donde el *tzinitzcan*,
"Alegre mora, ó si tomarlas quieres
"En la selva do vive el *tlauquechol*."
Allí, al cortarlas, mojarán mi mano
Las claras gotas de sutil rocío;
Allí las flores estarán crecidas,
Mis ojos las verán, si ya brotaron,
En mi halda las pondré, y presuroso,
Saludaré con ellas á los niños
Y llenaré á los nobles de alegría.

II

Al vagar en el bosque casi escucho
Que el dulce canto de las bellas flores
Responden con su voz las mudas rocas;
Y que las aguas, que lucientes corren
Y que murmuran en la suave arena,
Les responden también; y que la fuente
Canta, se estrella, y á cantar retorna;
Y que el *centzontli*, en la enramada umbría,
En concierto vibrante y melodioso
Con el agreste y fiero coyoltótotl,
En dulce canto les suele contestar;
Y escucho con placer aves canoras
Que esparcen en redor dulces gorgeos
Con que bendicen á la buena tierra.

III

Entonces exclamé:—Oh mis amados,
El vuelo detener por escucharme
No os cause pena; venid á oirme,
Pájaros que zumbáis por la floresta.
—¿A quién se ha de buscar, noble poeta?
Yo les pregunto:—¿las fragantes flores
Con que pueda alegrar á mis amigos,
En dónde están, dónde podré buscarlas?
En suave canto me responden ellas.
—Aquí, oh cantor, te enseñaremos presto
Con lo que puedas verdaderamente
A los nobles, tus buenos compañeros,
Causar placer y su ánimo alegrar.

IV

Al fértil sitio de un ameno valle
Me condujeron ellas con presteza;
Un sitio floreciente, do el rocío
Con brillante esplendor se esparce en torno;
Allí ví varias perfumadas flores,
Muy dulces empapadas en rocío,
Y como arco-iris en redor dispuestas.
"Arranca—me dijeron—las que quieras;
"Plegue al cielo, oh cantor, que ellas te alegren,
"Y haz con ellas ofrenda á tus amigos
"Que regocijo encuentran en la tierra."

V

En mi halda coloqué preciosas flores,
Delicadas y dulces, deliciosas;
Y dije para mí:—"¡Cómo no se hallan
"En este sitio gentes de mi pueblo!
"¡Si estuvieran aquí!" Y entonces quise
A su encuentro salir para anunciarles
Que grato regocijo encontrarían
Con las variadas y olorosas flores;
Que podrían escoger muy dulces cantos
Y en la tierra alegrar á los amigos,
Y á los grandes y nobles solazar.

VI

Y luego, yo el cantor, todas las flores
Del sitio recogí, para ponerlas
En la cabeza de los grandes nobles,
Y cubrirlos con ellas, y en sus manos
Graciosos ramilletes colocarles.
Presuroso me alcé, y en canto digno
Entoné con mi voz, glorificando
A los grandes y nobles de la tierra
Ante la faz del Hacedor Supremo,
Donde no se conoce servidumbre.

VII

¿Dónde podré cortar las bellas flores?
¿Cómo llegar á la florida tierra,
A la tierra fecunda do no hay siervos,
Donde es desconocida la aflicción?
Si aquí logramos encontrar el sitio,

Es cuando el alma se somete á Dios.
Aquí en la tierra se entristece mi alma,
Y se conturba de dolor punzante,
Cuando yo, mísero cantor, recuerdo
Que mi planta posé, solo, en el sitio
Donde se cortan las fragantes flores.
Y exclamé con dolor:—"No está en la tierra
"El bello sitio de olorosas flores.
"Extraña es la región de la alegría.
"¿Qué encontraremos en la tierra bueno?
"¡Otra vida, en verdad, hay más allá!
"Que el cielo me conceda la ventura
"De vivir más allá, donde los pájaros
"Nos dejen escuchar su dulce canto;
"Donde se aprende á conocer las flores,
"Las dulces flores, deliciosas, buenas,
"Que blandamente pueden embriagar."

Los cantares aztecas eran los libros vivos de su literatura; en los bailes se cantaban las glorias del guerrero, en el templo las oraciones de los dioses; sin alfabeto para escribir, el cantor enseñaba, acompañado del Teponaztli y del Panhuehuetl, la tradición histórica y religiosa á la juventud en los colegios y narraba las conquistas y las glorias patrias á los pueblos.



CAPITULO XXV.

ALGUNOS CUADROS HISTÓRICOS PARA LA PINTURA.

CUADROS HISTÓRICOS PARA LA PINTURA.



O es mi objeto hacer una crítica razonada de los cuadros que ha producido la Academia de Bellas Artes, por que no ha tenido elementos para formarlos; le ha faltado la enseñanza de la historia antigua y de la arqueología: la pintura histórica es la más difícil, porque tiene que reconstruir modelos que sólo puede obtener después de largos y concienzudos estudios de la antigüedad.

La Indumentaria antigua nacional es completamente desconocida: basta examinar atentamente los cuadros que se conocen ó están expuestos en los Salones de la Academia: figuras salvajes, hombres y mujeres desnudos, por todo adorno, plumas; por toda belleza de formas, cuerpos escuálidos escogidos entre modelos de la raza degenerada: esto no es reconstruir la historia. Se ha creído que con pintar figuras adornadas de muchas plumas ya se tiene un guerrero azteca. Sería más fácil para nuestros artistas pintar un emperador romano que un cuadro histórico de Moctezuma II ó de Cuauhtemoc.

No carece de grandes figuras la historia de nuestros reyes, no obstante la corta duración de dos siglos (de 1325 á 1521) con once monarcas, corta duración para la vida de los imperios. Cuando el de México comenzaba á ser una nación semi-civilizada, fué invadida por los españoles y aniquilada por la conquista.

Sus artes incipientes, su industria rudimental, su escritura jeroglífica en evolución ó transformación para pasar de figurativa y casi silábica al alfabeto, ministran pocas bellezas artísticas; pero los acontecimientos históricos y los actores del drama de la independencia del dominio tepaneca y la lucha contra los conquistadores españoles, son dignos del genio de nuestros artistas. La gloriosa personalidad del rey Itzcoatl, gran guerrero y prudente político, el terrible Moctezuma Ilhuicamina, la soberbia infatigable del conquistador Ahuitzotl, la supersticiosa cobardía de Moctezuma II, el indomable valor de Cuitlahuac y el heroismo del más grande de los mexicanos, de Cuauhtemoc, merecen pasar á la inmortalidad.

Del reino de Acolhuacán es digna de estudio la radiante figura de Nezahualcoyotl, poeta y legislador, verdadero héroe de novela, que parece fabulosa su existencia, si no estuvieran atestiguándola sus producciones poéticas y el destrozado palacio de Texcutzinco.

Podrían proponerse para la formación de cuadros históricos antiguos, los siguientes:

Llegada de los españoles á las costas del Golfo.—El cacique de Zempoala y su alianza con Cortés.—Combates contra los tlaxcaltecas.—Alianza de Tlaxcala.—Entrada de Cortés á Tlaxcala.—La matanza de Cholula.—Moctezuma recibe á Cortés á la entrada de la capital.—Moctezuma, Cortés y la Malinche.—Prisión de Moctezuma.—La noche triste.—La batalla de Otumba.—Vuelta de Cortés á Tlaxcala.—Sitio y combates dentro de la capital.—La toma del templo mayor de México.—Defensa heroica de Tlaltelolco.—Prisión de Cuauhtemoc por Holguín.—Los mártires del oro.—Muerte de Cuauhtemoc en Huey-Mollan.

CAPITULO XXVI.

MALINTZIN.

MALINTZIN (LA)

APRECIANDO sólo lo bello y no lo útil, la historia antigua de México es poco conocida entre nosotros mismos, que nos quejamos de falta de datos cuando nos sobran. Algunos confiesan que sobre México se ha escrito mucho, pero añaden que todo está envuelto en conjeturas, sin parar la atención en la historia de los primeros pobladores del viejo hemisferio. No se conserva de estos cierto más que lo que nos enseñan los Libros sagrados, que se contraen á los hechos de los pueblos hebraicos: de los egipcios, medas, persas, y sin ir tan lejos, de los bárbaros de Europa en tiempos más recientes, y cuyas naciones forman, por decirlo así, el origen de las actuales, no tenemos más que datos probables y muy dudosos que nos hacen vacilar aun sobre los hechos acaso más verdaderos.

Y aunque fuera cierto que no se hubiera escrito de México, cosa que, aun aplicando las reglas de una sana crítica, pudiera dar alguna luz sobre las antigüedades de nuestro país, nos bastarían las tradiciones populares y las consejas que conservamos. ¿Quien no ha oído ó dicho quizá alguna vez el refrán tomado de Ahuizotl, que si le ha venido en curiosidad, no sabrá que existió un rey de este nombre en Tenochtitlán, famoso guerrero? ¿Quien en su infancia no ha escuchado de alguna vieja la relación del encantamiento de Mocteuzoma y la Malintzin en la alberca de Chapultepec, donde todos los días á las doce se aparecen? Todas estas vulgaridades sirven de mucho al hombre investigador para adquirir noticias algo exactas.

Pero no, ni tenemos necesidad de recurrir á estos medios para desentrañar algunas nociones sobre la historia de nuestro país. Bastantes han escrito sobre ella, y en muy pocos hechos no van conformes sus opiniones; esto más bien es dimanado del conato que muchos escritores extranjeros han puesto en envilecernos. Así se les ve, por ejemplo, declamar á cada paso contra las costumbres de los pueblos aztecas por bárbaras y crueles; como si lo fuesen menos las de los pueblos mismos de Europa. En el derecho romano, y por consiguiente en el de las demás naciones que lo tuvieron por modelo dándole aún el nombre de común, como principio del de gentes, se sanciona la esclavitud de los prisioneros de guerra y el dominio despótico y absoluto de los señores sobre sus ciervos, los cuales no eran considerados en manera alguna en la sociedad ni se encontraban bajo la salvaguardia de las leyes. Preferible era sin duda la condición de los prisioneros en Anáhuac, donde morían, pero libres de crueles prolongados padecimientos. Por otra parte, cuando esto se hacía como un sacrificio que se juzgaba acepto á la divinidad, nada puede echárseles en cara á los oferentes. No así en las naciones cultas de la culta Europa, ya no diré de la bárbara edad media en que contaban algunos siglos de existencia y de poder, sino de las épocas más brillantes, del siglo de Luis XIV, del siglo filosófico, y también del siglo de las luces, al menos en sus primeros años, ¿quien no se sorprende al ver que haya podido conservarse en países católicos el tormento como solemnidad legal en la substanciación del juicio, para extraer la confesión al reo de un delito que muchas veces estaba ya bastante comprobado, ó bien para arrancar al inocente la declaración de un hecho que no ha ejecutado cuando su justicia está ya manifiesta? ¿Quien no se horripila leyendo las rojas

páginas del SANTO TRIBUNAL, y lo que es más, por sostener los dogmas de una religión, que toda llena de dulzura quiere ser propagada y defendida únicamente por el convencimiento? Escritores de estos pueblos son los que denigran á los primeros moradores de nuestro continente.

Nada tiene México que envidiar por cierto á la misma Roma, llamada señora del mundo, porque si dejó de conquistar algunos países de su continente, se debió tan sólo al deseo de conservar enemigos á quienes hacer la guerra, para ofrecer sacrificios en la inauguración de sus reyes, y para que éstos acreditasen, ejercitándose, su pericia en el arte militar y que sabrían defender sus pueblos. México se elevó bien pronto á un grado muy considerable de civilización, sin haberse puesto en contacto con países en que habían brillado grandes filósofos, oradores, poetas, como Roma lo hizo con las repúblicas griegas. México presenta aún hoy monumentos que acreditan su grandeza y los adelantos que había hecho en las ciencias y en las artes, admirables sin duda, sin deber nada como Roma á Aténas. La legislación de México fué buena, sin que como Roma la hubiera usurpado á Licurgo y Solon. Las instituciones del imperio de Tenochtitlán eran sabias y bien calculadas, como no lo eran las del de Rómulo, que á cada paso se variaban. En cerca de dos siglos de existencia tuvo Tenochtitlán once soberanos, todos elegidos por una elección regular y bien combinada, al paso que Roma en casi dos siglos y medio ó poco más tuvo apenas un monarca y también seis tiranos, cuyo nombramiento tumultuoso era siempre ganado por el hombre más ávido de poder. México tenía también sus establecimientos de instrucción pública para jóvenes de ambos sexos; tenía como Roma sus vestales, y como el cristianismo sus vírgenes consagradas á la divinidad; tenía por último sus matronas que pudieran brillar en nuestros tiempos.

Una jóven de talle elegante, de extraordinaria hermosura, y de bellas y delicadas formas, de raros talentos, de distinguida calidad, aunque no lo mostraba su traje, acompañada de otras diez y nueve jóvenes doncellas, se presenta á los conquistadores españoles juntamente con otros preciosísimos dones como regalo del cacique de Tabasco. Esta señalada jóven se atrae desde luego la atención de Cortés y sus compañeros de armas, y arrebata las miradas de todos ellos. Poseía con perfección los idiomas maya (que es el yucateco) y mexicano, y muy en breve se hace comprender de los españoles hablándoles ya en su propio idioma, por lo que les sirvió de intérprete en todas sus expediciones.

Podría alguno condenar á Dª Marina (la llamaremos con este nombre que es el de bautismo) de falta de civismo, cuando al lado de los enemigos de su país les servía de ayuda contra su propia patria. Pero este cargo jamás puede hacérsele, si se reflexiona por un momento que en los servicios que prestaba favorecía á su entender la causa de su pueblo. En efecto, miembro ya de la religión cristiana, había entendido sus misterios y abrazado con ardor su moral: en su religión veía tan solamente la felicidad verdadera, y anhelando por que sus compatriotas la alcanzaran, sin otro medio, porque no lo conocía, que las armas de los soldados españoles, debió cooperar á la conquista. Así que, cuando quisiera aún culpársele por haber vendido á su patria, se puede todavía decir que la vendió inocentemente y en un precio inestimable; mas no como Tarpeya por los brazaletes de los soldados y de una manera vil y maliciosa. Por otra parte, el verdadero amor patrio es el amor, no precisamente de la tierra que nos dió el ser, sino de la sociedad que nos abrigó en su seno: no del suelo en que tuvimos apenas nacimiento y vida natural, sino de la sociedad que nos da una vida civil: y el imperio de México, si bien es cierto que había dado nacimiento á nuestra jóven, la había también sujetado á una condición miserable y degradante, cuando por el contrario los conquistadores la recibieron y trataron como hermana, se ligó á ellos con los vínculos más extrechos, los del amor y los de una amistad cordial, pues que á pesar de haberla dado Cortés á Alonso Fernández de Portocarrero, tuvo de ella en ausencia de éste, un hijo á quien llamó Martín, y más adelante la casó con Juan Xaramillo, caballero hidalgo de los que le acompañaban y uno de sus capitanes. Estas relaciones, pues, tan íntimas, debían obligar á Dª Marina en favor de los conquistadores: la primera sociedad, la más estrecha es la conyugal: la amistad es el vínculo más fuerte que liga las voluntades de los hombres y que produce en nosotros el más firme, el más sincero amor. Aún hoy entre nosotros mismos tenemos ejemplos palpables, especialmente en el bello sexo, de que por el matrimonio, por la amistad, hacemos propios los sentimientos é intereses patrios de nuestra consorte, de nuestro amigo; así es que, después de consumada nuestra independencia, no han faltado personas que enlazadas por diversas causas con españoles, nos han echado en cara y nos reprenden á cada paso nuestra emancipación: otro tanto tuvo lugar respecto de los franceses cuando en 1838 fueron expulsados del territorio de la República, á consecuencia de haberse declarado la guerra á su nación, y semejantes casos se presentan igualmente en otros países que me abstengo de citar.

Por otra parte, nada debía extrañarse en el particular de una persona que no había recibido de su patria beneficio alguno, como tengo indicado. Nació, según lo aseguran algunos, en Jalisco, aunque muchos, sin duda los más respetables y con mayor fundamento, afirman que en México, y otros no pocos en Coatzacoalco. Ignoro en qué se hayan podido apoyar los que la han juzgado jalisciense, hallándose Jalisco tan distante de México, aunque por otra parte sea cierto que observaba en lo general sus mismas costumbres, guardaba sus propias leyes, reconocía como suyo el gobierno del imperio, y finalmente, hablaba también su idioma; y mucho más, si se atiende á la residencia de su familia al tiempo de aparecer los conquis-

tadores, y al lugar donde fué regalada á éstos bastante remoto aún de la misma México, queda vacilante la fe que deba darse á tal opinión. No han sido iguales los fundamentos de los escritores que la hacen originaria de México: capital ésta de un rico, vasto y poderoso imperio, centro del saber y del comercio en Anáhuac, foco de la opulencia como corte de un gran monarca, nada singular era que se encontraran establecidas en ella las primeras, las más distinguidas familias de la monarquía; así que, cuando faltaran los testimonios de los contemporáneos, sobran razones muy fuertes que persuaden la realidad de este aserto. Ni faltan presunciones muy vehementes en favor de los que asientan que nació en Coatzacoalco, pues que aquí estaba domiciliada su familia en la época precisamente de la venida de los españoles, y ella por otro lado no se hallaba en país muy lejano: lo más probable parece ser que, originaria de Jalisco, provincia entonces sujeta á México, su familia, trasladada después á la capital del imperio, la hubiera tenido en ésta y pasara en seguida á Coatzacoalco llevándola consigo: todo lo que acaso ha dado motivo á la variedad y discordancia con que sobre este hecho han escrito los autores, y que por otra parte se deduce de sus propias relaciones.

Era el padre de la Malintzin cacique de Coatzacoalco, aunque Clavijero, Bernal Díaz del Castillo y otros afirman que de Painalla, de que dependía Coatzacoalco. Falleció dejándola aún en edad muy tierna: su madre pasó á segundas nupcias, y tomando su nuevo marido el cacicado del primero, habiendo tenido un hijo en este matrimonio, como no podía reservarle el señorío y riquezas de la familia, perjudicando á la Malintzin, legítima heredera y sucesora, y á quien no pudiera despojar de sus derechos, concedidos expresamente por las leyes fundadas, nada menos que en los estrechos vínculos de la sangre, intentó deshacerse de ella. Parece cierto, aunque no lo he visto así escrito, que la madre, arrastrada por el amor natural, impidió que se la privase de la existencia, é inventó un expediente fácil y seguro, recurso que en su sexo no se tiene dificultad en encontrar, pues nada tan á propósito para salir de un mal paso, é imaginar un ardid, como una mujer. Sucedió, pues, que falleciera la hija de una esclava suya algo parecida, según Clavijero, á la Malintzin, y aprovechando la oportunidad, la madre y el padrasto de ésta fingieron ser ella la muerta, haciendo al efecto las exequias que la correspondían, según su clase y dignidad.

Me inclino á creer que la joven Malintzin se halló algún tiempo, aunque fuese corto, en el establecimiento de niñas de Tenochtitlán, que estaba confiado á la dirección de los sacerdotes y sacerdotisas; porque si bien es cierto que de este establecimiento no salían las jóvenes, sino estando ya en edad núbil, precisamente para casarse, ó para consagrarse, conservando su virginidad al servicio de la diosa, pudo suceder muy bien que las pensionistas, á las cuales sin duda pertenecía la Malintzin, no tuviesen tal sujeción, y acaso su madre y padrasto pretextando enfermedad de ella la sacarían, y quizá fué cuando intentaron su crimen. El único fundamento, y á mi entender no leve, que me hace abrazar esta opinión, es la cultura que manifestaba la Malintzin, así como su facilidad en comprender, lo que sólo se adquiere por medio del ejercicio, y que por otra parte la acreditó bastante desde que fué presentada á los españoles. Aunque hay que advertir, que no sólo este establecimiento se sostenía en Tenochtitlán, sino que había además otros, dependientes directamente de la autoridad pública, ó bien de particulares en los cuales siempre intervenía la autoridad; pero no con otro objeto que con el de cuidar que no se corrompiera la moral, y para que con arreglo á ella fuesen enseñados los alumnos. En estos establecimientos no parece se sujetaban los jóvenes á las condiciones que en aquél: no todos comían á expensas del colegio ó escuela, sino que se les llevaba, según dicen Herrera y Torquemada, la comida de sus casas, y muchos asistiendo sólo á las labores de enseñanza comían y dormían en sus propias casas, como se verifica aún hoy entre nosotros. Es verdad que los expresados Herrera, Torquemada y otros que han escrito sobre esto, no hacen mención más que de establecimientos de hombres; pero debe juzgarse que existían semejantes para niñas de las relaciones de los mismos autores, y el padre de la Malintzin, cuidadoso de darle una educación brillante y cual correspondía á la nobleza de su linaje, la colocó acaso en uno de estos establecimientos particulares, llevándosela, al fallecimiento de su padre, á Coatzacoalco, la madre y padrastro.

Sea, pues, lo que se quiera, la Malintzin, luego después de haber sido fingida su muerte, fué dada á unos indios mercaderes de Xicalanco, adonde la llevaron éstos, regalándola después al cacique de Tabasco, quien la dió, como hemos dicho, á Cortés.

Los escritores extranjeros, continuando en su propósito de denigrarnos, dicen que al llegar á México la expedición, se sorprendieron los indios á la vista de Dª Marina, y la juzgaron una divinidad que guiaba á los conquistadores, á los cuales, aseguran los mismos, que llamaban hijos del sol. La razón que como motivo de esta sorpresa se alega, es que no se veía otra mujer que los acompañara, y que entre los mismos indios no se le hallaba semejante en dotes. Las propias personas que esto escriben aseguran poco antes, que les fueron dadas á los conquistadores en Tabasco, además de la Malintzin, diez y nueve hermosas doncellas; en Veracruz recibieron de Mocteuzoma, por medio de sus embajadores, algunas mujeres enviadas á Cortés, con el único exclusivo objeto de que les sirviesen en trabajar el pan de maíz, en prepararles otros alimentos y prestarles los demás oficios domésticos y familiares; en Tlaxcallan, finalmente, como en pruebas de amistad, les fueron dadas las hijas de los principales señores de la República, entre otras Dª Luisa Techquialvatzin, hija de Xicotencatl el viejo, que presentó á Alvara-

do para mujer propia. Así es que los españoles, á su arribo á México, llevaban sin duda consigo más de una mujer; pero aun suponiendo que sólo fuesen acompañados de la Malintzin, no era posible que ignoraran los mexicanos su origen y la causa de su permanencia entre los mismos españoles, cuando se habían hallado con estos diversos embajadores del soberano, y por otro lado las relaciones de los soldados indígenas que de diversas partes se habían agregado á Cortés, eran muy suficientes para informar á los moradores de Tenochtitlán.

No podrá sostenerse jamás sin contradicción, que á los mexicanos sorprendiera la Malintzin por sus cualidades, porque no es posible que el país que produjera una mujer dotada de talento y hermosura, no tuviera en su seno otras, si no iguales, semejantes al menos, puesto que la naturaleza no había de limitarse exclusivamente á una sola persona; de lo contrario, que nos muestren la razón nuestros PANEGIRISTAS, que así se esmeran en PRODIGARNOS ELOGIOS.

Regalada, pues, la Malintzin á Cortés, y por éste á Alonzo Fernández de Portocarrero, por ser, como dice un autor, "de buen parecer, y atrevida é desenvuelta," esto es, hermosa y de genio franco, sabiendo, como sabía, los idiomas mexicano y maya, ella y Gerónimo de Aguilar, quien con ocasión de haber estado cautivo en Tabasco había aprendido algo el idioma maya, eran los medios de comunicación entre los mexicanos y los españoles, aunque no ha faltado quien asegure de nuestros CAROS ESCRITORES, de que acabo poco hace de hablar, que la Malintzin olvidara su idioma nativo; pero mal se combina esto, con que sirviera de intérprete á los que hablaban sin que ella los entendiera, y por otra parte ya no pudo sorprender á los mexicanos por que hablaba su mismo lenguaje.

Los principales sucesos de su vida después de haber sido bautizada (respecto de lo cual se ha escrito muy poco, pues sólo se menciona que al día siguiente de regalada á Cortés, es decir, el domingo 20 de Marzo de 1519, sin expresar si fué ó no catequizada, luego que oyeron misa los españoles predicándoles á ella y á sus compañeros, Fr. Bartolomé de Olmedo, religioso mercenario. que se hacía entender por medio de Gerónimo de Aguilar, les administró en seguida el bautismo) están de tal manera enlazados con los de la conquista, que no puede hablarse de aquéllos, pasando en silencio éstos. Sin embargo, presentaré únicamente los más notables.

Se refiere que hallándose Cortés en Cholula, ya en relaciones amistosas con los moradores del lugar, adonde entró á consecuencia de diversas ofertas y continuas instancias que ellos mismos le hicieron, y después también de haberles protestado que no llevaría en su compañía á los tlaxcaltecas, á quienes conservaban un odio implacable é inveterado, trataron los mismos choluleses con los mexicanos de armar una emboscada para deshacerse de enemigos tan poderosos; pues que el rey de México, después de suplicarles, ya por escritos, ya por legados, que se retirasen, y dándoles al efecto opulentos regalos, como viera que no lo conseguía y se hallara además temeroso de que entraran á su corte, á la cual se aproximaban demasiado, envió unos comisionados á Cholula con el fin de perderlos. De ninguna manera encomiaré esta acción depravada, singularmente de parte de los de Cholula, la cual repugna al mismo derecho natural. siendo un arbitrio inicuo del que no debe echarse mano, sea cual fuere la causa que lo motive; mas fué sin duda favorable á Dª Marina que encontró una ocasión para acreditar su fidelidad. Luego que, por una señora principal, que parece era la misma mujer del cacique, tuvo noticia de la ocurrencia, á fin de que se salvara huyendo el peligro, sin despreciar el anuncio, comunicó inmediatamente la traición á Cortés, quien activo en sus medidas, burló los intentos de sus enemigos y castigó á los caudillos.

Además de la condición natural de Dª Marina, el amor que tuvo á Cortés parece que influyó mucho en la prosperidad de éste en todos los sucesos de la conquista. Deseoso de conservarse su afecto Cortés, siempre procuró portarse grande y generoso en su presencia; por eso fué que apenas se hubo separado de ella, y diera muerte infame y cruel á los soberanos de México, Acolhuacán y Tlacopan, á pesar de las súplicas de sus capitanes, que no pudieron menos de llorar á la vista del suplicio y sumisión de los reos. No tuvieron más culpa los infelices monarcas, que haberse lamentado de su desventura: un indio infame, bajo, adulador, que bien merecía la pena que aquellos sufrieron, no satisfecho con referir á Cortés lo que les oyera, agregó calumniosamente que trataban de quitarle la vida, tramando al efecto una conspiración, que estallaría si no los castigaba de un modo ejemplar. Cortés, cansado ya sin duda de llevar consigo aquellos reos, dispuso al momento que fuesen ahorcados en un árbol, por más que intentaron persuadirle de su inocencia. Instruídos los míseros soberanos en los dogmas de la religión del Crucificado, miembros de la comunión católica, hicieron las disposiciones espirituales, propias de un hijo de la Iglesia de Cristo, y murieron con la muerte de los mártires, enterneciendo con sus actos piadosos y con la humilde resignación peculiar de un cristiano, á los mismos soldados y á los sacerdotes españoles que los auxiliaron, y cuyo llanto fué desoído de Cortés. La sangre de estas tres inocentes víctimas ha corroído las páginas de oro, que las hazañas del conquistador le hubieran merecido. Así, pues, lejos de la Malintzin, Cortés manchó siempre con actos pérfidos su nombre; estando ante ella, su conducta puede decirse, que fué irreprensible. A esto parece debe atribuirse que, después de la toma de México, se opusiese á obsequiar los inicuos intentos de sus avaros compañeros de armas, cuando trataron de atormentar á los mismos soberanos de México, Acolhuacán y Tlacopan, para hacer que declarasen en qué parte habían escondido el tesoro, que regalado por Mocteuzoma á los mismos españoles, éstos, en su precipitada fuga, no habían podi-

do sacar del palacio de Axayacatl, que les sirviera de habitación durante su residencia en Tenochtitlán. Dª Marina fué también quizá causa de la indignación del mismo Cortés, luego que supo la crueldad del bárbaro tormento que al fin se hizo sufrir á aquellos monarcas.

Cooperó tan poderosamente á la conquista la Malitzin, que sin ella acaso no se habría logrado, ó hubiéranse tenido mayores obstáculos que vencer: "fué, dice Bernal Díaz del Castillo, gran principio para nuestra conquista, y así se nos hacían las cosas, loado sea Dios, muy prósperamente." Suavizaba ella, por una parte, el carácter español, y los atraía por otra aliados, haciéndolos parecer grandes: "é Dª Marina," son palabras del mismo autor refiriendo la separación de Cortés del lado de Mocteuzoma para ir á atacar á Narvaez, "como era muy avisada, se lo decía de arte que ponía tristeza en nuestra partida......" los hacía admirar de sus enemigos; animaba en los combates á los que peleaban con ellos; así en Tlaxcallan desanimado Juich Cempoalteca y medroso, huía ya temiendo por el éxito de la campaña, mas ella le reanimó pronosticándole la victoria, que en efecto se alcanzó, y la tributaba él después grandes elogios; y no sólo él, los mismos españoles, y al efecto oigamos uno que dice: "y digamos cómo Dª Marina con ser mujer de tierra qué esfuerzo tan varonil tenía, que con oír cada día que nos habían de matar y comer nuestras carnes, y habernos visto cercados en las batallas pasadas, y que ahora todos estábamos heridos y dolientes, jamás vimos flaqueza en ella, sino muy mayor esfuerzo que de mujer:" descubría los planes que se formaban para destruirlos, como en Cholula, de cuyo hecho he hablado ya: suavizaba las palabras ásperas de los mismos españoles que proferían ante personas temibles por su poder, ó que por su gerarquía debían ser acatadas, como en Mèxico cuando se trató de reducir á Mocteuzoma á prisión, supo dulcificarle las voces depresivas y denigrantes á la autoridad real con que se expresaron los osados capitanes de Cortés: ella, en fin, era conducida por el amor, cuyo idioma es uno mismo entre todos los hombres.

Fué su afecto á Cortés tan extremado, que hallándose en su viaje á Honduras el año de mil quinientos veinticuatro, en Tabasco, adonde por llamamiento del mismo Cortés hecho á los indios de las cercanías, se presentaron su madre y hermano entre otros (su padrasto había ya muerto en esta época), sobrecogidos de temor luego que la conocieron, ella les dijo: "que Dios le había hecho mucha merced en quitarle de adorar ídolos agora, y cristiana, y TENER UN HIJO DE SU AMO Y SEÑOR CORTÉS, y ser casada con un caballero como era su marido Juan Xaramillo: que aunque la hicieran cacica de todas cuantas provincias había en la Nueva-España, no lo sería, que en más tenía servir á su marido é á Cortés que cuanto en el mundo hay: y esto, continúa Castillo autor de esta relación, se lo oí muy certificadamente, y se lo juro, amen."

Podría echársele en cara á mi heroina que hiciera mérito de sus amoríos con Cortés, en desprecio de una religión pura y santa en el mismo momento que blazonaba de haberla abrazado, y más se la culpara atendiendo á que aun en el culto mexicano estaba condenado el adulterio; pero debe, antes de ser juzgada, considerarse en las circunstancias de la época, y también ha de fijarse la atención en sus propias expresiones, que de ninguna manera la presentan criminal. En ese tiempo, los mismos conquistadores que PROPAGABAN la religión evangélica, no tenían escrúpulo el más mínimo en hacer uso de las mujeres indígenas sin unirse á ellas en matrimonio; ni podría esperarse otra cosa de la soldadesca, gente, por lo común, sin principios morales ni políticos, que no tiene más leyes que la ordenanza, que sólo reputa crimen la violación de ésta, principalmente en casos como el de los conquistadores, en que los jefes tienen que tolerarle las mayores faltas por mantenerla grata; y sin salir de la historia de la conquista, ella nos suministra una prueba evidente de esto en la sangrienta carnicería hecha por orden de Alvarado; acción imprudente á la vez que impolítica, que pudo haber costado caro á su autor, á no llegar tan á tiempo Cortés, quien ni la más leve reprensión hizo á Alvarado temeroso de perderle. Respecto de tomar á las indias, tenemos como ejemplo al mismo Alvarado, al que como hemos dicho, le fué dada la hija de Xicotencatl que por ser hermosa y de bellas prendas no rehusó admitir, y en la que después de bautizada con el nombre de Luisa, tuvo algunos hijos: otro tanto sucedió con los demás capitanes y soldados, y el mismo Bernal que dice: "y era tan bueno (Mocteuzoma) que á todos nos daba joyas, á otros mantas É INDIAS HERMOSAS. Y como en aquel tiempo era yo mancebo, y siempre que estaba en su guarda ó posada delante de él, con grande acato le quitaba mi bonete de armas, y aun le había dicho el paje Orteguilla que vine dos veces á descubrir esta Nueva-España primero que Cortés, é yo le había hablado al Orteguilla que LE QUERIA DEMANDAR Á MOCTEZUMA QUE ME HICIESE MERCED DE UNA INDIA HERMOSA: y como lo supo el Mocteuzoma, me mandó llamar y me dijo: Bernal Díaz del Castillo, hánme dicho que tenéis motolinea de oro, y ropa, YO OS MANDARÉ DAR HOY UNA BUENA MOZA, TRATADLA MUY BIEN, QUE ES HIJA DE HOMBRE PRINCIPAL...... y entonces, continúa más adelante, alcanzamos á saber que las muchas mujeres que tenía por amigas casaba dellas con sus capitanes ó personas principales muy privados, y AUN DE ELLAS DIÓ Á NUESTROS SOLDADOS, Y LA QUE ME DIÓ Á MI ERA UNA SEÑORA DE ELLAS, Y BIEN SE PARECIÓ EN ELLA (esto es, tuvo BUEN GUSTO EN ELLA,) QUE SE DIJO DOÑA FRANCISCA." Y teniendo los indios á la vista tales ejemplos de sus propios maestros, no podían exigirles mejor conducta; cuando para cometer cualquier empresa los españoles invocaban el auxilio del cielo, celebrando el sacrificio incruento de la víctima sin mancha, y no se retraían, sin embargo, de la liviandad, sus discípulos no debían mirar ésta como delito.

Por otra parte, la conducta de Dª Marina no era con-

traria á sus leyes y costumbres patrias. Observábase por éstas entre los pueblos aztecas, que luego que un joven se hallaba en edad núbil, podía, queriendo, tomar mujer sin desposarse con ella, en cuyo caso no estaba obligado á obtener el consentimiento paterno; pero inmediatamente que tenía un hijo en ella, los padres de ésta le requerían para que la hiciese su mujer legítima, ó bien la volviese á su familia, á fin de darle un marido honrado: si se decidía por el primer extremo, se efectuaba el matrimonio, que no tenía otra solemnidad legal que el consentimiento mutuo; mas en caso contrario, los padres de la joven se la llevaban á su casa sin poderse ya unir á otro, sino previa la aprobación paterna, y precisamente en matrimonio: otro tanto sucedía respecto del varón queriendo tomar otra mujer. Estas eran las disposiciones legales de los pueblos antiguos del nuevo continente, en los que por las costumbres era lícito el concubinato. Estas mismas disposiciones eran tan fuertes en lo relativo al adulterio, que á pesar de lo mucho que se economizaba la pena de muerte, tenía lugar en este delito, aplicándose, como siempre que debía hacerse, por el consejo supremo erigido en tribunal y presidido por el rey. No eran, por otra parte, más puras en este particular las costumbres europeas, cuando prohibiéndose á los eclesiásticos el matrimonio á fin de que no se distrajeran del ministerio divino con los negocios familiares, se decía que les estaba permitido el concubinato que toleraron las mismas leyes hasta el Concilio de Trento, que celebrado por los años de quinientos cuarenta y nueve y cincuenta, es decir, veintinueve ó treinta después de la conquista, cortó de raíz este abuso, y los que se cometían á cada paso por la clandestinidad del matrimonio. Además, Dª Marina hacía alarde de tener un hijo de Cortés, pero lo tuvo antes de haberse ella casado. Lo único que podría deducirse de las expresiones de Dª Marina es, que no recibió México la religión en toda su pureza y candor, lo que serviría para reprender á los conquistadores, que la transmitieron acompañada de la corrupción europea.

Eran tan íntima la unión de Cortés y Dª Marina, que de los mismos indios era conocida, y tanto, que le daban el nombre de Malinche (Malintzin,) asegura Castillo, al dirigirle la palabra, lo que equivalía á llamarle capitán de Malintzin. De este modo se expresó Xicotencatl cuando en nombre de la república de Tlaxcallan aceptaba la paz que aquel la ofrecía, y le presentaba el dón de trescientas mujeres que el conquistador rehusó, pretextando que su religió le impedía tener más que una siendo ya casado en España con una señora principal; sin embargo, por no ofenderlos, pudiendo parecer que los desairaba, recibió algunas que le instaron tomara para el servicio de la Malintzin, y además otras que repartió á sus soldados. Los embajadores de Mocteuzoma, en las diversas embajadas que de este monarca recibio Cortés, le dieron un trato semejante al de Xicotencatl, es decir, le llamaron de la misma manera que este respetable y distinguido senador, y no de otro modo lo hizo el mismo emperador en todo el tiempo que se comunicaron, que fué hasta su muerte.

No abandonó Cortés á la Malintzin ni en las circunstancias más azarosas. Cuando en el tumulto de los mexicanos quiso que se asomara Mocteuzoma, á fin de que con su presencia y perorándoles se contuvieran, por obsequiar sus deseos la Malintzin, apareció con intrepidéz y serenidad delante del peligro, que fué tal, que el mismo monarca resultó de alli lastimado, y tan gravemente, que á consecuencia de la herida, aunque no como única causa, espiró á muy pocos días. En el ataque que dieron dentro de la capital los mexicanos á los españoles; en la precipitada fuga de éstos de Tenochtitlán, después del fallecimiento del infeliz soberano; en el prolongado sitio de esta misma ciudad, siempre se encontró á Dª Marina cerca de Cortés, hasta concluída la conquista. La única vez que pudo haberla dejado, así lo exigían las circunstancias, fué cuando tuvo que marchar á combatir á Narvaez; más aun en esta ocasión, á pesar de que como dicen los historiadores, procuró ir á la ligera sin llevar consigo á las mujeres, no se separó por esto de su Marina, como que ella le comunicaba movimiento en todas sus empresas; así que. le acompañó en ésta, quedándose á poca distancia con el bagaje en Cempoallan.

Grande fué su gozo cuando después de haber salido de México huyendo de la persecución, y aun antes de haberse restablecido de la fuga, descubrió que había logrado escapar salva Marina. No fué menos el placer que experimentaron los soldados españoles, como lo manifiesta un testigo ocular que representaba en la misma escena. "Olvidado me he, dice, de escribir el contento que recibimos de ver viva á nuestra Dª Luisa, hija de Xicotencatl, y NUESTRA DOÑA MARINA, que las escaparon en las puentes unos de Tlaxcallan, que eran hermanos de Dª Luisa, que salieron de los primeros, y quedaron muertas todas las demás Navorías que nos habían dado en Tlaxcallan y en México, allí quedaron en las puentes con las demás."

Ni fué menor el regocijo que causó á los mismos indios, pues de los tlaxcaltecas, "¡qué fiesta, dice el mismo autor, y alegría mostraron con Dª Marina y Dª Luisa, cuando las vieron en salvamento!"

Concluída la conquista, Cortés casó á Dª Marina con Juan Xaramillo á quien tocó, en la distribución que se hizo de terrenos, una parte de Xilotepec. Si Xaramillo no fué uno de los capitanes que más se distinguieron porque se ha escrito de él muy poco, no fué por cierto de los que menos parte tomaron en las empresas de Cortés, se halló con éste en sus principales excursiones, y le acompañó en los pasos más arriesgados. Cuando tuvo que combatir á Pánfilo de Narvaez, Xaramillo llevaba el tercero ó cuarto lugar entre los jefes de la vanguardia; en colocación semejante se encontró en la armada dispuesta para el sitio de México; en el viaje á Honduras de Cortés, de que llevo hecha mención, fué en su compañía, y así en otros

encuentros y ataques del célebre capitán. El trato frecuente que la circunstancia de acompañar á Cortés proporcionaba á Xaramillo y Dª Marina, engendró en ellos el amor que dió por último resultado su matrimonio. Acaso Cortés se habría unido á ella con este vínculo si no lo estuviera de antemano á otra. Parece que con ocasión de haber terminado lo más riesgoso de la conquista, Cortés se vió obligado á hacer venir á Nueva-España de la Habana, á su esposa, y por consecuencia, á suspender el trato ilícito que hasta entonces había tenido con Dª Marina; de otra suerte quizá no se habría ella casado.

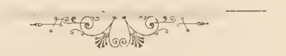
Durante sus relaciones con Cortés y á virtud de ellas tuvo un hijo que se llamó Martín, conservando el apellido de su padre. El rey de España le consideró mucho, y le condecoró con títulos y distinciones honoríficas. De él descienden los duques de Terranova y Monteleone, marqueses del Valle de Oajaca. En la capital y en gran porción de la Nueva-España poseía cuantiosas riquezas, y su casa fué una de las más poderosas del reino: hoy existe radicada en Italia, y á juzgar por el nombre de familia, nadie reconocerá que había tenido por raíz un Cortés, símbolo de la unión de México y España.

Genios turbulentos y maléficos persiguieron á D. Martín algunos años después de la conquista, por sospechas de conspiración; de esta manera correspondían las autoridades del virreinato á los trabajos de Cortés y de Dª Marina, que aumentaran considerablemente el brillo y la estimación de la corona de Castilla, y que les proporcionaran á ellas mismas un territorio inmenso donde extender su poder. D. Martín, pasado algún tiempo después de esta ocurrencia, en la que sufrió mucho, falleció, no sin dejar antes sucesión.

El último viaje en que parece acompañó Dª Marina á Cortés, que fué el que hizo á Honduras, estaba ya casada y sus relaciones con el conquistador habían cambiado de aspecto. Unido éste á su mujer Dª Juana Suarez, miraba aquélla con afición, es cierto, pero sólo la conservaba su aprecio y un amor puro y sincero. En este viaje se dejaron ver en Dª Marina una generosidad y una nobleza de espíritu inimitables; no conservaba animosidad contra sus parientes por haberla despojado de sus intereses, y privado de su señorío y del goce de su libertad; se contentó sólo, al verlos, con una ligera reprensión de que ya hablé en otra parte, y pidió además que se les conservase en la posesión de sus dominios.

Pasó Dª Marina con su esposo á la Península, en cuya corte fué tratada como una señora de distinción. Se halló colmada por el soberano, de honores en justa retribución de sus importantes y señalados servicios. No se sabe á punto fijo el año en que dejó de existir; sólo sí, que acaeció en España después de haber brillado como una de las primeras damas de la corte. De su matrimonio, en el que siempre mantuvo una amistad constante y firme hacia su esposo, dejó algunos hijos, á quienes pasó sus títulos, y que fueron el principio de las primeras casas de la Nueva-España, si se exceptúan las de los marqueses, del Valle, la de los Condes de Mocteuzoma, descendientes del segundo monarca de este nombre, y las de los señores de Ixtlilxochitl, últimos vástagos de la dinastía real de Acolhuacán. Aún hoy existen algunos restos de estas familias, y el nombre de Dª Marina se conservará indeleble, mientras no se borren del libro de los fastos del mundo los hechos de la conquista de la mejor porción del nuevo hemisferio.—Carlos M. Saavedra.

Diccionario Universal de Historia y Geografía. Apéndice. Tomo II, pág. 772. El Liceo Mexicano, I pág. 37.



CAPITULO XXVII.

MOCTEZUMA II.

MOCTEZUMA II.

Algunos pormenores sobre este monarca.—Su coronación. Recibe á Cortés.



EN la puerta principal de su palacio estaba su escudo de armas, que era el mismo de sus banderas y que han usado después sus descendientes: consistía en una águila arrojándose para hacer presa sobre un tigre.

El tambor de oro que usaba se llamaba, no se sabe porqué razón, Cuahuilocatzoque; la manta de color azul y blanco, xiuhtilmatli; el sello real era una rica piedra que portaba en el brazo, en la cual estaba esculpida la figura de su rostro. Azules eran sus cacles; el color azul era un regio distintivo. Al volver de la guerra cargaba el calabacillo de picietl ó tabaco, que usaban los valientes veteranos.

Desde el año de 1841, uno de nuestros primeros periódicos literarios, el "Mosaico Mexicano," (Tomo V pág. 118) habló de una hacha de armas perteneciente, ó por lo menos atribuída á Moctezuma II.

"Esta hacha militar del Emperador de México, que sería naturalmente el segundo de aquel nombre, al cual cupo la poca envidiable suerte de reinar cuando llegaron á este país los españoles, se dice haber sido recogida y guardada por éstos, cuando se hicieron dueños de esta capital, (de México) y sin duda enviada á España al Emperador Carlos V como una curiosidad apreciable y que vino á ser depositada en una colección de cosas curiosas en el Palacio imperial de Ambras, cerca de Inspruck en el Tirol. Cuando Bonaparte al frente de un Ejército francés invadió aquellos países en 1797, fué aquel gabinete removido á Viena, capital de Austria, en donde ahora forma la colección que tiene por nombre Ambras-Samlung, que es digna de particular atención.

"El hacha dícese ser de basalto de color verde con manchas blancas y se asemeja á las que se encuentran en Ohio y lugares adyacentes. Su mango está formado de una madera dura, y tiene cosa de una vara de largo: en su parte más gruesa hay una muesca en la que estaba la piedra, quedando allí asegurada con vueltas de cordel, del modo que aún se usa en las naciones incultas al Norte de la República para sus armas de hueso y de pedernal."

Los datos publicados por el "Mosaico" han sido confirmados después por nuevos estudios y claros dibujos; la estampa es mala; pero por fortuna para nuestra Arqueología se han publicado por el Sr. Ferdinand von Hochstetter las preciosas reliquias de la Ambraser Sammlung de Viena en 1884, con el título de Ueber mexikanische reliquien aus der zeit Montezuma's in der k.k. Ambraser Sammlung von Ferdinand von & (mit fünf tafeln und einer abbildung in texte—Vien, 1884.)

En esta publicación está bien reproducida la hacha de Moctezuma y el precioso estandarte de pluma, con el nombre de Facherformige Standarte aus der Zeit Montezuman's, la mejor reliquia que existe de este género en Europa.

Estandarte ó resplandor para la cabeza, este valioso artefacto perteneció á Moctezuma y debe figurar entre los objetos de mayor precio de su reinado.

Veamos como se verificó la coronación del último monarca, señor de treinta *señores*, de á cien mil vasallos, y de tres mil pueblos y lugares de menor importancia.

"X tochtli 1502. Terminadas las exequias de Ahuizotl, reuniéronse los doce dignatarios mexica que hacían de electores, juntamente con Nezahualpilli y Totoquihuatzin: asistían también los príncipes hijos de los reyes pasados, sin duda para exhibirse como candidatos. En la sala destinada á la reunión, había en el centro un gran brasero con fuego; al lado un recinto, un incensario, mucho copalli, las vestiduras reales, el vaso llamado *topixicalli*, y tres huesos agudos de tigre, de águila y de león. Tomó la palabra Nezahualpilli, como la persona de más gerarquía, ponderando la necesidad de la Nación para elegir nuevo emperador; respondióle el Cihuacoatl aprobando el discurso del aculhua y ofreciendo á la consideración de los electores las virtudes y merecimientos de los candidatos, de los cuales estaban presentes seis hijos del rey Axayacatl, y siete de Ahuitzotl, todos capitanes valientes distinguidos en la guerra, sin otros muchos de corta edad. Reparando los electores el valor de los candidatos, de común consentimiento eligieron á Motecuhzoma, hijo de Axayacatl, varón con todas las prendas necesarias para regir la monarquía. Publicada la elección, buscaron en la sala al agraciado y no encontrándole presumieron que por modestia se había retirado, por lo cual enviaron á llamarle con los nobles. Sabían éstos que era persona piadosa y recogida, por lo cual se dirigieron al templo de Huitzilopochtli, á una habitación que junto tenía para recogimiento, en donde lo encontraron en la humilde ocupación de barrer el pavimento. Encontrándole los nobles le hicieron reverencia, dijéronle su cometido y Motecuhzoma, humillándose también les siguió, entrando á la sala del consejo con paso mesurado y grave, el semblante sosegado y serio, mereciendo perfectamente su nombre de *señor sañudo*. (Durán.)

Sentado Motecuhzoma junto al brasero divino, se puso en pie el Cihuacoatl, dándole parte de la elección hecha en su persona; tomáronle en seguida por los brazos los dos reyes, Nezahualpilli y Totoloquihuatzin llevándole á sentar en la silla real, en donde le cortaron el cabello á la usanza de emperador, le horadaron la ternilla de la nariz, poniendo en ella el *acapitzactli*, piedra cilíndrica y delgada, le colocaron el bezote ó *tentetl* en el labio inferior, zarcillos en las orejas, las mantas y *maxtlatl* reales, ricos cactli en los pies, terminando el adorno con ponerle el copilli en la cabeza. En aquel arreo se dirigió al brasero divino, tomando el incensario y puesto copal incensó á los dioses, principalmente al del fuego, dando vuelta alrededor del fogón; con el hueso del tigre se sangró las orejas, con el del león los molledos y con el de águila las espinillas; después de lo cual tomó varias codornices sacrificándolas, arrancándoles las cabezas, rociando el fuego con la sangre. De allí se dirigió al gran teocalli á ejecutar los mismos sacrificios y ceremonias á los pies de Huitzilopochtli, terminando con el sacrificio sobre la piedra del Cuauhxicalli de los *cuacuauhtin* ó caballeros águilas. Llevado al palacio real y sentado en el trono, vinieron á saludarle los grandes, la nobleza, los mandones y las justicias de los barrios de la ciudad, el pueblo entero, dirigiéndole cada clase su arenga de felicitación. (Durán.)

Nezahualpilli le dijo: "La gran ganancia que ha alcanza- "do todo este reino, oh ilustrísimo mancebo, en haber mere- "cido que tú seas la cabeza de él, bien se deja conocer por "haberte escogido tan fácilmente y la alegría que mues- "tra en tu elección, y cierto con gran razón, porque está "ya el imperio mexicano tan grande y tan dilatado, que "para regir un mundo como este, llevar acuestas una carga "tan pesada, no se requieren menos consistencia y forta- "leza que la de tu firme y animoso corazón, ni menos re- "poso, saber y prudencia que la tuya. Y así digo, que el "omnipotente Dios ama á esta ciudad, pues les ha dado "lumbre para escoger aquello que á su reino convenía. "Porque ¿quién duda que un señor y príncipe que antes de "reinar sabía investigar los nueve dobleces del cielo, ago- "ra con la ocasión del reino, tan vivo sentido no alcanzará "las cosas de la tierra, para acudir al remedio de su gen- "te? ¿Quién dudará que el gran esfuerzo que siempre has "mostrado en casos de grande importancia, antes de tener "tanta obligación, te ha de faltar agora? ¿Quién dudará "que en tanto valor ha de faltar remedio al huérfano y á "la viuda? ¿Quién no se persuadirá que ha llegado ya es- "te imperio mexicano á la cumbre de la autoridad, pues te "comunicó el Señor tanta, que en sólo verte la pones á "quien te mira? Alégrate pues, ¡oh tierra dichosa! pues "que te ha dado el Señor de lo creado un príncipe que se- "rá tu columna firme en que estribes, padre, amparo y más "que hermano de los tuyos en la piedad y misericordia: "regocíjate con gran razón, que no tomara ocasión con el "estado de regalarse y estarse tendido en el lecho ocupado "en vicios y pasatiempos, antes al mejor sueño se sobre- "saltará su corazón, quedando desvelado con el cuidado "que de ti ha de tener y el más sabroso bocado de su co- "mida no sentirá suspenso con el cuidado de tu bien. Mi- "ra pues si con razón te digo que te alegres y alientes, oh "reino dichoso, y tu generosísimo mancebo, poderoso se- "ñor nuestro, pues el Creador de todos te ha dado este "oficio, el que en todo el tiempo pasado ha sido tan liberal "contigo, ten confianza que no te negará sus mayores do- "nes en el estado que te ha dado, el cual sea por muchos "años buenos." Estuvo el rey Motecuhzoma á esta oración muy atento, la cual acabada se enterneció tanto que acometiendo á responder por tres veces no pudo. Y así limpiándose las lágrimas y reportándose lo más que pudo, dijo brevemente: "Harto ciego estuviera yo, oh buen rey, "si no viera y entendiera, que las cosas que me has dicho ha "sido puro favor que me has querido hacer, pues habiendo "tantos hombres tan nobles y generosos de este reino, "echaste mano para él del menos suficiente, que soy yo. Y "cierto que siento tan pocas prendas en mi para tan arduo "negocio, que no sé qué me haga, si no es acudir al Señor "de lo creado que me favorezca y suplico á todos los pre- "sentes me ayuden á pedírselo y suplicárselo." Y diciendo

estas palabras tornó á enternecerse y á llorar. (Códice Ramírez, MS.) Dadas las gracias á todos, Motecuhzoma se retiró á los apesentos interiores; los señores se fueron á sus provincias respectivas.

Motecuhzoma tomó el apellido de Xoyocotzin, (*xocoyotl*, hijo ó hija menor ó postrera, de donde proviene nuestra palabra *socoyote:* lleva unida la partícula reverencial *tzin*) para distinguirse del primero el Huehue ó Ilhuicamina. Al subir al trono contaba treinta y cuatro años de edad (Tezozomoc), y debió haber nacido hacia el II tecpatl 1468. Había sido soldado, subiendo por sus hazañas al grado de Tlacochcalcatl; después su piedad le llevó al sacerdocio y á la sazón de su nombramiento era pontífice. Vivía de ordinario recogido en un *calpul* ó casa junto al teocalli de Huitzilopochtli, creyendo el pueblo que se comunicaba con el dios, teniendo con él frecuentes comunicaciones. Grave, reposado, por maravilla se le oía hablar, y cuando en el consejo soltaba la voz, su parecer era cuerdo y atinado (Torquemada). Su carácter debía constar de los elementos constitutivos del guerrero y del *tlamacazque.* Justiciero, inflexible en sus determinaciones, incapaz de sufrir contradicción; amigo del orden y de la limpieza; gran recompensador de los servicios civiles y militares, enemigo del ocio, perseguidor constante de la vagancia y la flojera, severo y cruel haciendo cumplir sus mandatos. Tan buenas prendas, que le hubieran hecho un gran rey, estaban mezcladas con un orgullo fuera de medida y una superstición ciega y brutal.

El alto puesto á que se vió encumbrado, produjo en el ánimo de Motecuhzoma profunda revolución. Cuando se vió el primero del estado civil, por ser emperador; el primero en la religión, como pontífice amado y en comunicación con los dioses, dando rienda suelta al orgullo, se creyó no sólo superior á los demás mortales, sino de clase diversa y aun divina. La idea fundamental de aquellas instituciones, que era la unidad civil y religiosa, por aquella causa tomó en las manos del nuevo rey las últimas proporciones, y saliendo del límite de lo racional y de lo justo, entrara en el dominio de los extravíos de la humanidad: el gobierno político asumió la forma de un despotismo insensato, el monarca se convirtió en un dios. En efecto, para que Ahuitzotl tomara asiento entre los númenes del imperio, fué necesario que muriera; Motecuhzoma no esperó el término de una época incierta, haciendo le tributaran en vida los honores divinos. (Orozco y Berra III, cap. IX, páginas 428 á 432.)

Cómo recibió Moctezuma á Cortés á la entrada de Tenochtitlán:

Arrimados á las paredes, en orden procesional, venían hasta doscientos señores muy principales, con ricos y galanos trajes si bien ellos descalzos por estar en presencia del emperador. Los seguía por medio de la calle Motecuhzoma, cargado en riquísimas andas en hombros de sus nobles; cuando le pareció, apeóse de las andas; cuatro señores le cubrieron con un palio "muy riquísimo á maravilla, y la color de plumas verdes con grandes labores "de oro, con mucha argentería y perlas y piedras chalchihuis, que colgaban de unas como bordaduras, que hubo mucho que mirar en ello" (Bernal Díaz). Vestía lujosamente, llevando á los pies un calzado con suelas de oro; precedíanle tres personas como heraldos, una en pos de otra, con una vara de oro á manera de cetro, levantada en señal de acercarse la majestad; sosteníanle para andar, por el brazo derecho Cacama, señor de Texcoco, por el izquierdo Cuitlahuac, señor de Itztapalapan, siguiéndoles los señores de Tlacopan y Coyohuacan: por delante, criados y pajes de dos en dos limpiaban el suelo de piedras y pajas y tendían mantas ricas al paso, pues el monarca desdeñaba tocar la tierra con los pies. Sólo los cuatro reyes ó parientes que le llevaban de cerca le veían el rostro, todos los demás iban con la cabeza baja, con mucho acato y compostura.

Al descubrir D. Hernando al monarca, se apeó del caballo, y con la inseparable Marina al lado, se adelantó, quitóse la gorra y saludó á la usanza española; Motecuhzoma y los dos príncipes acompañantes se inclinaron reverentes hasta tocar la tierra con las manos. Por fin estaban en presencia el sacrificador y la víctima. Un mundo de pensamientos debieron cruzar por la mente de aquellos cuatro hombres, á quienes unido Cuauhtemoc observando algo distante, formaban el compendio del gran drama de la conquista; miradas de distinto género debieron chocarse entre el altivo D. Hernando, el cuitado Motecuhzoma, el débil Cacamatzin y Cuitlahuac el intrépido y enconado enemigo de los blancos. Cortés y Motecuhzoma se saludaron cortesmente, dándose mutuos parabienes por haberse encontrado; la pretensiosa Marina tendió su mano derecha para saludar á su vez, mas el monarca la rechazó ofreciendo su mano á Cortés; éste se quitó entonces un collar que al intento traía prevenido, "de unas piedras de "vidrio que ya he dicho se llaman margajitas, (Cortés) "que tienen dentro muchos colores é diversidad de labores, y venía ensartado en unos cordones de oro con almizcle porque diesen buen olor, y se lo echó al cuello al "gran Montezuma; y cuando se lo puso le iba á abrazar, "y aquellos grandes señores que iban con el Montezuma "detuvieron el brazo á Cortés que no le abrazase; porque "lo tenían por menosprecio." (Bernal Díaz) Terminados aquellos cumplidos, Cuitlahuac se quedó para acompañar á D. Hernando, mientras Motecuhzoma con Cacama dió la vuelta á volverse por donde había venido; los nobles del cortejo se acercaron entonces para hacer su acatamiento á Cortés. Poco adelante un servidor trajo al emperador dos collares; detúvose éste hasta que le alcanzó el general, el cual los puso al cuello. "Eran hechos de huesos de "caracoles colorados, que ellos tienen en mucho, y de cada collar colgaban ocho camarones de oro, de mucha perfección, tan largos casi como un geme (Cartas de Relac. "pág. 80)."

Jamás había sido recibido en México con tanta distin-

ción príncipe ni rey; el pueblo estaba espantado con tanta ceremonia; nunca el orgulloso monarca había sido tan reverente, ni aun con los mismos dioses. No aparecía la muchedumbre por la calle en que iba el emperador, mas pasado éste salía á considerar á los blancos, y las azoteas y todo estaba cubierto de curiosos, ávidos de gozar de tan nuevo espectáculo. Maravillados decían los unos: "Dioses deben de ser éstos, porque vienen de donde el sol nace," otros observaban: "Estos son los que han de mandar y señorear nuestras personas y tierras, pues siendo tan pocos, son tan fuertes que han vencido tantas gentes. (Herrera)."

(Orozco y Berra, Tomo IV, capítulo II, páginas 270 á 272).



CAPITULO XXVIII.

CUAUHTEMOC.

CUAUHTEMOTZIN.

HAY nombres que no se pueden pronunciar sin que se sienta en el acto una secreta emoción; mezclándose á la reminiscencia de los hechos consumados, un indescribible placer y un sentimiento melancólico y profundo; nombres venerados por su prosperidad, sacratísimos ante los siglos que pasaron y que se han de suceder; nombres divinizados por las generaciones, que tienen un templo y un altar en el corazón de la humanidad, rindiéndole culto ese propio corazón: tal es el nombre del héroe con que encabezamos estas líneas.

¡Cuauhtemotzin! pronunciaron los aztecas, muy avanzado el primer tercio del siglo XVI: ¡Guatimozin! repitieron los rudos é intrépidos conquistadores de Anáhuac: ¡Cuauhtemoc! siguieron nombrando las desgraciadas familias de la raza conquistada y ¡Cuauhtemotzin! será el glorioso nombre que proferirán las venideras generaciones; porque este nombre se halla grabado con diamantinas letras en el santo alcázar de la inmortalidad.

Grande, como la grandeza; valiente como el valor, y patriota como la patria misma, legó á sus pósteros su abnegación, su constancia, su fe, sus tormentos y su desgraciado fin, para que aprendiésemos en sus acciones lo que el hombre debe ser con su tierra natal.

El último vástago de los tlaltelolcas; el descendiente augusto de Ahuitzotzin, cuyos progenitores fueron Mixcohuatl, Quaquahpitzahuac, Tlacateotzin Quauhtlatehuatzin y Moquihuix, el sustentador de la defensa de Tenochtitlán, el competidor de Cortés y el que por setenta y cinco días luchó sin tregua y sin descanso contra el poder de 260,000 hombres, es la figura gigante de que nos vamos á ocupar.

Cuauhtemotzin, nació por los años de 1495 á 1496, según deben presumirse de la corta edad que tenía al ocupar el trono mexicano. Educado bajo las severas reglas que los aztecas tenían para la instrucción religiosa, civil y militar de la juventud, dió desde la pubertad las inequívocas pruebas de la firmeza de su carácter, de la rectitud de sus principios, de la intransigencia de su fe y de su indomable valor; los hechos posteriores á esa edad de placer y de dicha, de esa edad de ilusiones y esperanzas, vinieron á confirmar lo que debía esperarse del postrero de los tlaltelolcas.

No se puede recordar esta parte de la historia sin que palpite el corazón; no se pueden tocar los luctuosos días de la conquista, sin que se conmueva el espíritu, angustie el alma y se oprima la inteligencia; no se pueden leer esas páginas de la historia trazadas por los propios y los extraños, sin que el calor de la sangre invada el rostro y lo colore, y no se puede mirar ese cuadro de sangre, de aniquilamiento, de muerte y luto, sin que involuntariamente se escape un grito de maldición, por más que sean los bienes que nos haya producido la conquista.

Muerto Cuitlahuatzin, señor de Ixtapalapan, general del ejército mexicano y sucesor de Moctezuma II, del que era hermano, vino al poder Cuauhtemotzin contrayendo matrimonio con la princesa Tecuichpotzin prima suya, hija de Moctezuma y viuda del monarca Cuitlahuatzin.

Desde que el joven príncipe ocupó el sólio de sus mayores, todo fué para él trabajos y fatigas, desengaños y lucha en lugar de las dulzuras y goces reservados casi siempre á la dignidad real.

A los 25, ó 26 de su edad, según la opinión común de los historiadores, entró á regir los destinos de su patria, pero su trono estaba erizado de dificultades, rodeado de decepciones, asestado por el engaño y la traición y combatido por extranjeros ambiciosos de oro y de gloria; porque tal era el espíritu de la época, el torrente del siglo, la enseña de la edad.

La peste de viruelas y la guerra sostenida contra los aventureros y sus aliados, había diezmado la población de Tenochtitlán, las provincias tributarias, unas, no habían cubierto el contingente y otras, se habían revelado contra el imperio y aliádose con el enemigo invasor; la miseria y el hambre se hacían sentir por todas partes; el desaliento para sostener la lucha extendía su maléfica influencia, y el pánico de momento en momento se apoderaba aun de los más valerosos y esforzados capitanes; el temor teocrático se transmitía de gente en gente y llegó á imperar el absurdo pensamiento de que los conquistadores eran invencibles y superiores á todo poder humano.

El desgarrador llanto de los hijos y de las esposas, el lúgubre lamento de los ancianos, la vacilación del guerrero, el desconcertado rostro del sacerdote y la sombría flaqueza de la muchedumbre, formaban un cuadro desconsolador y funesto, capaz de arredrar al espíritu más fuerte: cualquiera hubiese retrocedido de espanto al considerar una situación insostenible: cualquiera hubiera abandonado esa situación y aceptado la paz á mucho ó poco precio al considerar que todo estaba perdido; pero Cuauhtemoc como los genios de la fuerza y del valor no se amilanó ante el sombrío panorama que le presentaba su patria, antes bien se dispuso á triunfar ó á recibir una muerte gloriosa en defensa de la soberanía é independencia nacional.

Había nacido para vencer las dificultades, para triunfar en la lucha, para ceñir la corona de la gloria póstuma y llevar en sus manos las palmas de la victoria; mas en el gran libro del destino de las naciones estaba escrito el atropello y la conquista; había sonado la hora de la caída del imperio y tenía que consumarse el hecho; era forzoso que á los sangrientos sacrificios y á las hecatombes producidas por la idolatría y la barbarie religiosa, se sucediera el madero santo de la redención como el consuelo de la humanidad doliente. Era preciso que los apóstoles del cristianismo matasen los sacrificios humanos y más tarde la conquista armada, para que triunfara la humanidad, para que pudiesen derramarse las dulzuras y el consuelo, la mansedumbre y la caridad, la misericordia y la paz del evangelio; porque, dicha sea la verdad, los primeros religiosos franciscanos, domínicos y agustinos, fueron los ministros de Dios, los ángeles de la templanza, los cariñosos y tiernos padres de los vencidos y los profundos sabios, cuyos brazos estuvieron siempre abiertos para los desgraciados y los oprimidos: ellos, también se hicieron inmortales.

Celebrada la alianza entre Cortés y los señores de Huexotla, Coatlinchan y Atenco y colocado en el trono texcocano á Ixtlixochitl, aunque contra el torrente de la voluntad de la nobleza de esta poderosa nación, los enemigos de la gran familia mexicana se multiplicaron; se hacinaron más y más los elementos del desastroso asedio á Tenochtitlán y las deidades funestas de la destrucción y la muerte, se prepararon para caer segunda vez sobre la ciudad de los palacios y de los teocallis, á aniquilarla y demolerla.

Cuauhtemoc por su parte, se aprestó á la defensa; infatigable y celoso de conservar el rico tesoro que se le confiara al subir al poder, animó á los desalentados, consoló á los huérfanos y á las viudas, socorrió á los necesitados, atendió á los heridos y á los enfermos, calmó el temor de los sacerdotes, abasteció en cuanto pudo de víveres la ciudad, recibió algunos aliados, aunque pocos, que vinieron en su auxilio y como el hombre de las esperanzas y de la salvación patria, levantó el decaído espíritu público é hizo renacer la confianza y el amortiguado valor de sus guerreros. ¡Cuantos afanes, cuantos sacrificios estériles! Estaba incrustada en el débil corazón de las masas la supersticiosa creencia de que unos hombres venidos de allende el Oriente, debían triunfar y apoderarse del país, y esta estúpida creencia inoculada por los que malamente se llamaban intérpretes de los dioses, había preparado la simiente y su fruto, y no se podían cosechar más que espinas y abrojos en la patria de los aztecas.

El 28 de Diciembre de 1520 salió de Tlaxcallan el inolvidable Cortés, porque hay que hacerle justicia á su genio y su valor, y llegado el postrero día del mes y año á Texcoco, hizo sus aprestos para realizar el asedio de la ciudad cuyos habitantes le habían hecho derramar dolorosas lágrimas en la terrible jornada de la noche triste.

Destacó una parte de sus fuerzas á destruir á Ixtapalapan, cuyos habitantes rompieron los diques del lago, inundando la ciudad las aguas, y exponiendo á los contrarios á perecer en ellas; pero los nuevos esfuerzos de los hijos de México, las acertadas medidas defensivas del monarca de los adoradores de Huitzilopochtli, las más felices concepciones del emperador azteca, se estrellaban ante la intriga y la traición, porque cuanto mayores eran sus afanes y sacrificios en pos de la defensa nacional, tanto mayor eran las inicuas alianzas y confederaciones con el enemigo común: así es que, principiado ya el sitio se acomodaron con los invasores los habitantes de las ciudades de Mizquic, Otompan, Chalco y otras que vinieron á coadyuvar el elemento aniquilador, y servir de ayuda en el transporte de los materiales y piezas preparadas en Tlaxcallan para la construcción de los bergantines que en las aguas de Texcoco y Chalco debían surcar y contribuir á la destrucción de la ciudad de los césares aztecas.

Imposible es concebir tanta infamia y tanta maldad, si no se atiende á que cansados los pueblos aliados de sufrir las esacciones, los ultrajes, la invasión perpetua

de sus sagrados derechos, las vejaciones de todo género y la más espantosa tiranía de Moctezuma II y sus predecesores, ansiaban por su salvación, por su soñada libertad, por su venganza; porque los déspotas y los tiranos, tienen, como todo en este mundo, un HASTA AQUÍ y ¡hay entonces de los opresores! porque, ó son arrastrados por el furor popular ó espían sus iniquidades en el cadalso; pero CUAUHTEMOC era la víctima sin ser el culpable.

Comprendió Cortés en su primera tentativa contra Iztapalapan, que por entonces no era posible vencer, y se contentó con dirigir sus huestes por XALTOCAN, QUAUHTITLÁN, TENAYOCAN y ATZCAPOTZALCO, hasta penetrar en la corte de TLACOPAN, después de diversos combates más ó menos sangrientos; y situado en esta corte, sus fuerzas llegaron á penetrar hasta las cortaduras en que tantos y tantos perecieron la NOCHE TRISTE; mas siendo infructuosas todas sus estrategias, y embates, se tornó á Texcoco y cambió repentinamente de táctica proponiendo á CUAUHTEMOC la paz, á trueque de que se reconociese la soberanía del monarca español, como lo había efectuado Moctezuma y la nobleza mexicana.

Pero el joven emperador desoyó la propuesta y enviando nuevas y más numerosas tropas contra Chalco, hizo comprender á su adversario que no había medio alguno de avenimiento; que su resolución era irrevocable y que la disyuntiva para ambos era la MUERTE Ó LA VICTORIA.

En esta alternativa y habiendo recibido Cortés el mensaje de sumisión de algunas ciudades de la costa del Seno mexicano, tales como Nauhtlán, Tuzapán, y Mecatlzingo, abandonó nuevamente la corte de Acolhuacán se dirigió por Tlalmanalco y Chimalhuacán á CUAUHNAHUAC (Cuernavaca) la que conquistó, dirigiéndose en seguida sobre Xochimilco, cuya plaza tomó á viva fuerza; mas tuvo que abandonarla sin embargo de la señalada victoria adquirida sobre las fuerzas enviadas por CUAUHTEMOC en auxilio de la ciudad.

En tal situación que prolongaba la campaña, se determinó á practicar un minucioso reconocimiento, y tomando á Coyohuacan, examinó atentamente los caminos, las alturas, y las orillas del lago, y pasando por Tlacopan, Tenayucan, Quauhtitlán, Citlaltepec y Acolucan, se tornó á Texcoco para terminar sus aprestos de asedio en toda forma.

El 28 de Abril de 1521 y después de una misa solemne y tomar los españoles la comunión, fueron bendecidos y botados al agua los bergantines que debían servir más tarde en los lagos y canales, pasando Cortés una revista á sus tropas halló que contaba con poco más de 900 infantes, 86 caballos, 3 cañones de grueso calibre, quince de menor y el suficiente parque para las dos armas.

Practicadas estas operaciones navales y militares envió sus mensajeros á Tlaxcallan, Cholula, Huetzotzingo, Cuauhnahuac, Yacapichtla y otros puntos para que en el acto le enviasen todas las fuerzas de que pudieran disponer, llegando á reunir más de 200,000 hombres.

Con este numeroso ejército, creyó que podía ya dar principio al asedio, y dispuso el 20 de Mayo, que Alvarado se situase en Tlacopan, Olid en Coyohuacan, encomendando á Sandoval la vigilancia sobre Iztapalapan, y dando á cada jefe su respectivo cuerpo de ejército, se reservó el mando de los bergantines.

El 30 del mes citado y al ocupar sus puestos Alvarado y Olid, rompieron el acueducto de Chapultepec para que careciesen de agua los sitiados; entre tanto Cortés con sus naves y Sandoval con su cuerpo de tropas, por tierra, atacaron á Iztapalapan, tomaron á viva fuerza el punto militar llamado XOLOC, situado en la confluencia de los caminos de Coyohuacan á Iztapalapan, y allí se fijó el cuartel general para desenvolver el resto de las operaciones bélicas sobre la ciudad.

Entonces recibió el caudillo conquistador el auxilio de 70,000 hombres, 50,000 texcocanos á las órdenes de IXTLIXOCHITL y 20,000 xochimilcas y otomies que se confederaron con los primeros para ayudar á la obra de la destrucción del imperio mexicano.

Todo llegaba al conocimiento de CUAUHTEMOC; mas este parecía no temer ni á la fuerza numérica de los aliados sus enemigos, ni á la superioridad de las armas españolas porque dió principio á una serie de ataques, hasta cierto punto temerarios, en la creencia de que un triunfo de sus armas sobre los invasores, haría cambiar la marcha de los aliados en favor de los conquistadores, y que éstos sufrirían una terrible decepción y un desengaño.

CUAUHTEMOC, que no había estado ocioso durante las correrías de sus adversarios, contaba con numerosísimas fuerzas que en Marzo, Abril y parte de Mayo le habían llegado en auxilio, así como elementos de boca y guerra para hacer frente á las emergencias del asedio; pero el conquistador envió seis bergantines á la parte del lago entre Tlacopan y Tepeyacac con objeto de impedir la introducción de víveres y nuevos resfuerzos á la ciudad.

Las operaciones militares de los sitiadores consistieron en avanzar su infantería y artillería por sus calzadas, mientras los bergantines y canoas se introducían por las acequias y canales hasta casi el centro de la ciudad: mas acosados los unos y los otros por los heroicos defensores de la plaza, que columna en masa se arrojaban sobre el enemigo en las calzadas, y ocupadas las alturas desde donde batían á los de las naves, los sitiadores tenían que retroceder y conformarse con incendiar y saquear algunas casas de los suburbios, teniendo que abrirse paso por entre las masas para evacuar los puntos hasta donde habían logrado penetrar.

En estos momentos de angustia, de fatiga y de horrenda carnicería, se dejaba ver en todas partes el denodado emperador azteca, por todas partes se oía el nombre de CUAUHTEMOC, y á su presencia y su voz se redoblaban los esfuerzos, renacía la confianza y los combatientes defensores creían infalible su victoria. ¡Vana esperanza! pero la lucha tomaba creces y el soberano no desmayaba en

su propósito. En uno de estos diarios encuentros fué herido Cortés en una pierna y aun hubiera muerto si no hubiere sido la consigna hacerlo prisionero vivo para sacrificarlo á sus dioses, como lo fueron otros españoles cuyas cabezas arrojaron los sitiados desde las alturas á los sitiadores.

Los combates en el lago entre los bergantines y las canoas de los sitiados eran sin intermisión: aunque muy lentamente y palmo á palmo, la ciudad se iba perdiendo para los sitiados: mas Cortés quería consumar su comenzada obra y propuso segunda vez al emperador la paz, la que también fué rehusada no obstante el parecer de la nobleza; porque Cuauhtemoc se había propuesto ó triunfar ó morir en la demanda, sin embargo de no contar ya el desventurado monarca con más auxilio, y sí con la defección terrible de todas las ciudades del Valle, y la participación en la guerra de exterminio de las poderosas naciones de los totonacos, mixtecos, otomíes, tlahuicas, cohuixcas, matlazincas, cholutecas, huexotzincas, tlaxcaltecas y otras naciones. Había llegado el momento terrible, la mitad del imperio estaba en armas contra la capital, la otra mitad miraba con estoica indiferencia los males y la completa pérdida de la nacionalidad mexicana. Esta es la suerte que casi siempre toca á las grandes capitales de las naciones que no se han acordado de favorecer en venturosos días á las de provincia, sino que todo lo han querido por sí y para sí.

Sin embargo, Cortés notó que llevaba cuarenta y cinco días de asediar la capital del imperio y que aun no era su dueño: pensó que si no hacía un poderoso impulso se prolongaba la lucha, se desalentaban los aliados, se consumían las municiones y se exponía á retroceder y perderlo todo. Así es que determinó estrechar más y más el sitio y dictó sus órdenes con este fin. Dispuso que se destruyeran los edificios y que con los escombros se cegaran las acequias, canales y fosos, con cuya medida consiguió hacerse de más de la mitad de la capital y reducir á los sitiados al punto de Tlaltelolco y sus estrechas adyacencias.

En los primeros días del mes de Agosto forzó el asedio y día á día se presentaba este lúgubre y horrendo cuadro. Los descomunales gritos de los combatientes, el choque de las armas, el zumbido de las ballestas y piedras, la detonación de los cañones y mosquetería, el humo, flamas y crugir de las maderas de los incendiados edificios, el estruendo de los desplomes y derrumbes, los lamentos y lágrimas de los niños y mujeres, el quejido lastimero del herido y el moribundo, las maldiciones é insultos recíprocos de los beligerantes, las aguas tintas de sangre, la miseria, el hambre, la peste, la languidéz de los sitiados, la desolación y la muerte envueltas en el fétido viento infestado por las emanaciones mefíticas de los insepultos cadáveres tirados en las calles. ¡Horrible situación!

Y en estos desesperados momentos ¿qué hacía el indomable, el gigante de la defensa, el inmortal Cuauhtemoc? Animar á los suyos, atender á los debilitados puntos, cerrar más y más los atrincheramientos, hacinar los obstáculos para los asaltantes y batirse personalmente de trinchera en trinchera, de parapeto en parapeto, despreciando la postrera oferta de la paz, brindada después de tantos sacrificios.

Estas son las escenas de muerte y destrucción que tuvieron lugar durante los 20 días que mediaron entre el 24 de Julio al 13 de Agosto de 1521 en que sucumbiera la Gran Tenochtitlán, y fueran vencidos sus incomparables defensores, ocupando la ciudad las poderosas armas castellanas.

Debiéramos continuar, pero no, corramos uno velo á lo pasado.

Cuando ya no había remedio alguno, cuando todo estaba perdido, menos el honor nacional que se conservaba intacto y puro. Cuauhtemoc, acompañado de la emperatriz Tecuichpotzin, del rey de Acolhuacán Coanacoatzin, el de Tlacopan, Tetlepanquetzaltzin, y otros altos personajes de la familia real, buscó en una barca y en la evasión el salvamento personal, con el ánimo de hallar fuera los elementos con que proseguir la guerra; pero la fatalidad ó la mano del destino hizo que con su séquito cayera prisionero en manos de Holguín despachado por Cortés con el objeto de capturar á los fugitivos por la necesidad y la pérdida total de cuantos elementos se reunieron para la defensa.

En este momento angustioso y solemne, en este trance terrible y desesperante, en esta posición de verguenza y desconsuelo, el poderoso monarca se mostró como siempre, digno, esforzado y valeroso, adelantándose á Holguín, y diciéndole: "soy vuestro prisionero, y no os pido sino que trateis á la reina mi esposa y á sus damas con el respeto debido á su sexo y condición." Le fué concedido, y presentado al gran conquistador le dirigió la palabra de este modo: "he hecho en mi defensa y en la de mis subditos, cuanto exigían de mi el honor de mi corona y el amor de mis pueblos; pero los dioses han sido contrarios á mi resolución, y ahora me veo sin corona y sin libertad. Soy vuestro prisionero; disponed como gusteis de mi persona: y posando la mano en el puñal que Cortés llevaba al cinto, le agregó: "quitadme la vida, ya que no he sabido perderla en defensa de mi reino."

En esta dolorosa entrevista el destronado monarca imploró gracia para sus vasallos, suplicando á Cortés ordenase se suspendiese la matanza, y éste le rogó librase las suyas para que todos depusieran las armas. Ambas cosas tuvieron su cumplimiento y Cuauhtemoc con su familia pasó á uno de los palacios en calidad de prisionero, pero tratado con dignidad y decoro.

Pero como la ambición jamás deja de asestar sus emponzoñados dardos para obscurecer la gloria y la grandeza de los hombres, Cortés se dejó seducir y cediendo á sugestiones de algunos de sus subordinados que buscaban con ansia el tesoro real, consintió en que se diera tormen-

to al joven monarca colocándolo descalzo sobre un bracero encendido para que confesase el lugar en que se hallaban las riquezas de la corona. Acción poco noble, poco decente, bárbara é inhumana; acción que pesa sobre la grandeza del conquistador, y que empaña su valeroso arrojo al emprender su obra colosal y conseguir la diadema de la inmortalidad.

El hijo de Anáhuac, el denodado defensor de Tenochtitlán, el postrer emperador de México, sufrió el tormento con la serenidad de una conciencia pura, con la resolución de los mártires, con la calma del heroismo; pero nada consiguieron sus verdugos.

El sitio de México—dice el historiador Clavijero—comparable al de Jerusalem en desgracias y estragos, duró 75 días, en cuyo tiempo murieron algunos millares de los 200,000 aliados que se hallaban presentes, y de 900 españoles más de 100. Se ignora el número de los mexicanos muertos, pero según los datos de Cortés, Bernal Díaz y otros historiadores, pasaron de 100,000 sin contar los que murieron de hambre ó enfermedad ocasionada por la mala agua que bebían, ó de la infección del aire, que según el mismo Cortés, fueron más de 50,000. El rey de México á pesar de las magníficas promesas del general español, fué después de algunos días puesto ignominiosamente en la tortura, que soportó con invicta constancia, para obligarlo á declarar donde estaban ocultas las inmensas riquezas de la corte y de los templos."

No es sólo Clavijero el que hace esta confesión: sobre este punto todos los historiadores y cronistas están de acuerdo, y todos repugnan el consentimiento del gran capitán, que jamás debió permitir una tortura inicua y deshonrosa para los ejecutores, y que sólo debía servir en la posterioridad, como ha sido, de un buen laurel más á la corona de gloria que ciñó las sienes de CUAUHTEMOC.

Entró la calma y el arreglo de otros asuntos altamente necesarios para el restablecimiento de la turbada paz; y Cortés conservó á su lado al emperador de México y á los reyes de Tlacopan y Texcoco, hasta que emprendió la expedión sobre las Hibueras, á cuya jornada hizo que le acompañaran estos desgraciados señores.

Llegó el conquistador á Izancanac, y bien porque le fuesen estorbosos sus prisioneros, que no dejó en México por temor de un alzamiento durante su ausencia, bien porque ellos imprudentemente dejaran escapar alguna frase durante la expedición, bien porque tuvo dormida su injustificable venganza, contra los denodados campeones de Anáhuac, ó bien porque quizo destruir con un golpe más, las esperanzas de los vencidos, el caso es que el martes de carnaval de 1525, los mandó ahorcar de unas ceibas,[1] dejando expuestos los cadáveres, no como el símbolo de la justicia, sino como el espectáculo de la iniquidad y la infamia, porque en realidad, nada hay que justifique estos fríos asesinatos.

Murió CUAUHTEMOTZIN, es verdad; pero ni la hidrofóbica ambición de sus verdugos, ni la mala querencia de algunos historiadores raquíticos y parciales, ni el empeño tenaz de eclipsar las glorias patrias, y ni el tiempo con su destructora guadaña, han logrado borrar de la memoria del pueblo mexicano el sacrosanto nombre de su postrero emperador, del gran CUAUHTEMOTZIN."

Pérez Fernández. Diccionario Geográfico y Estadístico de la República Méxicana. Tomo 4, pág. 577.

1 En un lugar llamado Hueymollan, que no se ha podido fijar. (Nota del autor).



EXPLICACION DE LAS LÁMINAS.

Lámina 1.—Trofeo de armas mexicanas. Escudo quetzal–xical–coliuqui–chimalli. Divisa fija ó quetzal–patzactli de Von Hochstetter; macana, dardos, hacha de diorita, atlatl y masa chichimeca.

Lámina 2.—Trofeo mexicano. Escudo Texaxacalo–chimalli, de Tlaxcala y divisa Quetzal–tonatiuh.

Lámina 3.—Trofeo mexicano. Escudo Quetzal–cuexyo–chimalli, del Museo de México. Divisa Tlahuiz–matla–xopilli, macanas, dardos, atlatl, masa totonaca de piedra colgante de un lazo; masa chichimeca de madera.

Lámina 4.—Trofeo mexicano. Escudo A–nahua–yo, con anillos de oro, en campo azul para el jefe del Ejército. Divisa Cua–xolotl del jefe supremo. Sonajas de oro para el mismo; honda, macana, atlatl, flechas.

Lámina 5.—Divisa fija. Quetzal–tonatiuh, de México y de Tlaxcala.

Lámina 6.—Escudos de armas de México y signos jeroglíficos de Tenochtitlán.

Lámina 7.—Escudo con las armas de México de la época colonial.

Lámina 8.—Armas de México de la Fuente monumental del Salto del Agua, de 4 de Julio de 1523.

Lámina 9.—Monumento de Cuitlahuac–Borrado el escudo colonial de las armas de México, se puso en su lugar una inscripción que recuerda la derrota de la "Noche triste."

Láminas 10, 11 y 12.—Pormenores del monumento anterior.

Lámina 13.—Trofeos militares de los tlaxcaltecas. Escudos de sus cabeceras. Dibujo del pintor Diódoro Serrano. Lienzo de Tlaxcala.

Lámina 14.—Escudos tlaxcaltecas de Napatecuhtli y Tzacanecuilo–chimalli.

Lámina 15.—Escudos de una pintura original del Museo de México.

Lámina 16.—Escudos de diversas formas del "Lienzo de Tlaxcala."

Lámina 17.—Escudos de la pintura original del Museo de México.

Lámina 18.—Rodela de Moctezuma.

Lámina 19.—Pormenores de la Rodela de Moctezuma.

Lámina 20.—Armas antiguas del "Lienzo de Tlaxcala."

Lámina 21.—Escudos mexicanos conservados en Austria.

Lámina 22.—Armas tlalhuicas del Monumento de Xochicalco.

Lámina 23.—Escudo del Rey Axayacatl, del Monumento arqueológico de Cuernavaca.

Lámina 24.—Arco mexicano conservado en el Museo de Armas de Bruselas.

Lámina 25.—Coatopilli ó cetro real. Museo de México.

Lámina 26.—Cuchillos mexicanos; trabajos de mosaico de turquesas, diorita, concha y pedacitos de oro; de los Museos de Londres y de Roma.

Lámina 27.—Hacha de diorita del Museo de Berlin.

Láminas 28, 29, 30 y 31.—Grados militares según el "Códice de Mendoza."

Láminas de la 32 á la 45.—Trajes, escudos y divisas del "Libro de Tributos" del Museo Nacional y del "Códice de Mendoza."

Láminas 46, 47 y 48.—Casco guerrero del dios Xipe, fragmento de una estatua encontrada en Texcoco.

Láminas 49 y 50.—Trajes guerreros y vestidos de Reyes mexicanos de la obra de Fray Diego Durán.

Láminas 51 á 75.—Guerreros mexicanos y tlaxcaltecas del Lienzo de Tlaxcala.
Láminas 76 y 77.—Trajes de los Reyes de Acolhuacán y de México, poco después de la Conquista.
Láminas 78 y 79.—Cuadros comparativos de escudos y divisas de guerreros mexicanos.
Lámina 80.—Sacerdotes mexicanos y representación de Xipe.
Lámina 81.—Estatua del dios del fuego de Tabasco.
Láminas 82, 83, 84 y 85.—Distintivos mitológicos
Lámina 86.—Formas mitológicas, del historiador Durán.
Lámina 87.—Deidades de la guerra y porta banderas, del mismo historiador.
Lámina 88.—Formas mitológicas, del mismo.
Lámina 88 bis.—Sacerdote, cantor y músicos.
Lámina 89.—Templos y habitaciones.
Lamina 90.—Tocados tlaxcaltecas.
Láminas 91 y 92.—Cabeza de diorita, del Museo Nacional.
Láminas 93, 94 y 94 bis.—Tocado mujeril.
Lámina 95.—Tocado de noble tlaxcalteca.
Lámina 96.—Tocado de un ídolo del Museo Nacional.
Láminas 97, 98 y 99.—Diferentes formas de calzado de nobles mexicanos y tlaxcaltecas.
Láminas 100, 101, 102 y 103.—Mantas, sus colores y labrados, del "Libro de Tributos" de Moctezuma y del "Códice de Mendoza."
Láminas 104 y 105.—Manta de plumas existente en el Museo de Armas de Bruselas.
Láminas 106 y 107.—Maxtli, la manera de aplicarlo, sus colores y huipiles ó camisas de mujer.
Lámina 108.—Vestidos de la Malinche, según el "Lienzo de Tlaxcala."
Lámina 109.—Trabajadores industriales mexicanos y músicos.
Lámina 110.—Ejecutores y Embajadores, según el Códice de Mendoza.
Láminas 111 y 112.—Trajes civiles de altos funcionarios.
Lámina 113.—Jerarquía judicial.
Láminas 114 y 115.—Vestidos diversos.
Lámina 116.—Diferentes formas de aretes ó nacochtlis.
Lámina 117.—Insignias de la dignidad regia. Mosaico de turquesas, concha y chalchihuites del Museo de Roma.
Lámina 117 bis.—Mosaicos mexicanos existentes en Berlin y en Roma.
Lámina 118.—Objetos de oro para diversos usos.
Lámina 119.—Gargantillas de cuentas de diorita.
Lámina 120.—Accesorios de los vestidos de los Reyes.
Láminas 121 y 122.—Asientos y tronos mitológicos.
Láminas 123 y 123 bis.—Omichicahuaztli, labrados en fémures humanos y en una costilla fósil.
Lámina 124.—Vestidos de danzantes de la época colonial.
Láminas 125 y 126.—Mantas de nobles y de Reyes.
Lámina 127.—Vestidos de nobles tlaxcaltecas.
Láminas 128, 129 y 130.—Reyes mexicanos.
Láminas 131 y 132.—Reyes de México desde Tenoch hasta Cuauhtemoc, y gobernantes aztecas durante la época colonial.
Láminas 133 y 134.—Tipos mexicanos.
Láminas 135 á 142.—Cuadros históricos de la Academia de Bellas Artes de México.
Lámina 143.—El árbol de la "Noche Triste," lugar histórico de la retirada de Cortés.
Láminas 144 y 145.—Relieves en bronce del Edificio mexicano de la Exposición de París, de 1889.
Lámina 146.—Estatua de Tlahuicole por el profesor Manuel Villard, de la Academia de Bellas Artes.
Láminas 147 y 148.—Monumento de Cuauhtemoc.
Lámina 149.—Corona de cobre de Tenango, Estado de México.
Lámina 150.—Pipas y pitos de barro.
Lámina 151.—Instrumentos de música. Reclamo de lechuza.
Láminas 152, 153, 154 y 155.—Silbatos.
Lámina 156.—Sellos para estampar colores.
Lámina 157.—Cuentas de barro.
Láminas 158 y 159.—Panhuehuetl de Malinalco, Estado de México.
Lámina 160.—Teponaztle de Tlaxcala.
Lámina 161.—Teponaztle mixteco.
Lámina 162.—Instrumentos de música restaurados.
Láminas 163, 164 y 165.—Asientos restaurados.
Lámina 166.—Moneda de cobre antigua, zapoteca.
Lámina 167.—Objetos varios.
Lámina 168.—Lanzas y cuchillos.
Láminas 169 á 180.—Trofeos de armas mexicanas.
Lámina 181.—Casco restaurado del dios de la guerra.
Láminas 182 y 183.—Cráneo del antiguo reino de Acolhuacán.
Lámina 184.—Guerrero zapoteca.
Lámina 185.—Templo de Xochicalco restaurado.
Lámina 186.—Noble texcocano.
Lámina 187.—Nezahualcoyotl, rey de Texcoco.
Lámina 188.—Cuauhtlatzacuilotzin, noble de Texcoco.
Lámina 189.—Nezahualpilli, Rey de Texcoco.
Lámina 190.—Vestido de Tlalocatecuhtli, dios de las lluvias.
Lámina 191.—Vestidos mexicanos según Carreri.
Láminas 192 á 198.—Estatuas modeladas en la Academia de Bellas Artes, bajo la la dirección del autor.

ÍNDICE ALFABÉTICO.

A



ÍNDICE.

OBRAS PUBLICADAS POR EL DR. ANTONIO PEÑAFIEL.

MONUMENTOS DEL ARTE MEXICANO ANTIGUO.—Tres volúmenes en gran folio, uno de texto y dos de láminas. (Berlín.—Asher y Comp. 1890). Cada volumen tiene 56 centímetros de longitud y 40 de latitud. El texto en tres idiomas, castellano, francés é inglés; comprende 572 páginas; los dos tomos de láminas se componen de 517 estampas, ejecutadas en negro y en colores según los procedimientos fotográficos.

La obra abraza los principales ramos de la Arqueología propiamente mexicana: la Ornamentación, la Cerámica, la Mitología, la escritura jeroglífica, los artefactos de la cultura indígena, las armas, trabajos de cobre, oro y plata, y los monumentos pertenecientes á la antigua civilización azteca.

Esta obra ha sido impresa por orden del Gobierno de México y sólo se ponen en venta los ejemplares que son de propiedad del autor....................$ 200 00

CODICE FERNANDEZ LEAL.—Reproducción fototípica de un manuscrito original en papel de maguey, pintura mexicana antigua. Gran folio, texto castellano 24 láminas de color.................... 20 00

NOMENCLATURA GEOGRAFICA, JEROGLIFICA Y ETIMOLOGICA DE MEXICO.—Folio, un volumen, 224 páginas de texto, 336 de diccionario, conteniendo más de doce mil etimologías de los nombres geográficos indígenas y 109 láminas en Fotolitografía ilustradas con toda exactitud, con 1,300 jeroglíficos mexicanos.................... 30 00

NOMBRES GEOGRAFICOS DEL CODICE DE MENDOZA.................... 4 00

FABULAS DE ESOPO.—En mexicano, 80.... 1 00

COLECCION DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA DE MEXICO.—Cada cuaderno.................... 4 00

TEOTIHUACAN.—Estudio arqueológico de sus ruinas. Folio, Textos, castellano, francés é inglés. atlas de 92 láminas.................... 30 00

CODICE MIXTECO.—Mapa regional antiguo de Zacatepec, Folio, 29 láminas, textos castellano y francés.................... 20 00

ALFABETOS AZTECAS.—Album de trajes y decoraciones mexicanas, Folio, 73 láminas. 10 00

GRAMATICA ZAPOTECA.................... 4 00

GRAMATICA MEXICANA, por el Padre Rincón.................... 2 00

GRAMATICA DEL IDIOMA TARASCO, por Fr. Diego Basalenque.................... 2 00

DICCIONARIO DE LA MISMA LENGUA, reimpresión de Gilberti, de 1559.......... 20 00

XIMENES, cuatro libros de la naturaleza....... 4 00

AGUAS POTABLES DE LA CIUDAD DE MEXICO.................... 4 00

EXPLICACION arqueolólica é histórica del Edificio mexicano para la Exposición de Paris de 1889.................... 1 00




Indumentaria
Antigua
Armas, Vestidos Guerreros
y Civiles de
los Antiguos Mexicanos
por el Doctor
Antonio Peñafiel.
México.



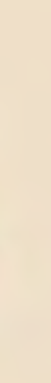
Trofeo de armas antiguas mexicanas.

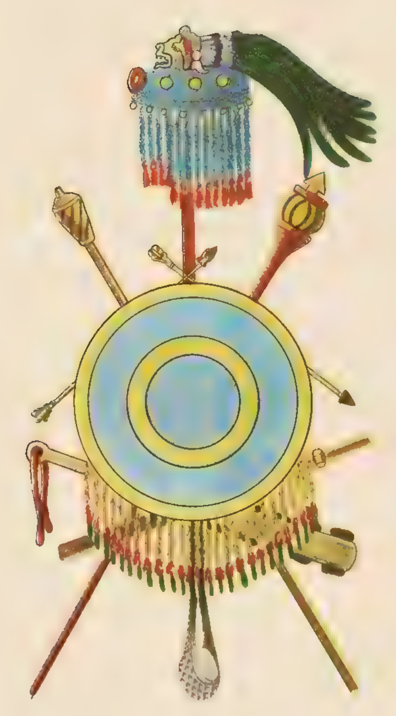


Trofeo de armas antiguas mexicanas.

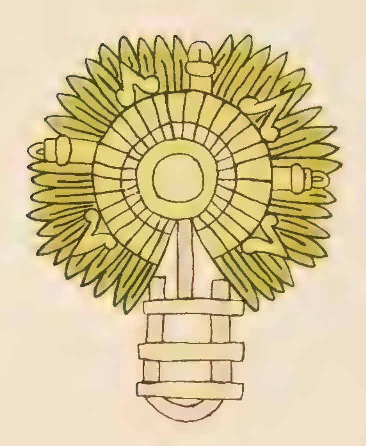


Trofeo de armas antiguas mexicanas.





Trofeo de armas antiguas mexicanas.



Bandera antigua de México y de la República de Tlaxcalla, llamada QUETZALTONATIUH,
designada por el historiador Tezozomoc con el nombre de Quetzaltonameyotl, "divisa de plumería con un SOL llano relumbrante como espejo."



Escudos de armas de México y nombre jeroglífico de Tenochtitlán.—A y C, jeroglíficos de Tenochtitlán; B, Atepetlahuiztli, Armas de México. Fundación de Tenochtitlán, asiento de Huitzilopochtli; sobre el Aguila flechas y el escudo de la deidad llamado IHUITETEYO CHIMALLI; D, Nombre de Tenochtitlán según un grabado de 1556, de las Constituciones del Arzobispado de México; E, Lugar del tunal del águila en donde se fundó la ciudad según la tradición; F, Armas y nombre de Tenochtitlán del Códice de Mendoza.



Escudo de armas de México. — A, Del manuscrito genealógico del Emperador Moctezuma II, conservado en la Biblioteca Nacional de París; el personaje sentado en piel de tigre, tiene por nombre Cuauhnochtli y por armas un escudo con águila y una macana que son las armas de Tenochtitlan.—B, Guerrero Tenochca llevando la bandera mexicana á la expedición de la Florida según el Códice del Duque de Osuna.



Escudo de armas de la Ciudad de México, concedido por el Emperador Carlos V, según la cédula de 4 de Julio de 1523.
Fuente Monumental del Salto del Agua.



MONUMENTO DE CUITLAHUAC, SITUADO EN EL ANGULO DEL ATRIO DE LA IGLESIA DE SAN HIPOLITO.

"Tal fué la mortandad que en este lugar hicieron los aztecas á los españoles la noche del día 1º de Julio de 1520, llamada por esto *Noche Triste*, que despues de haber entrado triunfantes á esta ciudad los conquistadores, al año siguiente, resolvieron edificar aquí una ermita que llamaron de los mártires y la dedicaron á San Hipólito, por haber ocurrido la toma de la Ciudad el dia 13 de Agosto en que se celebra este santo."

"Aquella capilla quedó á cargo del Ayuntamiento de México quien acordó hacer en lugar de ella una iglesia mejor que es la que hoy existe, y fué comenzada en 1599."



MONUMENTO DE CUITLAHUAC.

Pormenores del frente



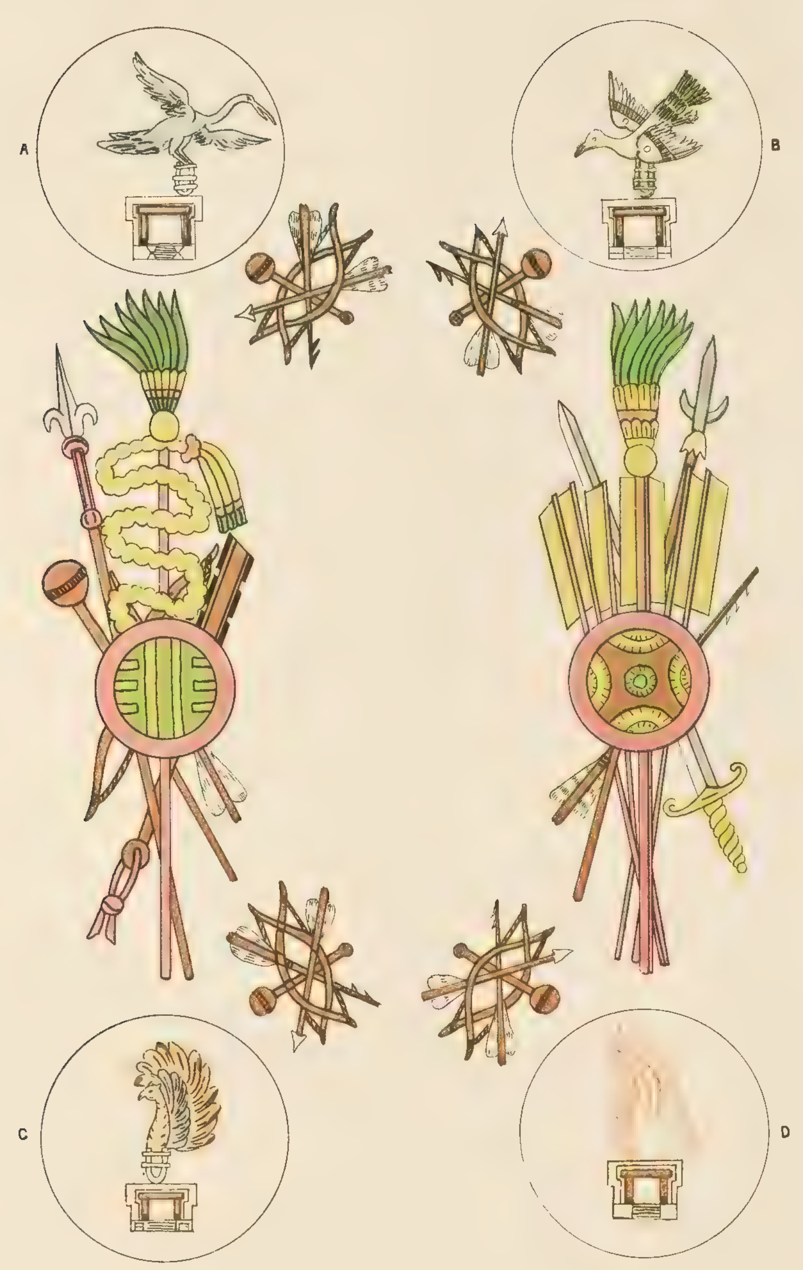
MONUMENTO DE CUITLAHUAC

Pormenores del Oriente

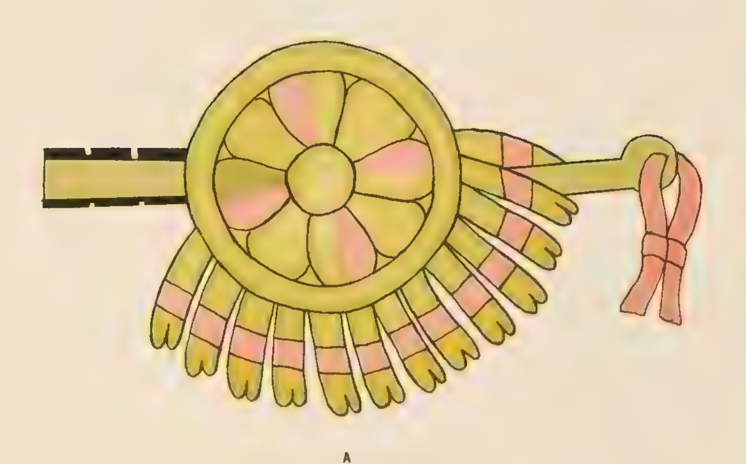


MONUMENTO DE CUITLAHUAC

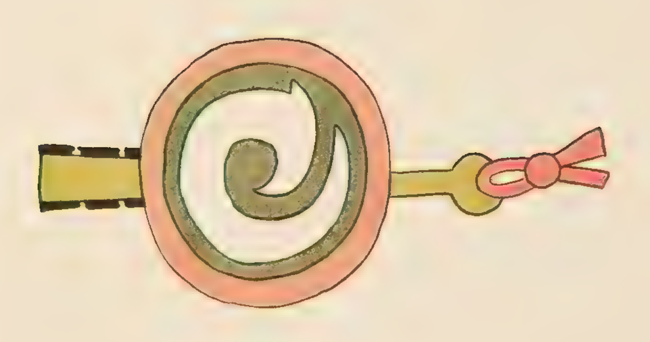
Pormenores del Sur



Trofeos militares de los Tlaxcaltecas.—Escudos de las cuatro Cabeceras de Tlaxcalla: A, de Tizatlan; B, de Ocotelulco; C, de Tepeticpac; D, de Tlalpitzahuacan.—Copia del dibujo del pintor Diódoro Serrano. Lienzo de Tlaxcalla.



A



B

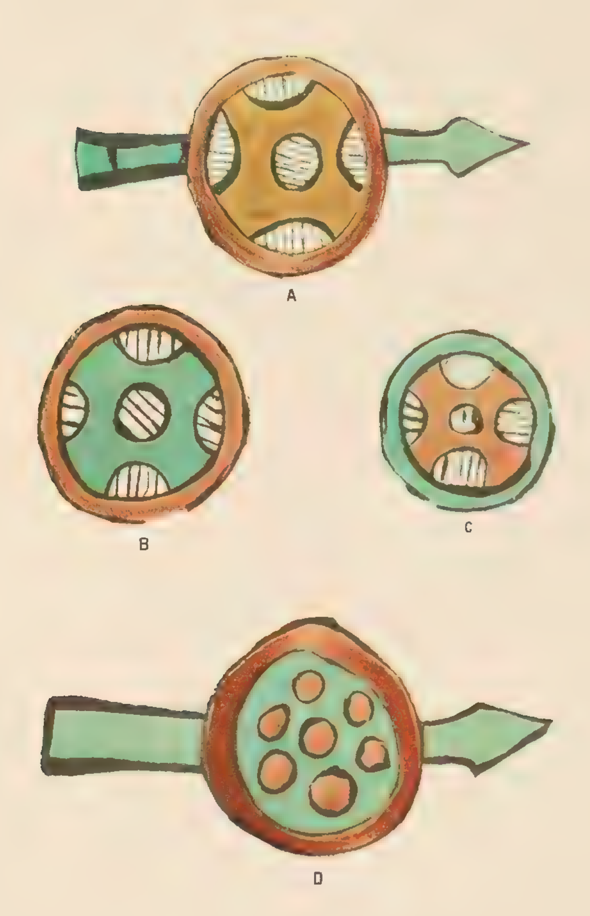
Chimales y macanas mexicanas.—A. Escudo semejante al del dios Napatecuhtli, del manuscrito del P. Sahagun, conservado en Florencia·
B, Tetzacanecuilo chimalli; formas del Lienzo de Tlaxcalla



Armas ofensivas y defensivas de los antiguos Mexicanos. A. Tlaahuitectli chimalli, superficie plana de un solo color.
B. Xicalcoliuhqui chimalli. C. Quetzalcuexyo chimalli.
D. Texaxacaliochimalli ó Tlahuiztlichimalli. E. Quetzalxicalcoliuhquichimalli y Macuahuitl, ó macana.



Escudos de diversas figuras del Lienzo histórico de Tlaxcalla.—A, Escudo del dios Quetzalcoatl.
B, F, y G, Escudos cuextecas.—C, I, Coliuhqui chimalli.—D, Escudo tipo chichimeca.—E, Cuexyochimalli.—H, Texaxacallo chimalli



Armas antiguas mexicanas. A. Escudo Teocuitlateteyo Chimalli y Tlatzontectli, vara arrojadiza. B. y C. Escudos, azul y rojo, llamados Teteyo Chimalli.
D. Escudo Citlalochimalli, con círculos rojos en campo azul.
Manuscrito original en papel de maguey, núm. 17, conservado en el Museo Nacional de México.



RODELA DE MOCTEZUMA.

Conservada en el Museo Nacional de México: está hecha de mosaico de pluma y de piel de tigre, le faltan las medias lunas de oro, pertenece á la clase Quetzal cuexyo chimalli, y tiene de diámetro sesenta y siete centímetros y medio.



DETALLES DE UNA PARTE DE LA RODELA DE MOCTEZUMA.

A, del mosaico de pluma; B, de las borlas colgantes. La rodela está formada en un armazón de varitas que tienen de tres á cuatro milímetros de diámetro.

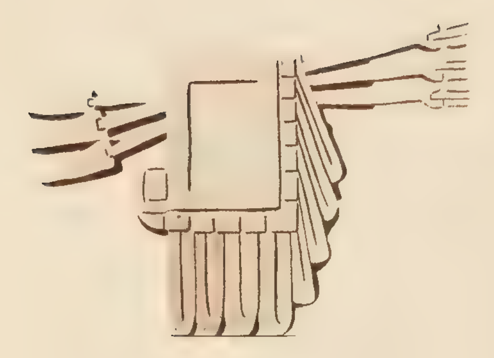


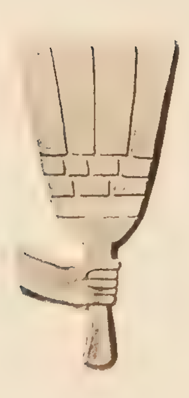


Armas antiguas mexicanas del Lienzo histórico de Tlaxcalla.—A, Tozmiquizyo chimalli.
B. Escudo y maza chichimeca.—C, Chimal de Quetzalcoatl.—D, Tetzcacanecuillo chimalli.—E, Teocuitlateteyo chimalli.—F y G, Trajes y chimales cuextecas, copiles llevados á la espalda.



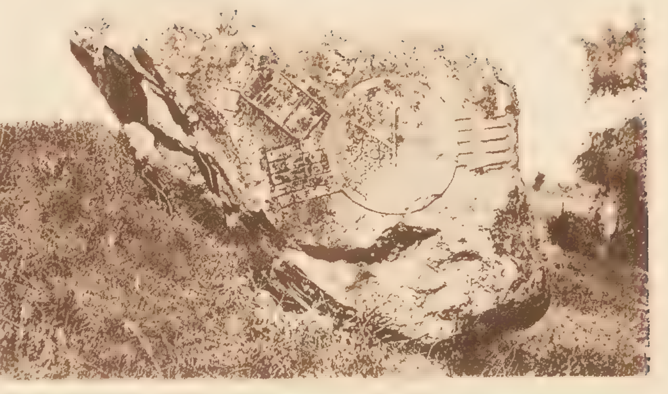
Escudos mexicanos conservados en Austria, pertenecen: A, á la clase Quetzalxicalcoliuhqui chimalli.—B, es una variedad del Ixcoliuhqui chimalli.
(Museo Real de Stuttgars.)





ARMAS TLALHUICAS.

Escudo rectangular y flechas del relieve del Monumento de Xochicalco, situado en el Estado de Morelos, y abanico del mismo relieve.



MONUMENTO ARQUEOLOGICO DE CUERNAVACA.

Estado de Morelos



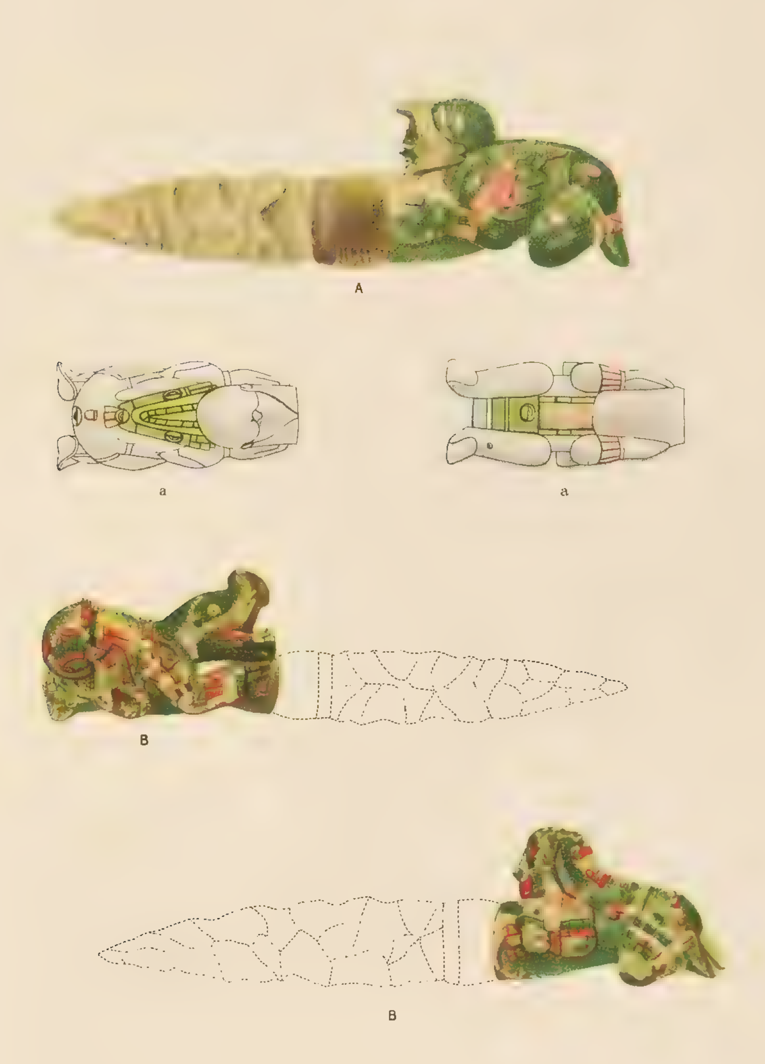
RELIQUIAS MEXICANAS.

Arco conservado en el Museo de Armas de Bruselas Bélgica

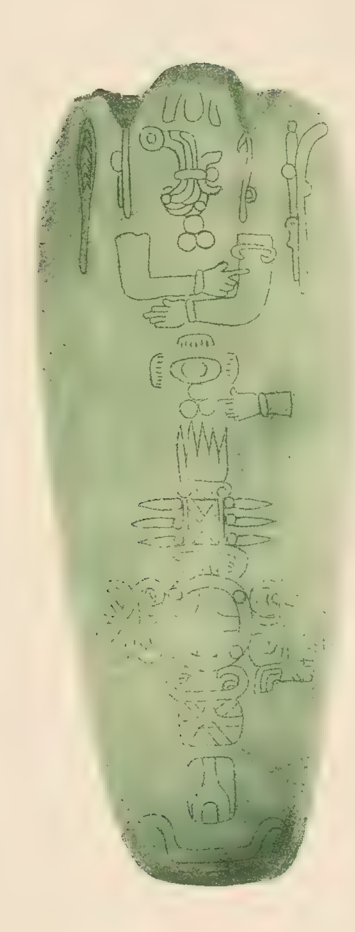


ATLATL DE LA COLECCION DORENBERG, HOY PERTENECIENTE AL MUSEO NACIONAL DE MEXICO.

a, lado izquierdo; **b**, dorso; **c**, frente; **d**, lado derecho.—Longitud. $0^{m}49^{c}$ —Ancho $0^{m}08^{c}$ —Grueso en la parte media $0^{m}017^{c}$, y en la cabeza $0^{m}085^{a}$



Armas antiguas mexicanas.—A, Cuchillo de calcedonia, con mango de mosaico, de turquesas, concha y chalchihuites, conservado en la "Colección Christy" de Londres. Longitud 0. m. 32 c.: a, a, detalles del puño; B y B, mangos de puñal, de mosaico de oro y de las mismas piedras que el anterior, conservados en el Museo Prehistórico Etnográfico de Roma.



HACHA DE DIORITA, DEL MUSEO ETNOGRÁFICO DE BERLIN.

Tamaño natural.



Grados militares de los antiguos guerreros mexicanos, según el Códice de Mendoza. Divisas é insignias adquiridas grado por grado, según los prisioneros que hacían en la guerra.—A, Guerrero vestido con jubón simple de algodón EHUATL, que hace un prisionero y recibe por recompensa una manta cuadrada de flores.— B, Guerrero con traje cuexteca de color rojo tlapalcuextecatl, que ha hecho dos prisioneros, y se le recompensa por su valentía con una manta cuadrada, de color naranjado.—C, Joven aprendiz que acompaña al valiente que va á la guerra, cargándole su fardo: el guerrero lleva el escudo Quetzalcuexyochimalli.—D, Sacerdote novicio que acompaña al Sacerdote mayor que va á la guerra, cargándole su fardo.—E, Valiente guerrero, con la divisa ó estandarte Papalopatzactli rojo, vestido de ichcahuipilli, escudo simple y macana, que usa esta manta rica, labrada, por haber hecho en la guerra tres prisioneros.—F, Guerrero tigre, OCELOTL, rojo, manchado de negro, atadura ó TLALPILLI de plumas verdes en el casco; escudo cuexyochimalli rojo, que tiene manta cuadrada con dos listas de negro y naranjado, con cenefa, en señal de haber cautivado cuatro enemigos.



Grados militares de los guerreros mexicanos.—A, Divisa de armas de renombrado OTOMI, traje verde con el estandarte Tlahuizmatlaxopilli, escudo cuexteca, variedad quetzalcuexyochimalli, por haber cautivado cinco ó seis enemigos, comenzando por cautivar uno y adquiriendo grado por grado, hasta el presente.—B, Valiente nombrado CUACHIC, con la divisa cuachpamitl y escudo quetzalxicalcoliuhquichimalli y vestido amarillo, por haber cautivado cinco enemigos en la guerra, después de haber cautivado otros muchos enemigos.—C, Sacerdote que en la guerra cautiva un enemigo. Grados militares del sacerdote.—D, Divisa y armas del sacerdote que cautiva dos enemigos, llevando el traje blanco, AZTAEHUATL, el escudo, ihuiteteyochimalli de Huitzilopochtli, por divisa un estandarte especial, variedad del Aztapatzactli.—E, Sacerdote que por cautivar tres enemigos lleva un traje de color verde, bandera de tela, CUACHPAMITL y escudo chichimeca. F, Sacerdote que por haber cautivado cuatro enemigos, en señal de valentía lleva un traje cuexteca negro manchado de blanco, con el escudo de Quetzalcoatl.



Grados militares de los Sacerdotes.—A, Armas y divisa concedidas al Sacerdote que cautivaba cinco enemigos, bandera cuetzalpatzactli, de color rojo y escudo CUAUHTETEPONYO CHIMALLI, con una garra de águila. B, Traje y escudo concedidos por el Rey de México al Sacerdote que cautivaba seis enemigos; vestido Tozcoyotl, tlalpilli del casco de plumas verdes, y escudo cuexyochimalli rojo.—C, Valiente HUIZNAHUATL; estandarte Quetzalpamitl, escudo quetzalcuexyo chimalli y lanza ó vara Tlaczontectli.—D, Valiente Tizociyahuacatl. Estandarte, CUACHPAMITL, bandera de tela, escudo quetzalxicalcoliuhquichimalli y lanza, tlatzontectli.





Grados militares de los guerreros mexicanos.—A, General en jefe del ejercito, Tlacatecatl, llevando el traje de Xipe, divinidad de la guerra, con escudo teocuitlaxtapochimalli, por divisa nacional, el estandarte Tozcuaxolotl y vestido tlapalihuiehuatl, de color rojo.—B, TLACOCHCALCATL, General del ejercito, llevando por bandera la divisa TLACOCHCALCAYOTL, banderas de plata, iztacteocuitlapamitl, escudo ihuiteteyochimalli del dios Huitzilopochtli, vestido blanco, iztactzitzimitl y tlalpilli de quetzales en el casco, verdadero quetzaltlalpilloni de dos borlas.

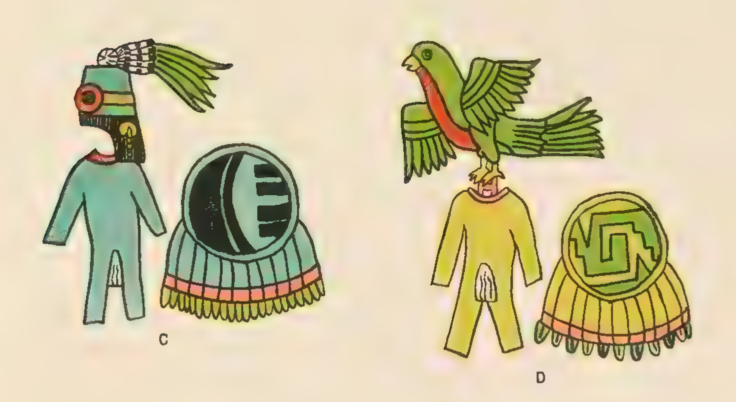


Trajes militares y divisas de los guerreros mexicanos.—A, Traje cuexteca de color verde obscuro, matlacuextecatl, con escudo azul; B, CUEXTECATLCHIMALLI; C, vestido blanco, IZTACCUEXTECATL, con escudo. D, quetzalcuexyochimalli; E. traje amarillo, cozticcuextecatl, el mismo escudo quetzalcuexyochimalli, y el arete, cozticteocuitlapipicolli, los tres trajes llevan el bezote, yacametztli, ó media luna para la boca.



Trajes militares y divisas de los guerreros mexicanos.—A, C, Trajes cuextecatl de color rojo, TLAPALCUEXTECATL;
E, G, traje cuextecatl, cozticcuextecatl, de color amarillo, B, escudo quetzalcuexyochimalli, D, escudo cuextecatl, tipo, y adecuado al vestido;
F. escudo cuexyochimalli; H, xicalcoliuhquichimalli.





Trajes militares y divisas de los guerreros mexicanos.—A, Traje cuextecatl, con casco de oro, COZTICTEOCUITLACOPILLI, con dos huzos, MALACATLQUETZAL, y un TLALPILLI de plumas transverso, un arete de oro, cayendo hasta el hombro, COZTICTEOCUITLAPIPILOLLI, una media luna también de oro para la nariz, COZTICTEOCUITLAYACAMETZTLI, y el escudo nacional, QUETZALXICALCOLIUHQUICHIMALLI; B, el mismo traje, de color blanco, IZTACCUEXTECATL, de la misma forma, con casco de plata, IZTACTEOCUITLACOPILLI, y un escudo, CUEXYOCHIMALLI, con adornos de medias lunas, del signo del agua.—Las figuras A, B, llevan en el antebrazo izquierdo una pieza de vestido desconocido, C, el mismo traje CUEXTECATL, de color azul, con escudo CUEXTECATLCHIMALLI, característico; D, traje amarillo con estandarte fijo á la espalda, formado de un pájaro verde y rojo, con pico, ojos y pies de oro, escudo, QUETZALXICALCOLIUHQUICHIMALLI.



Trajes militares y divisas de los guerreros mexicanos.—A, Vestido papalotl, verde, y divisa QUETZALPAPALOTL; B, escudo CUAUHTETEPONYOCHIMALLI; C, vestido PAPALOTL, amarillo, de oro, divisa ZACUANPAPALOTL, de plumas amarillas del pájaro ZACUAN; y D, escudo, CUEXYOCHIMALLI; E, vestido PAPALOTL, blanco y rojo; F, escudo CUAUHTETEPONYOCHIMALLI; G, bandera, ITZPAPALOTL, de color negro, hecha de plumas negras de cuervo ó de láminas de cobre.



Trajes de guerreros mexicanos.—Vestido ocelotl, tigre. 1, Vestido ocelotl, de color blanco; 3 azul, 5 y 9, rojos; 7, amarillo; 2, 4, 8 y 10, escudos, cuexyo chimalli, 6, escudo quetzalxicalcoliuhquichimalli. 11, Tozcoyotl, de color amarillo, en el original, con escudo de Xipe, del manuscrito azteca de Sahagun, según el Doctor Seler de Berlin; 12, guerrero Tlatoani llevando la bandera QUETZACPATZACTLI, de color verde, vestido azul, y el escudo QUETZALXICALCOLIUHQUICHIMALLI, del manuscrito azteca del P. Sahagun, según el Doctor Seler de Berlin.



Trajes militares y divisas de los guerreros mexicanos.—A. Traje de guerrero cuachic, con estandarte fijo, tlahuizmatlaxopilli, sin red, y B, escudo quetzalxicalcoliuhquichimalli. D, el mismo traje rojo con XOPILLI del mismo color, y C escudo COLIUHQUICHIMALLI; E, el mismo vestido amarillo, con la divisa XOPILLI, sin red, y F, escudo, cuexyochimalli.



Estandartes, vestidos y escudos de grandes capitanes.—A, A, A, A, vestidos de algodón ehuatl;
B, B, B, B, estandartes rojos llevados fijos á la espalda, cuetzalpatzactli; C, C, C, escudos cuexyochimalli, y D, quetzalcuexyochimalli



Trajes y divisas de los guerreros mexicanos.—1, 2, 3, Estandartes fijos á las espaldas, tlauquecholpatzactli, de color rojo y negro; 4, 5, cuexyochimalli, escudos cuextecas de color rojo; 6, quetzalcuexyochimalli; 7, vestido amarillo y rojo; 8, ichcahuipilli; 9. tlapalihuiehuatl.



Trajes y divisas de los guerreros mexicanos.—A, C, Bandera tlauhquecholpatzactli, con el traje rojo, tlapalihuiehuatl. del Libro de Tributos de Moctezuma; B, escudo cuauhtetepoyyo ó cuauhpachiuhqui chimalli; D, quetzalcuexyochimalli; E, F, guerreros mexicanos, "descienden de los chichimecos."









Trajes y divisas de los guerreros mexicanos.—Traje amarillo, Tozcoyotl, con escudo cuexyochimalli de diversas formas, y penacho de plumas, quetzaltlalpilloni.



Trajes y divisas de los guerreros mexicanos.—Traje amarillo, divisa tozcocolli y escudo Quetzalcuexyochimalli.
El Tozcocollicuaxolotl, terminado con la cabeza del xolotl, era la antigua divisa del rey Ahuitzotl "una cabeza con un pescuezo largo, que parecía perro sin orejas."



Trajes guerreros y divisas de grandes capitanes.—1, 3, 5, 7, Bandera fija á las espaldas, Quetzalpatzactli; 2, 4, 8, escudo nacional, Quetzalxicalcoliuhquichimalli; 6, Cuexyochimalli, de color rojo.



Trajes y divisas de los guerreros mexicanos.—A, vestido TLAPALTZITZIMITL, de color rojo; B, escudo, CUEXYOCHIMALLI;
C, traje amarillo, TOZTZITZIMITL, y D, el mismo escudo anterior;
E, traje azul, XOXOUHQUITZITZIMITL, y F, escudo QUETZALXICALCOLIUHQUICHIMALLI.



Trajes y divisas de los generales del ejército.—A, B, Divisa amarilla, toxcuaxolotl; C, divisa azul xoxouhquicuaxolotl; B, divisa verde, matlacuaxolotl; E, escudo quetzalcuexyochimalli; F, F, F, Quetzalxicalcoliuhquichimalli.

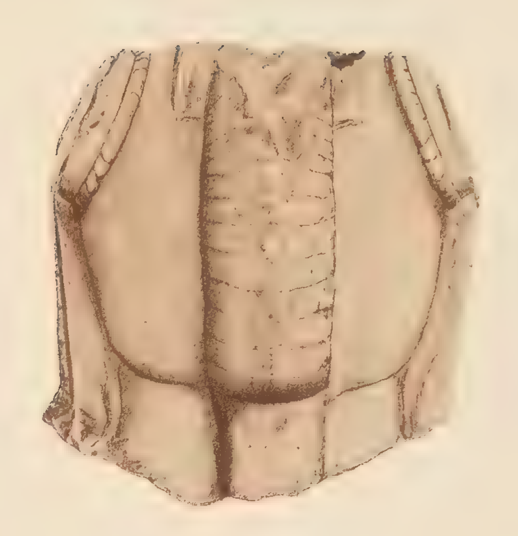


CASCO DE XIPE, DIOS DE LA GUERRA.

Fragmento de una estatua encontrada en Texcoco.—Estado de México.—Perfil



FRENTE DE LA MISMA CABEZA.



LADO POSTERIOR DE LA MISMA CABEZA.



Trajes guerreros según el historiador Fray Diego Durán.—A, La fiesta de tlacaxipehualiztli consagrada al dios guerrero Totec, Xipe ó Tlatlauhquitezcatl. Sacrificio gladiatorio en que un guerrero ocelotl peleaba con la victima atada de un pie, al temalacatl; B, C, trajes de guerreros huexotzincas; D, E, Caballeros del sol; D, uno con manta llamada teoxiuhayatl, "manta de red azul, cargada de pedrería en los nudos de ella;" F, G, H, Trajes primitivos de los indios á su salida de Chicomoztoc.



Vestidos de reyes mexicanos.—1, 2, 3, 4, 5, Itzcoatl combatiente y conquistador de Coyohuacan, Xochimilco y Cuitlahuac, y sentado en su trono, con su nombre geroglífico sobre la cabeza; 6, 7, Axayacatl, rey de Tenochtitlan, combate á Moquihuix, Señor de Tlaltelolco; 8, el mismo Axayacatl, conquistador de Tlaltelolco; 9, Axayacatl, en la guerra contra Matlatzinco, llevando escudo tozmiquizyochimalli, en campo azul, y en la figura 10, en la guerra contra Metztitlan, el mismo escudo tozmiquizyochimalli, cráneo blanco en fondo amarillo; 11, Señor de Metztitlan, vestido de ocelotl rojo con maza de madera en la mano derecha y llevando por distintivo el quetzaltlalpiloni en la cabeza.



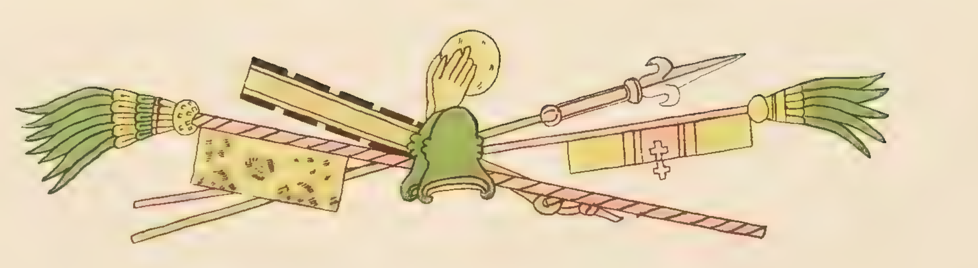
Trajes y divisas de los guerreros mexicanos.—A, Guerrero chichimeca, teniendo en la mano derecha la maza especial de estos combatientes y en la cintura la divisa TLECOCOMOCTLI, "fuego que echa llamas," formado de plumas de guacamayo;
B, Escudo ovalar chichimeca, tipo perteneciente á TENANCACALTZIN, hijo del emperador Nopaltzin.

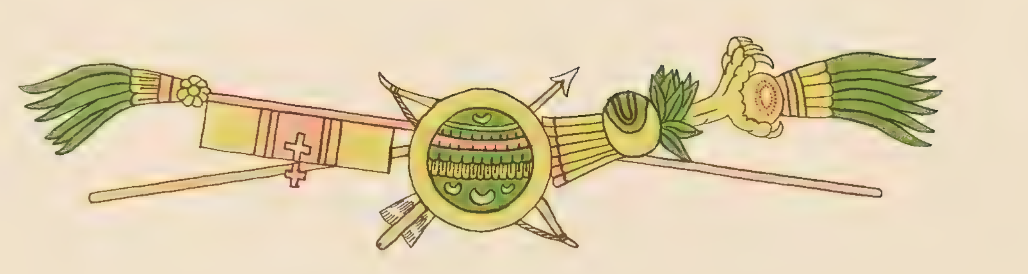


Trajes militares y divisas de los guerreros mexicanos.—A, Guerrero vestido de ichcahuipilli, con casco de oro, COZTICTEOCUITLACUACALALATLI ó QUETZALCUACUAHUITL, adorno de cuernos de pluma de quetzal;
B, vestido azul, XIUHCOYOTL, escudo de NAPATECUHTLI; C; escudo con una cara fantástica, chimaltlahuiztli;
D, manera de embrazar el escudo; E, jarreteras de cuero de tigre, para resguardar las piernas, llamado COZEHUATL por Tezozomoc, "medias botas cubiertas de planchuelas de oro para traje de guerra."



Trajes militares y divisas de los guerreros mexicanos.—A, Vestido, TLAPALCUEXTECATL, con el escudo QUETZALCUEXYOCHILLI y divisa, QUETZALCOPILLI, llevada á la espalda;
B, guerrero con escudo TEOCUITLATETEYOCHIMALLI, y bandera OMETOCHTLAHUIZTLI.





Trofeos de los tlaxcaltecas.—Dibujo del pintor Diódoro Serrano.



Trajes militares y divisas de los guerreros tlaxcaltecas.—Guerrero vestido de ICHCAHUIPILLI, con bandera fija.
QUETZALPAPALOTL, y escudo COLIUHQUICHIMALLI



Trajes militares y divisas de los guerreros tlaxcaltecas. —A, Porta-estandarte llevando la bandera de Tlaxcalla, con escudo CUEXTECATL, que Tezozomoc llama TOOTLI;
B, otro con la bandera de oro laminado, COZTICTEOCUITLAPAMITL;
C, estandarte de plumas amarillas, zacuancopilli, y escudo quetzalxicalcoliuhquichimalli.



Trajes militares y divisas de los guerreros tlaxcaltecas.—A, Guerrero con estandarte fijo, copilli, y escudo TEOCUITLATETEYOCHIMALLI de Huitzilopochtli:
B, bandera, CUAUHTETEPONYOPATZACTLI y escudo CUEXYOCHIMALLI.



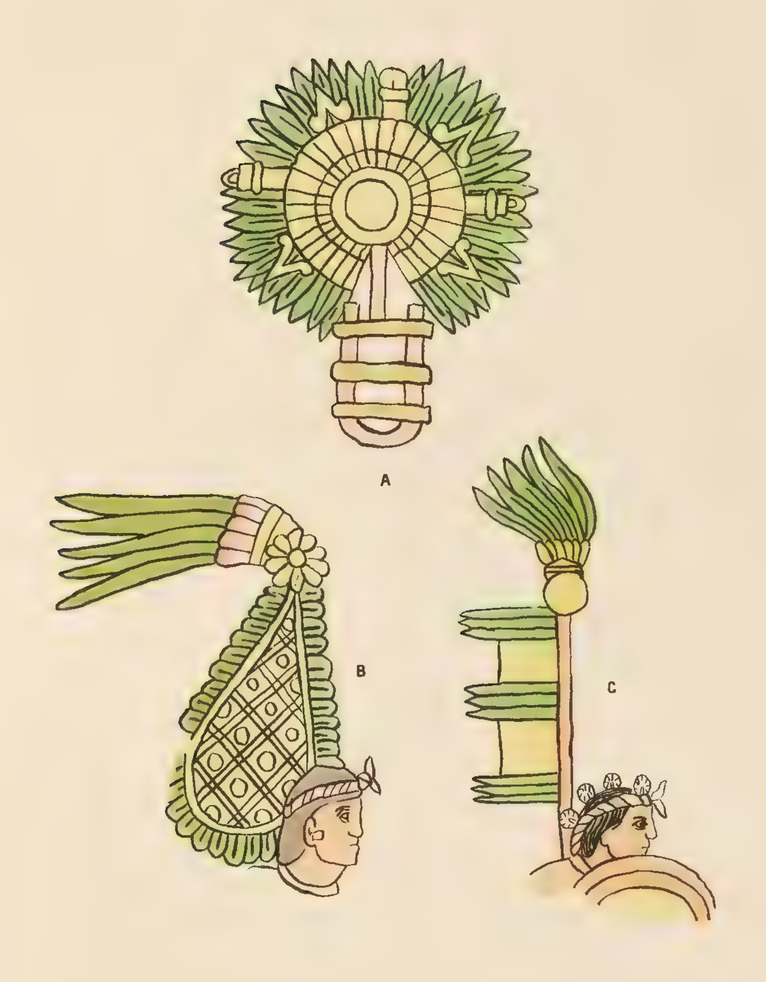
Trajes militares y divisas de los guerreros tlaxcaltecas.—A, Guerrero con escudo teocuitlateteyochimalli, con TENTETL de oro en el labio inferior; B, divisa quetzalcopilli, adornada con medias lunas, teocuitlayacametztli, lo mismo que el escudo quetzalpoztequichimalli; C, guerrero vestido de ICHCAHUIPILLI, llevando en la cabeza el QUETZALTLALPILLONI, de los grandes capitanes y un escudo, TEXAXACALLOCHIMALLI de piel de tigre, y en el labio inferior un bezote encorbado, TENZACATL.



Trajes militares y divisas de los guerreros tlaxcaltecas. —A. El guerrero Tecohuanitzin, con divisa ometochtlahuiztli, y escudo cuexyochimalli.
B. divisa TLAHUIZMATLAXOPILLI, con la red,
C. D. divisas fijas copilli; D. llevando en el labio inferior un bezote llamado, tenzacatlnecpilli.



Trajes militares y divisas de los guerreros tlaxcaltecas.—A, Portabandera de la divisa de Tlaxcalla, y escudo QUETZALXICALCOLIUHQUICHIMALLI;
B, manera de embrazar el escudo ó chimal;
C, guerrero con una atadura de plumas en la cabeza, QUETZALTALPILONI, y escudo con una mano, MACPALLOCHIMALLI.



Trajes militares y divisas de los guerreros tlaxcaltecas. Banderas.—A, Quetzaltonatiuh; B, TLAHUIZMATLAXOPILLI; C, QUETZALPAMITL, esta divisa, llamada TLACOCHCALCAYOTL, era distintivo del TLACOCHCALCATL, general del ejército.



Guerreros tlaxcaltecas.—A, Guerrero flechero, Tlaminqui, ó Tlaminani, con arco, TLAHUITOLLI, flecha, MITL y aljaba, MICOMITL;
B. vestido de ICHCAHUIPILLI, con divisa CUAUHTETEPONYOPATZACTLI, escudo QUETZALCUEXYOCHIMALLI, y vara arrojadiza, TLATZONTECTLI.



Trajes militares y divisas de los guerreros tlaxcaltecas.—A, Divisa fija á la espalda CUAUHTETEPONYOPATZACTLI, y escudo quetzalxicalcoliuhquichimalli;
B, divisa zacuancopilli, y escudo, teocuitlateteyochimalli.



Trajes militares y divisas de los guerreros tlaxcaltecas.—A, Guerrero llevando la bandera de Tlaxcalla, con escudo, QUETZALCUEXYOCHIMALLI; B, otro, llevando por divisa, el CUAUHTETEPONYOPATZACTLI, una garra de águila con un penacho de plumas de quetzal, y escudo quetzalxicalcoliuhquichimalli.



Porta estaudarte de Tlaxcalla, divisa de la República tlaxcalteca, vestido de ICHCAHUIPILLI con la enagüilla verde, llamada TZAPOCUEITL, del vestido de XIPE, y con el escudo nacional TEOCUITLATETEYOCHIMALLI.



Trajes militares y divisas de los guerreros mexicanos.—A, Divisa, ometochtlahuiztli, y escudo cuexteccatlchimalli;
B, bandera, TOZCOCOLLI, y escudo, QUETZALCUEXYOCHIMALLI.



Trajes militares y divisas de los guerreros mexicanos.—Divisa OMETOCHTLAHUIZTLI, y escudo QUETZALCOLIUHQUICHIMALLI.



Trajes militares y divisas de los guerreros mexicanos.—Vestido de red adornado de piedras finas, estandarte fijo á la espalda, bandera de piel de tigre, OCELOPANTLI; modo de tomar el escudo, ó chimalli.



Trajes y divisas de los guerreros mexicanos.—A, Guerrero llevando el ocelopantli, una bandera de piel de tigre con penacho de quetzales, y un escudo ocelochimalli;
B, otro con un estandarte rojo, cuetzalpatzactli y escudo verde, quetzalcuexyochimalli.



Trajes y divisas de los guerreros mexicanos.—A, Portabandera de la divisa cozticteocuitlapamitl y escudo quetzalcuexyochimalli. —B, Divisa caltzacualli, casa de piedra con pirámide de escalones, y escudo texaxacallochimalli.



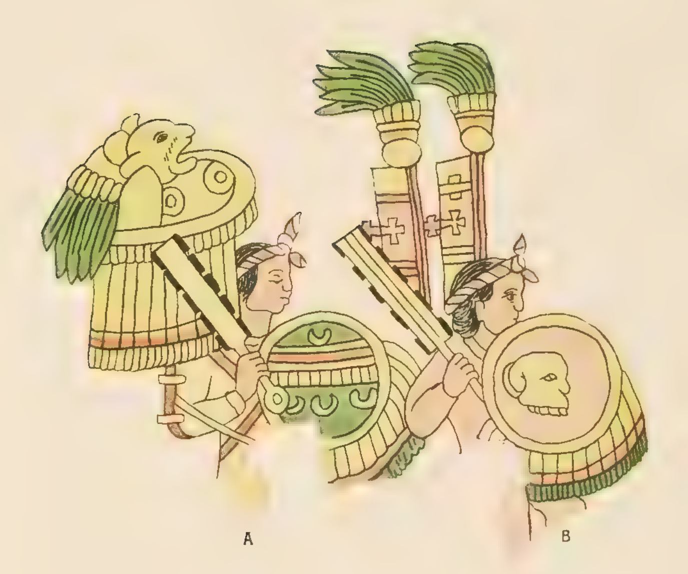
Trajes y divisas de guerreros tlaxcaltecas.—A, Supremo Jefe del Ejército en traje Tlauhquecholtzontli del dios Xipe; vestido compuesto de corona de plumas rojas con penacho, de un jubón rojo, TLAPALIHUIEHUATL, de una enagüilla verde llamada TZAPOCUEITL, que lleva en la cintura, formado de plumas de quetzal y por escudo el anahuayochimalli; también son distintivos el bezote, TEOCUITLAYACAMETZTLI y el NACOCHTLI de correas rojas.—B, Bandera fija de forma desconocida, especial de los tlaxcaltecas y escudo coliuhquichimalli.



Trajes militares y divisas de los guerreros mexicanos.—Guerrero vestido de Ichcahuipilli, llevando fijo á la espalda el Quetzalpatzactli, bandera de plumas de quetzal y escudo, Quetzalcuexyochimalli.



Trajes y divisas de guerreros mexicanos.—A, Divisa cuaxolotl de Tlacatecatl, General en Jefe del ejército.—B, Quetzalpamitl, bandera de plumas de quetzal, escudo quetzalcuexyochimalli y un casco de cabeza de cocodrilo, acuetzpalin, según el Lienzo de Tlaxcalla.



Trajes y divisas de los guerreros mexicanos.— A, Guerrero con la divisa toxcuaxolotl de tlacatecatl, general en jefe del ejército, y escudo quetzalcuexyochimalli.— B, Tlacochcalcatl, general del ejército, con dos banderas cozticteocuitlapamitl y escudo tozmiquizyochimalli, con un cráneo en la parte plana.



Trajes y divisas de los Generales mexicanos. Fin del sitio de Tenochtitlan, prisión de dos Generales del ejército.—A, Uno lleva una doble bandera de oro laminado, cozticteocuitlapamitl, con escudo tzitzimitlchimalli.—B, Guerrero cuauhtli, águila, con la bandera tozcocolli y escudo cuexyochimalli.—C, General con triple bandera, cozticteocuitlapamitl; y escudo coliuhquichimalli.—Figuras del Lienzo de Tlaxcalla.



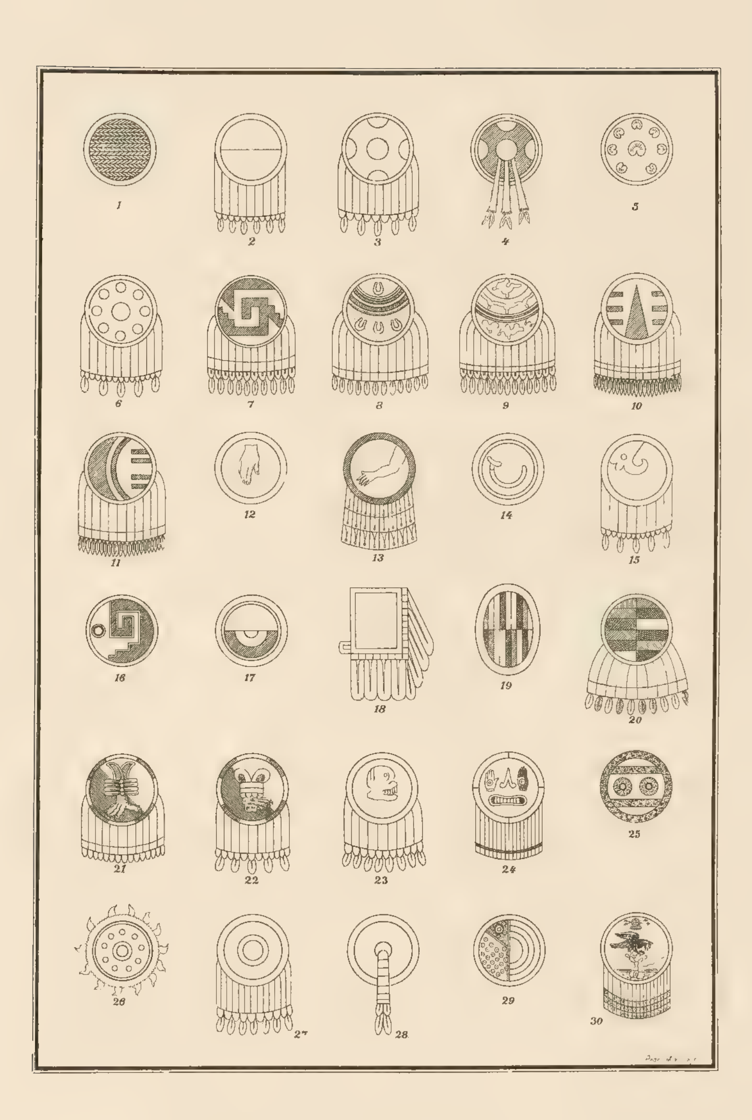
TRAJES DE GUERREROS MEXICANOS POCO DESPUES DE LA CONQUISTA.

Rey de Acolhuacan, con bandera de oro, *cozticteocuitlapamitl*, y *chimaltlahuztli* á la espalda; escudo nacional *teocuitlateteyochimalli*, de cinco placas de oro en campo azul; *nachili*, *tentetl*, brazaletes y jarreteras de oro. M. S. de Xochipilla.



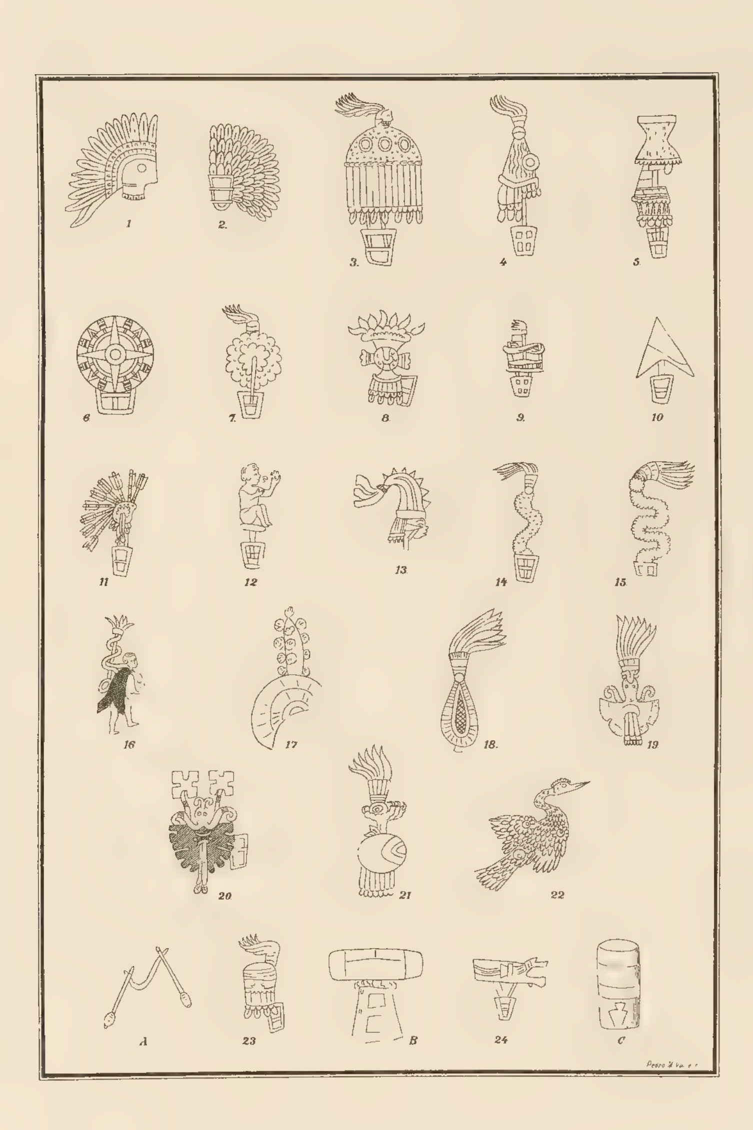
TRAJES DE GUERREROS MEXICANOS, POCO DESPUES DE LA CONQUISTA

Rey de México con la corona real *xiuhuitzolli*, atadura *quetzaltlalpiloni*, bandera *quetzalpatzactli*, escudo *teocuitlateteyochimalli*, según el manuscrito original número 16, conocido con el nombre de *Pintura de Xochipilla*.



CUADRO COMPARATIVO DE LOS ANTIGUOS ESCUDOS MEXICANOS.

1, Escudo de varas de otatl.—2, Quetzalpoztequi chimalli.—3, Teocuitlateteyochimalli.—4, La misma forma.—5, Ihuiteteyochimalli de Huitzilopochtli.—6, Citlalochimalli.—7, Quetzalxicalcoliuhquichimalli.—8, Quetzalcuexyochimalli.—9, 10, 11, Cuextecachimalli.—12, Macpallochimalli.—13, La misma forma de Bilimek.—14, Tetzacanecuillochimalli.—15, Ixcoliuhquichimalli.—16, La misma forma de Von Hochsteter.—17, La forma anterior de un barro de Texcoco.—18, Escudo rectangular de Xochicalco.—19, Escudo ovalar chichimeca.—20, Escudo chichimeca del Códice de Mendoza.—21, Cuauhteteponyochimalli.—22, Ocelotetepenyochimalli.—23, Tozmiquizyochimalli.—24, 25, Texaxacallochimalli, del Lienzo de Tlaxcalla.—26, Ihuitetzonhquichimalli.—27, Escudo Anahuayo del jefe del ejército.—28, Variedad del anahuayochimalli de Xipe.—29, Escudo del rey Axayacatl, monumento de Cuernavaca.—30, Escudo de armas de México.



CUADRO COMPARATIVO DE LAS DIVISAS MEXICANAS.

1, Quetzalpatzactli, Pintura de Xochipilla.—2, Patzactli amarillo del Códice de Mendoza (2ª parte, lám. 48, fig. 29).—3, variedad del Cuaxolotl, del M. S. de Sahagun.—4, Quetzalcopilli del mismo autor.—5, Zacacalli.—6, Zacuantonatiuh.—7, Tlapalihuictelolotli.—8, Ometochtlahuiztli.—9, Tlaquimilolli, lío atado con cuerdas.—10, Tlapalitzmitl.—11, Tlacochpatzactli.—12, Tzipitl, niño.—13, Mexayacatlahuiztli.—14, 15, 16, Tozcocolli—17, Chimallahuiztli?—18, Tlahuizmatlaxopilli.—19, Papalotlpatzactli.—20, Itzpapalotl.—21, Tetepontlipatzactli, del Lienzo de Tlaxcalla.—22, Bandera de Tlaxcalla.—23, Teocuitlahuehuetl.—24, Huehuepatzactli.—A, bolillos para tocar el teponaztli.—B, teponaztli.—C, Panhuehuetl



De un manuscrito, calendario, de la Biblioteca Nacional de México.—1, Sacerdote señalando los cinco dias nemontemi, llevando la bolsa del incienso.—2, Representación de Xipe en la fiesta Tlacaxipehualiztli.—3, Bandera que representaba la fiesta cuahuitlehua.—4, Rey del edificio de Xochicalco.—5, Sacerdote del mismo monumento con el xiquepille en la mano izquierda.



ESTATUA DEL DIOS DEL FUEGO,

Procedente del Estado de Tabasco.—Colección del Museo Nacional



Distintivos mitológicos.— 1, 2, 3, Paynal, Sacerdote compañero de Huitzilopochtli.—1, Corona de plumas de quetzal, Quetzalapanecayotl.—2, Bandera de oro, teocuitlapamitl.—3, Chimal de turquesas, xiuhchimalli. Manuscrito del P. Sahagun conservado en Florencia. - 4, Escudo del Huitzilopochtli del Códice Telleriano Remense, ihuiteteyochimalli —5, 6, 7, 8, Huitzilopochtli del Códice Ramirez. 5, Casco formado de la cabeza de un colibrí.—6, Bandera de mano, macpamitl.—7, Cozticteocuitlapamitl.—9, 10, 11, 12, Huitzilopochtli del M. S. de Sahagun de Florencia.—9, Corona de plumas, Quetzalapanecayotl.—10, Divisa del fuego celeste, de la serpiente de fuego, xiuhcoatl. —11, Machoncotl ó brazalete atado al brazo izquierdo. —12, Su escudo especial.—13 á 17, Totec, del atlas del P. Durán.—13, Copilli cuextecatl.—14, Macpamitl ó bandera de mano.—15, Banderas fijas á la espalda, quachpamitl.—16, Auahuayo de Xipe, ó teocuitlaxapochimalli.—17, Sonaja ó ayacacotli de Xipe.—18, 19, 20, Xipetotec del M. S. de Sahagun de Florencia.—18, Copilli cuextecatl.—19, el mismo escudo anterior.—20, la misma sonaja.



Distintivos mitológicos.—1, 2, 3, Atavios del Quetzalcoatl del historiador Fr. Diego Durán.—1, Copilli sacerdotal.—2, Manta figurando alas de mariposa.—3, Escudo de la deidad.—4, 5, 6, 7, Quetzalcoatl del M. S. de Sahagun de Florencia. —4, Casco.—5, Divisa.—6, Escudo especial del dios del viento.—7, Tecuecuextli ó jarreteras que cubrían la pierna hasta la garganta del pie, anudándose por fuera.—8 á 11, Los mismos atavios en otra figura de la misma deidad y en el mismo manuscrito.—12 á 16, Tezcatlipoca del M. S. Sahagun de Florencia.—12, Casco para la cabeza.—13, Tlahuiztli, principio del Quetzalpatzactli.—14, Escudo quetzalcuexyochimalli.—15, Machoncotl para el brazo izquierdo.—16, Jarretera.—17 á 20, Distintivos del Dios Xiuhtecuhtli, del M. S. ya mencionado de Sahagun.—17, Corona, tlacochtzontli.—18, Divisa de la deidad, llamada Xiuhcoatl, serpiente de fuego.—19, Teocuitlateteyochimalli.—20, Brazalete ó machoncotl del brazo derecho.—21, 22, Corona y escudo del Dios Napatecuhtli, del M. S. Sahagun de Florencia.



Distintivos mitológicos del manuscrito del P. Sahagún, existente en Florencia.—1 y 2, Corona y escudo de Opochtli.—3 y 4, Corona y escudo de Tlaloctlamacazqui — 5 y 6, De la diosa Chicomecoatl.— 7, 8, 9 y 10, Corona, Patzactli ó bandera fija á la espalda — 9, Quetzalpamitl.— 10, Escudo adornado con cuentas, pertenecientes al dios Macuilxochitl.— 11 á 14, Atavíos de Yacatecuhtli.—11, Quetzaltlalpilloni. —12, Manta, rica de labores negras y blancas.—13, Escudo quetzalxicalcoliuhquichimalli.—14, Abrazadera para la pierna, con nudo exterior.— 15, 16 y 17, Distintivos del dios Omeacatl; copilli, manta y escudo blanco, tlahuitectli.



Distintivos mitológicos.—1, 2, 3 y 4, Ixtliton.—1, adorno de la cabeza; 2, bandera de la mano izquierda; 3, bandera fija á la espalda; 4, escudo. —5 á 9, Tezcatzoncatl —5, corona: 6, Patzactli, distinto del escudo; 7, escudo; 8, dos bragueros: uno lateral derecho y otro común colgante hacia adelante y por detrás.—9, Tecuecuextli, jarretera de piel de tigre con cascabeles de oro.—10 y 11, Corona y escudo de la diosa Chalchiuhtlicué.—12 y 13, de la diosa Cihuacoatl, M. S. de Florencia.—14 y 15, de la diosa Tzapotlatena, M. S. de Florencia.—16 y 17, de la diosa Toci. del atlas del P. Fray Diego Durán.



Formas y distintivos mitológicos.—A, Quetzalcoatl, dios de los cholultecas, con su escudo peculiar, copilli semejante al cuextecatl, manta papalotl figurando una mariposa y llevando el signo del atlatl en la mano derecha.—B, Tlaloc, gran sacerdote, con el rayo en la mano derecha y en la otra la bolsa de incienso, el xiquipilli sacerdotal, vestido de manta roja.—C, Huitzilopochtli, dios de la guerra: ambos en sus altares del templo mayor de México.—D, Tezcatlipoca, dios sacerdote, y G, Tezcatlipoca, dios guerrero con el atlatl ó ballesta en una mano, y el escudo ihuiteteyochimalli en la otra. E, Prisionero de guerra sacrificado á Tonatiuh, el sol, en la fiesta Nauhollin.—F, Camaxtli, dios de la caza, reverenciado por los Tlaxcaltecas y Huexotzincas.—H, Guia del baile en la fiesta de Xocotlhuetzi.—I, Toci, madre de los dioses, corazón de la tierra.



Portabanderas, según el historiador Fr. Diego Durán.—A, El dios Huitzilopochtli, teniendo en la mano izquierda la bandera de oro laminado, cozticteocuitlapamitl, ihuiteteyo chimalli, su escudo peculiar, el casco de oro y mosaico con un penacho de plumas, quetzaltlalpiloni, y una manta de plumas verdes, en la mano izquierda lleva el cetro soberano llamado COATOPILLI, vara de culebra. —B, El dios Xipetotec, con su escudo peculiar, teocuitlaxapochimalli ó anahuayo de Xipe. C, Guerrero llevando á la espalda una olla con plumas de quetzal, divisa, coyotlinahuatl, dios de los amantecas.— D, Guerrero ocelotl, llevando á la espalda la bandera TOZCOCOLLI, y en la mano derecha la vara arrojadiza TLAZONTECTLI.— E, Guerrero águila, CUAUHTLI, con la diviza anterior y una maza de madera en la mano derecha.—F, Guerrero mexicano con traje verde CUEXTECATL, con dos banderas de oro fijas á la espalda costicteocuitlapamitl.—G, Portabandera del rey Itzcoatl, llevando á la espalda la divisa TOZCOCOLLI, borrado el penacho en el original, vestido con ichcahuipilli rojo. — H, Guerreros que combatieron á Cortés la NOCHE TRISTE, llevando banderas fijas á la espalda; un guerrero águila, CUAUHTLI, con escudo chichimeca, el siguiente y quinto con la divisa TOZCOCOLLI, el tercero CUEXTECATL, el cuarto OCELOTL, con la bandera COZTICTEOCUITLAPAMITL -I, J, portabanderas con la divisa TOZCOCOLLI.



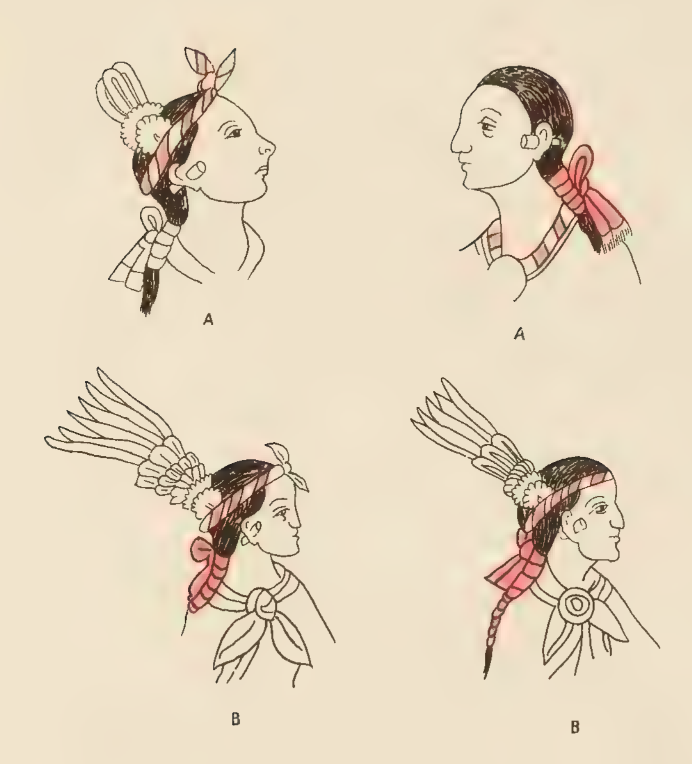
Trajes de deidades ó personajes mitológicos.—1, Xochiquetzal, diosa de las artes.—2, Chicomecoatl, ó Chalchiuhcihuatl, ó Xilonen, diosa de la agricultura.—3, La diosa Cihuacoatl, ó Quilaztli, diosa de los xochimilca.—4, 7, Jóvenes vestidas de blanco destinadas por un año al servicio del templo de Huitzilopochtli.—5, diosa Chalchiuhcueye.—6, diosa Iztacihuatl, ó mujer blanca.—8, 10, 11, 13, Tolteca, discípulos de Topiltzin, nombrados CUATECUIZE, "cabezas con caracoles," por la toca de su cabeza, vestido talar, llamado XICOLLI.—9, Sacerdote de Quetzalcoatl, llevando el TLEMAITL y bolsa de incienso.—12, Hueymac, Topiltzin, papa ó Quetzalcoatl de Tula.—La máscara formada de dos serpientes está á los pies de la figura original.



Sacerdote tocando el Panhuehuetl y músicos tocando varios instrumentos. Códice Borbónico



Templos y habitaciones.—1, 3, Oratorios del templo mayor de México, terminado por el rey Ahuitzotl.—2, 6, Templos menores según el Códice Telleriano Remense.—4, templo menor del Códice Borgia.—5, casa mexicana.—7, casa de azotea del tiempo de Moctezuma II.—8, templo de Coatlan construído por Moctezuma II.—9, Hogar ó antecámara de la diosa Cihuacoatl



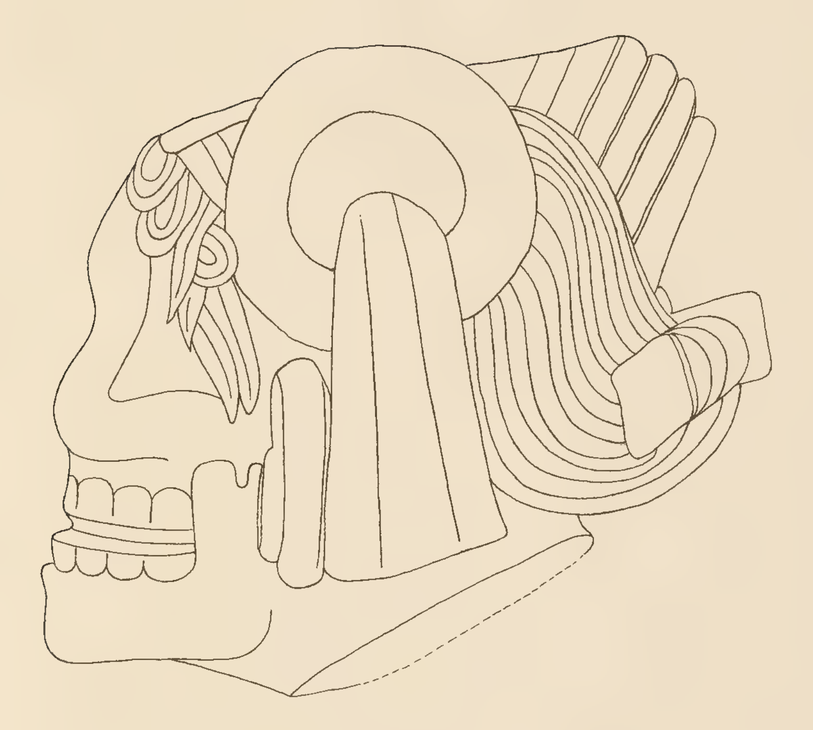
Peinados de los Señores Tlaxcaltecas



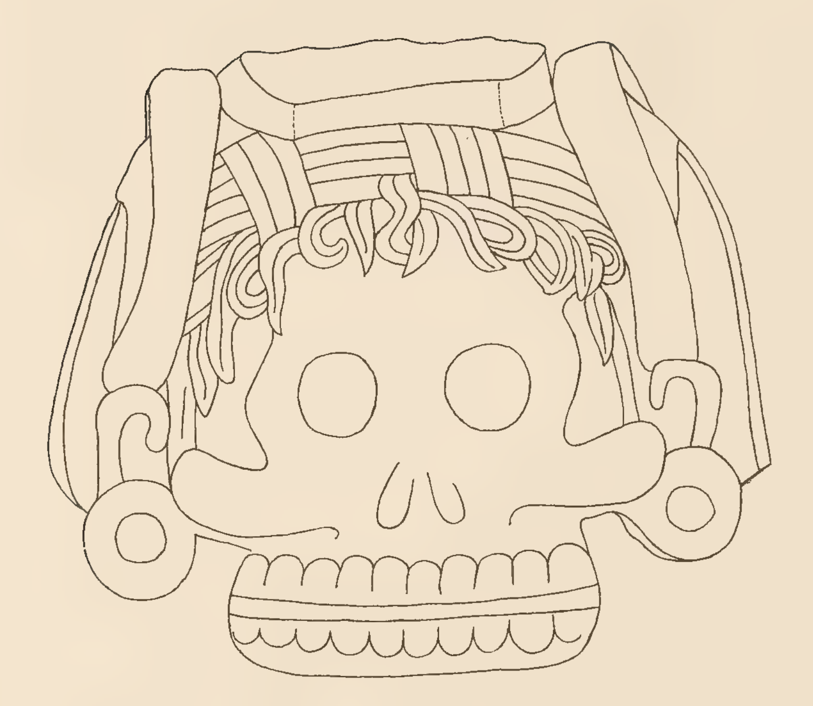
TOCADO DE LA CABEZA DE DIORITA, EXISTENTE EN EL MUSEO NACIONAL.



TOCADO DE LA CABEZA DE DIORITA, EXISTENTE EN EL MUSEO NACIONAL.

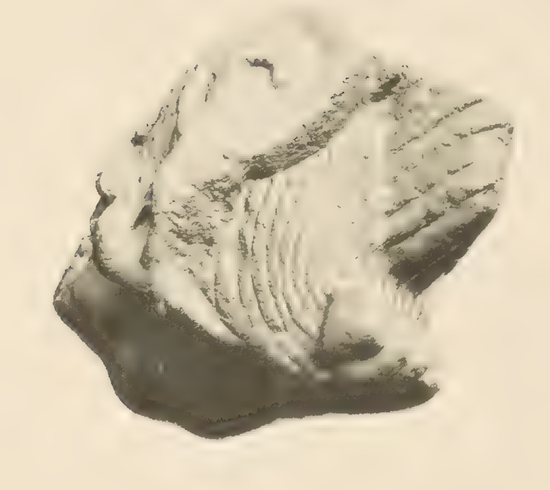


Peinado mujeril, fragmento de una estatua de piedra de Teotitlán del Camino, Estado de Oaxaca.—Dibujo del Sr. Dr. EDUARDO SELER, de Berlín.



Peinado mujeril, fragmento de una estatua de piedra de Teotitlán del Camino, Estado de Oaxaca.—Dibujo del Sr. Dr. EDUARDO SELER, de Berlín.





PEINADO MUJERIL DE UNA CABEZA DE MIQUIZTLI.

Encontrada por el Dr. Eduardo Seler en Teotitlan del Camino, Estado de Oaxaca.



Noble tlaxcalteca poniendo una pulsera de piedras á Cortes. Peinado especial, con el pelo atado con correas ó cintas, según el Lienzo de Tlaxcalla



PEINADO DE UN IDOLO DEL MUSEO NACIONAL.

Sentado en un zócalo que no es suyo



BRAZALETES Y CALZADO DE DIFERENTES FORMAS.

A y **B** *Machoncotl* ó brazaletes de una estátua de barro del tamaño natural encontrada en Huexotzinco y existente en el Museo Nacional; **C**, *cactli*; **D**, *nacochtli* de la misma estátua: **E**, exterior del *cactli* derecho; **F**, parte interna del *cactli* izquierdo dela estátua de *Chac Mool*, de Yucatán, existente en el Museo Nacional; **G** y **H**, *cactli* que se ve en los restos de un relieve que existe en Chapultepec, de la estatua de Xipe, que era el retrato del Monarca *Ahuitzotl*.



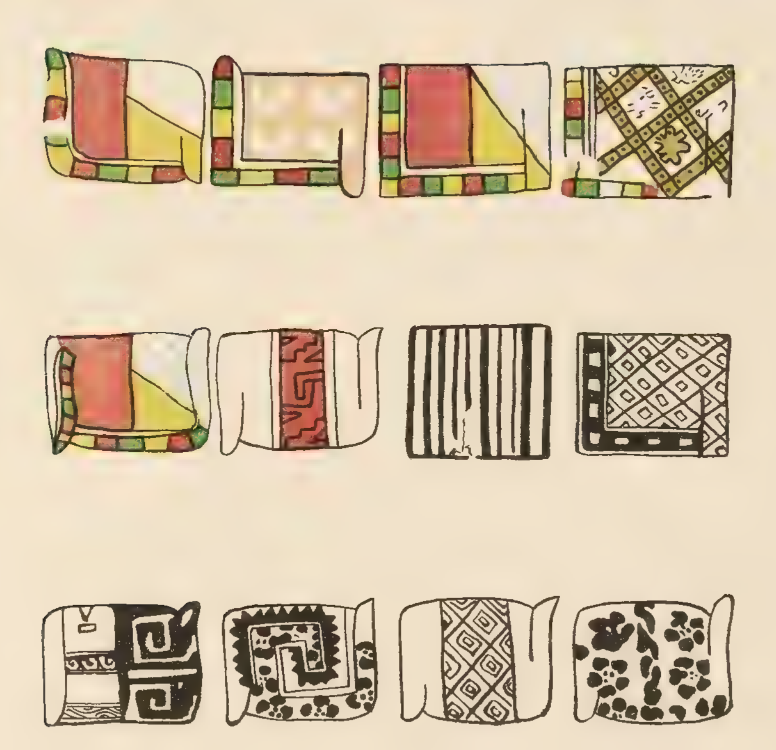
Diversas formas de calzado mexicano usado por nobles y guerreros.—A, A, A, B, B, C, del Lienzo de Tlaxcalla.—D, xiuhcactli, zandalia azul del Codice Aubin, Apéndice de la Historia de Fr. Diego Durán.—E, del relieve del cerro de la Malinche, situado en Tula.—F, de la cariátide tolteca del Museo Nacional.—G, adorno de la misma zandalia.



Fragmento de un fresco de Teotihuacán Forma de cactli. Dibujo del distinguido pintor Domingo Carral.



Labores de mantas mexicanas, según el Libro de Tributos de Moctezuma. Manuscrito original en papel de maguey del Museo Nacional.



Mantas del Libro de Tributos de Moctezuma



Labores de mantas según el códice de Mendoza

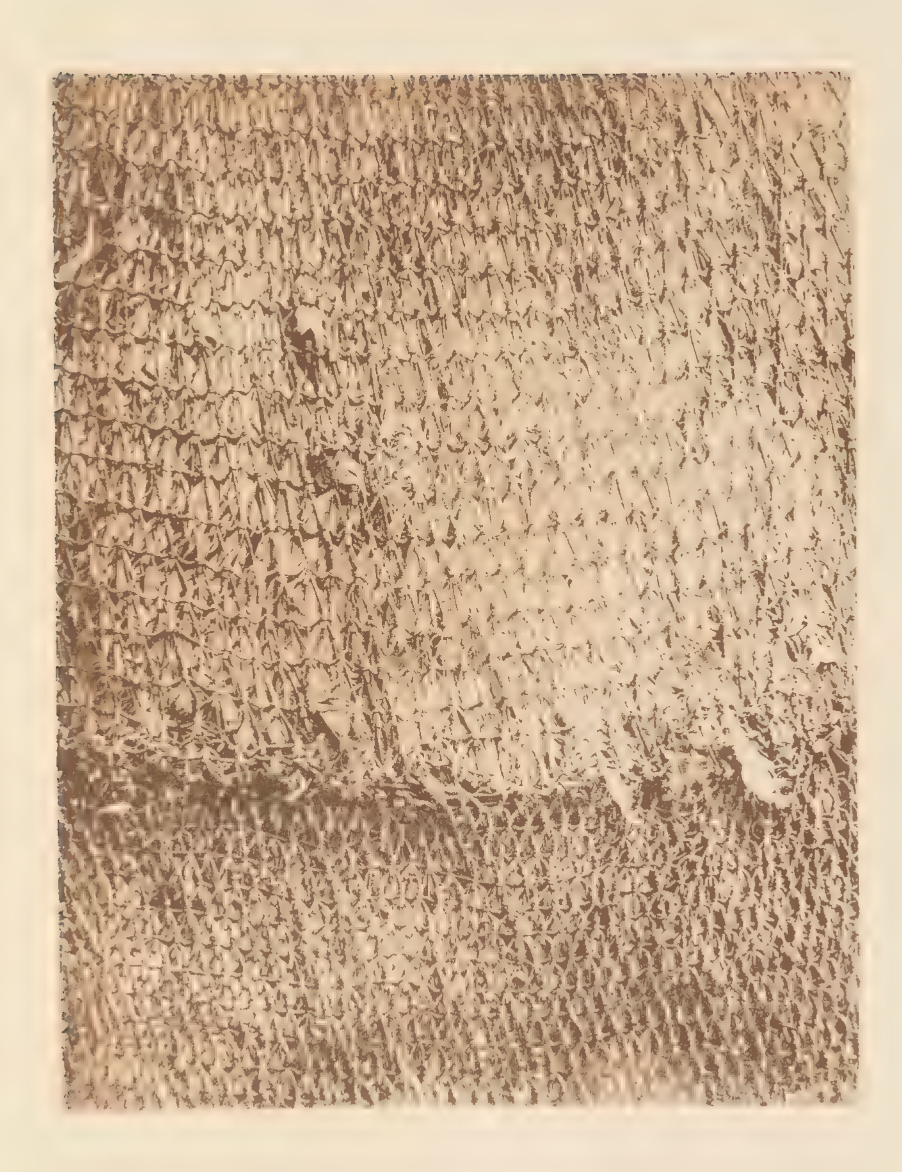


Mantas del Libro de Tributos de Moctezuma.



RELIQUIAS MEXICANAS.

Manta de plumas de huacamayo, existente en el Museo de Armas de Bruselas.—Bélgica.



RELIQUIAS MEXICANAS

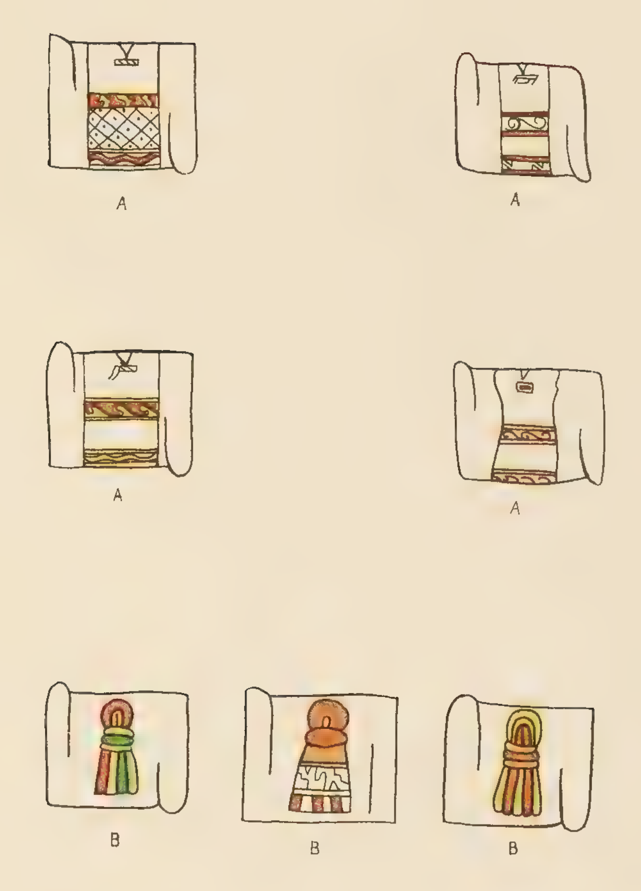
Manta de plumas de huacamayo, existente en el Museo de Armas de Bruselas.—Bélgica.

Revers



MANERA DE USAR EL "MAXTLI."

A y B según el geroglifo de lugar "San Lorenzo Chiyauhtzinco," del M. S de Huexotzinco de 1560 de la Biblioteca Nacional de París El medio cuerpo significa la terminación *tzinco* y *chiyauhtla*; nombre, del cual es diminutivo Chiyauhtzinco. **C y D** de la obra de Strebel, Alt Mexico II Lám XXXIII



Vestidos de mujeres mexicanas, según el Libro de Tributos de Moctezuma.—A, Huipilles ó camisas de mujer.—B, nudo delantero del maxtlatl ó banda para la cintura del hombre. Las figuras de los huipilles y los nudos de los bragueros están sobre mantas blancas para hombre que daban de tributo los pueblos.



Trajes de la Malinche ó Malintzin, según el Lienzo de Tlaxcalla



Artes industriales de los mexicanos, según el Códice de Mendoza.—A, Carpintero y su hijo.—B, lapidario.—C, pintor.—D, platero.—E, Amanteca fabricante de trabajos de pluma.—F, Sacerdote mayor tocando el teponaztli.—G, cantor músico, tocando el Panhuehuetl.



Ejecutores y Embajadores del Señorío de México, según el Códice de Mendoza. A, A, Ejecutores y Embajadores. — B, B, B, B, B Tequihuas, embajadores exploradores del enemigo para asaltarlo.



A



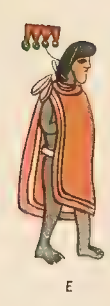
B



C



D



E



F

Trajes civiles de los antiguos mexicanos, según el Códice de Mendoza. —A, Petlacalcatl, mayordomo.—B, Huiznal, mandón y ejecutor como alguacil.—C, Tlilancalqui, ejecutor D, Atempanecatl.—E, Ezhuahuacatl.—F, Cuauhnochtli



Trajes civiles de los antiguos mexicanos, según el Códice de Mendoza —A. Texcacoatl,—B. Tizocyahuacatl —C. Tocuiltecatl.—D. Tlacochcalcatl —E. Valiente Tlacatecatl











Jerarquía judicial, según el Códice de Mendoza. Alcaldes para negocios civiles y criminales.—A, Tectli, juez adjunto, substituto del Magistrado
B, Tequixquinahuatl, alcalde.—C, Acatliyacapanecatl, alcalde.—D, Exhuahuacatl, alcalde.—E, Tectli Mixcoatlailotlatl, justicia mayor.



Diversos vestidos mexicanos de la Historia de las Indias, por Fr. Diego Durán.—1, 2, 3, 4, 5, Primitivos jefes de la tribu azteca.—1, 2, Tenoch y Tochcalpan.—3, 4, 5, Vestidos con mantas y huipilli de plumas.—6, Combatientes de la fiesta de Toci, teniendo el primero la bandera Quetzalpatzactli atada á la espalda con correas rojas y con escudo cuexyochimalli, y el segundo el escudo ihuiteteyochimalli.—7, 9, 10, 11, Formas diversas de ocelotl, teniendo el 11, una honda para arrojar una piedra. -8, Señor de Cuitlahuac, con quetzaltlalpiloni, combatiendo en su canoa, de la misma forma que las CHALUPAS usadas todavía por los indios. 12, Guerrero xaltepeca peleando con una maza de madera.—13, Moctezuma II ofreciendo una gargantilla de chalchihuites á Cortés.—14, Repartimiento de las TIERRAS conquistadas á los Xochimilcas. Manera de medir la tierra con las dos unidades que tenian los mexicanos, el PALO y el MECATE.—15, Guerrero de Cholula con escudo chichimeca



Trajes guerreros y civiles de los antiguos mexicanos.—1, Nezahualcoyotzin, rey de Texcoco.—2, Itzcohuatzin, de Tenochtitlán, hablando de asuntos de la guerra; figuras de un manuscrito original de la Colección Bobán.—3, Ixtlilxochitl, hijo de Nezahualpilli, rey de Texcoco.—4, bergantín construido en Texcoco por los españoles para sitiar á México.—5, canoa mexicana de la misma forma usada hoy cerca de México.—6, guerrero del Códice Telleriano Remense.—7, guía-guerrero de Michoacán, y 8, Tlaminqui ó flechero del mismo Códice.



DIFERENTES FORMAS DE NACOCHTLI O ARRACADA.

A, de un ídolo de piedra existente en el Museo Nacional; **B,** de una estatua dibujada, con y sin la oreja; **C,** de un rey del relieve de Xochicalco, figurada la oreja; **D** y **E,** de estatuas de piedra; **F,** de la cabeza de Xolotl del Códice de Mendoza; **G** y **H,** de Xipe, dios guerrero, del M. S. original en papel de maguey, existente en la Biblioteca Real de Berlín; **I,** de un ídolo de barro de Texcoco; **J,** de una estatua de Tula; **L,** de un Xipe de barro; **M** y **N,** de relieves de Miacatlán y Xochicalco; **O,** nacochtli chichimeca rectangular del rey de Coatlinchán.



Insignias de la dignidad real.—1, Xiuhuitzolli, corona real tomada de 2, máscara formada de turquesas y concha nácar, que se conserva en el Museo Prehistórico y Etnográfico de Roma, un tercio de reducción lineal.—3 y 5, quetzaltalpiloni ó atadura real del libro de tributos de Moctezuma. — 4, el mismo distintivo del Códice de Mendoza.—6 y 7 besotes de obsidiana.



A



B

MOSAICOS MEXICANOS.—Máscaras existentes: A, en el Museo de Berlín y B, en el Museo de Roma.



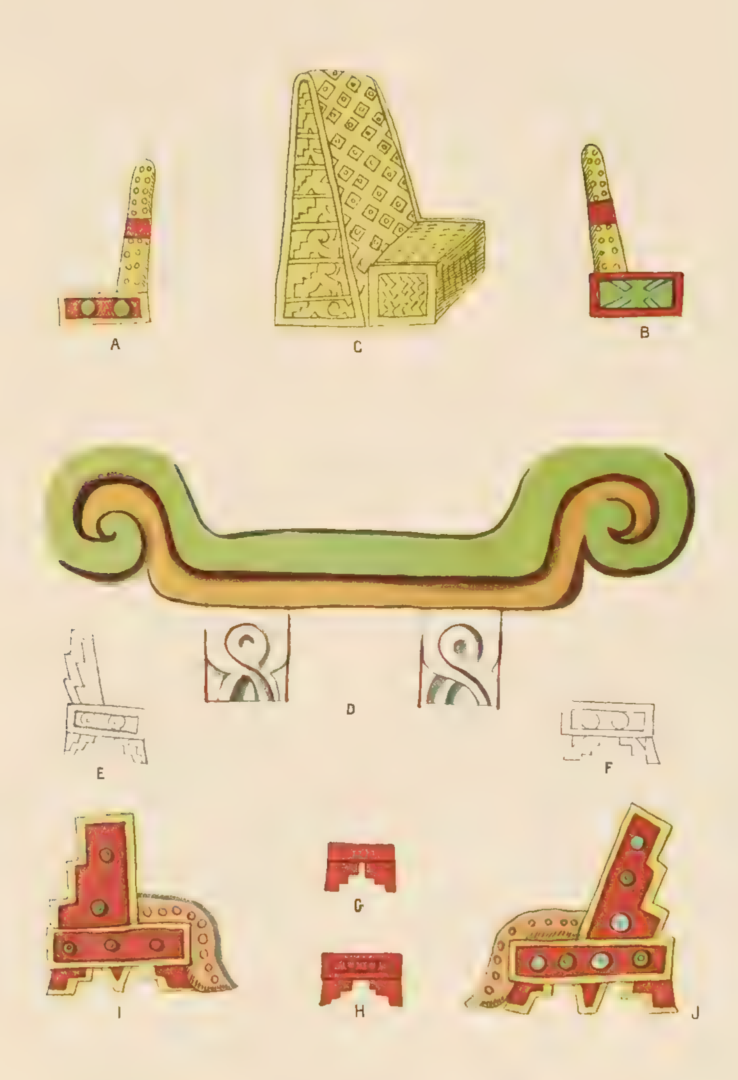
Objetos de oro para diversos usos.—A. Apretador de oro para la cabeza, tlatocayotl, del ancho de la mano y del grueso de un pergamino.—B, Diadema de oro. C, Sarta de cuentas de oro.—D, Rodela de oro.—E, Sarta de cuentas de oro y cascabeles.—F, Tentetl ó bezote de oro.—G, Cascabeles de oro.—H, Tentetl de oro representando una águila.—I, Tentetl de oro y chalchihuite.—J, Tentetl de oro y ámbar.—L, Rueda de oro.—M. Hachuela de cobre, y N. de oro que servían de moneda mexicana.



Gargantillas de cuentas originales de la colección del autor



Accesorios de los vestidos de los Reyes mexicanos.—A, Machoncotl, brazalete de pluma rica puesto á Moctezuma I, en su coronación.—B, brazalete del mismo rey, de un relieve que existió en Chapultepec.—C, Tecuecuextli, collera ancha para la garganta de los pies del mismo rey, y D, para el traje de guerra del rey Axayacatl.—E, Joyas y adornos presentados al cadáver del rey Ahuitzotl.—F, Xiuhuitzolli, corona azul y machoncotl, brazalete de Moctezuma II.—G, Objetos presentados al cadáver de Nezahualpilli, rey de Acolhuacán: un brazalete ó machoncotl, una gargantilla de piedras finas cozcapetlatl, y un cetro real, llamado tlatocatopilli hecho de plumas de quetzal.—H, I, dos formas de machoncotl, de la estatua de barro de tamaño natural, originaria de Huexotzinco que existe en el Museo Nacional.



Icpalli y Tepotzoicpalli, asientos comunes y para los reyes.—A y B, del Códice Fejervary de Hungría.—C, Asiento real, según el historiador Fr. Diego Duran. - D, Asiento de un guerrero tlalhuica, tomado del relieve de la escalera del edificio de Xochicalco. —E, F, Asientos, del Códice Dorenberg.- G, H, del Codice de Oxford. I, J, del Códice Borgia, de 76 páginas.



Asientos y tronos mitológicos, del Códice Fejervary de Hungría, que probablemente servían de tronos también á los reyes.



[illegible], instrumento músico que producía un sonido frotando los dientes transversales con un pequeño caracol.—1, perteneciente al Museo Etnográfico de Roma.—2, de la coleccion Dorenberg, dibujo del Dr. Eduardo Seler de Berlin.



INSTRUMENTOS DE MUSICA.

Chicahuaztl, labrado en una costilla fósil de Box americano. Colección del Museo Nacional.



DANZANTES CUAUHTLI Y OCELOCUAUHTLI QUE RECIBIERON AL VIREY,

Según el manuscrito original de Xochipila, [illegible]nte en el Museo Nacional, bajo el número 16



Vestidos civiles de los mexicanos. —A, B y C, Mantas de nobles.—D, de Tlacaelel.—E, de Nezahualcoyotl.—F, de Motecuhzoma I.—G, de Moctezuma II. — I, de Nezahualpilli. — H, Moctezuma II, del manuscrito original que perteneció al Sr. Barón de Humboldt, existente en la Biblioteca Real de Berlín.



Xiuhayatl y Xiuhuitzolli, manta y corona de los reyes mexicanos, según el P. Fr. Diego Durán.— A, de Acamapitzin.— B, de Huitzilihuitl.— C. de Chimalpopoca.—D, de Itzcoatl.—E. de Motecuhzoma I.—F, de Axayacatl.—G, de Tizoc.—H, de Ahuitzotl.—I, de Motezuma II.







Trajes civiles de los cuatro jefes de la República de Tlaxcalla.—1, Xicohtencatl.—2, Maxihcatzin.—3. Tlehuexolotzin y 4, Citlalpopoca.


1


2


3


4

Trajes de reyes mexicanos. Figuras del manuscrito americano núm. 4, de la Biblioteca Real de Berlín.—1, Acamapitzin. —2, Huitzilihuitl.—3, Chimalpopoca. —4, Motecuhzoma Ilhuicamina.



5



6



7



8

Trajes de Reyes mexicanos. Figuras del manuscrito americano núm. 4, de la Biblioteca Real de Berlín. — 5. Axayacatl. —6, Tizoc. — 7. Ahuitzotl. —8. Moctezuma II



El Rey Itzcoatl y las armas de México, según el manuscrito núm. 4 de la Biblioteca Real de Berlín.



Serie de los Reyes mexicanos, desde Tenoch hasta Cuauhtemoc; y de los Gobernantes de la época colonial que pertenecieron á la nobleza mexicana, llevando sobre la cabeza los nombres geroglíficos, según la Crónica mexicana de 1576, llamada Códice Aubin, de 158 páginas.

Reyes.—1, Tenoch.—2, Acamapitzin.—3, Huitzilihuitl.—4, Chimalpopoca.—5, Itzcoatl.—6, Huehue Motecuhzoma.—7, Axayacatl.—8, Tizoc.—9, Ahuitzotl.—10, Moctezuma II ó Xocoyotzin.—11, Cuitlahuac.—12, Cuauhtemoc.

Gobernantes.—A, Cihuacohuatzin ó Tlacotzin.—B, Motelchiuhtzin.—C, Don Pablo Xochiquen.—D, Don Diego Panitzin.—E, Don Diego Tehuetzquititzin.—F, Don Cristobal de Guzmán Cecetzin.—G, Don Luis Cipac.—H, Don Antonio Valeriano.



DON DIEGO DE MENDOZA, SEÑOR DE TLALTELOLCO,

Llevando xiuhuitzotli, corona real con nudo de cuero rojo á la derecha, manta anudada del mismo lado, cactli con amarre exterior, sillón de la época colonial; tiene por fecha en el original doce años de gobierno.—M. S. de Xochipilla, original número 16 del Museo Nacional.



EL TLACHIQUERO.

Otomí de la raza actual del Estado de México



TRAJES MODERNOS MEXICANOS.

Rurales del Estado de México.



FUNDACION DE TENOCHTITLAN.

Cuadro de José Jara. Academia de Bellas Artes de México.



FUNDACION DE TENOCHTITLAN.

Cuadro de Leandro Izaguirre. Academia de Bellas Artes de México



LA INVENCION DEL PULQUE O LA REINA XOCHITL.

Cuadro de José Obregón — Academia de Bellas Artes de México



VISITA DE CORTÉS A MOCTEZUMA II.

Cuadro de José Ortega.—Academia de Bellas Artes de México



FR. BARTOLOMÉ DE LAS CASAS, DEFENSOR DE LOS INDIOS.

Cuadro de Felix Parra.—Academia de Bellas Artes de México.



EL JUEGO DE LA PELOTA.

Tomado de un boceto original de Juan Ortega.—Academia de Bellas Artes de México.



EL JUEGO DE LA PELOTA

Boceto original de Felipe Ocadiz — Academia de Bellas Artes de México





EL SENADO DE TLAXCALA

Boceto original de Rodrigo Gutiérrez.—Academia de Bellas Artes de México



EL ARBOL DE LA NOCHE TRISTE EN POPOTLA

Lugar histórico de la retirada de Cortes



CUAUHTEMOC.

Relieve en bronce del Edificio Mexicano para la Exposición de Paris de 1889, por el escultor Jesús Contreras.



REY MEXICANO

Relieve en bronce del Edificio Mexicano para la Exposición de Paris de 1889 por el escultor Jesús Contreras



ESTATUA DEL GUERRERO TLAXCALTECA TLAHUICOLE

Por el Profesor Manuel Villard —Academia de Bellas Artes de México



MONUMENTO ERIGIDO A LA MEMORIA DE CUAUHTEMOC.

Escultura del Sr Profesor Miguel Noreña.

"Ordenaron la erección de este monumento, Porfirio Diaz, Presidente de la República y Vicente Riva Palacio, Secretario de Fomento. MDCCCLXXVII."— Erigióse por mandato de Manuel González, Presidente de la República y de su Secretario de Fomento Carlos Pacheco. MDCCCLXXXIII."



MONUMENTO A CUAUHTEMOC.

Lado Sur.





Copilli de cobre de Tenango de Arista. Museo del Estado de México, y Maza de piedra para aplanar papel
Orígen desconocido. Museo de Oaxaca.



TRES FORMAS DE PIPAS.

La primera de Atzcapotzalco, D. F , la segunda de Casas Grandes, Chihuahua; la tercera de Tacuba, D. F.
y varias formas de silbatos del Valle de México.



VARIAS FORMAS DE SILBATOS,

De la colección del Sr. Arístides Martel





SILBATOS DE LA COLECCION DEL SR. ARISTIDES MARTEL.

El primero de Jonuta, Tabasco y el segundo del Estado de Guerrero.



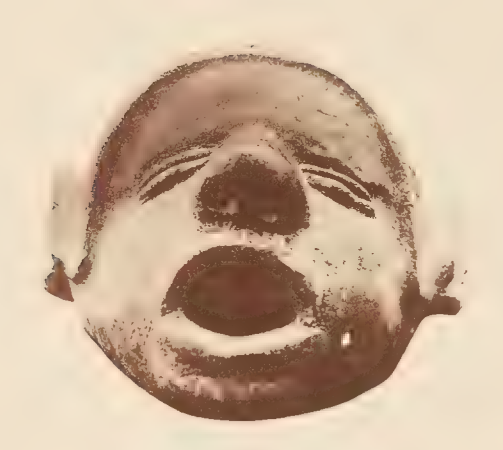
SILBATO MAYA

Estado de Yucatan. Colección de Sr. A. Marte



SILBATO DE OTATES.

Jalapa, Estado de Veracruz. Colección del Sr. A. Martel





SILBATO DE LA COLECCION DEL SR. A MARTEL.

Frente y perfil.



SELLOS PARA ESTAMPAR COLORES PARA USO DE LOS SACERDOTES.

Colección del autor.



Pendiente labrado en concha, de Tenango de Arista. Museo del Estado de México, y collar de cuentas de barro de Yahualica, Hidalgo.
Colección del autor.



INSTRUMENTOS DE MUSICA.

Panhuehuetl de Malinalco, Estado de México.—Frente y lado derecho



INSTRUMENTOS DE MUSICA.

Panhuehuetl de Mal'nalco. Estado de México. Espalda y lado izquierdo



INSTRUMENTOS DE MUSICA.

Teponaztli de Tlaxcala. Colección del Museo Nacional.





INSTRUMENTOS DE MUSICA.

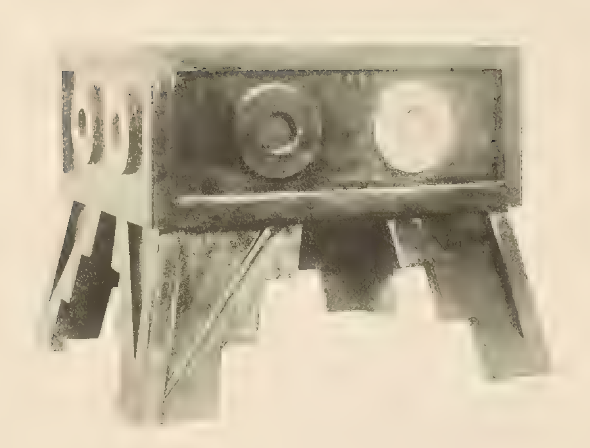
Teponaxtle Mixteco.—Colección del Sr. A. Martel
"El día 1 cipactli y el año 1 acatl se ven representados en este Teponaxtle; el principio del Tonalamatl y el primer año de los cincuenta y dos del siglo: el día más santo y el año más santo."—Dr. Eduardo Seler.—Berlin.



INSTRUMENTOS DE MUSICA RESTAURADOS.

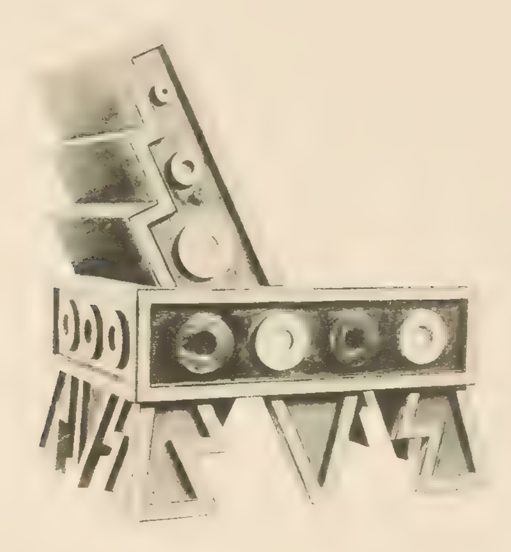
Parte superior: Teponaxtle de Tula y sus dos bolillos de hule, dos chirimias ó flautas imitadas de originales, un chicahuaxtli reproducido del original del Museo Nacional; parte media: tambor de oro del rey Netzahualcoyotl según un M. S. de Pichardo, parte inferior: Teponaxtle de Tlaxcala modelado en el original del Museo Nacional.





ASIENTOS DE MADERA RESTAURADOS.

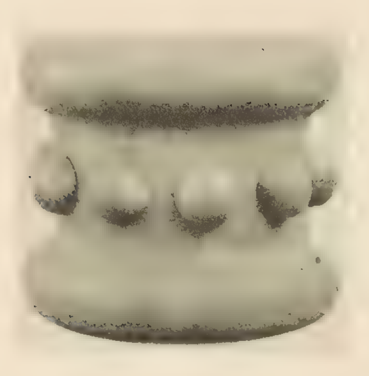
Según el Códice de Oxford.





ASIENTOS DE MADERA RESTAURADOS

Según el Códice Borgia de 76 páginas



a



b

a, Asiento de piedra imitado del original encontrado en la Hacienda de San Javier, Estado de Hidalgo. Colección del autor.
b, Asiento de Guerrero Tlalhuica, restaurado de los relieves de Xochicalco.



MONEDA ANTIGUA ZAPOTECA.

De la colección del autor y otra en forma de hacha de la del Dr. Fernando Sologuren. Oaxaca



a. Ladrillo de Tula.—b. Juego de pelota incrustado en la Iglesia de Tula.—Estado de Hidalgo.





Lanzas y flechas de cuarzo amoldadas en los originales del Museo Nacional y Cuchillos de mosaico, imitados de los que existen en los Museos de Europa



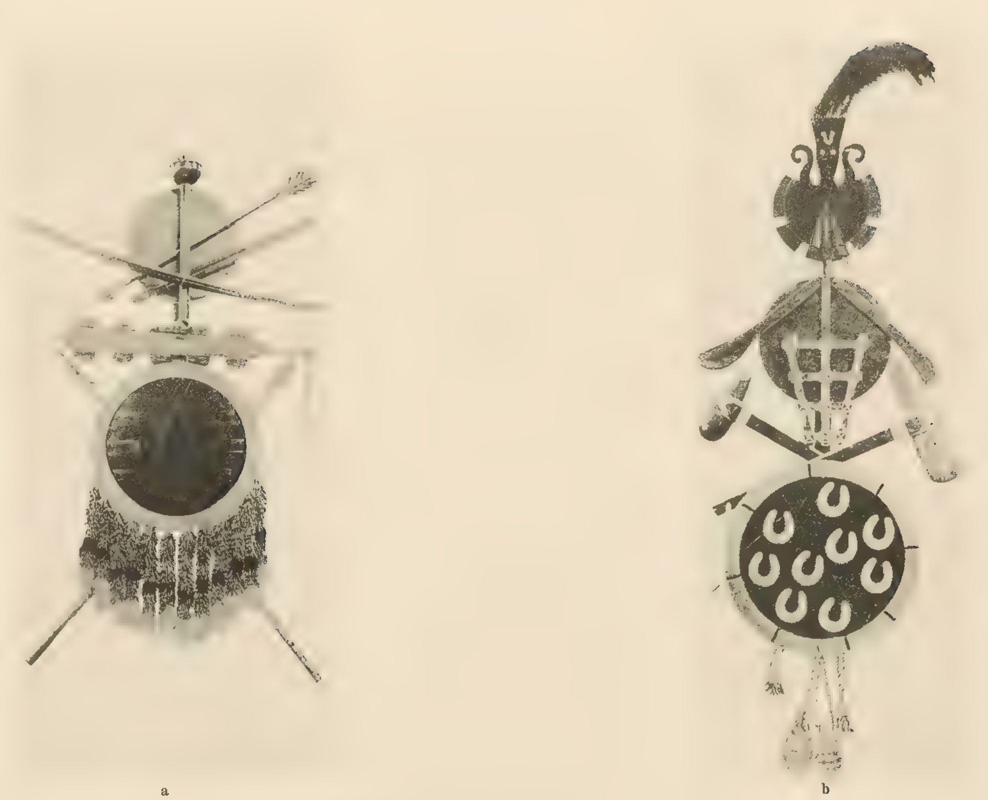
TROFEOS DE ARMAS MEXICANAS RESTAURADAS.

a. Con escudo ovalar chichimeca **b.** Con escudo rectangular tlalhuica del Monumento de Xochicalco



TROFEOS DE ARMAS MEXICANAS RESTAURADAS.

a. Con escudo cuextecachimalli en campo azul **b.** Con escudo cuexteca, del Lienzo de Tlaxcala



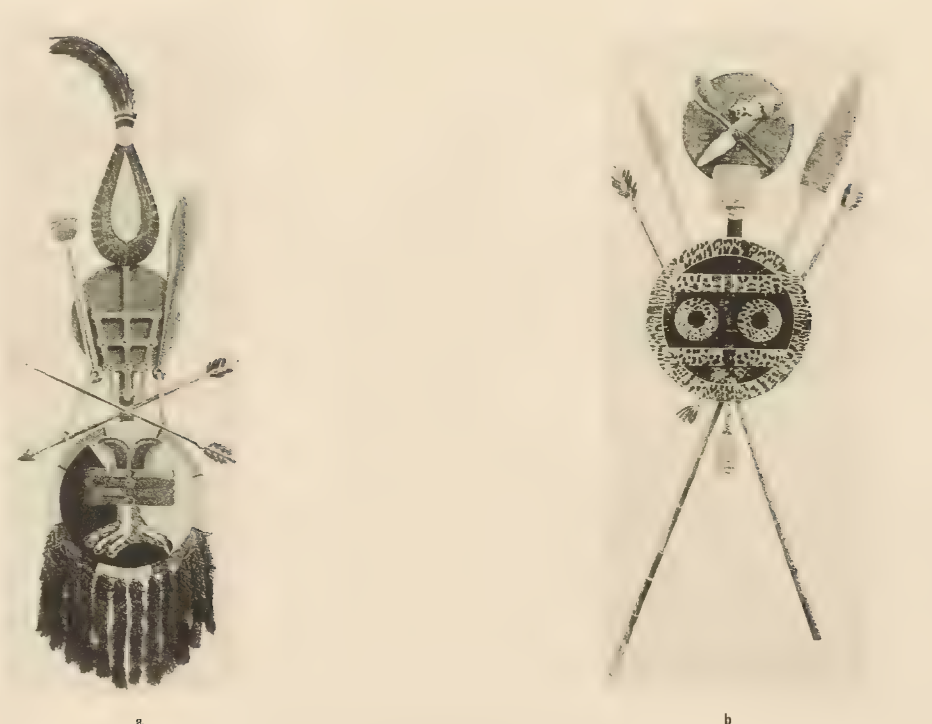
TROFEOS DE ARMAS MEXICANAS RESTAURADAS.

a. Con escudo cuexteca en campo rojo **b.** Con escudo cuexteca, del Lienzo de Tlaxcala y estandarte Papalopatzactli del Códice Moctezuma



TROFEOS DE ARMAS MEXICANAS RESTAURADAS.

a. Con escudo cuexteca en campo de plata y signos del agua, del Códice de Mendoza **b.** Con escudo quetzal-cuexyo chimalli, imitación del ejemplar conocido con el nombre de escudo de Moctezuma



TROFEOS DE ARMAS MEXICANAS RESTAURADAS.

a. Con escudo cuahteteponyo-chimalli y estandarte tlahuixmatlaxopilli del Códice Moctezuma **b.** Con escudo de piel de tigre, texaxacallo-chimalli del Lienzo de Tlaxcala.



a



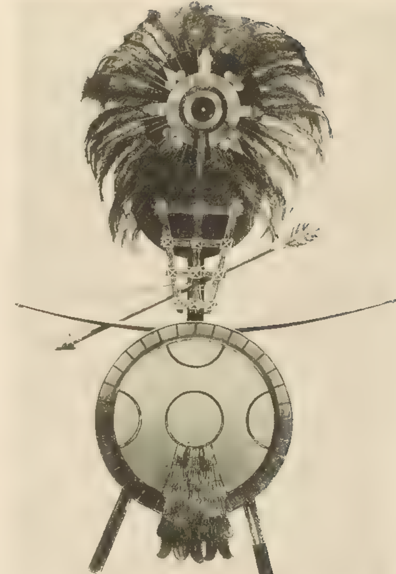
b

TROFEOS DE ARMAS MEXICANAS RESTAURADAS.

a. Con el escudo nacional de los mexicanos, quetzalxicacoliuhqui chimalli del Museo de Viena, b. Con escudo combinación de la forma macpallo chimalli y Cuaxicalli chimalli del Lienzo de Tlaxcala y Casco de Xipe restaurado.



a

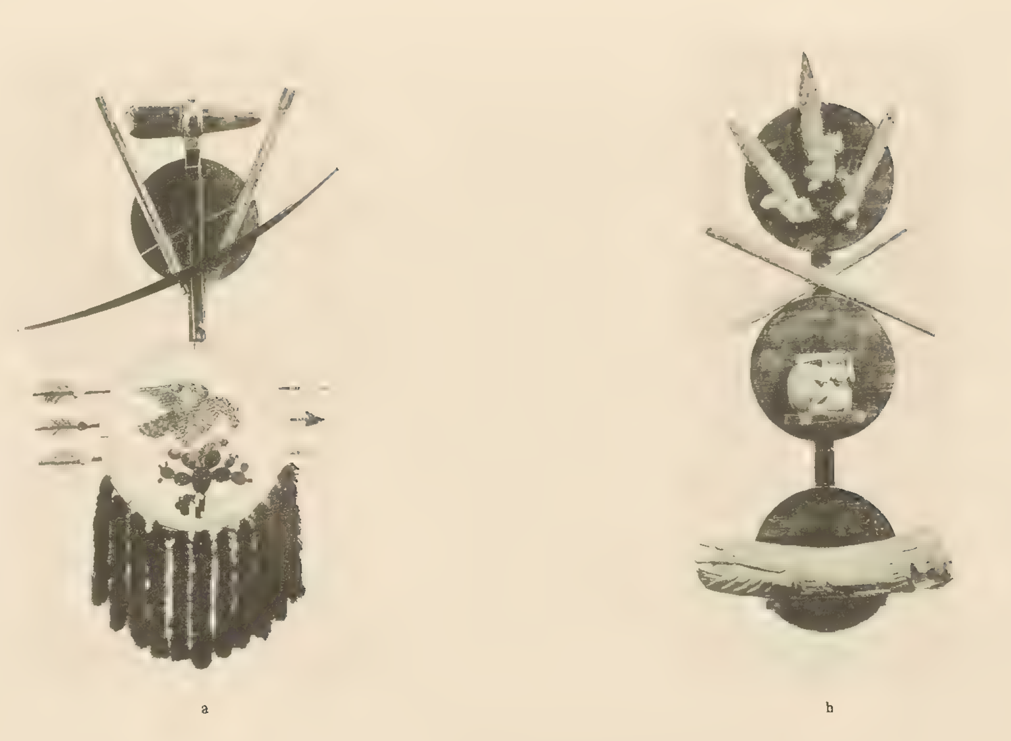


b



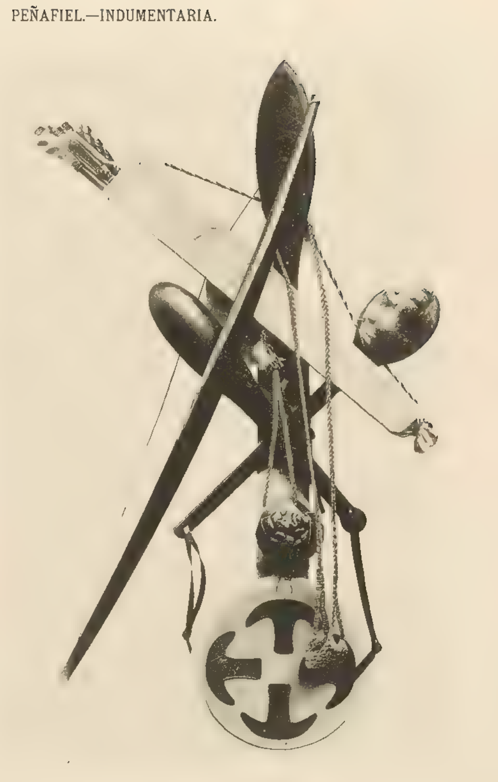
TROFEOS DE ARMAS MEXICANAS RESTAURADAS.

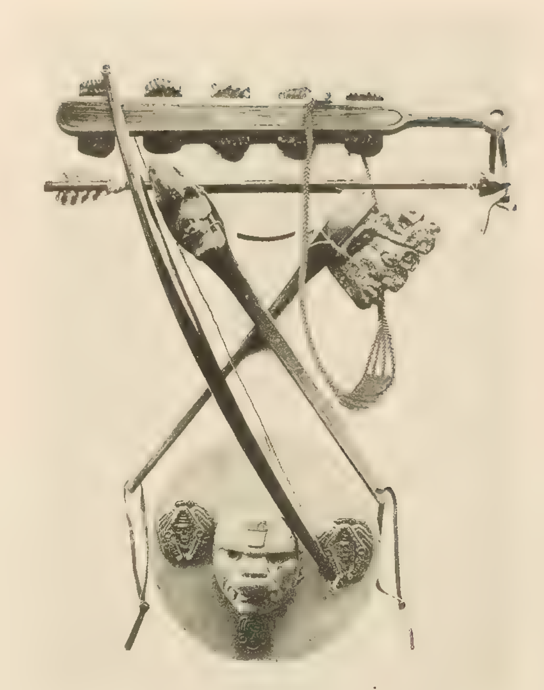
a. Con el escudo de Xipe y sonajas de oro de Jefe del Ejército **b.** Con escudo, teocuitlateteyo chimalli, fondo azul con placas de oro del M S de Xochipilla y estandarte nacional quetzaltonatiuh del Lienzo de Tlaxcala



TROFEOS DE ARMAS MEXICANAS RESTAURADAS.

a. Con el escudo de la antigua ciudad de México **b.** Reproducciones en bronce del Teponaxtle de Tlaxcala, del vaso de Obsidiana, dos atlatl de Berlin y tres cuchillos de mosaico de los Museos de Londres y Roma





TROFEOS DE ARMAS ZAPOTECAS RESTAURADAS.

Para la Exposición Pan-americana de Buffalo N. Y., E U



a

b

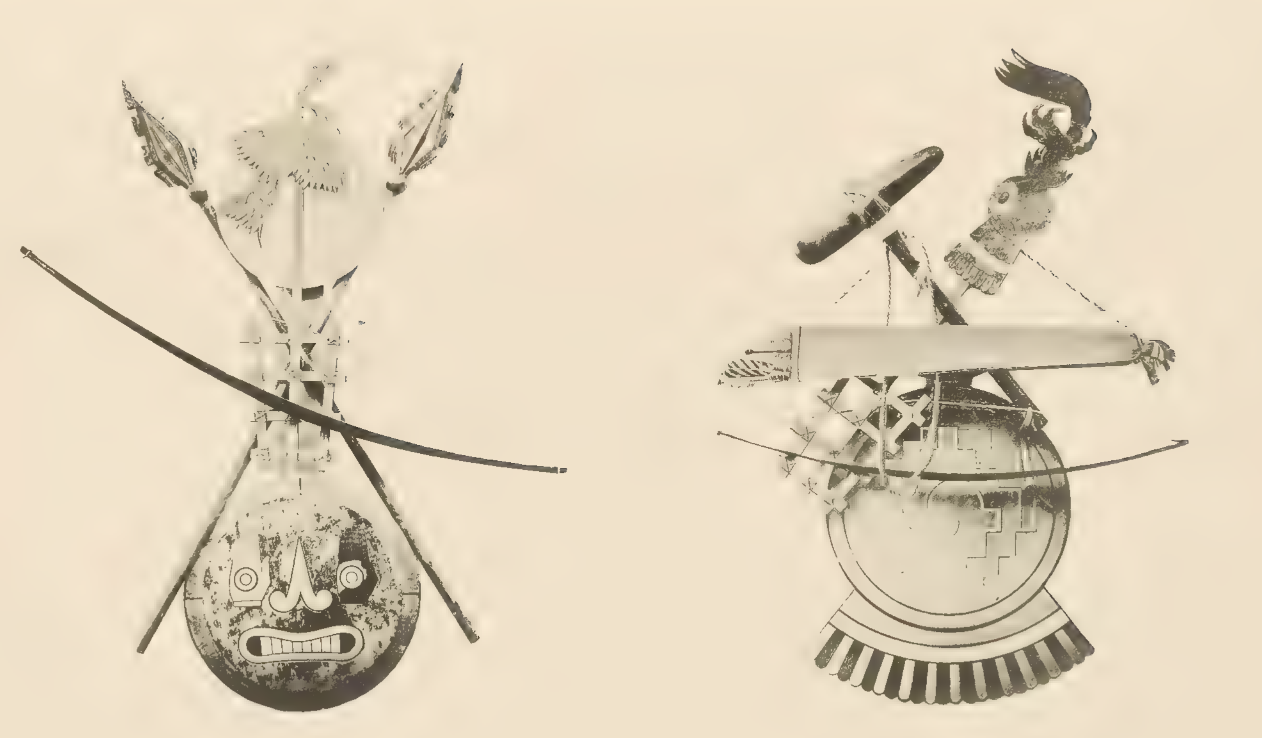
TROFEOS DE ARMAS RESTAURADAS.

a. Masas de origen maya **b.** Masas de Teotihuacán.—Para la Exposición Pan-americana de Búfalo N. Y., E. U.



TROFEOS DE ARMAS MEXICANAS RESTAURADAS.

Para la Exposición Pan-americana de Buffalo N. Y., E U



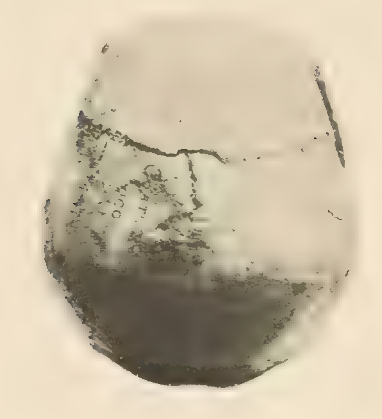
TROFEOS DE ARMAS TLAXCALTECAS RESTAURADAS

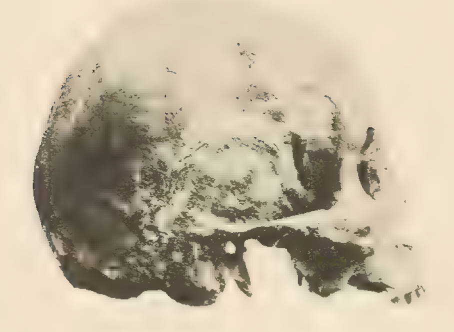
Para la Exposición Pan americana de Buffalo N. Y. E. U.



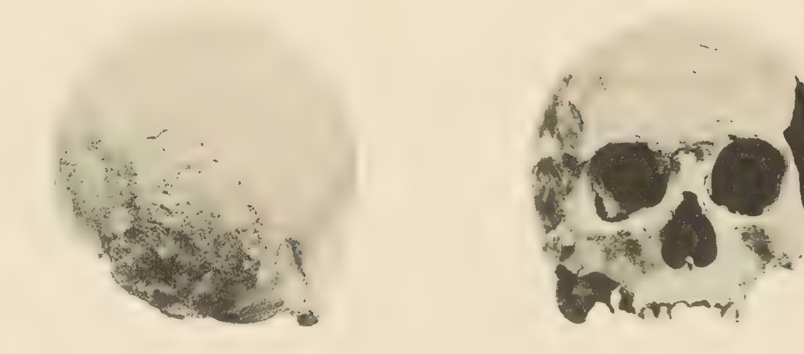


Cabeza de una estatua del dios Xipe encontrada en Texcoco, y Casco restaurado de la misma cabeza





Cráneo antiguo encontrado en un sepulcro de Coatlinchan, Distrito de Texcoco, con varios objetos y vasos sagrados. Colección del autor.
Bóveda y perfil.

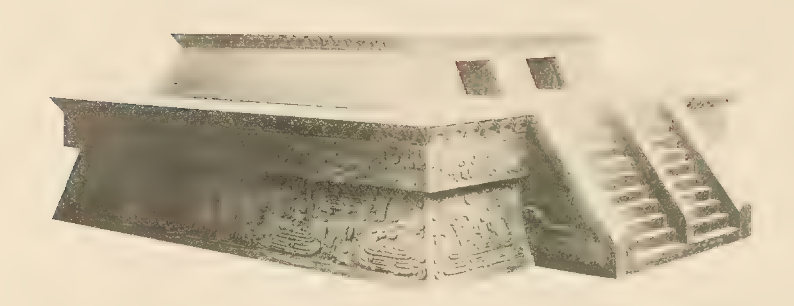


El mismo visto por la parte posterior y el frente





Maza guerrera de Jiorita y Guerrero Ocelot pequeña estatua de piedra del Estado de Oaxaca



a



b

XOCHICALCO RESTAURADO,

a. Lado Poniente b. Lado Norte, que es el más completo y mejor conservado Talla en madera por J M. Rodríguez.



RETRATO DE TOCUEPOTZIN, INDIO PRINCIPAL.

(De la colección J. M. A. Aubin.)



RETRATO DE NEZAHUALCOYOTL, REY DE TEXCOCO.

(De la colecc ón J. M. A. Aub.n.)



RETRATO DE QUAUHTLATZACUILOTZIN.

(De la colección J. M. A. Aubin



RETRATO DE NEZAHUALPILLI, REY DE TEXCOCO.

(De la colección J. M. A. Aubin.)



TLALOCATECUHTLI, DIOS DE LA LLUVIA.

(De la colecc ón J. M. A. Aubin.)









VESTIDOS MEXICANOS.

Tomados de la obra del Doctor D. Gio Francesco Gemelli Careri, titulada Giro del Mondo —1708



ITZCOATL, REY DE MEXICO EN TRAJE DE GUERRERO "OCELOTL"

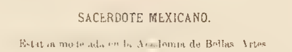
Estátua modelada en la Academia de Bellas Artes



NOBLE MEXICANA.

Estátua modelada en la Academia de Bellas Artes





SACERDOTE MEXICANO.

Estatua modelada en la Academia de Bellas Artes.



MOCTEZUMA II REY DE MEXICO LLEVANDO POR CETRO UNA FLECHA DE ORO.

Estatua modelada en la Academia de Bellas Artes



a

b

MOCTEZUMA II REY DE MEXICO.

a. Espalda para mostrar un sol en la manta b. Perfil, para mostrar la corona de mosaico y el collar de chatchihuites.



XICOTENCATL, GUERRERO TLAXCALTECA

Estatua modelada en la Academia de Bellas Artes



CUAUHTEMOC, ULTIMO REY DE MEXICO

Estatua modelada en la Academia de Bellas Artes

COLOFON

ESTA EDICION CONSTA DE 2,000 EJEMPLARES, EN PAPEL CHEMALIN ESPECIAL CREMA DE 80 KGS. SU IMPRESION Y ENCUADERNACION ESTUVIERON A CARGO, RESPECTIVAMENTE, DE IMPRESORA FORMAL, S.A. Y ENCUADERNACION SUARI, S.A. CONCLUYENDOSE EN LA CIUDAD DE MEXICO, EL 15 DE NOVIEMBRE DE 1977.


GETTY CENTER LIBRARY
3 3125 00037 3262

